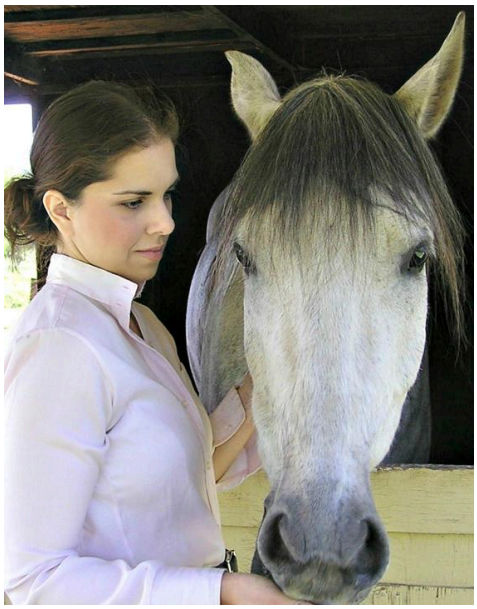
MIMI MATTHEWS

LA MUSA DE MAIDEN LANE

Las londinenses



Libros de seda



Copyright de la foto: © Privado

Mimi Matthews es una autora de *best sellers* del *USA Today*. Escribe tanto libros de historia de no ficción como novela romántica histórica ambientada en la época victoriana. Sus libros han recibido reseñas destacadas de *Publishers Weekly*, *Library Journal*, *Booklist*, *Kirkus*, y *Shelf Awareness*, y sus artículos han aparecido publicados en *Victorian Web*, el *Journal of Victorian Culture* y también en el *BUST Magazine*. Tiene además otra profesión, la de abogada. Vive en California con su familia, además de con un caballo andaluz de doma, un perro pastor de las Shetland y dos gatos siameses.



Una musa de cabellos plateados y un carismático artista convertirán lo que no parecía sino un negocio en una bella historia de amor.

Stella Hobhouse destaca en todo lo que hace: es una excelente amazona, dibuja bien, es una buena amiga de sus amigos… pero lo cierto es que vive arrinconada, sin que nadie le haga caso. Ese cabello gris que tiene no es que esté precisamente a la moda, y la menguante fortuna de su hermano apunta a que acabará sola y abandonada en mitad de Derbyshire. Así que, ¿por qué no posar para un atrevido retrato?

Edward Hayes, aspirante a pintor, sabe reconocer la belleza cuando la ve, y quiere pintarla. Tras una grave enfermedad, entiende que no hay que perder el tiempo. Quiere que su musa pose para él, como sea, aunque tenga que casarse con ella para que acepte.

MIMI MATTHEWS

LA MUSA DE MAIDEN LANE



Libros de seda

La musa de Maiden Lane
Las londinenses 4

Título original: *The Muse of Maiden Lane. Belles of London 4*

Copyright 2024 by Mimi Matthews

All rights reserved including the right of reproduction in whole or in part in any form.
No part of this book may be used or reproduced in any manner for the purpose of training artificial intelligence technologies or systems. This work is reserved from text and data mining (Article 4(3) Directive (EU) 2019/790).
This edition published by arrangement with Berkley, an imprint of Penguin Publishing Group, a division of Penguin Random House LLC

© de la traducción: Laura Fernández Nogales

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
@librosdesedaeditorial
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Gemma Martínez Viura
Maquetación: @isabela-g
Conversión en epub: Álvaro López López

Imágenes de la cubierta: © Freepick (cara de la amazona);
© Ildiko Neer/Trevillion Images (caballo y fondo)

Primera edición digital: junio de 2026

ISBN: 978-84-10481-31-2

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).
Ninguna parte de este libro puede usarse o reproducirse de ninguna manera con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo

Nota de la autora
Agradecimientos

Para Asteria.
Y para todas las criaturas
que son luz en tiempos de oscuridad.

«Muchas noches contemplé cómo las Pléyades atravesaban la delicada oscuridad, brillando como un enjambre de luciérnagas enredadas en una trenza plateada».

Locksley Hall,
ALFRED, LORD TENNYSON, 1842

Capítulo 1

Hampshire, Inglaterra
Diciembre de 1862

Stella Hobhouse corría por el pasillo iluminado por la luz de gas acompañada de las notas *in crescendo* del vals *Lava-Ströme* de Strauss, mientras, con las manos enguantadas, agarraba la voluminosa falda de su vestido de noche, de seda y crepé blanco.

Conocía muy bien las inflexibles reglas que regían la vida de las damas. Esas pautas eran algo menos rígidas entre los miembros de la alta sociedad que en Fostonbury, el asfixiante pueblo del condado de Derby donde vivía con su piadoso hermano, el clérigo Daniel. Pero una de esas normas seguía siendo tan severa en Londres como en toda Gran Bretaña: una mujer respetable no se teñía el cabello.

Se sonrojó al pensar que solo las actrices y las prostitutas recurrían a argucias tan atrevidas. Una joven de la posición social de Stella jamás se rebajaría a comprar un frasco de tinte para el pelo de color oro circasiano. Ni siquiera aunque lo adquiriera por correo.

¡Dios santo!, ¿qué la había empujado a hacerlo?

¿Y en qué estaba pensando cuando decidió copiar el tono exacto de cabello castaño rojizo con notas doradas que había representado Whistler en el cuadro que ella había visto expuesto en la galería de la calle Berners? Era precisamente la pintura que le había recomendado el apuesto artista que había conocido mientras este dibujaba en el Museo Británico.

No había dejado de hacerse esa pregunta desde que entró en el gran salón gótico del conde de March y vio a ese mismo hombre —una persona que jamás esperó volver a ver en su vida— sentado en su silla de ruedas en un extremo de la pista de madera pulida. Ya no vestía un sencillo traje y la corbata anudada con despreocupación que llevaba en el museo, sino un impecable traje de noche blanco y negro. Se dio cuenta de que era un invitado. No se trataba solo de un artista excéntrico que merodeaba por las salas de retratos del museo, sino de un

caballero.

La había asaltado una oleada de vergüenza tan poderosa que ahogó cualquier pensamiento racional. Su único instinto fue abandonar el salón antes de que él la viera. Y eso fue precisamente lo que hizo Stella: huir.

Se escondió en una salita sombría al final del pasillo. La seguían las crecientes y decrecientes notas de un vals que debería estar bailando con algún caballero. Apoyó la espalda en el papel satinado de aquella pared oscura y se llevó una mano a la cintura encorsetada mientras intentaba tranquilizarse y controlar la respiración.

Tampoco es que hubiera cometido un crimen. Solo era una pequeña puesta en escena. Quiso darse la oportunidad de ser otra persona para variar. De experimentar la vida como una joven cuyo cabello no se había encanecido a los dieciséis años.

Aparte de su mejor amiga, lady Anne Deveril, de entre los presentes solo la madre de Anne, la condesa de Arundell, y su amigo, el señor Hartford, sabían cómo era antes de teñirse. En la fiesta no había nadie que la conociera. Y de ser así, dudaba mucho que la reconocieran. Al tratarse de una joven de cabello gris, de origen modesto y escasa fortuna, los demás acostumbraban a no hacerle el menor caso. Nadie la veía nunca. A decir verdad, nadie parecía fijarse en ella.

Pero esa noche, había atraído todas las miradas. Anne había dicho que estaba radiante. Etérea. Y por primera vez en su vida, Stella se había sentido así.

Hasta que lo había visto.

Y era él, por mucho que hubiera cambiado su forma de vestir. Tenía el mismo cabello negro como la tinta. El mismo rostro de rasgos marcados y sonrisa incisiva. Un rostro peligroso. El semblante de un caballero que veía demasiadas cosas. Una mirada a la que nada ni nadie escapaba.

Stella suspiró temblorosa. Aquel ridículo arrebato de vergüenza infantil no serviría de nada. Tenía veintidós años. Era una joven tranquila y sensata, no una chiquilla sin experiencia propensa a los ataques de nervios.

Debía recuperar la compostura y volver al baile.

Era la solución más sensata. La fiesta en casa de lord March duraría una semana y durante ese tiempo habría innumerables celebraciones navideñas. No podría esconderse todo el tiempo. Además, era muy probable que el caballero no la reconociera. Solo la había visto una vez, y el encuentro fue muy breve.

¿Su reacción había sido exagerada?

¡Desde luego!

Era imposible que el caballero la recordara. El día del museo habían estado juntos menos de cinco minutos y apenas habían intercambiado unas pocas palabras. No le cabía ninguna duda de que la había olvidado en cuanto la perdió de vista.

Stella se sintió un poco tonta al pensarlo bien.

Se separó de la pared, se alisó la falda y se armó de valor para volver al salón de baile. Fue entonces cuando lo oyó: el inconfundible traqueteo de unas ruedas acercándose por el pasillo de mármol. El sonido cesó de golpe frente a la puerta de la salita donde se escondía.

La voz grave de un caballero resonó en la oscuridad.

—¡Dios mío! —dijo con alegre asombro—. Es usted.

❋❋❋

Teddy Hayes guio su silla de ruedas hasta el interior oscuro de la salita. No pensaba quedarse esperando una tarjeta de invitación con ribetes dorados. Y menos después de haber pasado los últimos tres meses odiándose por no haberse interesado por el nombre de la misteriosa joven cuando se habían visto.

Quedó tan impresionado por ella entonces, tan deslumbrado, que ni siquiera se le ocurrió preguntar hasta que ella se había marchado. Y entonces ya era demasiado tarde. No había quedado nadie que pudiera informarle o algún conocido de la alta sociedad que pudiera revelarle su identidad.

Ese era el inconveniente de ser nuevo en Londres.

Teddy estaba de visita. Era un invitado, no era un miembro de la alta sociedad. Aparte del pequeño círculo de amigos del que se rodeaban su hermana mayor, Laura, y su esposo, Alex Archer, no había nadie a quien pudiera pedir información. Por mucho que quisiera a sus familiares, se resistía a solicitar su ayuda en tales asuntos. Algunas cosas debían ser privadas. En especial cuando se trataba de diosas de cabello plateado que conocía en el Museo Británico.

—¿Por qué ha escapado? —preguntó.

La joven estaba de pie con la espalda pegada a la pared. Su falda blanca, adornada con perlas y crepé, se extendía frente a ella en forma de arco por encima del miriñaque.

—Yo no he escapado —repuso con aspereza.

Era lo primero que decía desde que él había entrado en la estancia. Tenía una voz delicada y uniforme, con un toque aterciopelado. Una voz relajante y seductora al mismo tiempo.

Teddy sintió una oleada de calor inesperada que lo hizo temblar de pies a cabeza.

Reprimió la sensación enseguida. No la había seguido porque se sintiera atraído por ella. Al menos no como hombre. Su interés era puramente artístico.

—Claro que sí —insistió.

En cuanto la había visto desde la otra punta del salón abarrotado, ella se dio media vuelta y desapareció por la puerta envuelta por el brillante remolino de la falda. La había mirado mientras la orquesta iniciaba el vals, preguntándose por un momento si se habría equivocado.

—Estaba un poco mareada —respondió ella a la defensiva—. Necesitaba aire.

—¿Y ha venido a buscarlo aquí? —Echó una ojeada recelosa por la salita mientras impulsaba la silla de ruedas hacia la lámpara más cercana. Estaba sobre una mesa baja de nogal con incrustaciones, junto a uno de los sofás tapizados en damasco. Encendió una cerilla y un suave halo de luz iluminó toda la estancia.

—Al menos podría haber abierto una ventana.

—Por si no se ha dado cuenta, llueve mucho fuera —respondió, mientras él giraba la silla para mirarla.

Teddy la observó a la luz de la lámpara de gas. Le pareció diferente a la de aquel día en el Museo Británico. Hacía varios meses que vivía con su recuerdo grabado en la mente.

No era porque fuera la mujer más hermosa que había visto en su vida, aunque era preciosa. Se debía a que ella era distinta. Y no se trataba solo de una singularidad en sus modales, su vestido o el peinado. Era asombrosamente distinta.

Cuando coincidieron ese día en la Galería del Rey, ella tenía todo el cabello plateado, del color del platino fino o la plata esterlina. Y ese rasgo, combinado con sus ojos azul plateado y la delicada seriedad de sus modales, le confería la apariencia propia de un espíritu resplandeciente y vaporoso, recién descendido del cielo para relacionarse con la modesta humanidad.

Le había recordado a una de las Pléyades mitológicas: las siete hermanas que el dios griego Zeus transformó en estrellas para adornar el cielo nocturno. Teddy nunca había visto a una mujer que encarnara mejor el mito. Como artista, la imagen lo había dejado muy impresionado.

—Yo me doy cuenta de todo —afirmó.

La joven tragó saliva con disimulo. Se dirigió muy despacio hacia la puerta.

—Disculpe. Debo volver al salón de baile. Mis amigas estarán preguntándose...

—Confío en que no me tendrá miedo.

Se quedó quieta y apretó los labios adoptando una expresión un tanto ofendida.

—Claro que no.

—Pues parece que sí.

—De ser así, sería solo porque no le conozco.

—Claro que nos conocemos —le recordó—. Fue hace unos meses. Estaba usted en la Galería del Rey del Museo Británico admirando un dibujo de Van Dyck.

—Ya me acuerdo —admitió ella con frialdad.

Sonrió. Claro que se acordaba. En aquella ocasión él la había ofendido. Había sido demasiado directo. Demasiado sincero. Era un defecto que tenía, agravado por la virulenta escarlatina que había contraído en su juventud. La enfermedad le había dejado las piernas parcialmente paralizadas, pero no había mermado su avispado ingenio. A decir verdad, su hermana solía afirmar que cuanto más limitado se sentía Teddy por su discapacidad, menos dispuesto se mostraba a morderse la lengua.

No lo hacía a propósito. No pretendía ser grosero ni cruel. Pero él sabía mejor que nadie lo corta que podía ser la vida y lo inesperado que podía ser el fin. El tiempo que le quedaba era demasiado valioso para desperdiciarlo. No tenía paciencia para andarse con rodeos.

—Le recomendé un cuadro —dijo—. La nueva obra del señor Whistler: *La dama de blanco*. Estaba expuesta en la galería de la calle Berners por aquel entonces.

Ella se sonrojó hasta la raíz del pelo. Su cabello castaño rojizo, del mismo tono que el de la dama de cabello color tiziano representada en el cuadro de Whistler.

—Cómo iba a olvidarlo —reconoció ella—. Aunque eso no significa que le conozca. No nos han presentado como es debido.

—Eso tiene fácil arreglo. —Hizo girar un poco la silla para acercarse a ella—. Me llamo Edward Hayes. Casi todos me llaman Teddy. ¿Y usted?

—Stella Hobhouse, pero esa no es la cuestión...

—Stella —repitió él. A sus labios asomó una sonrisa complacida—. Como una estrella. —Tenía que ser una señal. Estaba destinado a reencontrarse con ella.

Ella se irguió ofendida.

—No le he dado permiso para usar mi nombre de pila.

—Es demasiado hermoso para no hacerlo. —Acercó la silla—. Por cierto... ¿qué le ha pasado a su cabello plateado, Stella?

Se quedó boquiabierta.

—¡Eso... no es asunto suyo!

—Supongo que se lo ha teñido. —Frunció el ceño—. Ojalá no lo hubiera hecho.

—¿Cómo se atreve, señor? ¿Cómo se atreve a hacer esa clase de comentarios personales sobre mí? —Guardó silencio unos segundos—. ¿Así es como se dirige a sus conocidas?

—¿Con honestidad y franqueza? Sí, así es como me dirijo a las damas. Les hablo del mismo modo que hablo con los caballeros. No veo la necesidad de insultarla con eufemismos.

—No es un insulto. Es decoro. Cortesía. Hay reglas...

—Sí, he oído hablar de ellas. Supongo que así debe de ser en Londres. Pero ya no estamos en Londres. Estamos en Hampshire. —Volvió a sonreír—. Y tengo entendido que las fiestas en las casas son salvajes.

Ella le clavó sus ojos azules y plateados, debatiéndose entre la intriga y el horror.

—¿Qué le trae a Sutton Park? ¿Conoce a lord March?

—No —admitió.

—Entonces, ¿qué hace en su fiesta?

—No estoy aquí por decisión propia —confesó—. Mi hermana y mi cuñado estaban invitados. Como vine con ellos desde Francia, pensaron que sería mejor que los acompañara.

Había sido la única manera de tranquilizar a Laura. Él llevaba cinco años postrado en aquella silla, y durante los primeros ella había sido su cuidadora. A su hermana le costaba abandonar ese cargo. Aunque Teddy estuviera mejor de lo que había estado en mucho tiempo, todavía se preocupaba demasiado por él.

—Me dijeron que podría aprovechar para dibujar. —Miró con tristeza la lluvia que resbalaba a cántaros por las ventanas—. Me reservo mi opinión.

Ella se acercó poco a poco a la puerta.

—¿Sus parientes son conocidos de lord March?

—Solo un poco. Mi cuñado tiene intención de comprar una nueva variedad de las rosas del conde para nuestra perfumería en Grasse: Perfumes Hayes. Tal vez haya oído hablar de nosotros.

Ella volvió a detenerse, presa de la curiosidad.

—¿Agua de Lavanda Hayes? —preguntó con un brillo radiante al reconocerlo —. ¿Es suya?

Por una vez, Teddy agradeció la escasa fama que el negocio de perfumes de su difunto padre había dado al apellido familiar.

—En parte. Heredé la mitad de la empresa cuando murió mi padre. Pero son mi hermana y mi cuñado quienes la dirigen. Yo tengo otros intereses.

—Es usted artista —supuso ella.

—Así es. —Guardó silencio un momento—. ¿Puedo hacerle una pregunta impertinente?

La joven rio con cierta reticencia.

—¿No lo ha hecho ya?

Teddy sonrió con más ganas.

—Dígame, Stella...

Ella bajó la barbilla y negó con la cabeza.

—Por favor, no me llame así.

—Dígame, señorita Hobhouse —se corrigió—, ¿se opondría a que la pintara?

Capítulo 2

Stella creía estar curada de espantos. Sin embargo, ante la extravagante petición del caballero, volvió a escandalizarse.

—¿Pintarme? —Lo miró con fijeza—. ¿Se refiere a un retrato?

—Sí, exacto. —Estaba sentado frente a ella en su silla de ruedas, tan apuesto como ella lo recordaba de su breve encuentro en el museo.

A decir verdad, en ese momento le parecía más impactante, debido a la elegancia de su vestimenta.

Lucía un traje de noche de corte impecable. Y su brillante cabello negro, que en aquella ocasión llevaba alborotado, estaba perfectamente peinado y engominado. Enmarcaba un rostro delgado, de pómulos altos, mandíbula bien esculpida e inteligentes ojos azul grisáceo bajo unas cejas de ébano, rectas e inflexibles. Un rostro austero, suavizado apenas por una boca tan sensual que resultaba inquietante.

El señor Hayes, o Teddy Hayes, como se había presentado con tanto descaro, era sin duda el hombre más singular que Stella había conocido. Y no era porque fuera en silla de ruedas, aunque eso era bastante inusual en la alta sociedad. La mayoría de las personas pudientes temían a la enfermedad. Se esperaba que los inválidos se retirasen a sus hogares para recibir los debidos cuidados y, de esta forma, ocultar sus debilidades físicas a los desconocidos sanos. A menos, claro, que el inválido estuviera tomando baños en Bath o Harrogate, o disfrutando del aire en el parque.

Pero la singularidad del señor Hayes no se debía a la silla. Se debía enteramente a su actitud.

Era alegre e implacablemente directo a un mismo tiempo. Cualidad que ella había observado por primera vez cuando se conocieron en la Galería del Rey. Ese porte serio. Esa forma brusca de hablar. Daba la impresión de no hallar inconveniente en acorralar a una joven soltera en una habitación oscura y hacerle proposiciones descaradas.

¿Acaso no tenía escrúpulos o decoro?

La impertinencia de ese hombre indignaría mucho a Daniel, el hermano mayor de Stella. Y a Anne también, por cierto. Stella estaba algo menos ofendida. Atónita, desde luego, pero ella no era propensa a desmayarse.

Después de todo, el señor Hayes ya no era un completo desconocido. Y no solo porque se había presentado, sino porque había admitido ser copropietario de Agua de Lavanda Hayes. La famosa marca británica era una de las fragancias más respetables que podía usar una dama. En su juventud, cuando sus escasos recursos le alcanzaban para permitirse los pequeños lujos de la vida, era precisamente la fragancia que Stella solía utilizar para rociarse el cuerpo desnudo después del baño.

¡Dios mío! ¡Se avergonzaba solo de pensarlo!

Y eso fue lo que la ruborizó.

En cuanto a su sugerencia de pintarla...

—Bajo ningún concepto —afirmó—. No soy modelo.

El señor Hayes no se inmutó.

—Mejor aún. Una modelo con experiencia no me sirve para nada. Busco una apariencia particular. Una cualidad única. Hasta que la vi en el museo, había perdido la esperanza de encontrarla.

En otras palabras, quería una rareza.

A Stella se le hizo un nudo en el estómago. A ninguna dama le gustaba que la consideraran única por su defecto más notorio.

—Quiere usted pintar a una dama con canas —espetó—. Hay cientos. Miles, incluso. Puede usted elegir.

—No hay ninguna como usted. —Su intensa mirada la recorrió de pies a cabeza, desde el adorno de cristal hilado que lucía en el pelo hasta el dobladillo de la falda blanca de seda y crepé—. No que yo haya visto.

Ella resopló con desdén.

—Ya imagino. No es frecuente que una dama de mi edad...

Se calló de golpe.

¿Qué demonios hacía hablando con él sobre su pelo? Debería haberse marchado en cuanto lo comentó en lugar de quedarse allí para complacer su lascivo interés. Ni siquiera a un artista se le disculparía por hablar de la figura de una dama con tanta franqueza.

—No es por su juventud. —Volvió a girar la silla hacia ella—. Ni siquiera es el color de su pelo, aunque es impresionante.

«Impresionante».

La palabra resonó en la estancia en penumbra. Stella la oyó no solo con los oídos, sino también con el corazón, fue como un bálsamo para su orgullo herido. Sabía que no debía animarlo, pero...

—¿Qué es entonces? —preguntó.

—Pues una estrella, Stella —dijo—. ¿Nadie se lo ha dicho? Es esa cualidad la que necesito pintar.

El cumplido la dejó sin aliento. La habían elogiado muy pocas veces en su vida, y nunca por su belleza. ¡Y la había llamado estrella, nada menos!

El señor Hayes había pronunciado las palabras con naturalidad, pero sin pizca de frivolidad. A sus ojos asomaba una seriedad que contrastaba con su actitud relajada. «Necesito pintarla», había dicho. No «deseo». Aquel propósito significaba algo para él. Mucho, si Stella no se equivocaba.

Se acercó a ella.

—Me fascina la luz, ¿sabe? Plasmarla en el lienzo es todo un arte. Se puede ver en las obras de Turner y Constable. Y en otras modernas, como la de Whistler. Puedo enseñársela, si quiere, cuando volvamos a Londres.

La expectativa le encogió el corazón a Stella.

—¿Supone que volveremos a vernos?

—Claro. —Al sonreír dejó entrever un breve destello de sus dientes blancos y uniformes—. He tardado tres meses en encontrarla. No creo que la deje marchar.

Una ola de calor le trepó por el cuello. Debería estar ofendida. Pero era difícil indignarse cuando el señor Hayes hablaba con tanta naturalidad.

No pudo evitar soltar lo primero que le pasó por la cabeza:

—Qué peculiar es usted.

Él sonrió con picardía.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Puede tomarlo como quiera. Pero no consentiré que me pinte, señor. Mi hermano es clérigo.

Esa vez la sonrisa asomó también a los ojos del señor Hayes.

—Parece una incongruencia.

—No pensaría eso si conociera a mi hermano. Y si él se enterara de esto...

—¿Es necesario que lo sepa?

Stella sintió una punzada de indignación y se puso tensa.

—¿Cree que ando por ahí engañando a mis seres queridos?

A él se le borró la sonrisa y adoptó una expresión inquietantemente seria mientras la observaba.

—No. Supongo que no. Imagino que es usted leal hasta la médula. Otra razón por la que brilla con tanta intensidad.

Ella agachó la cabeza, se negaba a seguir tolerando más halagos.

—De verdad, señor, esto es demasiado. No debería aprovecharse así de mí.

—No tengo elección. Me rehuyó usted una vez. No puedo arriesgarme a que lo vuelva a hacer.

—Esto no es el Museo Británico. Es una fiesta de invierno. Los dos estamos encerrados aquí hasta que termine. No podría evitarle aunque quisiera.

—Apuesto a que es usted capaz de cualquier cosa que se proponga —afirmó—. Solo le pido que...

—No —insistió—. Es imposible.

Hizo girar la silla hacia ella.

—Pero debo pintarla. Me volveré loco si no lo hago.

Stella no pudo evitar sentirse culpable. ¿Qué daño podía hacer que posara para un retrato?

No.

Quizá fuera lo bastante rebelde como para teñirse el pelo, pero esa rebeldía debía tener un límite. El tinte circasiano era temporal. Un cuadro sería para siempre.

—Lo lamento mucho —dijo. Y antes de que pudiera ceder a la tentación y preguntarle algo más sobre su obra (o peor aún, sobre él), se recogió la falda y salió disparada de la habitación.

❋❋❋

Esa vez, Teddy no hizo ademán de seguirla. Se quedó en la salita en penumbra maldiciéndose por haberse mostrado tan vehemente.

De todas las cualidades masculinas ofensivas que las damas detestaban, la impulsividad era una de las peores. Eso decía Alex. Un caballero nunca debía revelar sus cartas. Nunca debía admitir que deseaba la compañía de una dama más de lo que una dama deseaba la suya. Hacerlo suponía situarse de inmediato en una posición de debilidad. Y las damas detestaban la debilidad en un hombre, casi tanto como aborrecían la imprudencia.

Teddy se frotó el mentón algo frustrado. A diferencia de su cuñado, que había pasado su juventud ganándose la vida como jugador por Europa, a Teddy no le gustaba jugar a cartas. Había pensado que podría persuadir a la señorita Hobhouse diciéndole la verdad. La había tratado con total honestidad. No se había andado con rodeos al hablar de su belleza ni de su desesperación por plasmarla en un lienzo. Se había sincerado del todo.

Y ese era el motivo por el que estaba sentado allí, solo.

—¡Maldita sea! —murmuró.

No estaba acostumbrado a convencer a damas de buena cuna para que posaran para él. Hasta entonces se había limitado a retratar a su hermana y su tía, y luego, con el tiempo, a las esposas de sus amigos. También había pintado a otras mujeres. Aunque no eran damas precisamente.

Durante sus años de estudio en París, cuando era un joven y diligente discípulo del artista y profesor Charles Gleyre en su renombrado taller de Montparnasse, muchas prostitutas estaban dispuestas a posar por unos pocos céntimos. El portafolio de Teddy estaba repleto de bocetos de ellas. Sus compañeros de estudios podían presumir de lo mismo. A decir verdad, las profesiones de prostituta y modelo solían ir de la mano.

Esas mujeres solían vivir ocultas en los burdeles, pero de vez en cuando se las podía encontrar en otros lugares, deambulando por las calles o paseando por algún jardín público. Teddy había pasado incontables horas sentado junto a los elegantes paseos del Bosque de Boulogne, esperando la aparición de su musa.

Pero cuando por fin ocurrió, no fue en un parque parisino ni en un burdel. Fue en Londres, en una galería sofocante del Museo Británico. Un encuentro que ocurrió por pura casualidad, cuando él menos lo esperaba.

Y esa vez, la musa que despertó su atención fue auténtica. No se trataba de un capricho pasajero que pudiera inspirar uno o dos bocetos, sino una auténtica Calíope, Clío o Erato de carne y hueso. Una musa capaz de inspirar una obra maestra.

Había pasado los últimos tres meses convencido de que nunca volvería a verla.

—¿Teddy? —La voz de su hermana se oyó desde el pasillo—. ¿Estás ahí?

Suspiró. No le extrañaba que hubiera ido a buscarlo. Seguro que pensaba que había tenido alguna dificultad.

—¡Aquí dentro! —le respondió.

Laura apareció en la puerta unos segundos después. Llevaba un vestido de gala de seda azul celeste, adornado con cintas plisadas y encaje de seda natural. Sobre la cabeza, y a modo del clásico gorrito de dormir empleado por las matronas, lucía un retal confeccionado con el mismo encaje de seda natural con el que cubría el hermoso moño moreno que se había hecho con la trenza.

Tenía veintisiete años, solo tres más que él. Una diferencia insignificante, multiplicada, en silencio, por el peso de la discapacidad de Teddy y la suya. Laura había contraído escarlatina al mismo tiempo que él. Le había afectado a los pulmones y, al principio, le costaba respirar cuando se esforzaba demasiado. Aun

así, cuidó de él durante su enfermedad. De hecho, lo había cuidado durante tanto tiempo que no podía evitar sentirse más como una madre que como su hermana.

Teddy la adoraba por eso, aunque no le gustaba que se preocupara tanto.

—Estoy bien, antes de que preguntes. Estaba hablando con una señorita.

Laura sonrió al acercarse. Su falda emitía un susurro de costosa seda francesa al rozar sus enaguas bien almidonadas. Los años que llevaba viviendo en el continente la habían ayudado a mejorar la calidad de sus prendas, pero su esencia británica, sensata y práctica, permanecía inalterada.

—¿La muchacha de pelo castaño rojizo que acabo de ver corriendo por el pasillo?

—Sí. —Frunció el ceño—. Es decir, no. No tiene el pelo castaño rojizo. Es la dama de la Galería del Rey.

Laura arqueó las cejas. Llevaba tres meses oyendo cómo Teddy se lamentaba por la pérdida de su musa. Y ella sabía mejor que nadie lo que había significado para él.

—¡La has encontrado! Ay, Teddy...

—Sí, la he encontrado, pero la he vuelto a perder. —Frustrado, se pasó la mano por el pelo, alborotando los mechones que tan bien había peinado con pomada —. La he asustado.

Su hermana se sentó al borde de una silla. Enseguida adoptó un tono consolador.

—Tú no podrías asustar a nadie.

—En ese caso la he escandalizado.

—Es difícil que se escandalice con facilidad si se ha teñido el pelo —señaló ella.

Teddy no podía negar aquella verdad. Conocía lo suficiente a las damas —y a la sociedad respetable— como para saber que teñirse el pelo se consideraba tan indecoroso como pintarse la cara. Pero la señorita Hobhouse era sin duda la excepción a la regla. No usaba cosméticos para embellecerse. Más bien, al contrario. Al teñirse el pelo, intentaba parecer corriente. Estaba convencido de ello, aunque no lo comprendiera del todo.

—No creo que esperara encontrarse con ningún conocido —dijo.

—Debe de conocer a alguien —respondió Laura—. ¿Cómo iba a estar invitada si no?

—No tengo ni la más remota idea.

—¿Te has quedado con su nombre al menos?

—Señorita Hobhouse.

No mencionó su nombre de pila. Stella, por estrella. Era demasiado íntimo. Demasiado perfecto. Quería quedárselo solo para él, aunque solo fuera por un rato más. Fue un impulso romántico y tonto, y muy acorde con el resto de aquel asunto infernal, pues había estado idealizando a su desconocida de cabello plateado desde el momento en que la vio por primera vez.

—Por lo visto es hermana de un clérigo —añadió.

—Ah, ¿sí? —Se hizo un silencio largo—. Es muy guapa.

—Sí —asintió malhumorado—. Aunque no me sirve de nada.

Laura volvió a sonreír.

—No te desanimes. Está en Sutton Park, ¿verdad? Tendrás muchas ocasiones de robarle algunas miradas y hacer un boceto durante las fiestas.

—Y «robar» sería la palabra clave. No me ha dado permiso.

—Podrías hacer alguna concesión.

—¿Como por ejemplo?

—Podrías alterar su rostro antes de plasmar tu boceto preliminar en el lienzo. Sería una forma de respetar...

—La quiero entera —la interrumpió con impaciencia—. Su rostro. Su figura. Su cabello plateado. Esa es mi estrella. Debe ser todo o nada.

Laura frunció el ceño con preocupación.

—¿Qué puedo hacer?

—Nada.

—Bobadas. No me costará conocerla. Una vez que lo haga...

—¿Qué harás? ¿Encontrarás la forma de que entablemos amistad? —se burló él —. No, gracias.

Puede que no fuera tan independiente como quisiera, pero seguía siendo un hombre. No permitiría que su hermana mayor actuara de intermediaria con una jovencita. Y menos con aquella.

—No me queda más remedio que intentarlo de nuevo por mi cuenta —dijo—. Tendré más tacto la próxima vez. Intentaré no asustarla.

—Tienes una semana entera para probar tu estrategia.

Teddy torció el gesto. Sabía cuándo su hermana lo estaba poniendo a prueba.

—Estrategia, ¿eh? Llevas demasiado tiempo casada con Alex. ¿Dónde está, por cierto?

—La última vez que lo he visto estaba hablando con uno de los señores naturalistas sobre la acidez del suelo.

—Un tema fascinante.

—Parecía estar disfrutando.

—Apuesto a que sí. —Lo que más le gustaba a Alex Archer era ganarse la confianza de la gente. No le cabía ninguna duda de que, al final de la velada, poseería todos los secretos botánicos del reino—. ¿Y tú? —Observó el rostro de su hermana—. ¿Lo estás pasando bien?

A diferencia de su marido, Laura estaba acostumbrada a una vida más tranquila. Antes de que ella se casara, Laura y Teddy habían vivido juntos en una pequeña casa de campo en Surrey, prácticamente aislados, bajo el dudoso cuidado de su anciana tía Charlotte. Incluso en su perfumería de Grasse, Laura y Alex eran muy reservados y disfrutaban mucho más de la compañía mutua que del *glamour* y la emoción de sus habituales viajes a París y Londres.

Teddy era quien ansiaba emociones, para su constante frustración. Cada aventura suponía un obstáculo. Y no todos los contratiempos surgían del mundo que lo rodeaba. Algunos los creaba su familia, las personas que más lo querían. Sentía sus restricciones tanto como las de su silla. Peor aún, porque últimamente esas limitaciones habían sido más difíciles de superar.

—Tengo muchas ganas de volver a casa —confesó Laura con franqueza—. Cosa que, en realidad, es una tontería. Volveremos pronto, en primavera, cuando todo esté floreciendo.

—Podrías regresar antes —sugirió su hermano.

—¿Y acortar nuestra visita a Tom y Jenny en Londres? ¿O nuestro viaje a Devon después de Navidad para ver a Justin y Helena, y a Neville y Clara? Por no mencionar este asunto de las rosas para la perfumería. —Negó con la cabeza—. No. Debemos quedarnos en Inglaterra hasta marzo. Estoy decidida a disfrutar de la estancia.

Teddy conocía a todos los amigos de la infancia de su cuñado y a sus esposas. Tom y Jenny Finchley, Justin y Helena Thornhill, y Neville y Clara Cross eran casi como de la familia para Alex y Laura. Y también para Teddy. Lo habían aceptado en su círculo con la misma facilidad con la que acogieron a Laura. Cosa que él pretendía aprovechar cuando la pareja regresara a Francia.

Su hermana aún no lo sabía, pero él no tenía intención de volver a casa con ellos.

—Lo dices como si fuera un sacrificio.

—No es así. Me encanta bailar con Alex dondequiera que estemos.

—Ah, sí, bailar... —Esbozó una mueca—. Me resulta un poco incómodo con la silla.

La compasión iluminó los ojos azul grisáceos de la mujer. No sentía lástima por

él, pero comprendía las dificultades que tenía para abrirse camino en el mundo.

—No tenías por qué haber venido al baile. A lord March no le habría importado.

—Me habría importado a mí. Tal vez no pueda bailar, pero pueden hacerme un hueco en el salón. Y si a alguien le incomoda verme...

—Pues claro que no —protestó Laura, horrorizada por la sugerencia.

Teddy reprimió un gesto de irritación. Su hermana quizá quisiera edulcorar la situación, pero no tenía sentido engañarse. Era mejor ver su discapacidad de la forma más pragmática posible. Y eso significaba reconocer cómo lo percibían los demás.

Su silla era molesta, tanto física como visualmente. La habían fabricado a medida para él en Francia y se asentaba sobre el eje de un carruaje, disponía de un asiento de respaldo alto de madera bien acolchada, dos grandes ruedas con radios a cada lado y una rueda más pequeña en la parte trasera, que ayudaba a girar. Era una clara mejora respecto a la tradicional silla Bath, que solo podía ser tirada por un caballo o empujada por un asistente, pero era imposible no verla como lo que era: una silla de inválido. Un artilugio incómodo para un hombre incapaz de mover las piernas.

—Los hay que sí —aseguró—. A la gente no le gusta que le recuerden su propia mortalidad. Les incomoda.

—Qué tontería.

—Sí. Exacto. —Forzó una sonrisa—. Por suerte, no vivo para hacer sentir cómodo a nadie, excepto a mí mismo. Y me gusta escuchar la música y ver a los bailarines. Además, es probable que la señorita Hobhouse haya vuelto al salón de baile. Ella también bailará.

Laura frunció el ceño algo dudosa.

—¿Te conformarás con observarla?

Teddy se encogió de hombros.

—Será suficiente —aseguró—. Por ahora.

Tendría que serlo.

Capítulo 3

Stella no regresó al salón de baile. Estaba demasiado nerviosa tras su encuentro con el señor Hayes. Se estaba derritiendo por dentro con solo imaginar que él podía volver a sentarse en un extremo de la pista a observarla con esa perspicacia suya.

Estaba demasiado acostumbrada a ser invisible. Ese era el problema. Su nuevo cabello castaño rojizo ya le había granjeado cierta atención: la admiración reconfortante que había aspirado a provocar durante su adolescencia. Pero eso de que sin previo aviso todos la vieran en su totalidad...

La hacía sentir desnuda. Totalmente expuesta.

Cuando el señor Hayes la miraba, no lo hacía con simple admiración masculina. Había algo más. Una especie de reconocimiento elemental que Stella sentía en lo más profundo de su ser. Regresar sería como desfilar desnuda por el salón. Sin duda, la sensación sería la misma.

«Debo pintarla», había dicho. «Me volveré loco si no lo hago».

A pesar de estar ya a salvo en su habitación del primer piso, todavía tenía el corazón acelerado a causa de la acalorada declaración de hacía más de una hora. El vestido de fiesta, las enaguas, el miriñaque y el corsé estaban en la cama, a su espalda. Stella se tomaba una taza de té con leche sentada junto al fuego y ataviada con su bata de lana más abrigada.

Se sentía desorientada. Confusa. Y se debía, en parte, a su desconcertante encuentro con el señor Hayes. Su inquietud tenía que ver también con el hecho de estar lejos de casa, desconectada de todo lo que la definía y la convertía en la persona que era. No solo su cabello gris, también su amada *Locket*.

Locket era una yegua impetuosa con fuego en las venas. Tenía el pelaje de color blanco plateado y había heredado el imponente tamaño de su famoso padre purasangre, *Stockwell*, además de conservar la elegante cabeza delineada y los ojos separados de su madre, una mestiza árabe. Montarla era una gesta que no estaba al alcance de muchos. Estaba acostumbrada a llevarla a hacer ejercicio a diario, una actividad necesaria para el bienestar físico y mental de ambas.

Con su partida de Londres, se vio obligada a enviar a *Locket* a Fostonbury, en compañía de su mozo, John Turvey. Fue lo más considerado. Y también lo más

sensato. A fin de cuentas, después de la fiesta, Stella regresaría a allí, no a la ciudad.

Echaba de menos a su yegua. Ella y *Locket* tenían una relación especial. Era más que una simple alianza. Más, incluso, que una amistad. Era una forma de dependencia mutua. Stella no podía ser del todo ella misma —feliz, firme, valiente— sin *Locket*. Y *Locket*...

Bueno.

Sin Stella, *Locket* no tendría muchas posibilidades de sobrevivir. Cuando se topó por primera vez con la impetuosa yegua, *Locket* iba camino del matadero.

—Le salvaste la vida —había comentado Anne en una ocasión, cuando habían salido a cabalgar juntas en los primeros días de su amistad.

—Más bien, ella salvó la mía —había respondido—. Nunca me habría atrevido a venir a Londres a participar de la temporada si *Locket* no me hubiera acompañado.

Tampoco se sentía muy valiente en ese momento, escondida en una habitación del primer piso, tomando el té mientras el baile continuaba abajo.

Allí la encontró Anne cuando el pequeño reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea dio las once.

—¡Por fin! —Su amiga entró y cerró la puerta—. Me ha costado muchísimo encontrarte.

Todavía llevaba puesto el vestido de gala, una obra maestra de terciopelo carmesí intenso, adornado con bordados florales de color negro y rosas de terciopelo rojo. Se lo había encargado al modisto de la corte, Ahmad Malik, el mismo día que Stella le encomendó la confección de su vestido de fiesta. El señor Malik era conocido por sus creaciones atrevidas pero a la vez elegantes. Su querida amiga, la también amazona Evelyn Maltravers, lo conoció y se enamoró de él gracias a su trabajo.

Evie, de cabello castaño rojizo y gafas, era una integrante valiosa de su pequeño grupo de equitación. La señora Julia Blunt, antes Julia Wychwood, era otra. Todas amaban los caballos y podían considerarse excelentes amazonas. Se conocieron durante el transcurso de varias temporadas fallidas en Londres y habían creado un vínculo de amistad inquebrantable.

Stella no veía a Anne desde su entrada al salón esa noche. Entonces, Hartford había prometido encontrarle una buena pareja de baile. Y quizá lo habría hecho si se hubiera quedado.

Después de lo mucho que se había afanado en peinarse y vestirse, ni siquiera había bailado una sola vez. Qué desperdicio.

Aunque en su fuero interno no sentía eso.

El encuentro con el señor Hayes le había encendido la sangre con más intensidad que una docena de valses con una docena de caballeros sin nombre ni rostro.

—Te he buscado por toda la casa —dijo Anne mientras se apartaba un mechón dorado de la frente—. Primero por el salón de baile, luego por el invernadero, e incluso por el jardín de rosas.

—Pues ya ves que estoy aquí —respondió.

Su amiga se sentó en una silla a su lado. Su ajustado corpiño de terciopelo era de hombros caídos. Las llamas crepitantes de la chimenea proyectaban sombras sobre la curva de alabastro del pecho y la garganta.

—¿Te encuentras mal?

—No, no. Solo estoy cansada. —Stella le dedicó una breve y triste sonrisa—. Siento haberme escapado.

—Ya imagino —repuso Anne con fingida severidad—. Tú no eres de las que se acobarda ante un desafío.

—Supongo que no me sentía yo misma.

—No me extraña. —Anne miró de forma elocuente el pelo de su amiga. No le había hecho ninguna gracia que Stella comprara el tinte circasiano, y mucho menos que lo usara—. Pensaba que esta farsa era para tener más valor.

—No es solo por el tinte. Ya sabes que me altero cuando paso demasiado tiempo separada de *Locket*.

—¿Es eso lo que te preocupa? Pero tú confías mucho en tu mozo...

—Sí, claro, ya sé que Turvey la alimentará y le dará de beber. Pero será a mí a quien echará en falta. No nos habíamos vuelto a separar desde que acompañé a mi hermano a esa maldita conferencia ecuménica en Exeter el pasado verano. Y solo fueron unos días. No puedo evitar preocuparme sabiendo que estaré fuera una semana entera.

La fiesta se prolongaría hasta Navidad. Lady Arundell, Anne y Stella no se marcharían hasta el lunes siguiente.

—Bailar podría haberte distraído.

—Tal vez. —Guardó silencio unos segundos y añadió—: En otras circunstancias.

Anne comprendió lo que quería decir. Había estado presente cuando Stella se cruzó por primera vez con el señor Hayes en el Museo Británico y vio cómo el encuentro había desconcertado a su amiga.

—Al final no tenías nada que temer —comentó—. Resulta que el caballero de la silla de ruedas es del todo inofensivo. Solo es el hermano de uno de los invitados. Un aspirante a artista, tengo entendido. Al parecer, ha regresado hace poco de París, donde ha pasado varios años estudiando con algún pintor famoso.

—¿Ha estudiado en París? —repitió Stella con cierta sorpresa. Sabía que el señor Hayes residía en Francia, pero no había pensado que fuera tan cosmopolita. Supuso que su impertinencia se debía solo a la supuesta fascinación que sentía por ella, no a la costumbre de relacionarse con parisinos sofisticados y bohemios.

¿Entonces era un retratista de verdad? ¿No se trataba solo de un caballero descarado intrigado por la apariencia de una joven que antes tenía el cabello gris, y que buscaba la forma de perturbarla con halagos sin sentido? ¿De verdad era un hombre que veía algún valor artístico en su rostro y figura?

—Eso explica en gran medida el descaro con el que te trató en la Galería del Rey —observó Anne.

—Sí —reconoció Stella mientras tomaba un sorbo de té con aire pensativo—. Supongo que sí.

—Así que, como ves, no tenías motivos para huir. De hecho —continuó su amiga, inclinándose hacia adelante en su silla—, hubieras hecho mejor en quedarte. Pasaron muchas cosas después de que te fueras.

Stella advirtió el temblor de emoción que se ocultaba bajo las palabras de lady Anne Deveril. Se irguió de inmediato y olvidó por un momento sus inseguridades.

—¡Dios mío! ¿Qué pasó?

—Oh, Stella. —Los ojos color jerez de Anne destellaban de emoción—. ¡Hartford y yo nos vamos a casar!

—¿¡Qué!? —Dejó enseguida la taza en la pequeña mesa de palisandro con incrustaciones que tenía al lado para no derramar lo que quedaba de té—. ¿Cuándo? —balbució—. ¿Cómo?

—Se ha armado un buen alboroto en la biblioteca. Un caos total con su familia. Pero, en resumen, una vez que los demás se fueron, Hartford me propuso matrimonio y acepté. —A los ojos de Anne asomaban lágrimas de felicidad—. Vamos a ser muy felices juntos.

A Stella también se le saltaron las lágrimas. Cruzó la corta distancia que las separaba y la estrechó entre sus brazos. Las dos se abrazaron con fuerza.

—Querida, me alegro muchísimo por vosotros.

—Yo también. Estoy encantada. Eufórica. Atónita. —Anne soltó una risa

temblorosa—. ¡Qué noche! Todavía no puedo creer que sea real.

—Lo amas, ¿verdad?

—Sí —reconoció Anne—. Que Dios me ayude. Y él también me ama. Jura que siempre me ha amado.

—Claro que sí. ¿Cómo no iba a amarte? —Se apartó para mirarla a los ojos. Nunca había visto el semblante de su amiga tan lleno de alegría. Ni siquiera cuando galopaban juntas en Rotten Row—. ¡Ay, Anne! ¡Menuda sorpresa!

—Lo sé. Imagínate, ayer todavía vestía de negro, hoy llevo un modelo de terciopelo carmesí y pronto vestiré de blanco.

Anne y su madre, lady Arundell, llevaban casi siete años de luto por la pérdida del difunto conde de Arundell. Anne se había quitado su vestimenta negra justo el día anterior, un acontecimiento que ya era impactante de por sí. Un compromiso matrimonial suponía otro feliz cambio en su situación que debía ser aclamado universalmente.

—Otra boda —dijo Stella—. Tal como Julia predijo.

Anne volvió a reír.

—Sí que lo dijo. Casi lo había olvidado.

Julia también estaba recién casada. Era una joven intelectual con el cabello negro azabache que había regresado por unos días a la ciudad hacía unos meses con su adusto esposo, el capitán Jasper Blunt, un héroe con cicatrices de guerra, para asistir a la boda de Evie con el señor Malik. La sencilla ceremonia se celebró en Russell Square, donde vivía el tío de Evie, el señor Fielding. Fue allí donde Julia comentó que de una boda solía salir otra. Y al decirlo le había dado a Stella un empujoncito cómplice.

Como era natural, Julia había supuesto que Stella sería la siguiente. Ninguna de ellas habría imaginado que sería Anne, su almidonada líder vestida de negro, pues llevaba mucho tiempo declarándose satisfecha con su soltería.

Stella sintió una punzada de tristeza al pensarlo. No porque anhelara casarse, sino porque deseaba ser libre, e, irónicamente, el matrimonio era la única forma de conseguirlo. Hasta que se casara, debía vivir bajo el yugo de su hermano. O peor aún, empezaba a temer que viviría bajo el yugo de la futura esposa de su hermano. Y el reinado de la santurrona señorita Amanda Trent no prometía ser agradable.

Era una de las razones por las que había ido a Hampshire: para frustrar los planes matrimoniales de su hermano. Sin ella como acompañante, sería menos probable que pasara las vacaciones cortejando a la señorita Trent. Había menos

probabilidades de que le propusiera matrimonio.

Pero no podría frustrar los planes de Daniel para siempre. Terminaría casándose con alguien. Y cuando llegara ese día, el reloj de arena del destino de Stella se daría la vuelta y la arena empezaría a caer. Ya no la necesitarían en la vicaría. Posiblemente, ni siquiera querrían que estuviera allí.

La única solución era encontrar un marido.

Pero era más fácil decirlo que hacerlo.

De momento solo tenía un pretendiente viable: el hacendado Smalljoy, un viudo, feligrés de su hermano en Fostonbury. Aunque calificarlo de viable era exagerado. El hombre rondaba los sesenta. Sería mejor decir que estaba dispuesto.

—No le importará que tengas canas —había dicho Daniel.

¡Como si esa fuera la única circunstancia a tener en cuenta! ¿Y la compatibilidad? ¿Y la amistad? ¿Y el amor?

Por no mencionar que preferiría casi cualquier cosa antes que terminar sus días en el condado de Derby, a menos de ocho kilómetros de su hermano, condenada a pasar el resto de su vida en el mismo estado lamentable en el que la había empezado. Una sombra. Una preocupación secundaria. Y además casada con un viejo granjero aburrido. Un hombre que, al casarse, tendría derecho a sus escasos recursos. A su cuerpo. ¡A su caballo!

Pero Stella no pensaba amargarle el momento a su amiga compadeciéndose de sí misma.

—Supongo que era inevitable —dijo sonriente—. Todas tenemos la misma edad, y estamos participando en la temporada londinense. El matrimonio es el objetivo, ¿no?

—Nunca lo fue para mí —confesó Anne—. Al menos jamás me lo planteé con ningún otro caballero que no fuera Hartford, desde luego. Una vez que has sentido el amor verdadero, es imposible conformarse con menos.

—¿Y por qué deberías hacerlo? —respondió. Nadie debería conformarse con un matrimonio sin amor. Ni siquiera las chicas de campo con canas y sin mucha fortuna.

Como de costumbre, Anne se mostró confiada en el porvenir de Stella.

—Tú tampoco tendrás que conformarte. —Le estrechó las manos con actitud tranquilizadora—. Todavía estaremos seis días más en Sutton Park. Tiempo de sobra para encontrar al caballero adecuado. Si de verdad quieres casarte.

—Lo que yo quiero es encontrar solo una fracción de la felicidad que sientes, querida —admitió—. Qué bien te sienta estar prometida. —Recuperó la sonrisa,

aún más radiante que la anterior—. Ahora, cuéntame otra vez cómo te propuso matrimonio el señor Hartford. ¡Quiero saber todos los detalles de ese momento tan romántico!

❋❋❋

La noche siguiente, después de cenar, Stella y el resto de los invitados se dirigieron al espacioso salón del conde de March. La estancia estaba empapelada con damasco de seda verde manzana, amueblada al estilo rococó e iluminada por un par de magníficas lámparas de araña Montgolfière de cristal italiano. Toda la sala había sido decorada para navidad con ramas de pino, guirnaldas de acebo y hiedra, y un imponente árbol que relucía con sus velas encendidas y frutas doradas.

Los esperaba una hilera de sirvientes ataviados con librea, armados con bandejas cargadas de copas del champán propio de las celebraciones, a la espera de que el conde anunciara formalmente el compromiso de su nieto.

La noticia no era ningún secreto. Los allí reunidos habían pasado todo el día murmurando y mirando de reojo al señor Hartford, el conde, y a su hijo mayor, el vizconde Brookdale.

—Estoy convencida de que los invitados ya han adivinado cuál será el anuncio —le dijo Stella a Anne mientras alcanzaban las copas de champán de la bandeja de un lacayo que pasaba.

—No es el compromiso lo que han adivinado —respondió Anne—. Es el origen del drama que salpicó a la familia anoche en la biblioteca.

Stella arqueó las cejas con curiosidad. Aunque su amiga había mencionado el caos familiar, aún no había entrado en detalles.

Pero Anne no estaba más dispuesta a aclararlos en ese momento que la noche anterior en la habitación de Stella.

—No soy yo quien debe contarlos.

El señor Hartford estaba de pie al otro lado de Anne y tenía la mano apoyada en la espalda de la joven. Era un caballero alto, de hombros anchos, con el cabello castaño y unos ojos azules en los que siempre brillaba el buen humor.

—Si sigue siendo un secreto —susurró con delicadeza—, no lo será por mucho tiempo.

Stella los miró.

—¿Qué ha pasado?

—¿Ves a ese caballero que está de pie junto a mi prima? —preguntó el señor

Hartford.

Stella siguió la dirección de su mirada. Al otro lado de la habitación, Mariah Spriggs, la hijastra del tío del señor Hartford, el vizconde Brookdale, aguardaba de pie cerca de la puerta acompañada de un apuesto joven moreno. Los dos sostenían sendas copas de champán y se sonreían mientras conversaban.

El señor Hartford bajó la voz.

—Ese caballero es Marcus Neale. Mi hermanastro.

Stella volvió a mirar al señor Hartford al comprenderlo todo enseguida. Él no tenía hermanos. Ni hermanastros. Al menos que ella supiera. Lo que significaba...

—Exacto —corroboró Anne, leyendo el pensamiento a Stella—. El señor Neale es un hijo ilegítimo. Su existencia ha sido toda una sorpresa para el conde y el vizconde Brookdale.

Era el mayor eufemismo que había oído. Puede que el conde de March fuera un botánico genial y despistado que se paseaba con la ropa manchada de barro y el pelo blanco despeinado, pero su hijo y heredero, el vizconde Brookdale, tenía fama de ser uno de los miembros más severos, puritanos y moralistas del parlamento. El hecho de que el difunto hermano menor de lord Brookdale, igual de moralista, hubiera engendrado un hijo ilegítimo había debido de suponer una profunda conmoción.

—¿Lo ha reconocido el conde? —preguntó Stella—. Para ser más concreta, ¿lo ha hecho lord Brookdale?

—Lo harán —aseguró Hartford.

Pero esa noche no, al parecer. Esa noche era para las buenas noticias, no para los escándalos.

El conde de March se separó de la concurrencia y se detuvo frente a la sala. Alzó la voz por encima de los murmullos de los elegantes invitados que seguían arremolinándose por el salón.

—Damas y caballeros. Estimados invitados. Les pido que levanten sus copas en esta feliz ocasión.

Stella levantó la copa e intercambió una sonrisa con su amiga.

Anne estaba radiante. A su lado, Hartford miraba con cariño a su futura esposa con una gran sonrisa en los labios.

—Me complace anunciar el compromiso de mi nieto, Félix Hartford, con lady Anne Deveril, hija de mi querida amiga la condesa de Arundell. —Lord March alzó su copa. El champán brillaba como oro líquido a la luz de las velas del candelabro que colgaba sobre él—. ¡Brindemos por su salud y felicidad, y por un

matrimonio largo y fructífero!

Los vítores se oyeron por toda la sala, junto con murmullos de alegre sorpresa.

Stella bebió un buen trago de champán mientras los invitados se acercaban para felicitar a Anne y a su prometido. Presa de una alegre conmoción, la creciente multitud fue empujando hacia atrás a Stella, que estaba cada vez más lejos de su amiga, desplazada por la oleada de simpatizantes.

Era de esperar. Había llegado el momento de Anne; ahora le tocaba a ella destacar. Era el momento con el que muchas jóvenes habían soñado toda su vida.

Aunque no era su caso. Ni tampoco el de Anne, hasta ese momento: sin duda había sido la menos romántica de todas sus amigas y la menos propensa al sentimentalismo excesivo. Pero a juzgar por su semblante —el brillo en sus ojos y el resplandor en sus mejillas—, ese sentimiento de indiferencia había cambiado; estaba comprometida. En cuanto a ella...

A pesar de lo feliz que estaba por su amiga, Stella recelaba tanto del romance como siempre. Se separó de la multitud y se dirigió hacia las cortinas de terciopelo que cubrían los ventanales de la otra punta del salón.

Quizá fuera envidia. Como no tenía ninguna perspectiva romántica, desdeñaba el romance de los demás. Sin embargo, eso era más propio de una solterona amargada que de una muchacha de veintidós años. Se suponía que debía afrontar su futuro con entusiasmo y optimismo. Si no para siempre, al menos por el momento. Debería estar disfrutando al máximo de su momento de libertad con su cabello castaño rojizo.

Por eso se había teñido el pelo. Para disfrutar de la atención que recibiría sin sus mechones plateados.

Inclinó la copa y apuró el resto del champán. Era una cosecha cara. Y potente, además. La bebida burbujeaba en sus venas. Envalentonada por la sensación, recorrió la sala con la mirada en busca de posibles pretendientes.

Lucía otra creación del señor Malik: un vestido de noche confeccionado con seda glaseada violeta pálido, de corte ceñido, con escote en forma de corazón y una falda doble adornada con encaje maltés. Un afable caballero mayor que rondaba entre la multitud con su esposa le dirigió una mirada escrutadora al pasar.

Se puso un poco tensa. No le interesaban los hombres casados y, por muy halagador que fuera pensar que le parecía atractiva, le resultaba ofensivo que alguno de ellos fuera tan descarado como para dar muestras de interés.

No buscaba una aventura amorosa. Ni siquiera buscaba el amor. Ya no. Con dos temporadas a sus espaldas y solo cinco días de fiesta por delante, no tenía tiempo

para fantasías infantiles. Al contrario. Había llegado el momento de rendirse a un pragmatismo despiadado.

Lo que necesitaba era un buen partido. A ser posible alguien menor de cuarenta años. Un rostro atractivo ayudaría, pero no era indispensable. Precisaba un buen saldo bancario. Su futuro esposo debía ser un hombre con propiedades. Un hombre con una hacienda donde ella y, más importante aún, *Locket*, pudiera vivir el resto de sus días en paz.

Eso sí que era indispensable. Seguridad. Estaba decidida a ser realista.

Siguió deambulando mientras miraba con disimulo a cada caballero que se cruzaba.

O quizá no disimulaba tanto.

Su evidente escrutinio fue recibido con distintos grados de interés y alarma. Tal vez estaba siendo demasiado atrevida. Pero si una dama debía esperar a que un caballero se le acercara, podía esperar hasta el fin de los tiempos. Y aquel maldito tinte dorado circasiano no duraría para siempre. Cuando terminara la fiesta, el cabello de Stella volvería a ser gris.

Y con él, su vida.

No iba a desperdiciar la oportunidad, aunque tuviera que tomar las riendas ella misma. Quizá tuviese que conformarse con algo que no fuera amor, pero se merecía un buen hombre. Un hombre decente. Un hombre que, con mucha suerte, pudiera acelerarle el corazón.

Casi había llegado a la ventana cuando lo vio.

El señor Hayes estaba sentado en una hornacina al otro lado del árbol de navidad. Su silla de ruedas aguardaba bajo un óleo de un rebaño de ovejas en Hampshire dormitando a la sombra de un árbol. No estaba solo. Lo acompañaban una dama y un caballero muy elegantes que charlaban amistosamente. Pero el señor Hayes no les prestaba atención. Estaba mirándola a ella.

Él le sostuvo la mirada inquisitiva con una leve sonrisa.

El corazón de Stella dio un extraño brinco.

Hasta el momento se había esforzado por evitarlo. No le había costado mucho. Sutton Park era una enorme mansión gótica y había muchos invitados. Durante el primer día completo en la residencia se formaron grupos que desaparecieron para jugar o atender asuntos de horticultura. Solo se habían reunido todos durante la cena. Stella estuvo sentada cerca de la cabecera de la larga mesa de caoba del comedor, y el señor Hayes, al fondo, donde apenas podía verlo, oculto tras

imponentes candelabros de plata y una larga hilera de minuciosos centros de mesa, elaborados con filigranas de flores exóticas cultivadas en los famosos invernaderos del conde.

Sin embargo, Stella había percibido su presencia al otro lado de aquel resplandeciente muro que formaban la luz de las velas, la plata y el follaje. Y había sentido esa misma extraña chispa de consciencia que había experimentado cuando él apareció en la salita la noche anterior.

«Eres una estrella radiante», le había dicho. «¿No te lo había dicho nadie?».

No había dejado de darle vueltas a aquel maravilloso y desconcertante cumplido en todo el día, cosa que le había provocado el aleteo de mil mariposas en el estómago y le había acelerado el pulso. Por eso sabía que no se había ofendido cuando él había propuesto la idea de pintarla. No del todo. La verdad era que sentía demasiada curiosidad por la propuesta.

Y por él.

Era un interés que no se atrevía a alimentar. Así era precisamente como las jóvenes ingenuas se metían en problemas: porque se derretían ante el primer cumplido descarado que les hacían. Jóvenes que estaban tan hambrientas de atención masculina que se dejaban convencer para hacer todo tipo de cosas a costa de arruinar su reputación. Que renunciaban a su modestia, a su virtud. ¡Que se convertían en modelos de artistas, nada menos!

Se negaba a convertirse en una de ellas. Podía ser atrevida cuando la ocasión lo requería, pero su reputación estaba por encima de eso. Ella valía más. Resultaría degradante tener cualquier tipo de conexión con un caballero cuyo único interés residía en sus posibilidades artísticas, interés que al parecer provocaba el peculiar color de su cabello. Al fin y al cabo, tenía su orgullo. Y esa era la razón por la que había estado evitándolo.

Pero ya no había forma de seguir haciéndolo.

Estaba claro que la había visto. Sin duda había notado su presencia en cuanto ella entró en la habitación. ¿No había dicho que lo notaba todo?

Se paró en seco, como ante una encrucijada: no sabía si saludarlo o hacer caso omiso. Esto último podría ser de mala educación, pero lo primero sería una insensatez inadmisible. Saludar a Teddy Hayes sería lo mismo que animarlo. Y Stella no tenía ninguna intención de hacerlo.

¿O sí?

Capítulo 4

El dilema de Stella se resolvió con la oportuna llegada de Anne.

—¡Estás aquí! —Su amiga se plantó a su lado—. Te estás volviendo tan difícil de seguir como *Eris*. Desapareces en cuanto me doy la vuelta. Temí que te hubieras encerrado otra vez en tu habitación.

Stella se volvió para mirar a su amiga, aliviada y un poco molesta. Sin embargo, sonrió ante la comparación con la gatita salvaje adoptada por Anne y que hacía poco había dejado en custodia al señor Hartford, conocida por colarse en habitaciones prohibidas, destrozar los tapizados de las paredes y trepar por las cortinas.

—No soy tan impredecible —apuntó Stella—. Solo necesitaba un poco de aire. Estaba empezando a sofocarme.

—No pienses que puedes engañarme con esas tonterías —respondió Anne—. Olvidas que estuve en la misma posición que tú estás ahora cuando Evie y Julia se casaron. Es horrible quedarse atrás cuando todas tus amigas se están emparejando. —Estrechó con firmeza la mano enguantada de Stella—. Pero no dejaré que te alejes. Pienso aferrarme a ti más fuerte que nunca.

Stella también estrechó la mano de Anne.

—Y yo a ti.

—Nadie lo diría; no dejas de desaparecer.

—Yo no diría tanto. Solo sé cuándo sobro.

—De eso nada. Esto es una fiesta, no una luna de miel. Las Furias tenemos que permanecer unidas.

Stella rio a su pesar. Solían llamarlas así durante su primera temporada, cuando Anne, Julia y ella cabalgaban juntas en Rotten Row.

Al año siguiente, cuando Evie se unió a su pequeño grupo de amazonas, les cambiaban el nombre por el de las Cuatro Amazonas. Aunque acuñados en broma, al final ambos apelativos sirvieron para señalarlas como rarezas. Pero Stella y sus amigas no los asumieron como tales. Las Furias eran mujeres formidables. Y las Amazonas eran un cuarteto a las que resultaba imposible ignorar. Al final, como solía decir Anne, era mejor ser poderosa que popular.

—Ahora ya solo queda una Furia —dijo Stella—. Estaré sola.

—Tonterías. Las Furias son eternas. ¿Y quién dice que no pueden casarse? El matrimonio no cambia la identidad de una dama, solo su nombre.

Dudaba que a ella le ocurriera. Lo más probable era que se llevara el apellido Hobhouse a la tumba. Era eso o Smalljoy.

Sintió un escalofrío.

¿Stella Smalljoy? Jamás. Por nada del mundo. Prefería morir.

—Hablando de nombres... —Anne lanzó una discreta mirada hacia uno de los recovecos de la sala—. Veo que has encontrado al señor Hayes.

—Sí.

—¿Has hablado con él?

No respondió. Todavía no le había contado nada a Anne sobre la indecorosa proposición del señor Hayes. No estaba segura de si lo haría. Aún era demasiado reciente. Y demasiado personal.

—No es tan sencillo. Todavía no nos han presentado.

—Eso hubiera tenido fácil solución si te hubieras quedado un poco más en el desayuno —la regañó Anne.

—Nunca alargo mucho el desayuno. Ya lo sabes.

Estaba acostumbrada a madrugar para sacar a *Locket* a dar el primero de sus dos paseos diarios. El ejercicio intenso era necesario para mantener a raya a un caballo con el temperamento de *Locket*, y Stella solía cabalgar sin haber desayunado más que una taza de té.

No se le había ocurrido cambiar de costumbre mientras estaba en Sutton Park. Los desayunos en las fiestas que se celebraban en casas de campo eran informales, se disponían los distintos platos en bandejas calientes sobre una mesa. Los invitados iban y venían sirviéndose ellos mismos a su antojo y se sentaban donde querían, sin respetar ningún protocolo.

Stella se había unido a Anne, el señor Hartford y lady Arundell apenas un momento antes de dirigirse a los establos del conde, cuaderno de dibujo en mano, para visitar a los caballos. El cálido y suave aliento de los animales contra su mejilla la había ayudado a llenar el vacío que sentía cuando pasaba demasiados días sin *Locket*.

Se había quedado allí casi dos horas, primero en las caballerizas y luego en las barandillas del cercado, plasmando a lápiz sobre el papel sus impresiones de los caballos con amplios trazos.

—Qué lástima —se lamentó Anne—. El señor Hayes llegó a los pocos segundos de que te marcharas. Se quedó a la mesa más de media hora con su hermana y su

cuñado. Son esos que están de pie junto a él: el señor y la señora Archer. Me los presentó Hartford.

Stella se aventuró a mirar de nuevo al señor Hayes. La hermosa dama estaba flanqueada por su hermano y por un caballero alto y apuesto con una sonrisa pícara. Ambos iban muy elegantes: ella lucía un exquisito vestido azul de etiqueta y él un distinguido traje negro hecho a medida.

—Parecían bastante agradables —comentó su amiga—. No son personas vulgares en absoluto.

—No creí que lo fueran. Aunque se dediquen al comercio.

Anne miró al señor Hartford y esbozó una misteriosa sonrisa.

—Exacto. He descubierto que los comerciantes pueden ser bastante simpáticos.

El señor Hartford emergió de la multitud para unirse a ellas también sonriente mientras respondía por encima del hombro a otro tipo que le palmeaba la espalda y le deseaba lo mejor.

—Muchas gracias. —Al acercarse a Anne bajó la voz para murmurar divertido —: Llevamos menos de veinticuatro horas comprometidos y ya me has abandonado a las masas.

—Las manejas de maravilla —respondió ella—. Tengo plena confianza en ti.

—Las felicitaciones son para ambos. Ya sé que es tedioso, pero hay que cumplir con las formalidades.

—Olvídate de eso. —Lo tomó del brazo—. Debes presentarle al señor Hayes a la señorita Hobhouse.

Stella se sonrojó.

—De verdad, Anne, no es necesario.

—Claro que sí —repuso con firmeza—. Nuestro primer encuentro con él no fue muy alentador. Es normal que te sientas incómoda. Una presentación formal lo arreglará y ayudará a que tu estancia sea más agradable.

—Presentémoslos pues —convino Félix Hartford—. ¿Señorita Hobhouse? — Le ofreció el brazo libre a Stella.

Ella se acercó para aceptarlo. Al menos agradecía que se hubiera ofrecido. La mayoría de los caballeros recién comprometidos no serían tan complacientes con las amigas solteronas de su prometida.

—Gracias.

—No hay de qué. —Un destello de picardía brilló en sus ojos—. Ahora que estoy comprometido con lady Anne, considero a las Furias como mi familia.

Stella esbozó una sonrisa distraída. Era imposible prestar toda su atención a sus

acompañantes cuando el señor Hayes la miraba fijamente desde el otro lado de la habitación. Mientras se acercaba tragó saliva con dificultad.

La señora Archer se adelantó para recibirlos, seguida de su esposo. Tenía el mismo cabello negro, las mismas cejas rectas y los mismos ojos inteligentes de color azul pizarra que su hermano. No era una belleza tradicional, pero resultaba encantadora de todas formas. Mostraba una confianza sutil y una sonrisa delicada.

—Señorita Hobhouse —entonó el señor Hartford—, ¿me permite presentarle al señor y la señora Archer, de Perfumes Hayes? Y este es el hermano de la señora Archer, el señor Hayes.

Stella inclinó la cabeza.

—Señor Archer. Señora Archer. —Sus ojos se encontraron por un momento con los del pintor. Sintió un intenso calor en la tripa—. Señor Hayes.

—Señorita Hobhouse —la saludó él con seriedad.

Tuvo que esforzarse para dejar de mirarlo. En su mirada advirtió un brillo febril.

Se preguntó si esa obsesión por querer pintar algo con tanta vehemencia tendría los síntomas de una enfermedad. Una especie de locura, como había afirmado el señor Hayes. ¿Sería una demencia que obsesionaba la mente y cautivaba los sentidos, al tiempo que excluía a todos y a todo lo demás?

No lo sabía. Aunque ella también disfrutaba dibujando, nunca se había obsesionado con un solo motivo. Y mucho menos con una persona. Sus bocetos se limitaban en gran medida a representaciones de caballos o a sencillos paisajes campestres, no muy distintos del antiguo paisaje pastoral que colgaba sobre la cabeza del señor Hayes.

—Señorita Hobhouse —la saludó el señor Archer con una reverencia—. Me parece que ya conoce a mi cuñado.

—Yo... —Se detuvo y volvió a empezar—: Nosotros, mmm, coincidimos en el Museo Británico hace unos meses.

La señora Archer sonrió.

—No me cabe duda de que mi hermano la importunó con sus delirios sobre Turner.

Stella no pudo evitar sonreír.

—Creo que salió a relucir el nombre.

—Me sorprendería que no lo hubiera mencionado —admitió la señora Archer —. Es el artista al que más admira Teddy.

—Mi cuñado es pintor —aclaró el señor Archer—. Un buen pintor.

No tuvo más remedio que volver a mirarlo. Habría sido de mala educación no

hacerlo. Se le volvió a acelerar el corazón.

—Ah, ¿sí?

Él también la miró fijamente.

—Un pintor muy bueno —apuntó sin un ápice de humildad.

El señor y la señora Archer se echaron a reír.

—Es cierto —admitió ella—. Siempre lo alabamos.

—La señorita Hobhouse también es un poco artista —comentó Anne.

El señor Hayes se interesó enseguida.

—¿De verdad?

Stella le restó importancia enseguida. No solía presumir de sus logros.

—Solo dibujo de vez en cuando.

—Sus bocetos son muy hermosos —añadió Anne—. Tan buenos como cualquier obra que uno pueda encontrar en un museo.

—Anne... —murmuró, avergonzada.

—Pero es la verdad —le contestó su amiga en voz baja.

Al advertir la incomodidad de la aludida, el señor Archer tuvo la caballerosidad de cambiar de tema.

—Permítannos felicitarlos por su compromiso —les dijo a Anne y al señor Hartford.

—Oh, sí —convino su esposa—. Qué buena noticia. Les deseamos mucha felicidad.

Mientras el matrimonio expresaban sus buenos deseos, y los futuros esposos los recibían, el señor Hayes seguía pendiente de Stella.

—Me gustaría ver sus bocetos —dijo.

No lo dudaba. La mayoría de los hombres que se consideraban expertos en alguna disciplina disfrutaban ofreciendo opiniones no solicitadas ante los humildes esfuerzos de una dama. Pero su trabajo distaba de ser humilde. Puede que no hubiera estudiado en París, pero dibujaba bien. No necesitaba que ningún hombre validara su habilidad.

—No me siento inclinada a compartir mi trabajo con desconocidos —admitió.

—No soy ningún desconocido. Por si lo ha olvidado, ya nos hemos visto antes. —Dejó ver una sonrisa irónica—. Y no solo en la Galería del Rey.

A Stella se le encendieron las mejillas al recordar su perturbador encuentro en la salita de la noche anterior. Echó una rápida ojeada al señor y la señora Archer y se convenció de que no lo habían oído. Ambos seguían conversando con Anne y el señor Hartford.

Bajó la voz.

—Eso no habla precisamente en favor de su carácter.

El hombre se encogió de hombros.

—Soy un artista. Un artista extraordinario. El carácter no cuenta.

Ella resopló divertida ante su aire despreocupado y orgulloso.

—Estuvo realmente extraordinario anoche —admitió—. Extraordinariamente impertinente.

—¿Ese fue el motivo de que no regresara usted al salón de baile? ¿Por culpa de mi extraordinaria impertinencia?

—No tengo por qué darle cuentas de mi paradero. —La réplica salió más seca de lo que pretendía. Sintió una punzada de remordimiento. Rara vez la provocaba nadie hasta el punto de la descortesía. Cambió el tono y añadió—: Estaba cansada.

—Acababa de llegar —le recordó—. Aún no había bailado ni una sola vez.

—¿Qué es eso de bailar? —preguntó la señora Archer justo cuando el resto del grupo se había quedado en silencio.

—Estábamos hablando del baile de anoche —respondió Stella. No era del todo mentira—. Qué lástima que se haya acabado.

—No desesperen todavía —terció el señor Hartford—. Mi abuelo ha convocado a los músicos del pueblo en Sutton Park mañana por la noche para que podamos gozar de otro baile.

—¿Mañana? —A Anne se le iluminó el rostro. Al día siguiente era Nochebuena —. Pensaba que el baile inaugural era el único que lord March había planeado para la fiesta.

El señor Hartford posó la mano en la cintura de su prometida.

—Eso fue antes del anuncio de nuestro compromiso. Ahora que la noticia se ha hecho pública, el abuelo quiere que lo celebremos por todo lo alto. Los músicos del pueblo están de acuerdo. Han decidido renunciar al calor de su hogar en Nochebuena a cambio del vino caliente y la alegría de la que disfrutaremos en el nuestro.

Stella miró de reojo al señor Hayes mientras el grupo retomaba la conversación. Tenía el pulso acelerado. ¿Otro baile? Eso no le preocupaba. Bailar era el paso previo necesario para conocer a caballeros solteros. Estaba deseando tener la oportunidad. Era el motivo principal por el que había acudido a la fiesta.

No. Lo que la inquietaba era la perspectiva de otro encuentro con el pintor.

¿Asistiría también al baile de Nochebuena al día siguiente? ¿Se sentaría en su

silla de ruedas en un extremo del salón a observarla? ¿A juzgarla? ¿Se daría cuenta de que no era más que una gallina emperifollada en busca de pareja?

Más bien, con intención de engañar a una pareja. Porque, a diferencia de las demás jóvenes presentes, Stella llevaba las plumas teñidas. Y el señor Hayes lo sabía.

Tenía el presentimiento de que su desafortunada presencia en la fiesta iba a tener un efecto decididamente adverso en su futuro.

Capítulo 5

Teddy añadió una caja de tizas a la pila de bártulos sobre la cama de damasco con dosel de la habitación de invitados. Ya había preparado una libreta de dibujo encuadernada en cuero, lápices de mina blanda, goma de borrar para eliminar trazos, y difuminos —hechos de cuero lavado enrollado— para sombrearlos. Todo ello sumado al tablero de dibujo y el caballete, sería más de lo que podría cargar. Pero no importaba. Para eso estaba Jennings.

El criado, que estaba empezando a quedarse calvo, se afanaba en sus tareas por la habitación. Mitad ayuda de cámara y mitad enfermero desmañado, era un hombre corpulento muy apto para su trabajo. Alex lo había contratado hacía varios años, en un acto bondadoso, poco después de casarse con Laura. Antes de Jennings, Teddy se había visto obligado a depender de un viejo lacayo inestable, sin apenas fuerzas para levantarlo.

Era una dura realidad: en ciertas situaciones, alguien debía cargar a Teddy. Aunque no estaba del todo insensible, hacía tiempo que había perdido la fuerza necesaria en las piernas para soportar su peso. Necesitaba ayuda para subir y bajar las escaleras y para algunas de las necesidades básicas de la vida.

No había ninguna dignidad en ello. Por lo menos, así lo veía él. Al principio, había preferido permanecer confinado en su cama antes que someterse a esa humillación. Pero un hombre que no podía depender de sus piernas, se enfrentaba a una serie de situaciones desagradables en la vida. Su silla era una herramienta necesaria, al igual que Jennings. Teddy se esforzaba por ver ambas cosas de la misma manera. Hacer lo contrario suponía aventurarse por un camino oscuro y desdichado. Lo sabía por experiencia.

Era especialmente doloroso ponerse a pensar un día como aquel, que era Nochebuena, cuando había dejado de llover y el cielo despejado auguraba nieve. Un día en el que todos los demás invitados a la fiesta habían dejado sus quehaceres para salir a recoger hojas y muérdago. No le cabía ninguna duda de que la señorita Hobhouse estaba entre ellos.

Entretanto, él estaba obligado a quedarse en la casa.

Pero no se permitía caer en la autocompasión. No importaba que aquello

significara otra oportunidad perdida con su musa. Igual que el día anterior.

La señorita Hobhouse había pasado la mayor parte del día evitándolo. No había estado presente en el desayuno ni durante el té de la tarde. Y cuando por fin apareció en la cena, deslumbrante, con un vestido de seda violeta pálido, no le dirigió la palabra.

Debía admitir que había sido decepcionante. No se sentaron juntos a la mesa. Y después, en medio del clamor que siguió al anuncio del compromiso del señor Hartford con lady Anne, apenas tuvo oportunidad de estar a solas con ella. Tras su breve, y demasiado público encuentro en el salón, se separaron en grupos más pequeños, junto al resto de los invitados, para jugar a las cartas.

La señorita Hobhouse había formado un cuarteto con lady Anne, el señor Hartford y la formidable madre de lady Anne, vestida de luto riguroso, la condesa de Arundell, mientras que él había sido relegado al rincón opuesto de la sala, donde se sentó con su cuñado, su hermana y otro hombre de negocios: un cultivador de lavanda rival, de Dorset, que no tuvo el sentido común de excusarse para no jugar a las cartas con Alex.

Es posible que la razón de ser de la fiesta fuera fomentar las relaciones comerciales entre el conde y sus conocidos botánicos, pero todos los demás invitados habían asistido a la fiesta por puro placer. Y, además, había un compromiso que celebrar. Los juegos se habían impuesto en la velada. No solo los de cartas, también las charadas, el llamado «boca de dragón» y la gallinita ciega. Daba la impresión de que durante el resto de su estancia en Sutton Park disfrutarían de diversiones similares que intercalarían con excursiones regulares al aire libre.

Era una experiencia incómoda para un hombre en su situación.

Uno de sus muchos baúles de viaje de cuero estaba sobre un banco tapizado en seda al pie de la cama. Rebuscó dentro con creciente irritación.

—¿Dónde está mi mesa de dibujo? Estoy convencido de que la traje.

—Trajo dos, señor —aseguró Jennings—. Las puse en el vestidor con sus lienzos.

—Trae la más pequeña —pidió—. Y también necesitaré mi caballete.

—¿Otro día delante del caballete? —preguntó Alex desde la puerta.

Teddy lanzó a su cuñado una mirada distraída.

—Como ves...

El señor Archer entró en la habitación ataviado con la misma chaqueta y pantalones de lana gris que había llevado en el desayuno. Era un hombre alto, de

complexión atlética, cabello oscuro y una expresión que recordaba a la de un pirata. Un pícaro, dirían algunos. Y muchos lo afirmaban en cuanto descubrían su antigua carrera como jugador. Pero era un buen tipo. Y también tenía buen corazón, como podían atestiguar Teddy y su hermana.

Después del desayuno, Alex y Laura habían abandonado la mesa junto con otros invitados con inclinaciones comerciales y botánicas para visitar los invernaderos del conde de March. No los había vuelto a ver desde entonces.

—A veces da la impresión de que Jennings pase más tiempo transportando tus materiales que transportándote a ti —comentó su cuñado.

No era la primera vez que hacía esa observación tan graciosa. Él respondió como siempre:

—Cobra lo suficiente como para hacer ambas cosas.

Alex se acercó a la cama. Observó las tizas y los lápices sobre la colcha bordada.

—¿No utilizas los óleos?

—Hoy no. Estoy dibujando algo.

—¿Algo? ¿O a alguien?

Teddy se detuvo un instante antes de seguir buscando en su baúl el resto de los materiales que pudiera necesitar.

—Laura te lo ha dicho.

No era una pregunta.

—¿Lo de tu musa desaparecida? Sí. ¿Por qué? ¿Se suponía que era un secreto?

—¿Mi hermana y tu sois capaces de guardar secretos entre vosotros?

Alex esbozó una sonrisa de medio lado.

—Me gusta pensar que no.

—Pues eso. —No sentía rencor por ello. Solo era una realidad desde que su hermana estaba casada.

Laura y Alex se habían casado por amor, pero primero habían sido amigos, y eran bastante modernos en su forma de pensar en cuanto a los términos de su unión. Dirigían la perfumería juntos y se consultaban cualquier cosa relacionada con el negocio, ya fuera grande o pequeña. Y eran igual de sinceros en asuntos personales.

—Por cierto, no estoy dibujando a la señorita Hobhouse —añadió Teddy.

—Todavía no —replicó Alex. Tenía una fe halagadora en las habilidades de su cuñado.

Él solía compartir esa confianza. Pero no era su día. Se había despertado con calambres en las piernas, una desafortunada consecuencia del cambio de tiempo.

Puede que sus extremidades inferiores no fueran lo bastante vigorosas para soportar su peso, pero los músculos aún conservaban la fuerza suficiente para causarle dolor. A menudo se contraían y le provocaban espasmos, tanto con el frío como con la humedad, cosa que le provocaba un dolor intenso imposible de aliviar.

Jennings había pasado media hora masajeándole las piernas con el linimento para paralíticos que le había recetado uno de los médicos de Francia. Era una mezcla de cera de abeja, manteca de cerdo, trementina, aceite de lavanda y hierbas, a veces formulada con éter y láudano. Teddy había respondido bien al tratamiento, a pesar del trato excesivamente brusco de Jennings. Sus calambres habían remitido en una hora. Sin embargo, el dolor lo había desanimado.

Su ánimo taciturno se había desplomado aún más al ver desde su ventana a varios invitados paseando por los jardines.

Pero durante las fiestas navideñas siempre se hacían actividades al aire libre. Ya fuera en Londres, Devon o Francia. ¿Por qué iba a ser diferente Hampshire?

—Nunca la dibujaré, tal y como van las cosas —aseguró—. Le causé una mala primera impresión. —Examinó la punta de un viejo lápiz con el ceño fruncido—. Estaba demasiado impaciente.

—No me digas... —espetó su cuñado.

Teddy frunció el ceño.

—No te rías. La asusté. Y como me está evitando no he tenido ocasión de reparar el daño. Y menos cuando todos están recogiendo muérdago y yo estoy aquí encerrado. —Tiró el lápiz sobre la cama en un arrebato de frustración—. Tendré que esperar al baile de esta noche. Apuesto a que no se lo perderá.

—Deberías haber venido con nosotros a hablar con el conde. Tiene más que ofrecer aparte de esa variedad de rosas de té que prometió. Si nos hubieras acompañado...

—¿Hubiera descubierto que los pasillos del invernadero son demasiado estrechos para mi silla? ¿O que las ruedas se quedarían atascadas en el barro al intentar cruzar hasta allí? —Resopló con aire malhumorado—. No, gracias.

—Te habríamos ayudado.

—No. Lo que habríais hecho es conseguir que llamara la atención.

Siempre pasaba lo mismo con las actividades al aire libre. El terreno no era apto para la silla de ruedas. En el mejor de los casos era demasiado irregular, y, en el peor, demasiado peligroso, con barro, nieve, matas de hierba y maleza que le impedía el paso, y siempre le resultaba imposible atravesarlo por él mismo.

Por eso tenían que contratar más sirvientes para llevarlo en la silla, o alguna carreta especial para transportarlo. Y entretanto, los demás tenían que esperar de pie y lo observaban con distintos grados de compasión e impaciencia, mientras a él lo alzaban para llevarlo de un lado a otro como un saco de grano. Sus limitaciones retrasaban cualquier diversión.

Era una situación incómoda. Una experiencia que había soportado demasiadas veces, tanto en Inglaterra como mientras estudiaba en París, cuando cometió el error de unirse a algunos de sus compañeros artistas del Atelier Gleyre que hicieron una excursión a la campiña francesa para pintar al aire libre.

No estaba dispuesto a pasar de nuevo por semejante humillación.

Alex adoptó una expresión inusualmente severa.

—Te recuerdo que la perfumería también es tuya. Te vendría bien involucrarte más, aunque a veces tengas que llamar la atención para hacerlo.

—No me interesa la perfumería —replicó—. Nunca me ha interesado más que como fuente de ingresos.

Su cuñado tomó el cuaderno de bocetos de la cama. Hojeó distraídamente las primeras páginas.

—Es evidente que no se puede comparar con el arte, pero ahora que tu estancia en París ha terminado...

—Por decisión mía.

—Sí. Porque estás listo para asumir más responsabilidades en el negocio.

Teddy lo miró con asombro.

—¿De dónde diantre has sacado esa idea?

—Laura mencionó que podrías haber cambiado de opinión.

—Si ha dicho eso, sería porque se estaba haciendo ilusiones. —Volvió a concentrarse en el contenido del baúl con una risita irónica—. ¿Yo? ¿Participar activamente en Perfumes Hayes? Ya me conoces, y mi hermana también.

Alex frunció el ceño.

—Quieres seguir pintando, por supuesto. —Cerró el cuaderno y lo volvió a dejar sobre la cama—. Ya me lo imaginaba.

—Entonces, ¿por qué crees...?

—Porque dijiste que ya no querías seguir en Gleyre.

Teddy había pasado casi dos años en el Atelier Gleyre. Era un estudio enorme, donde siempre había más de treinta aspirantes a pintores. Él había trabajado con esmero a su lado. Había compartido tanto sus triunfos como sus decepciones. Había sido su primera experiencia con artistas de mayor talento. Una experiencia

que le había enseñado a ser humilde y había puesto a prueba sus habilidades. Las había refinado y perfeccionado.

—No quiero volver a París —aseguró.

A Alex se le escapó una risa triste.

—¿Qué artista en su sano juicio puede decir que no quiere volver a París?

—Yo. Estoy listo para volver a vivir en Inglaterra. Es hora de volver a casa.

Encontró una pequeña caja de pasteles al óleo en el baúl y la arrojó al montón. Dudaba que la necesitara, pero nunca estaba de más tener alternativas a mano. El boceto que hiciera sería la base de su pintura del día siguiente y tenía la intención de hacerlo bien.

—¿Y tu hermana? —preguntó Archer con fingida calma.

Teddy se puso tenso. Reconocía el tono de su cuñado. Solía ser un hombre razonable, pero cuando los sentimientos de su esposa estaban en juego, podía ser tan protector como un lobo salvaje.

Eso no impidió que respondiera con su franqueza habitual.

—Laura puede vivir donde quiera.

—No tenemos intención de marcharnos de Francia. No creo que lo hagamos en un futuro próximo. Y menos cuando la perfumería va tan bien.

—No os estoy pidiendo que vengáis conmigo —replicó.

Alex le clavó la mirada.

—¿Qué pretendes? ¿Vivir solo en algún lugar? ¿Sin familia lo bastante cerca como para acudir en tu ayuda si algo te sucede?

—Vivía solo en París.

—Y nosotros teníamos un apartamento cerca.

Apretó los dientes. No le gustaba que se lo recordaran.

—No durante todo el tiempo. Al final regresasteis a Grasse.

—Seguíamos en Francia. Solo teníamos que tomar un tren para llegar hasta ti.

—Después de un largo viaje.

—Eso no viene al caso. Si te quedaras en Inglaterra, nos llevaría el doble de tiempo llegar hasta donde estuvieras. Sin mencionar que no solo estaríamos separados por tierra, sino por todo el canal de la Mancha.

—Que se cruza en un barco de vapor en pocas horas.

Teddy se acercó a la cama e hizo una pila ordenada con sus utensilios. Organizar los bártulos le ayudó a calmar la oleada de indignación que amenazaba con encender su ira. ¡Por Dios, no era un niño! Era un hombre de veinticuatro años. No debería verse obligado a defender su libertad como un abogado en un

tribunal.

—Lo dices como si tú y Laura nunca salierais de Francia —argumentó—, cuando, en realidad, habéis venido a Inglaterra todos los años desde que os casasteis.

—¿Todos los años? —repitió Alex exasperado—. Nos casamos hace apenas dos años, Teddy. Y permíteme que te recuerde que, al principio, tu salud era preocupante.

Quiso quitar importancia a las palabras de su cuñado.

—Estaba delgado, eso es todo.

—Prácticamente te consumías en tu habitación. Tu hermana temía...

Hizo girar la silla con un movimiento brusco. Los músculos de los brazos y espalda se le tensaron por el esfuerzo. Había dedicado mucho tiempo a desarrollarlos. Pasaba muchas horas cada día haciendo flexiones y ejercicios para fortalecer la parte superior del cuerpo, además de estiramientos para trabajar las paralizadas piernas.

—¿Tienes que sacar a relucir el pasado? Estoy mejor, y eso es lo único que importa.

—Sí, lo estás. Pero...

—Además, casi todo fue a causa de la depresión. Ahora tengo un propósito, que, además, tú mismo has fomentado hasta ahora. Mientras ese propósito perdure, mi salud seguirá mejorando.

Alex apretó los labios con gesto de duda. Fue él quien sugirió que buscara un profesor de arte en Francia que pudiera instruirlo sobre los nuevos estilos. Antes de eso, Teddy había tenido que conformarse con su propia imaginación. Pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación de Surrey, debilitado por la enfermedad, dibujando los pájaros que veía por la ventana. Alex lo había animado a salir. A visitar la costa. A pintar las olas tumultuosas de Margate como lo había hecho su ídolo, el difunto artista William Turner.

Que fuera precisamente Alex quien intentara contenerlo le molestaba sobremanera. Pero lo hacía por su esposa. Teddy lo entendía. Y él tampoco tenía ninguna intención de lastimar a su hermana.

—No hace falta que se lo menciones a Laura —pidió Teddy—. Todavía no. Hablaré con ella cuando lo crea conveniente.

—¿Cuándo?

—Cuando volvamos de visitar a Thornhill y a lady Helena.

—¿Aún piensas acompañarnos a Devon después de Navidad?

—Claro.

La remota abadía que los Thornhill tenían junto un acantilado ofrecía demasiadas oportunidades para pintar como para perdérselas. Tenía intención de dedicar toda la visita a sus paisajes marinos.

Después, los tres regresarían a Londres juntos, donde pasarían las siguientes semanas visitando a Tom y Jenny Finchley, antes de embarcar en un vapor hacia Calais.

—Me quedaré con vosotros en Half Moon Street mientras lo preparo todo —aseguró—. Hablaré con Laura entonces, antes de que regreséis a Francia.

Alex esbozó una mueca de contrariedad.

—¿Y esperas que se resigne a dejarte aquí solo sin más?

Teddy forzó una sonrisa.

—No estaré solo. Tendré a Jennings.

El criado eligió ese momento para salir del camerino con el caballete en la mano.

—Aquí lo tiene.

—Espléndido —celebró Teddy—. Puedes bajarlo junto con el resto de las cosas. Luego puedes volver a por mi silla.

—¿Y después a por usted, señor?

Teddy reprimió un ataque de impaciencia. ¡Por Dios, cómo odiaba ser tan dependiente y el hecho de que su cuerpo no pudiera seguir el vigoroso ritmo de su mente! No soportaba saber que, sin su silla, dependía por completo de quienes lo rodeaban. De Jennings. De Alex. De cualquier sirviente lo bastante fuerte como para transportarlo de un lugar a otro.

Por mucho que lo intentara o lo deseara, la libertad siempre parecía fuera de su alcance. Libertad de movimiento. Libertad para tomar sus propias decisiones. Libertad para pintar a la dama que tanto deseaba pintar.

Pero eso se había terminado.

En adelante, estaba decidido a hacerse con el timón y dirigir su propio rumbo.

—Sí, Jennings —repuso con serenidad—. Y luego vienes a por mí.

❋❋❋

Stella estaba en su habitación, sentada en el banco capitoné tapizado en terciopelo frente al tocador tallado de caoba mientras Jeanette, la doncella francesa de Anne, le cepillaba el cabello. Su amiga había tenido la generosidad de ofrecerle los servicios de la joven antes del baile de Nochebuena, al igual que lo había hecho antes del baile celebrado dos noches antes. A diferencia de su amiga, ella no tenía

doncella propia. Cuando estaba en casa con su hermano, dependía de una de las criadas para que la ayudara a arreglarse.

—*Mon dieu* —murmuró Jeanette, mientras intentaba pasar un peine de carey con los dientes romos por el cabello extrañamente pegajoso de Stella.

Cuando lo llevaba suelto le llegaba casi a la cintura. Su melena solía lucir espesa y lustrosa, siempre se veía brillante y sana. De no ser por el color gris natural, todo el mundo lo habría considerado su mayor cualidad. Pero ese día no se veía así. Ni siquiera gracias a su nuevo tono castaño rojizo dorado.

Buscó la mirada frustrada de la criada en el espejo del tocador.

—¿Tan enredado está?

—Es la bandolina, señorita. —La doncella había usado el fijador transparente para moldear el peinado la noche del baile inaugural. El producto dejó un desafortunado residuo que se había apelmazado con el paso de los días.

Solo había una manera de deshacerse de él.

—¿Tenemos tiempo de lavarme el pelo antes de cenar? —preguntó—. ¿Y lo que es más importante, de secarlo?

Jeanette miró el reloj de la repisa con el ceño fruncido, como si estuviera haciendo un rápido cálculo mental. Asintió.

—Sí, señorita. ¿Pido agua caliente?

—Por favor.

No solía lavarse el pelo con demasiada frecuencia. No lo necesitaba. Tampoco era conveniente. Lavarse el pelo era una tarea tediosa que requería más tiempo del que una joven podía dedicar durante la temporada. A decir verdad, habían pasado muchas semanas desde la última vez que su melena había visto el agua y el jabón. Sin embargo, menos de diez minutos después, estaba de pie con la cabeza inclinada sobre la palangana, mientras la criada le enjabonaba el pelo mojado con una pastilla de jabón con aroma a lilas.

Cuando Jeanette terminó, se enjuagó la espuma con agua tibia de la jarra.

Se llevó una mano a la cabeza. Su cabello seguía pegajoso.

—Me parece que necesita otra buena jabonadura —sugirió.

—Sí, señorita. —Jeanette añadió otra generosa cantidad de jabón. Esa vez frotó el doble de tiempo.

Cerró los ojos con fuerza para protegerlos del picor de la espuma. Sintió alivio al notar de nuevo cómo el torrente de agua tibia caía sobre su cabello. Hasta que oyó el jadeo de horror de Jeanette.

—¡Ay, señorita! ¡No era mi intención! —gritó la criada al tiempo que

retrocedía—. ¡Solo he hecho lo que me dijo!

Levantó la cabeza asustada.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

La muchacha la miraba con una mano en la boca.

Stella corrió por la habitación hacia el espejo del tocador con el cabello mojado pegado a la cara y el cuello. Lo que vio en el espejo le hizo temblar las piernas. Se dejó caer como pudo en el banco acolchado.

—¿Qué hago, señorita? —preguntó Jeanette, angustiada.

Solo quedaba una cosa por hacer.

—Ve a buscar a Anne. —Stella temblaba—. ¡Dile que venga enseguida!

Capítulo 6

—Oro circasiano, ¡y un pimiento! —exclamó Anne con rabia. Se había puesto a toda prisa una bata de seda con bordados sobre el corsé y las enaguas, y estaba de pie detrás de Stella en el tocador, mirando su cabello húmedo, pálida de la rabia—. Cualquier tinte que se precie debe durar más de tres días.

—Se suponía que debía durar una semana.

A Stella le castañeteaban los dientes del frío. Llevaba sentada frente al espejo casi diez minutos, demasiado conmocionada para moverse y acomodarse frente al fuego.

—¿Y después? —preguntó Anne.

—El panfleto decía que se desvanecería gradualmente hasta adquirir un brillo rojizo.

—¿Y te lo creíste?

—¡Claro que sí! —exclamó Stella muy alterada—. ¿Cómo pueden afirmar eso si no es cierto?

—No tiene sentido que discutamos sobre lo que ya está hecho —sentenció Anne—. Aunque debo decir que estas mujeres que prometen belleza circasiana tienen mucho por lo que responder. En mi opinión no son mejores que los traficantes de veneno y los charlatanes. Aun así —levantó un mechón húmedo del cabello de su amiga para examinar el desafortunado tono a la luz del quinqué—, supongo que podría ser peor.

—¿Cómo podría ser peor? —preguntó Stella con un tono estridente—. ¡Mi pelo está verde, Anne!

—No es verde. Es... Bueno. Está verde. Pero no por mucho tiempo. Lo volveremos a lavar. —Anne se apresuró a llamar a su doncella—. Jeanette, ve a la cocina y pídele a la cocinera que prepare una solución de bórax, aceite de oliva y agua hirviendo. —Se volvió hacia Stella y le comentó—: La señora Beeton tiene una confianza ciega en la mezcla que propone su *Manual de administración del hogar*.

—Sí, mi señora. —La doncella hizo una reverencia antes de salir corriendo de la habitación.

—Tiene miedo de que le echemos la culpa —aseguró Anne—. Qué tonta. No creo que tenga mucha experiencia con tintes para el cabello.

Stella sintió un nudo en la garganta de la angustia. Nunca hubiera creído posible sentir conmoción e histeria al mismo tiempo. Su cabello ya no era castaño rojizo. Ya no era gris. Era del color de la sopa de guisantes cuajada.

—No debería haberlo hecho —se lamentó.

—Ya es demasiado tarde para eso —respondió su amiga—. Lo mejor que podemos hacer es darle la vuelta a todo esto.

Stella apenas oyó lo que decía. Estaba demasiado absorta en su desazón.

—Daniel diría que esto es obra de Dios. Que me está castigando por haber pecado de vanidosa.

Anne soltó un bufido elocuente.

—Tonterías. Dios tiene mejores cosas que hacer que deambular por Hampshire poniendo verde el pelo de las mujeres. Esto solo es obra de la publicidad engañosa. No eres la primera mujer que cae en sus redes. Pero no debes desesperar. Pronto lo arreglaremos.

—¿Y si el bórax no funciona?

—Probaremos otro remedio para lavar el pelo, y luego otro. Utilizaremos todo lo que haya en el armario si es necesario.

La señorita Hobhouse buscó los ojos de lady Anne en el espejo. Se le saltaron las lágrimas.

—Alguien se dará cuenta. Descubrirán el ridículo que he hecho y llevarán la terrible noticia a Londres. La alta sociedad nunca lo olvidará. Y cuando Daniel se entere...

—Nadie se enterará.

—¿Cómo que no? Quedan cuatro días de fiesta. Aunque logremos eliminar el color verde, mi cabello quedará gris. Eso provocará comentarios. He tenido el pelo castaño rojizo desde que llegué a Hampshire. Ninguno de las presentes conoce mi verdadero color excepto tú, tu madre y el señor Hartford.

Y el señor Hayes.

No podía permitirse pensar en el señor Hayes en ese momento. La opinión de un caballero no significaba nada comparada con la condena de toda la sociedad.

Anne se mordió el labio.

—Supongo que podríamos volver a teñirlo. ¿Te queda algo del dorado circasiano?

Negó con la cabeza.

—Usé todo el frasco. No pensé que necesitaría otra aplicación.

—De todas formas, no te lo recomendaría después de este desastre. Quién sabe, podría dejarte calva.

A Stella se le escapó un gemido ahogado.

Anne hizo una mueca.

—Lo siento. No estoy ayudando, ¿verdad?

La señorita Hobhouse hundió la cara entre las manos.

—Tendré que esconderme durante el resto de la fiesta. Te tocará contarles a todos que he muerto.

—No hace falta ir tan lejos. Después de todo, existen las cofias y los sombreros. Nos limitaremos a ocultar tu pelo, como cuando cabalgas en Rotten Row.

—No puedo llevar sombrero en la cena ni en el salón de baile.

—Por desgracia, no. Tendrás que renunciar a esos eventos. —Le posó la mano sobre el hombro para consolarla—. Lo siento, querida. Sé que esperabas conocer a alguien durante tu estancia.

Stella levantó la cabeza con tristeza. De repente, se sentía muy cansada.

—De todos modos, lo de venir disfrazada fue una estupidez. No hay forma de ocultar quién soy realmente. No por mucho tiempo. Cualquier caballero que pensara que valía la pena cortejarme acabaría descubriendo la verdad.

—No hay nada malo en ser quién eres.

—Lo que soy es una solterona.

Anne le apretó el hombro a su amiga para tranquilizarla.

—Estos asuntos es mejor no tratarlos cuando una tiene el pelo verde. Primero déjame devolverte tus hermosas canas, y luego hablaremos.

—¿Y si no puedes?

—Ay, qué poca fe. —Le lanzó una mirada de ánimo a través del espejo—. ¿Acaso no lo sabes ya? Yo puedo con todo.

❋❋❋

La mañana de Navidad, Teddy despertó y encontró las ventanas de su habitación cubiertas por el hielo. La temperatura había bajado drásticamente durante la noche, y fuera, los jardines estaban cubiertos por una capa de nieve. Revestía las colinas y los pastos y se aferraba a las ramas de los majestuosos olmos silvestres que flanqueaban la casa, donde brillaba como el cristal fino bajo el frío sol invernal.

Era una oportunidad demasiado grande como para desaprovecharla.

Después de pasar un rato con Alex y Laura, intercambiando regalos y

compartiendo una taza de chocolate en la intimidad de su dormitorio, Teddy se vistió, recogió sus enseres de arte y, con la ayuda de su criado, se dirigió al recóndito salón del piso superior que el conde le había permitido utilizar a modo de estudio temporal.

Allí, instaló su caballete frente a un alto ventanal de guillotina desde donde gozaba de una vista despejada de un roble viejo que se alzaba sobre una colina nevada a cierta distancia. Un tema austero, con un toque melancólico. La nieve bajo el árbol estaba bañada por una deslumbrante gama de luces cambiantes.

Dos horas después, la pintura al óleo ya estaba encaminada.

De niño, se había iniciado en el género del paisaje, siempre estaba pintando algún árbol, arbusto o prado cubierto de flores silvestres. Después, se dedicó a las aves. Y finalmente, al mar. Era más satisfactorio plasmar la vida en el lienzo, ya fueran las olas embravecidas o el vuelo de un zorzal común. No solía decantarse por los remolinos de viento de un paisaje nevado, pero también tenían su encanto.

Claro que nada de eso tenía comparación con una mujer hermosa, la elegante curva de una mejilla femenina, el contorno de una cadera voluptuosa o el misterioso destello sensual de una mirada femenina. Eso era lo que más cautivaba su interés artístico en ese momento de su vida.

Por desgracia, la señorita Hobhouse se le había escapado hasta el momento.

No había estado presente en la cena la noche anterior. Y para su decepción, tampoco había asistido al baile de Nochebuena. La había estado esperando durante casi dos horas antes de que Laura le informara que había oído, por boca de lady Anne, que la señorita Hobhouse se había acostado aquejada de alguna indisposición.

—No te desanimes —le había dicho su hermana—. Seguro que la ves mañana. Lord March lo ha dispuesto todo para que bajemos al salón a tomar el té de Navidad. Seguro que la señorita Hobhouse estará allí.

Teddy lo dudaba. Su esquiva estrella plateada parecía una muchacha ingeniosa. Si se había propuesto evitarlo durante el resto de la fiesta, probablemente lo lograría.

¡Maldición!

Aplicó una pincelada con una fuerza innecesaria. La gruesa capa de pintura blanca se desprendió del lienzo y estropeó las sombras que había creado con tanto esmero en el banco de nieve. Fue un error de aficionado, del todo indigno de un artista con su habilidad. Maldijo en francés mientras corregía su error.

—Le vendría bien tomar un té, señor —sugirió Jennings desde una silla junto al

fuego.

Teddy hizo caso omiso y siguió pintando. Pero el sirviente no solía rendirse. Se levantó de la silla y cruzó el diminuto salón.

El conde le había ofrecido la estancia a Teddy durante el baile de la noche anterior. Allí había mejor luz que en el comedor de día donde había estado dibujando el día anterior. Además, gozaría de mucha más intimidad. El salón privado estaba ubicado al final de un pasillo aislado en el ala este de la casa, alejado de las habitaciones de invitados y del tráfico de las zonas comunes. Allí era imposible que alguien interrumpiera su trabajo.

A menos que la intromisión fuera cosa de su propio sirviente.

Jennings se detuvo frente a la ventana y le tapó la luz.

—¿Me ha oído, señor?

Teddy levantó la vista del lienzo bastante contrariado.

—¿Qué te he dicho sobre lo de interrumpirme cuando estoy concentrado?

—Disculpe. —El sirviente se agarró al respaldo de la silla del pintor—. La señora Archer me dijo que no debía permitir que se olvidara usted de comer.

—La señora Archer no te paga. Yo sí. —Empapó el pincel en la paleta de madera clara—. Puede que fuera mi cuñado quien te contratara, pero ahora soy yo quien te paga el sueldo. Y no pienso permitir que nadie me moleste mientras trabajo. —Le clavó la mirada—. Te agradecería que soltaras mi silla.

—Pero, señor Hayes...

—Me reuniré con los demás para tomar el té en el salón más tarde.

—Eso es dentro de unas horas, señor.

—Pues esperaré. Si entretanto a ti te apetece tomar el té, hazlo, por favor. Me las arreglaré muy bien solo durante la próxima hora.

Jennings soltó la silla a regañadientes.

—No tardaré más de diez minutos.

—Una hora —repitió Teddy—. Dos si quieres. No quiero que pases toda la navidad esperándome. No soy el señor Scrooge, por amor de Dios.

El criado no pareció entender la referencia. No era un gran lector.

—¿Y si necesita ayuda mientras no estoy?

—Tengo acceso al tirador de la campana, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Entonces estamos de acuerdo. Ahora vete antes de que me hagas cometer otro error.

Jennings gruñó antes de salir de la habitación. Sin duda volvería antes de que el

reloj diera las dos.

No había manera de convencerlo de que olvidara su deber para con Alex y Laura.

Mientras Teddy retomaba la pintura, se le ocurrió que haría bien en buscarse otro sirviente cuando se estableciera en Londres.

Un hombre de absoluta lealtad que pudiera decidir por sí mismo. Por desgracia, para ayudarlo se requería más habilidad de la que poseía un sirviente normal. Cualquier error al elegir le perjudicaría solo a él. ¿Quién sabe si no acabaría abandonado en su silla en una habitación del piso de arriba o lo dejaría languidecer en algún lugar desde el que no pudiera pedir ayuda?

Apretó los dientes al pensarlo. La silla de ruedas le proporcionaba la movilidad que tanto necesitaba, pero aún necesitaba ayuda humana. Y, según su experiencia, los humanos que uno podía contratar se dividían en dos categorías: o eran dolorosamente intrusivos, o intrínsecamente poco fiables. No podía arriesgarse a trabajar con uno de estos últimos, así que, a pesar de sus defectos, Jennings era el elegido y seguiría siéndolo.

Volvió a concentrarse en el lienzo y pasó el siguiente cuarto de hora pintando una rama al árbol. Empezaba a esbozar otra cuando su estómago emitió un gruñido de queja. Quizá Jennings tuviera razón. Debería parar a comer. A menudo se le olvidaba mientras trabajaba. Durante alguna etapa de su vida había estado demasiado delgado, y eso no era bueno para la vida activa que pretendía llevar. Debía conservar las fuerzas.

Dejó a un lado el pincel y la paleta y giró la silla desde donde se encontraba, frente al caballete, hacia el timbre del otro lado de la habitación. En espacios interiores, casi siempre podía maniobrar él mismo para desplazarse. En especial en ese momento, cuando había ganado suficiente peso y músculo para impulsarse. El terreno de fuera le resultaba impracticable; las escaleras, imposibles; el mármol resbaladizo suponía un reto, y las alfombras gruesas, una verdadera molestia.

Murmuró otra maldición mientras las ruedas avanzaban con dificultad sobre la exuberante alfombra de Aubusson que cubría el suelo de la sala de estar. Tras su frustrado juramento se oyó una voz femenina.

—¡Oh! Pensé que esta sala estaría vacía.

Teddy se volvió con brusquedad hacia la puerta. Cada molécula de su cuerpo se puso sobre aviso. De repente se sintió tan alerta como un diapasón vibrante. Reprimió una sonrisa. Contuvo la esperanza. Juró por Dios que en esa ocasión no habría impaciencia. Se mantendría firme y correcto aunque le costara la vida.

—Señorita Hobhouse —saludó con calma—. Feliz mañana de Navidad.

Capítulo 7

Stella Hobhouse estaba de pie en el umbral. Llevaba un chal de cachemira azul y marfil con un estampado brillante alrededor de los brazos y una cofia de matrona de crepé y encaje negro, bastante incongruente, que le ocultaba todo el cabello. Tenía los pálidos ojos azul plateado abiertos de par en par por la sorpresa. Era evidente que no había previsto encontrarlo allí.

Sin embargo, y aunque podría haberlo hecho, no huyó. Se quedó vacilando en el umbral, su aura resplandecía con la misma electricidad que la de Teddy.

Le costó solo un instante recomponerse. Apretó los labios carnosos y enseguida adoptó una expresión femenina.

—Feliz Navidad, señor Hayes. Pero ya no es la mañana de Navidad. Es más de la una.

Miró el reloj como si lo viera por primera vez.

—¿De verdad? Discúlpeme. Pierdo la noción del tiempo cuando trabajo.

Stella se desconcentró un momento y echó un vistazo al lienzo.

—¿Está pintando?

—Los primeros trazos de un paisaje, como ve. No es uno de mis mejores trabajos.

Ella frunció el ceño con gesto de duda.

—A mí me parece bastante bueno.

—De lejos quizá, pero no cuando se ven las pinceladas de cerca. —Retiró un poco la silla para que ella pudiera admirarlo mejor—. Puede verlo usted misma.

La joven vaciló.

—No quisiera molestarlo.

—No es ninguna molestia —aseguró él—. Iba a descansar un rato para almorzar.

Se hizo un silencio. Un silencio profundo. Teddy apretó las ruedas de la silla con los dedos. Reprimió con todas sus fuerzas el impulso de decir algo más.

—Está bien —respondió la señorita Hobhouse al fin—. Si insiste...

La esperanza le hinchó el pecho a Teddy, a pesar de sus esfuerzos por contenerla. Reprimió una sonrisa y señaló el lienzo, invitándola a contemplarlo. El gesto era

engañosamente despreocupado. Parecía haber surtido efecto.

La señorita Hobhouse entró despacio en la estancia, tan cautelosa como un zorro que invade el territorio de un cazador conocido. La prudencia ensombrecía su mirada, en pugna con una evidente curiosidad. Curiosidad por su obra.

O quizá fuera por él.

Teddy se mordió la lengua. No iba a ser imprudente con ella. Esa vez no. No se arriesgaría a asustarla.

Stella se detuvo frente al cuadro inacabado y observó el lienzo durante un buen rato. La fina lana de su vestido azul oscuro reflejaba la luz y la modesta tela brillaba con la sensualidad del terciopelo.

Teddy la observaba absorto. Era una jovencita que se sentía cómoda con los silencios. Contemplaba la obra callada y seria, como sospechaba que lo era en la vida. Tuvo que esforzarse para no acribillarla a preguntas. Le surgían muchísimas.

—Tiene usted mucho talento —afirmó al fin.

Teddy tragó saliva reprimiendo una oleada de orgullo desmesurada. No era la primera persona en elogiar su trabajo. Sin embargo, su opinión le importaba especialmente. Si la impresionaba lo suficiente, tal vez aceptara que la pintara.

—Me alegra que piense eso.

—Y, sin embargo, tan joven... —añadió, sin dejar de mirar el lienzo.

—Tengo veinticuatro años. Apuesto a que soy mayor que usted.

—Solo dos años.

Así que tenía veintidós. Él había supuesto que tendría más o menos esa edad. Pero no fue eso lo que lo llevó a mirarla con mayor intensidad, sino el hecho de que su conversación hubiera virado tan rápido hacia lo personal. No sabía si sentirse alentado o insultado.

¿Sería porque su franqueza sin complejos había inspirado la de la joven? O quizá...

Tal vez era una de las innumerables mujeres que veían a un caballero en silla de ruedas como si fuera alguien insignificante.

Ya había conocido mujeres así. Muchachas que no se dirigían a él como a un hombre, sino con la misma informalidad con la que tratarían a un niño en la guardería. A fin de cuentas, ¿qué daño podía hacer un joven lisiado a la virtud de una dama?

Él no había supuesto que la señorita Hobhouse fuera esa clase de dama, a juzgar por su comportamiento la noche del baile. Entonces, ella había respondido como cualquier mujer respetable al ser importunada por un caballero impertinente. Se

había ofendido por su atrevimiento. Lo había reprendido por usar su nombre de pila. Y al final había huido.

Sin embargo, Teddy estaba en guardia.

—En el arte lo que importa no son los años. Es la experiencia en la vida.

Ella lo miró con interés.

—Supongo que usted ha acumulado mucha experiencia al haber estudiado en París.

Otra oleada irracional de esperanza lo agarró del corazón. Ella sabía algo sobre su vida. Lo que significaba que le había preguntado a alguien y que sentía curiosidad por él.

Se obligó a soltar las ruedas de la silla y a recordar que un hombre no debe parecer demasiado ansioso. Ansioso de aprobación. Ansioso de admiración. En especial cuando se trataba de muchachas hermosas.

¿Hermosas? ¡Ja! ¿A quién engañaba? Ella era tan deslumbrante como un rayo de luna. Tan reluciente como una estrella, incluso con ese atroz tinte castaño rojizo que le arruinaba el pelo plateado.

Aunque en ese momento el color no era visible. De hecho, no podía ver ni un solo mechón del cabello de la señorita Hobhouse, completamente oculto por la cofia.

Carraspeó.

—París. Ah, sí. Esa estancia me proporcionó mucha experiencia.

—Estudió usted con un pintor famoso, ¿verdad?

Confirmó que había estado preguntando por él.

—Estudié en el taller de Charles Gleyre —respondió—. ¿Conoce su obra?

—Me temo que no. ¿Debería?

—Claro que debería. Como todos. Es un artista magnífico, aunque lleva mucho tiempo retirado. Ahora se dedica a la docencia. Ha instruido a algunos de los pintores más prometedores de esta época. Hombres como el señor Monet, el señor Renoir y el señor Whistler.

Ella desvió la mirada y volvió a concentrarse en el lienzo.

—Whistler —le recordó él—. El artista estadounidense que pintó la obra de la galería de la calle Berners.

—Ah. —Se ruborizó un poco y continuó observando el cuadro—. ¿Es amigo suyo?

—Por desgracia, no. Ya había abandonado el estudio de Gleyre cuando llegué. Pero me siento muy inspirado por su forma de trabajar con una paleta limitada:

blancos, grises... Mi estilo es muy distinto. Aun así, aprecio mucho su genialidad.

El señor Hayes había escrito eso mismo en una carta a Whistler el verano anterior, poco después de que *La dama de blanco,* entonces titulada simplemente *La dama blanca*, fuera rechazada por la Real Academia. El artista estadounidense había enviado una respuesta cordial, en la que reconocía la conexión mutua con Gleyre y expresaba su interés por ver la obra de Teddy la siguiente vez que ambos estuvieran en Londres.

—Sí. Supongo que posee un talento bastante inusual —reconoció la señorita Hobhouse.

Teddy estuvo a punto de incorporarse de golpe en la silla, emocionado.

—¿Me está diciendo que fue usted hasta allí? ¿Vio el cuadro de Whistler?

Ella se volvió hacia él.

—Sí —confesó.

—¿Y...?

—Jamás había visto nada igual.

Se acercó a ella. A pesar de la supuesta habilidad de la señorita Hobhouse para dibujar, no le daba la impresión de que fuera una entendida en arte. Lo más probable es que tuviera un conocimiento básico de la disciplina, el que las institutrices transmitían a las jóvenes en el aula. Aun así, se moría por conocer su opinión.

—¿Le pareció feo?

—Me pareció extraño —admitió ella.

—Lo es. ¿Pero quién dice que lo extraño es malo?

Stella esbozó una tenue sonrisa y volvió a mirarlo a los ojos.

—Tiene una forma extraña de ver las cosas.

—No es extraña —repuso—. Tampoco es una visión anticuada. El arte está cambiando. Ya no se trata de representar algo tal y como es: un bodegón de frutas sobre una mesa bien puesta. Hay otros elementos a considerar. Luz. Movimiento...

La joven arqueó las cejas, sorprendida.

—¿Movimiento? ¿En una pintura?

—Sí, exacto. Es la impresión de un instante. El brillo de la luz cambiante sobre el agua. El susurro de la brisa entre las ramas. La sensualidad en el semblante de una dama.

La señorita Hobhouse se puso nerviosa.

—No creo que eso sea del todo...

—Los elementos. La naturaleza. El deseo humano.

—Señor Hayes, en realidad...

—Lo que no quiere decir que sea obsceno. Está vivo, eso es lo que importa. Y ya no es... —gesticuló buscando una forma de describirlo— prosaico —consiguió decir al fin.

Ella frunció el ceño. Se relajó un poco al olvidar, por un instante, el atrevimiento de sus palabras.

—¿Ya no es prosaico? ¿Quiere decir...?

—Quiero decir que no hay límites. No hay fronteras. Solo hay sentimientos: los del artista y los que evoca en el espectador. Todo lo demás es... —Volvió a hacer un gesto vago y guardó silencio con una mueca.

Adiós a lo de morderse la lengua.

—Lo siento —dijo él—. Me acaloro mucho cuando hablo de pintura.

—No tiene que disculparse por apasionarse por algo.

—Por ser incoherente, entonces.

—Usted no es incoherente. —Señaló una silla cercana—. ¿Puedo?

—Por favor —repuso.

Se dejó caer en el asiento acolchado y su falda ondulada se le arremolinó alrededor de los pies en un amasijo de delicada lana azul.

El señor Hayes agradeció que se sentara. Mucha gente no lo hacía en su presencia, preferían quedarse de pie delante de la silla. Y él detestaba tener que estirar el cuello para verlos. Prefería mirar a una persona a los ojos.

¿Lo habría intuido la señorita Hobhouse? Sospechaba que sí.

—El cuadro del señor Whistler sí que me hizo sentir algo —admitió, elevando los ojos con gesto triste hacia su cabello cubierto de crepé negro—. Como es evidente.

La noche del baile inaugural, Teddy había advertido la similitud del color de su pelo con el de la mujer de la obra de Whistler, pero no había comprendido la razón de dicho parecido. Hasta ese momento.

La certeza lo golpeó como un rayo.

—¿Por eso se tiñó el pelo? ¿Por el cuadro de Whistler?

El destello de culpabilidad y vergüenza que asomó a los ojos de la señorita Hobhouse la delató.

—No sé por qué la llamó *La dama de blanco* —repuso, en lugar de responderle —. No se parecía a ninguno de los personajes femeninos de la novela del señor Collins.

La popularísima y sensacional novela de Wilkie Collins, *La mujer de blanco*, se

había publicado apenas unos años antes con un éxito rotundo. Era un error común creer que la pintura de Whistler pretendía ser una ilustración de la historia. Tanto el público como los críticos de arte cayeron en ese error, cosa que perjudicaba al pintor.

—Él no tituló su pintura *La dama de blanco* —replicó Teddy—. Puede echarle la culpa al galerista. Al parecer, pensó en aprovechar el éxito de la novela del señor Collins.

—Muy presuntuoso por su parte.

—Y también imprudente. Lo único que ha conseguido es generar críticas injustificadas sobre la obra. Más le habría valido conservar su nombre original, *La dama blanca*.

Stella frunció el ceño con actitud pensativa.

—Aun así..., supongo que el título es acertado. El cuadro es de una mujer vestida de blanco. Lo más llamativo de ella era su pelo.

—Y la luz —apuntó el señor Hayes —. Y el color.

—Más bien la ausencia de color. Había tanto blanco...

A simple vista, era una observación válida. El cuadro de Whistler representaba a una dama de piel clara con un vestido de batista blanca. Su amante, en realidad: la bella Joanna Hiffernan, de cabello castaño rojizo. Estaba de pie sobre una alfombra blanca contra un fondo pálido cubierto de cortinas, y observaba al espectador con una mirada enigmática.

—No entiendo qué se suponía que significa —reflexionó la señorita Hobhouse.

—¿Por qué debería significar algo?

—¿Por qué? Porque el arte está destinado a significar algo. —Ella lo miró con gesto de duda—. ¿No?

—Significar algo ¿cómo qué? —preguntó—. ¿Moralmente? ¿Filosóficamente?

—Sí, supongo. Para elevar o... o para educar.

—Yo soy contrario a esa idea —admitió con rotundidad.

Un destello de diversión brilló en los ojos de Stella.

—Por supuesto.

—No soy el único. Hay un buen grupo de artistas que creen que el arte debe ser independiente. Whistler es uno de ellos. Dice que basta con que una pintura atraiga los sentidos artísticos. No necesita estar cargada de alusiones a la moral, la política o la religión.

—¿Y usted cree en esa idea?

—Sí. Los franceses lo llaman *l'art pour l'art*.

—El arte por el arte —tradujo. Y luego se rio. Fue una risa suave y ronca—. Mi antigua institutriz no estaría de acuerdo con esa idea. Solía decir que todos mis dibujos debían ensalzar a Dios

—¿Fue ella quien la enseñó a dibujar? —preguntó.

—Aprendí sola. La señorita Callis solo criticaba mi trabajo. No le gustaba que les dibujara alas a mis caballos ni que los sombreara con tonos extravagantes. Recuerdo muy bien que me golpeaba los dedos cada vez que elegía un color inapropiado de la caja.

—¿Un color inapropiado? —se burló el señor Hayes—. Además de ignorante, parece una persona espantosa.

La señorita Hobhouse no fue capaz de sonreír.

—Desde luego, nunca la habría elegido para mí. Fue mi hermano mayor quien la contrató.

Teddy la miró fijamente.

—Su hermano, el clérigo.

—Sí.

—¿Y qué hay de sus padres? ¿No se involucraron en su educación?

—Mis padres murieron hace mucho tiempo: mi madre cuando nací y mi padre cuando era una niña. Falleció en un accidente de carruaje mientras volvía a casa desde Londres. Era abogado.

—Lo siento. No me refiero a su profesión, sino a...

—Ya sé a qué se refiere. —Esbozó una sonrisita—. Gracias. Me gustaría decir que los recuerdo, pero supongo que era demasiado pequeña.

—¿Su hermano se ha ocupado de usted desde entonces?

—Y de mi educación. —Jugueteó un poco nerviosa con una arruga de la falda —. Me costó muchísimo librarme de la señorita Callis. A decir verdad, tengo la sensación de haberme pasado la vida derrocando a un tirano tras otro. Primero a mi niñera, luego a mi institutriz, y ahora...

—¿Ahora...? —preguntó Teddy en voz baja.

Ella lo miró con tristeza.

—Mi hermano está pensando en casarse.

—Ah. Supongo que su prometida es de naturaleza tiránica.

—No es su prometida. Es una de las razones por las que estoy aquí.

El señor Hayes arqueó las cejas, inquisitivo.

Stela vaciló antes de dar más detalles.

—La joven ha ido a Londres a pasar las Navidades. Mi hermano pretendía

invitarla a quedarse con nosotros. Y dependía de mi presencia. Por eso acepté la invitación de lady Anne: para boicotear los planes de mi hermano. Eso, y que... esperaba que venir aquí me brindara la oportunidad de resolver mi propio y lamentable problema.

—¿Qué problema es ese?

—Lo de siempre. No he tenido éxito esta temporada en Londres. He fracasado dos veces, pues este año ha sido mi segundo intento. Si no fuera por esa triste realidad, quizá no habría estado tan desesperada como para teñirme el pelo.

—Ya veo. Quiere casarse. —Ya lo sabía. Por eso había estado en la ciudad hacía tres meses. Por eso estaban allí todas las jóvenes solteras. Sin embargo, se le hizo un nudo en el estómago al oírlo. Una vez que estuviera respetablemente casada, ya no tendría oportunidad de retratarla. No como él quería—. Si esa es su ambición, no me extraña que prefiera que no la pinte.

—No entiendo por qué desea hacerlo —confesó—. ¿Pretende retratarme como la *Dama de blanco* del señor Whistler? ¿Como un espíritu austero y etéreo sobre el que los críticos escribirán opiniones mordaces?

En ese momento fue él quien frunció el ceño.

—No lo sé. No lo sabré hasta que empiece con los bocetos preliminares. Incluso entonces, mis sentimientos podrían cambiar. He desechado lienzos enteros cuando la obra no sale como pretendo.

—¿Retratos de damas?

—A veces.

—¿Ha pintado muchos?

—Unos cuantos.

Ella lo miró con la misma curiosidad cautelosa.

—¿Por qué los descartó? ¿No consiguió capturar su belleza con precisión?

—No fue eso. Fue la luz. Siempre es la luz. A veces se me escapa.

—Puede que se le escape conmigo también.

—Eso no pasará.

—Tiene mucha confianza.

—Nunca he tenido tanta —reconoció—. Está usted hecha de luz, señorita Hobhouse. Usted resplandece. Nunca he conocido a una dama que posea ni una fracción de su fulgor.

Lo miró a los ojos.

—Es usted muy persuasivo cuando quiere.

—Supongo que no lo bastante.

—En cuanto a eso...

Stella dudó. Pero lo que fuera a decir quedó en el aire por un agudo rugido de estómago.

Esa vez no era el de Teddy, quien esbozó una rápida sonrisa.

—Dios mío. ¿Ha sido usted?

Ella se sonrojó.

—Disculpe. —Se levantó de golpe—. Me temo que yo tampoco he almorzado.

El señor Hayes se abalanzó sobre la oportunidad con instintiva rapidez.

—Ah, ¿no? —Se giró un poco para acercarse más a ella olvidando cualquier intención de parecer distante y desinteresado—. Entonces, acompáñeme. Me vendría bien la compañía.

Ella dio un paso atrás.

—No creo que...

—No tiene por qué interferir con la comida del salón.

Lo miró con recelo.

—La gran merienda de Navidad que lord March ofrece esta tarde —le recordó.

Stella se sonrojó.

—Ah, sí. Eso. —Entrelazó los dedos con los pliegues de su chal—. Me temo que no podré asistir. He estado... Es decir... Estoy...

—Entonces almuerce conmigo —insistió él, aprovechando la oportunidad sin vacilar—. Me haría un favor. Mi hermana y mi cuñado se han ido con los demás, y mi criado ha bajado a la cocina a disfrutar de su comida de Navidad. Estoy aquí solo, y la verdad es que es un poco incómodo.

Ella se fijó entonces en las ruedas de su silla y se le iluminaron los ojos al entenderlo.

—¡Oh! Lo siento. No me había dado cuenta. —Se enderezó con repentina resolución y una expresión decidida—. Sí. Por supuesto, le acompaño. Una taza de té no puede hacer daño.

A Teddy se le hizo un nudo en el estómago al advertir, demasiado tarde, la conclusión a la que ella había llegado. Pensó que su referencia a la incomodidad se refería a su silla, no al mero hecho de estar solo en una casa desconocida y necesitar compañía. Abrió la boca para aclararle las cosas, pero se reprimió enseguida.

¡Al diablo con su orgullo! ¿Qué importaba por qué se quedaba mientras se quedara?

—Excelente —dijo—. ¿Sería tan amable de tocar el timbre?

Capítulo 8

Stella se sentó frente a Teddy en la mesita que el lacayo les había preparado junto a la ventana del salón. Él y una criada les habían llevado una tetera humeante, un platito de emparedados y rebanadas de pan de jengibre helado y pastel de frutas empapado en coñac. Tras preguntarles si deseaban algo más y hacer una reverencia, ambos sirvientes se marcharon. Ninguno se inmutó al dejar a Stella sola, sin carabina, en compañía de un joven. Estaba claro que no consideraban que el señor Hayes supusiera ninguna amenaza.

Stella deseó poder sentir lo mismo. Había estado evitándolo toda la mañana. De hecho, había estado evitando a todo el mundo.

Anne había conseguido eliminar el tono verde de su cabello la noche anterior. Habían sido necesarias varias aplicaciones de solución de bórax y aceite de oliva, y otros tantos enjuagues, antes de levantar la cabeza del lavamanos y descubrir, por fin, que su pelo había recuperado el gris plateado natural. Su amiga corrió entonces a buscarle el sombrero más adecuado.

Por desgracia, el tipo de gorrito de matrona anticuado no había sido fácil de conseguir, sobre todo cuando intentaban mantener en secreto su propósito ante los demás invitados. La única que poseía uno era la madre de Anne. Una cofia negra, naturalmente, dadas las inclinaciones de lady Arundell. Era más apropiada para una anciana de luto riguroso que para una joven con la edad de Stella, que se la había puesto esa mañana de todas formas. Le alivió poder ocultarse bajo ella, pero sabía muy bien el aspecto que tenía y las preguntas que suscitaría. Aunque solo un caballero se atrevería a hacérselas, por supuesto, pretendía escapar a su escrutinio.

Al final, solo había retrasado lo inevitable. Y precisamente el intento de evitar al señor Hayes la había llevado hasta su puerta.

Y después su cuadro la había empujado a entrar.

No se parecía a ningún paisaje que hubiera visto jamás. No era una representación exacta, ni por asomo. Se apreciaba solo la mínima impresión de la silueta de un árbol recortada sobre un banco de nieve de un blanco radiante. Una representación borrosa, compuesta de pequeñas pinceladas sin mezclar, que, milagrosamente, lograban capturar el efecto cambiante de la luz matutina sobre la

corteza y la extensión de la nieve.

Alguien podría decir que se trataba de un trabajo inacabado. Una obra indigna incluso de un artista principiante. Pero ella, al contemplarlo, sintió una extraña punzada de dolor en el pecho.

¿Era así como el señor Hayes pretendía retratarla? ¿No como un duplicado de sí misma, sino como una figura difuminada que provocaría esa misma extraña sensación en los demás?

Le resultaba desconcertante pensarlo.

También era bastante emocionante.

Había hablado de luz y movimiento. De cuadros que no tenían otro propósito que estimular la sensibilidad.

«¿Quién dice que lo extraño es malo?», le había preguntado.

Todas las personas que había conocido en su pueblo del condado de Derby. Toda la alta sociedad londinense.

Pero al señor Hayes no parecía importarle ninguna de esas personas. No parecía dejarse influir por las opiniones de nadie.

—Tenía la intención de tomar el té aquí sola —confesó cuando los sirvientes se marcharon—. El señor Hartford dijo que nadie entraba nunca en esta ala de la casa. Me aseguró que este salón era privado.

—Lord March me garantizó lo mismo a mí —admitió el señor Hayes—. Me ofreció la sala como estudio durante el resto de mi estancia, para que pudiera trabajar tranquilo. —La observó fijamente—. ¿Por qué sola?

—¿Disculpe?

—¿Por qué no se reúne con los demás en el salón para disfrutar de la comida de Navidad?

Stella tomó la tetera de plata para llenar las tazas. Le habría gustado unirse a los demás, pero no había forma de aparecer en el salón sin suscitar comentarios. Con aquella cofia, parecía todo un enigma. Todo el mundo se daría cuenta de que pasaba algo.

Era un pequeño milagro que el señor Hayes aún no se hubiera pronunciado al respecto.

Había mirado la espantosa prenda varias veces, frunciendo ligeramente las cejas, como si no pudiera entender bien por qué la llevaba. Era solo cuestión de tiempo que abordara la cuestión.

Ella esperaba pasar los tres días restantes de la fiesta sin encontrarse por la casa con él ni con ninguno de los invitados. Era mucho mejor verlos al aire libre,

donde podría cubrir de forma justificada sus canas recién recuperadas combinando una redecilla de seda con un sombrero.

En cuanto a que fuera el día de Navidad, tendría que bastar con que hubiera celebrado la festividad con Anne y lady Arundell esa mañana. Las tres habían compartido un desayuno privado en la pequeña sala de estar contigua al dormitorio de la condesa. Anne sorprendió a Stella con un par de guantes de montar de lana nuevos que había envuelto y decorado con un lazo, y ella le regaló un boceto enmarcado que había hecho de *Azafrán*, su semental dorado.

—A veces prefiero estar sola —confesó mientras le servía el té al señor Hayes—. ¿Y usted? ¿Por qué no está celebrando con los demás?

—No asistió al desayuno de ayer, por lo que vi —observó sin permitir que cambiara de conversación—. Ni a la cena de anoche. Ni al baile. —Hizo una pausa—. ¿No habrá estado evitándome, por casualidad?

A la señorita Hobhouse se le resbaló la tetera de la mano desnuda, derramando un chorro de infusión, que salpicó la mesa y empapó el mantel de lino, donde apareció un círculo oscuro de Darjeeling que se expandía rápidamente.

Stella soltó la tetera enseguida.

—¡Ay, qué torpe soy!

El señor Hayes pareció interpretar el té derramado como una confirmación.

—Así que me estaba evitando.

Exhaló frustrada mientras secaba la mancha húmeda con la servilleta.

—Bueno, si así fuera, lo he hecho fatal —murmuró—. En lugar de compartir la mesa del desayuno con docenas de personas, nos disponemos a tomar el té solos, en una habitación vacía.

Teddy sonrió.

—Escandaloso.

Lo era. A la joven le latía tan deprisa el corazón que no tenía ninguna duda.

Eso no significaba que quisiera darle importancia. Cuanto menos alboroto armaran, mejor. Y al final, ¿qué daño podía hacer? Solo eran dos invitados a una fiesta respetable. Conocidos cordiales e indiferentes, reunidos por casualidad. Sin duda el peligro de ser del sexo opuesto quedaría compensado por las normas de cortesía.

Él había dicho que estaba solo y que quería compañía. Habría sido de mala educación salir corriendo y dejarlo allí, sin la ayuda de un acompañante o sirviente.

Pero reconocía el peligro. Y no solo el que suponía su propuesta de pintarla,

sino el peligro real que representaba el mero hecho de estar en su presencia.

Era demasiado fácil hablar con él y compartir cosas que no debía. ¡Pero si ya le había hablado de teñirse el pelo, de su antigua institutriz, su hermano y la señorita Trent! Solo Dios sabía qué más le contaría si permanecía en su compañía mucho más tiempo.

Terminó de secar el té derramado.

—No hemos hecho nada digno de mención. La puerta está abierta. Las cortinas también. Y solo hay té y emparedados.

—Y pastel —añadió—. No olvide el pastel.

Ella lo miró divertida.

—Sí, me parece que lo del pastel es ir demasiado lejos.

Él le devolvió la sonrisa. El gesto le iluminó el rostro, lo que suavizó sus rasgos afilados y, al mismo tiempo, le hizo parecer más atractivo e infinitamente más peligroso. Ese era el semblante de un caballero capaz de hacer algo más que persuadir a una dama para que posara para un cuadro. Era el rostro de un hombre capaz de convencer a una dama de cualquier cosa.

Tuvo que recordarse que debía desempeñar su papel de anfitriona. Alcanzó la pequeña jarra de plata de la bandeja.

—¿Toma leche? ¿O prefiere limón?

—Leche, por favor.

Sirvió un poco de leche en ambas tazas. Parecía una pena contaminar el Darjeeling. Su fragancia era tan delicada como el perfume más fino. El lacayo les había dicho que era la mezcla especial del conde de March, hecha con la primera cosecha de té de la primavera.

—No tenía por qué evitarme —dijo el señor Hayes—. Solo le pedí permiso para pintar su retrato. Jamás le haría daño.

Dejó la jarra.

—El daño está en la tentación. En ese sentido, ya está hecho.

—¿Entonces se siente tentada de posar para mí?

—Eso es lo de menos. No podría hacerlo aunque quisiera. Ya debe usted saber que las damas no posan para retratos.

—Tonterías —espetó—. Muchas damas lo hacen. La señora Polidori. La señora Millais. Por no hablar de la reina.

—¿La señora Polidori no es la tía del señor Rossetti o algo así? Y la señora Millais... —Stella se sirvió uno de los emparedados de queso cortado en finas lonchas—. Por mucho que comprenda su situación, difícilmente se la puede

presentar como un ejemplo de dama respetable.

El matrimonio de la señora Millais con el señor Ruskin, su primer marido y famoso crítico de arte, había sido anulado ocho años atrás, lo que provocó un escándalo. Su posterior enlace con el pintor John Everett Millais no había contribuido a calmar las críticas, a pesar de que la pareja ya estaba consolidada y tenía cinco hijos.

—En cuanto a la reina —continuó—, no se pueden comparar las acciones de la soberana con lo que pueda hacer una dama común en su vida privada.

—¿Y qué hay de la señora Bowes, la señora Dickens o la señora Sutherland? — Recitó toda una retahíla de ejemplos.

La señorita Hobhouse no conocía ni a la mitad de las mencionadas, pero sabía lo que tenían en común.

—Todas eran damas casadas. Lo más probable es que los retratos fueran encargados por sus maridos. O para sus maridos.

—Eso no significa que las señoritas de su clase no se dejen pintar de vez en cuando. Los padres encargan retratos de sus hijas constantemente.

Se llevó la taza de té a los labios. El delicado y controlado movimiento no pudo ocultar el vigor de sus brazos. En los dedos tenía manchas de pintura y callos, sin duda causados por el manejo de la silla. Era la mano de un caballero acostumbrado al trabajo duro. Un hombre fuerte y hábil al mismo tiempo.

Stella notó un aleteo en el estómago. Se obligó a apartar la mirada y comió en silencio. Había esperado demasiado para saciar el hambre. Si no la calmaba en ese momento, corría el riesgo de desmayarse. Ese era el peligro de los corsés. O el de los vestidos nuevos que le había comprado al señor Malik antes de irse de Londres. Resultaban tan elegantes como exigentes, y la obligaban a ajustarse el corsé casi cinco centímetros más.

El que llevaba en ese momento era de lana azul, sencilla y sin ribetes. Pero los diseños del señor Malik nunca pasaban desapercibidos. Estaban confeccionados con la maestría de una carta de amor a la figura femenina, y realzaban cada curva con una elegancia que rozaba lo sensual.

¿Se habría dado cuenta el señor Hayes? Claro que sí. No había nada que escapara a su escrutinio, aunque solo la observara como pintor.

Dio otro mordisco a su emparedado y lo acompañó con un sorbo de té. El Darjeeling era más ligero y delicado que su habitual mezcla de Assam. Floral y fresco, totalmente único. Tomarlo le parecía todo un lujo.

—Yo ya no tengo padre —dijo mientras se limpiaba los labios con la servilleta

—. Supongo que mi hermano podría encargar un retrato mío, pero lo cierto es que nunca lo haría. Y aunque lo hiciera por algún motivo disparatado, jamás contrataría a un pintor joven y apuesto para ello. Y mucho menos a un artista con ideas revolucionarias sobre el arte.

El señor Hayes se quedó con la taza congelada a medio camino de la boca. Arqueó una ceja.

—¿Apuesto?

Stella parpadeó. ¡Cielos! ¿Lo había dicho en voz alta?

Aunque no se arrepentía. Había dicho la verdad. No tenía por qué avergonzarse.

Se posó la servilleta sobre el regazo y la alisó con cuidado.

—¿Nadie se lo ha dicho?

—Nadie cuya opinión me importara. —Sonrió con picardía. La expresión contrastaba con la de sus ojos, pues su mirada azul grisácea se veía inusualmente seria—. Se lo agradezco.

La señorita Hobhouse se encogió de hombros con fingida despreocupación y siguió comiendo.

Así que era la primera mujer en decirle que era apuesto... Él era el primer caballero que había alabado su belleza. A decir verdad, era el primero al que llamaba la atención algo de ella, aparte de su evidente defecto.

A diferencia de sus amigas, nunca había sido objeto de interés por parte de ningún hombre. No había recibido ofertas durante las temporadas en Londres ni atención alguna; al menos, ninguna positiva. Su único momento de notoriedad había surgido no por su belleza, su ingenio o por sus habilidades como amazona, sino por los groseros versos anónimos que un caballero había escrito sobre su cabello.

Contempla a la dama gris entrando en la habitación;
Un espectro en busca de marido que te llevará a la perdición.
Rostro pálido, encantos blanquecinos y el cabello de tu abuela;
Ni apta para el matrimonio ni para una aventura pasajera.
¿A qué hombre atrapará en su red plateada?
¡No existe ningún tipo con una prisa tan desesperada!

Y a esos seguían otros versos compuestos con creciente picardía.

Un recuerdo bochornoso. Stella se rio de aquello entonces, consciente de que muchos miembros de la alta sociedad confundían la crueldad con la inteligencia. ¿Qué otra cosa podía hacer sino reír? No era de las que lloran, ni se esconden, ni

se abandonan a largos episodios de autocompasión. Pero, le había dolido. Se había sentido humillada. Decepcionada. Desconsolada, en realidad, porque esos versos irreflexivos había destruido cualquier esperanza que tuviera de vivir un romance durante su primera temporada. Había confirmado lo que siempre había temido: que ningún caballero era capaz de ver más allá del penoso aspecto de su pelo.

Hasta entonces.

Y el señor Hayes no era un caballero cualquiera. Era un hombre con mucha experiencia. Era inteligente. Y tenía talento. Muchísimo, a juzgar por la pintura que acababa de ver.

Cada vez sentía más curiosidad por él.

¿Qué le habría causado la dolencia que lo condenaba a permanecer en una silla de ruedas? ¿Se habría caído del caballo? ¿Habría sufrido un accidente de carruaje? ¿Se debería a una enfermedad congénita? ¿Era tan parte de él como la ropa que vestía?

No importaba.

No debería importar.

Sin embargo...

Se sirvió un trozo de pastel.

—¿Puedo preguntar cómo...?

—Escarlatina —espetó.

La señorita Hobhouse se sintió avergonzada.

—Lo siento. No iba a...

—¿No iba a preguntarme cómo terminé en esta silla? —Seguía sonriendo, pero su gesto ya no era divertido—. No importa. No tengo nada que ocultar. —Dejó la taza de té—. Tuve fiebre hace cuatro años y medio. Cuando la superé me quedó afectada la columna vertebral, y después resultó que también había afectado a los músculos de las piernas. Se debilitaron considerablemente, tanto que ahora son prácticamente inútiles.

Stella se sintió como un monstruo. ¡Maldita curiosidad!

—Lo siento —repitió, escarmentada—. No es asunto mío.

Ahora era él quien se encogía de hombros. Hizo un gesto de fingida indiferencia.

—Le he dicho que no tengo nada que ocultar. Mi estado salta a la vista.

Stella sospechaba que había algo más de lo que se apreciaba a simple vista. La explicación se quedaba muy corta. Solo las fiebres más severas podían afectar a la movilidad de las extremidades. Lo había visto muchas veces a lo largo de los años,

mientras acompañaba a su hermano cuando atendía a los enfermos.

—Sí, por supuesto —repuso—. Solo preguntaba porque temía...

El señor Hayes apretó los dientes de un modo casi imperceptible. A sus ojos asomó una expresión indescifrable.

—¿Qué?

—Temía que lo hubiera provocado un caballo —espetó—. Lo cual habría sido terrible.

Él parecía desconcertado.

—¿Peor que la escarlatina?

—Sí. —Cerró un momento ojos y reprimió un lamento—. Es decir, no. Obviamente.

—¿Qué quiere decir?

—Soy amazona.

La miró fijamente desde el otro lado de la mesa.

—Una desconcertante contradicción. ¿Debo concluir que le gustan los caballos? Por lo tanto, una lesión causada por un caballo sería...

—Terrible, sin duda —repitió con un hilo de voz. Hizo ademán de dejar la servilleta, sin terminar ni el pastel ni el té. Lo mejor que podía hacer era marcharse. Ya lo había ofendido más allá de lo soportable.

Pero la mirada penetrante del señor Hayes la obligó a permanecer clavada en su asiento. Poco a poco recuperaba el gesto irónico.

—Una amazona —repitió—. ¿Es amazona de verdad? ¿O solo es una de esas damas a las que su sufrido mozo de cuadra pasea en un poni viejo?

Stella se relajó un poco. Reconocía cuando le tomaban el pelo.

—No monto ponis viejos. Tengo una yegua muy briosa. Se llama *Locket*. Es hija de *Stockwell*. Puede que haya oído hablar de él.

El señor Hayes la miró fijamente.

—Pues no.

—Era un famoso semental de carreras. Gris, como *Locket*. Y bastante brioso también. Me temo que *Locket* heredó lo peor de su temperamento. No la puede montar cualquiera.

—¿Pero usted sí?

—Ya lo creo. Hay quien la considera peligrosa, pero para mí es como un sueño. Solo tengo que presionarla un poco con la pierna y sale disparada, veloz como Mercurio, como si tuviera las alas que yo solía dibujar a mis caballos de niña. Nunca he sentido nada igual en este mundo. ¡Es un poder inmenso! ¡La libertad

en estado puro! Me dan ganas de galopar eternamente. Y *Locket* nunca se cansa. Correría con todas sus fuerzas si...

—¿Siempre se la ve tan radiante cuando habla de su caballo? —la interrumpió.

Stella se calló de golpe al recordar de pronto dónde estaba y con quién. Se le encendieron las mejillas.

—No lo sé —dijo avergonzada—. Es probable. ¿Estaba divagando?

—Estaba radiante.

—Ah, ¿sí? —sonrió, un poco cohibida—. Me atrevería a decir que me apasionan tanto los caballos como a usted el arte.

El señor Hayes no parecía oírla. La miraba fijamente a la cara, como si hubiera quedado fascinado por algo que había encontrado allí.

—Así es como la pintaría —repuso de pronto.

Una oleada de calor la recorrió de pies a cabeza. ¡Era un escándalo que un hombre la mirara de ese modo!

—Señor Hayes...

—Teddy.

—Pues Teddy... Ya le dije que es imposible. A mi hermano le daría una apoplejía. No hay nada más que decir al respecto.

—Entonces... ¿puedo dibujarla, al menos?

Abrió la boca.

Él siguió hablando antes de que ella pudiera responder.

—Usaría lápiz, no pintura. Y puede quedarse con el boceto después. Podría romperlo si quisiera. Quemarlo. Lo que usted desee. No habría ningún peligro de que dañara su reputación.

Stella se sumió en un silencio vacilante. ¿Un boceto? ¿Algo que fuera solo suyo?

Estaba tentada. Peligrosamente. Deseaba verse a sí misma como la veía él. Como una estrella resplandeciente que podía deslumbrar a cualquiera a primera vista.

Y solo le proponía un boceto a lápiz. No podía ser tan peligroso. Y menos si lo quemaba una vez terminado.

Tomó una repentina decisión.

—Está bien. Le doy mi permiso.

El rostro atractivo e inteligente de Teddy se iluminó con una sonrisa. Se adivinaba el alivio en sus ojos, además de un inconfundible destello de triunfo.

Ella enseguida comprendió por qué. No se trataba solo de un boceto a lápiz, ¿verdad? Lo cierto era que no se trataba un boceto en absoluto. Era como una manzana en el jardín del Edén. Por fin la había convencido para dar el primer

mordisco. Solo faltaba que ella devorara el resto de la manzana.

Y Stella estaba hambrienta.

Capítulo 9

Llegó tarde a su cita con Teddy al día siguiente. No fue porque hubiera cambiado de opinión. A pesar de las dudas que la habían atormentado durante la noche y que la persiguieron hasta la mañana, era muy consciente del honor que le había concedido al pedirle que posara para él.

Demasiado consciente.

Por eso, al regresar a su habitación después de un frío paseo matutino en compañía de Anne y el señor Hartford, Stella se había demorado demasiado en su aseo. Se había lavado con jabón de lilas, había elegido su vestido con cuidado y había pasado un buen rato frente al tocador, ocultando cuidadosamente las canas bajo la cofia negra de crepé y encaje que le habían prestado. Al fin y al cabo, no todos los días se posaba para un retrato, ni siquiera para un boceto.

Pero cuando por fin entró en el salón privado, casi diez minutos después de la hora acordada, Teddy no pareció advertir el esfuerzo que había puesto en su apariencia. Estaba ocupado reuniendo los bártulos y solo la miró un segundo.

—Siéntese en la silla junto a la ventana, por favor.

Alguien había puesto allí una delicada silla con respaldo en forma de escudo. Estaba tallada en madera de olmo y la habían dispuesto de tal forma que le permitía ver su perfil de tres cuartos.

Stella se acercó y se sentó. Se acomodó la falda sobre las piernas. Era uno de los vestidos de día más favorecedores que le había encargado al señor Malik, confeccionado con seda azul acero y adornado con pasamanería negra. Tenía un escote alto, mangas anchas con un ribete sobre unas segundas mangas interiores de muselina blanca almidonada y un delicado cinturón de cordón y seda que se abrochaba con precisión a la cintura. Le había llevado una eternidad cerrar la diminuta hilera de botones forrados en negro que recorrían la ceñida parte delantera del corpiño, una tarea que nunca habría logrado si su corsé no hubiera estado tan ajustado.

—Siento llegar tarde —se disculpó.

—Está aquí, eso es lo importante.

El señor Hayes continuó alineando sus útiles en una mesa con incrustaciones

junto a su caballete. A diferencia de ella, no parecía haberse esforzado por mejorar su apariencia. Todo lo contrario. Iba bastante mal vestido.

Había dejado la chaqueta sobre el respaldo del sofá y estaba en mangas de camisa. Tenía los puños un poco arremangados, algo lógico dada su ocupación, pero que revelaba demasiado de un antebrazo delgado y musculoso.

La señorita Hobhouse hizo un esfuerzo por no mirarlo fijamente.

—He salido a cabalgar con lady Anne y el señor Hartford —le contó.

Había tomado prestado un pequeño y tranquilo caballo castrado del establo del conde. No había sido nada comparado con un paseo con *Locket*, pero había podido montar. El ejercicio le había sentado de maravilla.

—Eso he visto —dijo él.

—¿Me ha visto?

—Los vi salir a todos esta mañana. Tengo una vista perfecta del patio del establo desde la ventana de mi habitación.

Stella frunció el ceño. Su tono le pareció extrañamente apagado. No supo si estaba irritado, indiferente o... si tal vez había algo más.

¿Le molestaba ver a otros participando en una actividad vetada para él? Claro que no. De ser así, no habría asistido al baile inaugural, pensó.

—Volveremos a salir luego. Lady Anne y el señor Hartford han reunido a un pequeño grupo para visitar las ruinas del castillo de Odiham. Podría acompañarnos si quiere.

Él la miró muy serio.

—¿A caballo?

—No. Iremos en carruaje. No está muy lejos, creo.

—¿Cuándo se supone que tendrá lugar esa emocionante expedición?

—A las once y media. ¿Le dará tiempo de terminar su boceto?

—No.

—Oh.

No esperaba que fuera tan directo. Por mucho talento que tuviera, solo se trataba de un boceto preliminar, no de una obra maestra. ¿Cuánto tiempo podría llevarle? Ella no solía necesitar más de una hora para algo así.

—Supongo que podría...

—Tendremos que volver a vernos —repuso él.

La invadió una inesperada oleada de vértigo. En ese instante, se dio cuenta de cuánto deseaba volver a verlo.

Una y otra vez.

No importaba que fuera imprudente. Que pudiera perjudicar su reputación. Era maravilloso contar con la atención de un caballero. Estaba sedienta de ella.

Y no se trataba de un caballero cualquiera.

La atención de Teddy Hayes significaba algo. No era un petimetre insensible de la alta sociedad ni un terrateniente rural grosero. Era reflexivo. Perspicaz. ¡Pero si hasta había estudiado arte en París!

Stella logró mantener la compostura.

—De acuerdo. ¿Cuándo le va bien?

—Mañana por la mañana.

Ella se desanimó un poco. Por mucho que le apeteciera quedar con él por la mañana, tenía otros compromisos los dos días que le quedaban en la fiesta. Estaba allí como invitada de Anne, no como invitada por derecho propio. Era a su amiga a quien debía la mayor parte de su tiempo. En especial en esos momentos.

Como Anne sabía que Stella se limitaría a las actividades en las que no llamaría la atención por cubrirse el cabello, había planeado varias diversiones al aire libre. No solo montar a caballo y visitar los lugares de interés histórico de por allí, sino también un paseo en trineo.

No podía faltar a las actividades que se habían organizado pensando en ella.

—Mejor por la tarde —propuso—. Si le va bien.

—¿Toda la tarde? ¿O solo una hora más?

—No puedo prometer que disponga de toda la tarde. Lady Anne podría necesitarme.

—Es posible, sí. En ese caso, será mejor que empecemos. —Abrió el cuaderno de bocetos, seleccionó un lápiz de la hilera de útiles que tenía al lado con la solemnidad de un gladiador romano eligiendo un arma para la arena—. Si fuera tan amable de mirar hacia el reloj y levantar un poco la barbilla...

Stella obedeció. Ya no podía ver con claridad lo que hacía, más que a duras penas por el rabillo del ojo. El susurro del lápiz rozando el papel con suavidad le hacía cosquillas en los oídos.

—¿Debo guardar silencio?

—Al contrario. Debe hablarme sobre su caballo.

Sonrió.

—Entiendo que desea usted que vuelva a mostrarme resplandeciente.

—Esa es la idea.

Era más fácil decirlo que hacerlo. No estaba acostumbrada a entablar conversaciones importantes para ella por obligación. Una cosa era participar en

una charla trivial sin sentido. Eso podía hacerlo sin pensar. Pero explayarse sobre el tema que más le gustaba, solo para producir un cambio efímero en su semblante, era harina de otro costal.

—¿Y bien? —la animó e hizo un nuevo trazo del lápiz sobre el papel.

—Estoy decidiendo qué decir —repuso—. Confieso que me siento un poco tonta. ¿Hay algo en particular que quiera saber sobre *Locket*?

—¿Dónde la tiene?

—En Londres, cuando estoy allí.

—¿Y el resto del tiempo?

—En casa, en el condado de Derby. Mi hermano y yo tenemos una casita de campo cerca de su iglesia. Hay un viejo granero junto a un prado. *Locket* está allí ahora, esperando mi regreso. Le hace compañía *Crab*, el viejo caballo castrado de mi mozo de cuadra. Son los únicos caballos por ahora.

—¿No tienen caballos de tiro?

—No tenemos carruaje. Mi hermano cree que sería indecoroso para un clérigo de su posición.

—¿Y aun así la acompaña a Londres dos temporadas consecutivas?

—No tiene elección. —Miró fijamente el reloj. Se estaba acostumbrando a hablar con demasiada libertad cuando estaba en compañía de Teddy Hayes. El constante susurro de su lápiz le soltó aún más la lengua—. Mi padre me legó una pequeña cantidad en su testamento. Una parte es totalmente mía. El resto se quedó en custodia, destinada específicamente a presentarme en sociedad. Mi hermano podía elegir entre acompañarme o contratar a alguien empleando fondos de su propio bolsillo.

—Así que es cuestión de economía —observó Teddy.

—Algo así.

En realidad, era exactamente así.

Daniel era un hombre muy frugal. Si por él fuera, Stella habría renunciado por voluntad propia a su parte hacía mucho tiempo. Incluso en ese momento, más de diez años después de la lamentable pérdida de su padre, todavía hacía comentarios ocasionales sobre cómo sus escasos fondos tendrían mayor rendimiento si los invirtiera en ayudar a los pobres.

O en apoyar su afición.

Aunque su hermano nunca admitiría que lo que lo ocupaba fuera una afición. Según él, se trataba de una vocación. Un exhaustivo tratado que estaba escribiendo sobre las manifestaciones modernas del pecado original. Llevaba más

de siete años trabajando en él. Stella le había hecho de secretaria muchas veces, le transcribía las notas y lo ayudaba con la investigación.

—¿Es barato tener dos caballos? —preguntó Teddy mientras dibujaba.

—Sería una crueldad no tenerlos. Los caballos son animales de manada. Se desarrollan mejor en compañía de otros. Aunque eso no tiene nada que ver con mi hermano.

La miró con interés.

Además de advertir el gesto, Stella sintió el peso de aquella mirada inquisitiva.

—Yo misma subvenciono los gastos del establo —dijo—. La asignación de mi herencia no es muy cuantiosa, pero es suficiente para proporcionarle cierta comodidad a *Locket* y cubrir los gastos del mozo de cuadra y su montura. Es todo cuanto necesito.

—¿Tanto significa para usted?

—Lo significa todo para mí.

—¿Más que su independencia?

—*Locket* me da independencia. Más de la que tendría en cualquier otra circunstancia.

—Se me ocurren algunas circunstancias en las que podría tener más —comentó mientras retomaba el boceto.

Stella era consciente de ellas. Las había valorado con bastante frecuencia.

—Solo el matrimonio y la viudez. Y, por desgracia, a este último estado solo se llega mediante el primero. En cuanto a lo demás... —añadió, frunciendo el ceño —, una joven soltera no puede tener casa propia. Debe tener alguna compañía. E incluso así, se consideraría extremadamente extraño.

—En realidad, dicha compañía no tiene por qué ser una carabina —repuso él—. Antes de que mi hermana se casara con el señor Archer, ella y yo estábamos al cuidado de nuestra anciana tía Charlotte. Pero era mi hermana quien dirigía la casa. La tía Charlotte solo estaba allí para apoyarnos.

—Por desgracia, yo no tengo una tía Charlotte. Solo me queda mi hermano. Y ahora que mi segunda temporada ha terminado... —No pudo terminar la frase. Y menos en voz alta.

El roce del lápiz se detuvo y se hizo un silencio incómodo.

Stella se arriesgó a mirarlo. Pero él no la estaba observando con preocupación. Estaba concentrado en su cuaderno de bocetos, con el ceño fruncido, como si algo le molestara.

Mientras ella observaba, él sacó un trozo de goma de borrar de la hilera de útiles

y lo usó para eliminar parte del boceto. Por la cara que ponía, no parecía un resultado muy prometedor.

—¿Qué va a hacer? —preguntó como quien no quiere la cosa.

Stella volvió a mirar el reloj. No tenía ganas de hablar de su falta de opciones. Ni con Teddy ni con nadie. Y menos cuando él no estaba prestando atención a lo que decía.

No quería pensar en su sombrío futuro. Aquella fiesta debía ser para ella un respiro de todo aquello, si no una solución definitiva. Una última oportunidad para disfrutar y divertirse antes de que todo llegara a su fin.

Y debía terminar.

Su padre no había estipulado nada en su testamento para una tercera temporada.

—Volveré al condado de Derby —afirmó.

—¿Y después...?

Stella encogió los hombros.

—No hay ningún «después».

❋❋❋

Teddy volvió a levantar la cabeza. Le disgustaba lo que Stella le había contado. La perspectiva de que, dentro de muy poco, ella se marchara al condado de Derby y ya no pudiera volver a verla. Pero, en ese momento, algo lo preocupaba mucho más.

Sostuvo el cuaderno de dibujo a cierta distancia con la esperanza de que un poco de perspectiva mejorara su opinión sobre su progreso.

No fue así.

Una creciente irritación le agrió rápidamente el ánimo. Algo no iba bien. Allí estaba ella, por fin, su estrella luminosa, sentada frente a él y dispuesta, al menos ese día y el día siguiente, y no conseguía plasmar su imagen sobre el papel como quería.

El problema no era la luz. Ni siquiera se debía a la información que le había estado transmitiendo, por sombría que fuera. Era algo más. Algo que no lograba averiguar.

Stella pareció percibir su creciente disgusto y volvió la cabeza. Adoptó una expresión cautelosa. Se había dado cuenta de que había dicho demasiado, le había confiado demasiadas cosas. Las damas solteras no debían conversar con tanta libertad con caballeros solteros.

—¿Qué...? —preguntó—. ¿Qué ocurre?

Él torció el gesto.

—No estoy seguro.

—¿Es algo que he dicho?

—No.

—¿Entonces qué es?

—Es... —La observó y frunció aún más el ceño. Llevaba la misma cofia negra de crepé del día anterior y, como entonces, la prenda le ocultaba todo el cabello. Él no era de los que opinaban sobre los caprichos de la moda femenina. Sin embargo...—. ¿Por qué se ha puesto esa cofia tan horrible?

Stella palideció un poco. Con timidez, tocó las opacas cintas negras que adornaban la prenda.

—No es horrible.

—Sí que lo es —le aseguró.

—Muchas damas llevan cofia en interiores.

—Solo matronas y solteronas mayores. Usted no es ninguna de esas cosas.

—Soy una solterona —afirmó—. Técnicamente. Y me gusta cómo queda. Me parece bastante elegante.

—Es espantosa —respondió con franqueza—. Confío en que no pagara demasiado por ella.

—No pagué nada. La... se la pedí prestada a lady Arundell.

Eso explicaba el color sombrío y el estilo anticuado, pero no aclaraba la razón por la que la llevaba. La condesa de Arundell era una señora mayor y majestuosa que vivía en un duelo perpetuo. Stella era prácticamente una niña en comparación con ella, y no tenía motivos para estar de luto, al menos que Teddy supiera.

—Tendrá que quitársela. Le cubre todo el cabello.

Ella reculó ante la sugerencia.

—¿Qué más da? De todas formas, no aprueba usted mi nuevo color de pelo.

—Pues no. Pero prefiero verlo.

—Preferiría que no lo viera. A menos que... —Palideció aún más—. ¿Debe verlo?

—Si quiero que este boceto salga bien, sí. Hay una falta de equilibrio y proporción por culpa de eso. No conseguía discernir cuál era el problema hasta ahora. La necesito completa, sin alteraciones por... —señaló su cabeza con el lápiz —, lo que sea eso.

Stella se mordió el labio. Miró con ansiedad hacia la puerta abierta del salón. El

pasillo estaba en silencio. No había nadie. Ni sirvientes ni invitados. No irían a esa parte de la casa a menos que los llamaran.

Se desató las cintas de la cofia muy despacio.

—Está bien —aceptó—. Pero no debe decir nada.

—¿Qué más puedo decir? Ya le he visto el pelo. No es como si...

Teddy se interrumpió en cuanto ella se quitó aquella atrocidad tejida en crepé de la cabeza. Se quedó boquiabierto.

Llevaba el pelo recogido en un moño trenzado con esmero en la nuca, y volvía a ser del color de la plata esterlina: hermoso, brillante y completamente gris.

La miró boquiabierto.

—¿Cuándo ha...?

—La noche del baile —confesó—. El tinte castaño rojizo se desvaneció de improviso. Por eso he empezado a usar cofia. Es la única manera de disimularlo.

A Teddy se le secó la boca.

—Ya veo.

—Y si hace un solo comentario desagradable...

—No se me ocurriría —aseguró—. No lo he hecho.

—No, pero sé lo que está pensando. Está pensando...

—Es precioso —la interrumpió con voz ronca—. Tanto como el primer día que la vi.

Ella resopló.

—Sí, seguro.

—No la engaño, Stella.

Lo miró a los ojos. Lo que fuera que vio en ellos pareció tranquilizarla.

Poco a poco recuperó el color en las mejillas.

—Bueno... —Dobló la cofia sobre el regazo con los dedos temblorosos—. Ya hemos dejado claro que es usted raro.

El señor Hayes esbozó una sonrisita.

—¿Podría...? —Señaló el reloj.

Era evidente que ella seguía nerviosa. Sin embargo, recuperó la pose.

Teddy pasó la página de su cuaderno de bocetos y comenzó de nuevo en una hoja en blanco. Tenía el pulso acelerado. Aquella era la estrella brillante que había visto en la Galería del Rey. La visión que había acaparado cada hora de su vigilia y también las de sueño. Sintió una evidente urgencia, como si temiera que el momento se le escapara de las manos una vez más antes de plasmar su imagen en el papel.

Dios sabía que un boceto no bastaría. Un solo retrato al óleo no sería suficiente. Aquella dama podía inspirar una docena de lienzos. Las Pléyades. La luz de la luna. Las estrellas sobre un paisaje marino embravecido que avergonzaría a Turner. Teddy quería pintarla bajo todas las luces. En todos los estados de ánimo.

Pero decir que deseaba pintarla se quedaba corto.

Tenía que pintarla.

—Supongo que esta es la razón por la que no se ha sentado con los demás a la mesa estos últimos días —dedujo—. Y el motivo por el que no fue al baile.

—Sí —admitió—. No había tiempo para encargar una cofia en el pueblo. Y no podía pedirla prestada a ninguno de los otros invitados sin levantar sospechas. La de lady Arundell fue lo mejor que pude conseguir. Soy muy consciente de que no me favorece.

—Aun así, podría haber venido a cenar o...

—De ninguna manera. Puede que me vea obligada a vagar por los pasillos solitarios de Sutton Park con el pelo cubierto por una cofia prestada, pero prefiero no exponerme a los demás invitados en una comida, un baile o una partida de cartas. Les parecería tan extraño como a usted. Me considerarían una auténtica excéntrica.

—Hay cosas peores en la vida.

—Muchas, no me cabe duda. Pero eso no le quita importancia. Una joven soltera no puede permitirse que la consideren extravagante. No se puede permitir llamar la atención de forma alguna.

—¿Prefiere ser común?

—Lo que yo quisiera es pasar desapercibida.

Le clavó los ojos.

¿Cuántas veces se había sentido él de la misma forma? ¿Cuán a menudo había pensado que el mero hecho de ser diferente lo había condenado a un doloroso escrutinio? Él no deseaba ser corriente. Ni mucho menos. Pero llamar la atención era una triste alternativa. Si debía ser reconocido, prefería que fuera por su habilidad con el pincel y el lápiz que por ser un joven en la flor de la vida atado a una silla de ruedas. Su lesión no lo definía. Ni siquiera era lo más interesante de él. Le molestaba muchísimo que algunas personas solo se fijaran en eso.

¿Sería eso lo que Stella sentía respecto a su pelo? ¿Por eso deseaba ser corriente?

—¿Antes pasaba desapercibida? —preguntó—. A menos que... no nació con este color de pelo, ¿verdad?

—No. De niña tenía el pelo castaño, un tono sencillo y anodino. El color no

empezó a cambiar hasta que cumplí los quince. A los dieciséis, ya era completamente gris.

—¿Y no tiene ni idea de por qué pasó?

—El médico del pueblo hizo algunas sugerencias. Mi hermano también. Pero ninguno de los dos entendía el porqué mejor que yo. Lo único que sé es que ha llegado a definirme. Es lo primero en lo que se fija todo el mundo. A menudo, lo único.

—¿Tanto le importa lo que piensen de usted? —Era la misma pregunta que él se hacía a menudo.

—Ojalá no me importara —reconoció—. Pero no me queda más remedio.

—Porque busca marido. —No pudo disimular su desdén.

Stella respondió a su tono con una sonrisita divertida.

—Alude usted a mis esfuerzos con desprecio. Y, aun así, tarde o temprano, tendrá que casarse.

—Ah, ¿sí?

—Todo caballero lo hace tarde o temprano.

—Yo no me casaré —aseguró sin rodeos—. No deseo tener esposa.

Stella lo miró sorprendida.

—¿Qué? ¿Nunca?

—No tengo madera de casado.

Volvió a mirar el reloj. Teddy se dio cuenta de que estaba pensando. Habría supuesto que tenía algo que ver con la silla de ruedas.

Y tal vez así fuera. Sin duda, esa era una de las razones por las que había jurado seguir soltero. Pero no era la única.

—Soy demasiado meticuloso y detallista —añadió, respondiendo a la pregunta que ella había callado por educación—. Una esposa solo sería un estorbo para la pintura. O me aburriría. Y detesto aburrirme, casi tanto como que me interrumpan en el trabajo.

—El propósito de una esposa no es entretener a su marido. Está destinada a ser su ayudante.

—Una ayudante —repitió—. Justo lo que siempre he deseado —dijo con un claro tonillo irónico.

—Mi hermano así lo cree.

—Su hermano es clérigo.

—Un clérigo no puede ser tan diferente de los demás hombres.

—No puedo hablar por las inclinaciones de todos los hombres —repuso él—,

solo de las mías.

—¿Y el amor? —preguntó ella.

—Ah. El amor. Ese viejo cuento de hadas. —Rio para sus adentros al recordar el ridículo enamoramiento que había sufrido en su juventud—. Puedo confirmar personalmente que no es tan maravilloso como parece.

Lo miró con extrañeza.

—¿Ha estado enamorado?

—Eso creía entonces. Yo era solo un muchacho. Y ella...

—¿Una francesa?

—Inglesa hasta la médula. Se llamaba Henrietta Talbot. Tenía rizos dorados, una sonrisa con hoyuelos y todo el encanto de una tirana provinciana. —Hizo una pausa—. Era nuestra vecina de Surrey. La mayoría de los caballeros de la zona se enamoraron de ella en algún momento. Fue prácticamente un rito de paso.

—¿Qué ocurrió?

—Crecí —dijo—. Fin de la historia.

—Ese no es el final. Todavía podría conocer a otra persona. Alguien que le gustara más.

—No, gracias. Busco reducir la cantidad de personas entrometidas en mi vida, no aumentarlas. El año que viene por estas fechas seré completamente independiente: sin familia, sin amigos agobiantes y, por supuesto, sin esposa.

—La independencia es un estado muy deseable —reconoció Stella muy seria—. Por desgracia, una dama en mis circunstancias debe ser realista.

—¿Lo que significa que...?

—Lo que significa que el autoengaño no sirve de nada en el mercado matrimonial. Una joven debe reconocer sus debilidades, por incómodas que sean. Debe comprender su lugar en la sociedad londinense y actuar en consecuencia.

El señor Hayes no pudo ocultar la decepción que sintió al oírla decir aquello. Durante las ocasiones en que la había observado, no le había parecido una persona retraída, de esas que viven ocultándose de la sociedad. Le había parecido singular. Extraordinaria.

—Es decir, una joven debe saber el papel que debe desempeñar —repuso él con un tono de desaprobación, que le devolvió la sonrisa a la señorita Hobhouse.

Se volvió un instante para mirarlo a los ojos. La fría luz de la ventana se reflejó en las gruesas trenzas de su cabello plateado, cosa que le dio la apariencia, por un instante, de la diosa estrellada que él había imaginado.

—Saberlo, sí —puntualizó ella—. Eso no significa que deba aceptarlo.

Capítulo 10

—Supongo que el anuncio del linaje del señor Neale podría haber sido peor —opinó Anne a la mañana siguiente, mientras subía con Stella la colina nevada que se alzaba junto al bosque que bordeaba Sutton Park.

Era la misma colina que la señorita Hobhouse había visto pintar a Teddy, coronada por el mismo roble viejo. Una colina perfecta por la que deslizarse en trineo.

Los demás invitados marchaban delante por la nieve, trineos en mano, todos abrigados con gruesos abrigos, bufandas y capas ribeteadas en piel. El señor Hartford iba con ellos, cargado con los trineos de las dos amigas. Fue lo bastante cortés como para darles un poco de privacidad mientras hablaban.

—Ojalá hubiera podido estar allí para brindarles mi apoyo —dijo Stella.

La noche anterior se había excusado de nuevo para no bajar a cenar y pidió que le subieran una bandeja a su habitación. Esa decisión supuso perderse el anuncio sobre el señor Neale. Se había estado lamentando por ello toda la mañana. Jamás había dejado de cumplir con su deber como amiga. ¡Era imperdonable que lo hubiera hecho solo por su pelo!

—Querida —respondió Anne—, no te angusties. No hubieras podido hacer nada.

—Claro que sí. Podría haberme solidarizado contigo y con el señor Hartford. Y podría haber fulminado con la mirada a cualquiera lo bastante ingenuo como para murmurar con malicia. Tú misma has dicho que no hay mayor defensa contra los chismes que un frente unido de amigos y familiares.

—Te agradezco la disposición, pero en este momento es más importante proteger tu reputación. Hemos llegado hasta aquí sin que nadie se haya dado cuenta de que tu pelo ha cambiado de color. Solo nos queda un día más.

—Sí, pero aun así...

—Pero nada. No voy a permitir que te castigues por esto. —La tomó del brazo —. En cualquier caso, el anuncio fue muy superficial. El conde lo hizo con naturalidad al ponerse de pie para dar las gracias a varios invitados que habían hecho un largo viaje hasta Hampshire. «Quiero dar las gracias a los Bedlow, por viajar desde Cardiff, y a los Archer, por venir desde Grasse. Y también agradezco

al señor Neale, mi nieto natural, que nos acompañe la víspera de su partida a Inverness».

—¿Su nieto natural?

—Así lo expresó. En mi opinión una descripción perfecta. De muy buen gusto.

Stella no estaba tan segura. Llamar a alguien hijo natural era solo una forma educada de decir que el niño era bastardo. No le cabía duda de que no se le habría pasado por alto a ninguno de los invitados.

—¿Cómo reaccionó todo el mundo?

—Lord Brookdale y su esposa tenían el rostro desencajado, pero parecían resignados. El conde estaba pálido, pero decidido. Y mamá estuvo maravillosa. Brindó por el querido señor Neale. En cuanto al resto de los invitados... estaban a punto de estallar de emoción con la noticia. Seguro que mañana por la tarde el conde descubrirá que ya no le queda papel y tinta, pues sin duda todos escribirán enseguida a sus amigos de Londres para difundir la noticia. La gente adora el escándalo.

Stella apretó los labios con desaprobación.

—Qué desconsiderados. En especial después de disfrutar de la hospitalidad del conde. Sería de esperar que mostrasen más lealtad.

—Sus cartas no harán más que mejorar la situación —opinó Anne—. Este tipo de escándalo solo se puede atenuar sacándolo a la luz, y cuanto antes, mejor. Una vez que todos lo sepan, se desvanecerá en el recuerdo. Pronto llegará otro escándalo que ocupará su lugar.

Stella miró con preocupación al señor Hartford. Los copos de nieve se arremolinaban alrededor de su alta figura y caían con suavidad sobre su abrigo de lana negra mientras él subía por el sendero.

—¿Cómo está?

—Él siempre pone la mejor cara ante la adversidad.

—¿Y cómo estás tú? ¿No estás disgustada ni...?

—No. Haría falta algo más que un escándalo familiar para desestabilizarme. —Anne le apretó el brazo con cariño—. Soy yo quien debería preguntar por ti, no al revés. No soporto dejarte sola tanto tiempo. No era lo que tenía en mente cuando te invité a venir. Se suponía que debías disfrutar.

—Se suponía que debía frustrar la campaña matrimonial de mi hermano por la señorita Trent —le recordó Stella.

—Al menos en eso habrás tenido éxito.

—Un éxito fugaz, me temo. Daniel está destinado a casarse con alguien, si no lo

hace con la señorita Trent, será con otra joven. Ahora que ha cumplido los treinta, dice que debe casarse o se arriesga a disgustar a sus feligreses.

Las robustas botas de Anne crujieron sobre la nieve.

—¿Y a ellos qué les importa?

—Muchos creen que estar soltero es antinatural. Por eso Daniel preferiría que me casara con el hacendado Smalljoy antes que seguir siendo su hermana solterona. A los aldeanos no les gustan las solteras. Me atrevería a decir que sospechan que tramamos algo.

—Otra razón por la que no deberías quedarte en Fostonbury.

—Las personas de miras estrechas no solo viven en los pueblos remotos del condado de Derby —replicó Stella—. Residen en cada rincón del reino.

—Y todos temen a las mujeres con poder —afirmó su amiga sin ambages.

—En ese sentido, no tienen por qué tenerme miedo. No tengo ningún poder.

—Tonterías. Aún tienes el poder de elegir.

Stella miró a su amiga con una tímida sonrisa. Anne descendía de una larga estirpe de formidables aristócratas. Nunca se había encontrado con un problema que no pudiera superar con pura fuerza de voluntad. Le resultaba inconcebible que alguien pudiera ser de verdad una víctima de las circunstancias.

—Ojalá pudiera elegir sin temor a las consecuencias —se lamentó la señorita Hobhouse—. Y sin que me importaran mis limitaciones económicas. —Se quedó mirando la nieve un momento con el ceño fruncido—. ¿Sabes que intenté hacerme amiga suya?

Anne la atrajo hacia sí para protegerla del frío matutino.

—¿De quién? ¿De la señorita Trent?

—Cuando nos conocimos en Exeter. Al principio me pareció bastante dulce, y es más o menos de nuestra edad. Pero no quería ser mi amiga. Solo quería a mi hermano y, de paso, librarse de mí. Apenas llevábamos diez minutos a solas cuando ya me aconsejaba que cambiara mi comportamiento y me instaba a olvidarme de *Locket*.

—¡No!

Stella sonrió con amargura.

—La señorita Trent se toma mi pasión por la equitación como una afrenta personal.

Su amiga la miró incrédula.

—¿Se opone a los caballos?

—Se opone al gasto.

—Un gasto que pagas con tu propia herencia —replicó Anne indignada.

—Exacto. Prefiere que deje que mi hermano destine mis ingresos a hacer buenas obras que permitir que los malgaste yo en mis propios placeres egoístas.

Lady Anne Deveril resopló.

—Buenas obras..., ¡y un cuerno! Lo que realmente quiere decir es que podría tener un carruaje y contratar más sirvientes si tu hermano tuviera tu dinero. Y entonces ella podría pavonearse por el pueblo como si fuera la dueña de la mansión.

Stella sospechaba que su amiga tenía razón.

—No se la puede culpar por perseguir sus propios intereses.

—Al menos podría ser honesta al respecto. En cambio, oculta su egoísmo tras un manto de piedad y virtud, que luego usa como excusa para sermonearte sobre tu comportamiento. ¡A ti! ¡La más amable y dulce de todas nosotras! Por lo que a mí respecta, tu hermano está mejor sin ella.

Stella estrechó el brazo de Anne a modo de reconocimiento silencioso a su elogio.

—Me alivia no tener que preocuparme más por tenerla como cuñada. Ya habrá regresado a Exeter. Con suerte, el cariño de mi hermano se enfriará en su ausencia y no volverá a mencionarla.

—Espero que sí —convino Anne. Pasaron bajo las ramas nevadas de un árbol —. Ojalá hubieras disfrutado más aquí. Parece que ha sido una catástrofe tras otra, ¿verdad?

—No ha sido del todo malo. Me he divertido mucho cabalgando y visitando las ruinas. Y el paseo en trineo de hoy será, sin duda, uno de los momentos más entretenidos.

—También habrá paseo en trineo tirado por caballos esta noche si la nieve tiene el suficiente espesor.

Se alegró. Había pocas cosas más placenteras que volar por la nieve en un trineo tirado por caballos con la luna brillando en el cielo.

—¡Qué maravilla!

—Pues sí. Aun así... No es un romance. —Anne intercambió una mirada elocuente con Stella—.Esperabas conocer a alguien durante tu estancia.

—En cuanto a eso...

—Aunque supongo que no había nadie aquí que despertara tu interés —la interrumpió—. A menos que cuentes al señor Hayes.

La señorita Hobhouse se puso tensa.

—¿Qué pasa con el señor Hayes?

—Es un tipo interesante.

—Sí, pero... no en un sentido romántico. —A menos que pensara en sus manos. O en la intensidad de su mirada. O en sus hombros corpulentos. A menos que recordara los cumplidos que le había prodigado.

—Solo quería decir que es bastante divertido —comentó Anne—. Encantador, de hecho, si se le puede restar importancia a su juventud y su insolencia crónica.

Stella se echó a reír. Teddy era insolente. Y joven. Y arrogante. También era inteligente, tenía mucho talento y estaba completamente seguro de sí mismo.

También sabía guardar silencio, algo que valoraba tanto en un amigo como en un caballero. Mientras la dibujaba había pasado gran parte del tiempo en silencio. Un silencio interrumpido por el sonido de los arañazos del lápiz y la firmeza de su respiración. Ella también había guardado silencio, a pesar de que el peso constante de la mirada del pintor había elevado su temperatura varios grados.

Si Teddy había experimentado una alteración similar, no dio ninguna muestra de ello. Se habían despedido el día anterior sin más cumplidos por su parte, ni siquiera alguna muestra particular de cercanía. No. Él reservaba su cariño para su boceto. Cuando ella lo dejó, él seguía trabajando con la misma intensidad febril. La había mirado solo una vez cuando salió de la sala, y solo para recordarle su promesa de volver al día siguiente.

Stella se había recordado entonces, igual que en ese momento, que él no tenía madera de casado. Lo había dejado muy claro durante su sesión del día anterior. Casi demasiado. Era como si hubiera querido ponerla sobre aviso.

¿Temía que en su desesperación por encontrar pareja se obsesionara con él? Después de todo, era un caballero adinerado. Y apuesto, además. Debió de tener muchas admiradoras durante los años que pasó viviendo en el continente.

—Estaba convocado a venir con nosotros hoy —dijo Anne—. Estaba invitado a participar de todas nuestras salidas y siempre se ha negado.

—Ah, ¿sí?

—El señor Hayes prefiere pintar. Al parecer, por eso acompañó a los Archer, para aprovechar la inspiración de Sutton Park. Lord March le ha cedido un salón privado para que lo utilice de estudio durante el resto de su estancia.

Stella apartó la mirada un segundo. Anne no necesitaba saber que conocía muy bien ese salón privado, ni que ella, y no Sutton Park, era la inspiración del señor Hayes.

—Supongo que es de esos artistas que prefieren vivir en su propia mente que en

el mundo que los rodea —añadió Anne—. Aunque eso no le ha impedido participar de todas las demás fiestas. Ha bajado al salón todas las noches y ha asistido a ambos bailes. —Miró a Stella con pesar—. Ojalá hubieras podido bailar durante tu estancia, en lugar de tener que esconderte arriba.

—A mí también me hubiera gustado —reconoció con pesar—. Me habría encantado bailar un vals, aunque fuera con un vecino altruista al que el señor Hartford hubiera reclutado para que fuera mi pareja.

—No es tu última oportunidad para el romance. Volverás a Londres en primavera.

Stella esbozó una sonrisa burlona.

—Ah, ¿sí?

A Anne le brillaron los ojos.

—Te espero en mi boda en marzo.

La señorita Hobhouse alzó las cejas con asombro.

—¿Tan pronto?

—Hartford y yo estamos decididos a casarnos el primer día de primavera. Hemos esperado siete años para estar juntos. Ninguno de los dos quiere esperar más.

—Yo pensaba que sería un gran evento.

La mayoría de las bodas aristocráticas precisaban meses y meses de planificación, por no mencionar todos los preparativos necesarios para que viajaran los parientes lejanos.

—Así será. El conde y mi madre no están escatimando en gastos. Mamá se encargará de organizarlo casi todo. Yo solo he insistido en la fecha y en que debo tener tres damas de honor: Evie, Julia y tú.

—¡Ay, Anne! —Se emocionó. Deseaba estar allí con todas sus fuerzas. Y no solo por sus amigas, sino por ella misma.

Londres le sentaba mucho mejor que el condado de Derby. A decir verdad, le sentaba mucho mejor que cualquiera de los lugares remotos y aislados del campo. Ella y *Locket* estaban hechos para la vida urbana. No para las fiestas de moda ni el ajetreo social, sino para los museos, las galerías y las tiendas; y para los paseos a galope por el parque, que, por otra parte, eran del todo inapropiados.

—No aceptaré un no por respuesta. —Cruzó la mirada con el señor Hartford cuando alcanzaron a los demás—. ¡Hart! Ven a convencer a la señorita Hobhouse.

Su prometido obedeció de inmediato a la llamada. Se reunió con ellas en el sendero con una sonrisa en los labios.

—¿Respecto a qué?

—Debes convencerla para que regrese a Londres para nuestra boda.

El hombre miró a Stella un poco sorprendido.

—¿Hará falta convencerla?

—Claro que no —se apresuró a aclarar Stella—. Yo quiero ir. El problema es mi hermano. No querrá acompañarme otra vez a Londres tan pronto. Quiere que pasemos el verano en el condado de Derby.

Sería más apropiado decir que quería que pasaran allí toda la eternidad. Pero no quería ahondar en el asunto.

—Si no te trae, iré a buscarte yo misma —aseguró Anne.

—De eso nada —repuso ella—. No quiero que alteres los planes de tu boda por mi culpa.

—Lo digo en serio. —En el rostro de la prometida resplandecía una determinación irreprimible—. En cuanto me necesites, ahí estaré, pase lo que pase.

Stella se sintió orgullosa de sus amigas. De Anne y de cada una de sus hermanas Furias. Comprendió que todas harían cualquier cosa por ella.

—Lo sé —afirmó.

Pero cuando ocurriera lo peor, como estaba destinado a suceder, no tenía intención de llamarlas para que la salvaran. Las quería demasiado como para convertirse en una carga para ellas.

—Encontraré la forma de asistir a tu boda —prometió—. Confía en mí.

❋❋❋

Esa misma mañana, Teddy se dirigía en la silla de ruedas a la biblioteca, con la esperanza de hablar con su hermana, cuando se encontró con Félix Hartford en el pasillo. Era la primera vez que veía a alguien, excepto a Jennings y Alex, desde el desayuno. Casi todos habían ido a pasear en trineo, y no le cabía ninguna duda de que Stella había ido con ellos.

Alex y Laura eran de los pocos que se habían quedado en casa, pues ella se había despertado con malestar estomacal. Era un tanto preocupante. Su hermana no solía enfermar. Ni siquiera las secuelas de la escarlatina hacían mella en su fortaleza física. Era una gran nadadora y siempre se esforzaba al máximo para fortalecer sus pulmones y mejorar su bienestar general.

No era propio de ella quedarse en cama. No tenía paciencia para eso. Cuando había ido a verla, a Teddy no le sorprendió enterarse de que ya estaba levantada y

vestida, y había bajado corriendo a la biblioteca en busca de un libro para mitigar su aburrimiento.

Jennings lo había ayudado a bajar las escaleras y a sentarse en su silla para que pudiera ir a buscarla. El criado permaneció varios pasos por detrás mientras el señor Hartford se acercaba.

—Señor Hayes —saludó—. Justo el hombre que buscaba. ¿Se dirige a la biblioteca?

—Sí.

Le abrió la puerta.

—¿Me concede un momento?

—Por supuesto.

Al entrar, Jennings se retiró con diligencia a la esquina, donde aguardó en silencio el momento en que Teddy volviera a necesitarlo.

La biblioteca de Sutton Park era tan grande como una catedral, ocupaba dos plantas. Las paredes estaban cubiertas de libros encuadernados en cuero, y había varios grupos de sillones y sofás mullidos dispuestos en rincones tranquilos, tanto sobre las lujosas alfombras de la planta baja como en la galería con barandillas de hierro que rodeaba el segundo piso de la biblioteca.

Algunos de los huéspedes mayores estaban instalados frente a la enorme chimenea de la biblioteca. Para decepción de Teddy, Laura no estaba entre ellos.

—Supongo que el paseo en trineo ha sido divertido —comentó con aire distraído al detenerse junto al globo terráqueo. Estaba ubicado en un soporte de caoba ennegrecida, en un rincón, lo bastante lejos de la chimenea para garantizar un mínimo de privacidad.

—Fue muy divertido —reconoció Hartford—. Aunque la mayoría estábamos muy oxidados. Hemos pasado más tiempo con la cabeza enterrada en la nieve que deslizándonos con los trineos.

Teddy sonrió. Él solía ir en trineo con Laura de niño. Solía hacer muchas cosas.

—Me lo imagino.

—Estuve hablando con el señor Archer antes de salir —comentó Hartford—. Salió el tema de su silla.

El señor Hayes se quedó de piedra y lo miró intrigado.

—Ah, ¿sí?

—Mencionó algo sobre lo inhóspito del terreno exterior, y también del interior. Me contó que era una de las razones por las que no nos ha acompañado usted a ninguna de nuestras excursiones al aire libre.

—Se estaba excusando en mi nombre —repuso Teddy—. No tenía por qué hacerlo. Ya le dije a lord March que trabajaría durante la mayor parte de mi estancia.

—Sí, es cierto. Sin embargo... —Metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó una hoja doblada—. Lo que dijo me hizo pensar en algo.

Teddy arqueó las cejas. Tuvo que esforzarse para no perder las formas. No le gustaba que hablaran de su discapacidad a sus espaldas. Ni siquiera sus familiares, aunque lo hicieran para ayudarlo.

—¿En qué?

Hartford bajó la voz.

—No es algo que sepa todo el mundo, y preferiría que siga siendo así, pero yo invierto en alguna patente de vez en cuando. En especial en nuevas tecnologías, con un enfoque práctico. —Hizo una pausa antes de continuar—. Una bomba de alimentación independiente rediseñada para una locomotora. Una máquina escurridora mejorada para lavar la ropa. Incluso una patente para un vehículo de carretera a vapor sin caballos.

—Fascinante —espetó Teddy—. ¿Qué tiene que ver todo eso conmigo? —O con mi silla, estuvo a punto de añadir.

Le entregó el papel doblado.

—Esto llegó a mis manos hace varios meses. O, mejor dicho, algo muy parecido. He intentado dibujarlo de memoria. Discúlpeme. A diferencia de usted, no soy un artista.

El señor Hayes tomó el papel y observó la imagen.

—Es una silla de ruedas. Parecida a la suya, pero con una ventaja evidente. Las ruedas son de hierro, en lugar de ser de madera, y están cubiertas por un tubo hueco de caucho vulcanizado de la India lleno de aire a presión.

Teddy levantó la vista del dibujo con cierta brusquedad.

—¿Aire?

—Ya sé que suena raro. Pero los supuestos beneficios son importantes.

—¿Qué beneficios?

—Es más cómoda, aporta más velocidad con menos esfuerzo y mayor facilidad de movimiento en superficies difíciles. Al parecer, el caucho no se hunde en la grava suelta ni en el terreno blando tan fácilmente como las ruedas tradicionales.

Teddy no pudo evitar sentirse intrigado por las posibilidades.

—¿De verdad?

—Creo que sí. Estas ruedas se han inspirado en las de un carruaje aéreo

patentada hace unos años. Cuando era niño vi una demostración en Regent's Park. Un invento prometedor, pero nunca se popularizó. Las ruedas de goma eran demasiado caras para que el propietario promedio de un carruaje las comprara y mantuviera, por no mencionar el coste de fabricación. Pero este inventor las ha adaptado a una escala menor. Imagino que espera que su idea atraiga a discapacitados adinerados que busquen mayor movilidad.

Aquello despertó el interés del señor Hayes. No era rico ni mucho menos, pero tampoco pobre. Los ingresos que obtenía de la perfumería eran decentes, sin duda suficientes para comprar una silla de ruedas patentada.

—¿Ha invertido en ella? —preguntó.

—No. Todavía no. Al principio lo descarté. Parecía un invento demasiado especializado, no para el público general. El coste de producción es desorbitado y el precio propuesto aún más alto. Sin embargo, dadas las posibilidades, empiezo a pensar que me precipité. —Se inclinó y examinó el dibujo junto con Teddy—. ¿Cree que podría interesarle?

—Es muy posible.

—¿Se animaría a probar un prototipo?

—Claro. —Soltó una risita—. Qué diantre, si hace todo lo que dice, me compraría una.

Hartford sonrió satisfecho.

—Eso era todo lo que quería saber. —Se irguió—. El inventor está en Londres. Busca una inversión inicial de capital para construir la primera media docena de sillas. Espero que, con suficientes fondos a su disposición, las tenga listas para primavera. ¿Estará usted en la ciudad?

Teddy asintió.

—Me quedaré en Half Moon Street hasta finales de marzo. Después... no tengo domicilio fijo.

—¿Pero seguirá en Londres?

—Sí —aseguró.

—Espléndido. Me encargaré de que le entreguen el primer prototipo. Sus opiniones serán de gran valor. —Respiró hondo—. ¿Puedo ayudarle con algo antes de irme? Traerle un libro o lo que sea...

—No venía buscando ningún libro. Busco a mi hermana.

—Estoy aquí. —La voz de Laura sonaba un poco entrecortada. Se apresuró a unirse a ellos desde el otro lado de la biblioteca, con un grueso libro de cuero en la mano. La voluminosa falda de su vestido de lana flotaba a su paso—. Estaba en la

galería. Os he visto entrar.

El señor Hartford le hizo una reverencia.

—Señora Archer, señor Hayes, si me disculpan...

Los hermanos le dieron los buenos días.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella en cuanto se quedaron solos.

—Nada. He ido a tu habitación a ver cómo te encontrabas y Alex me dijo que habías ido a buscar un libro. Pensé que estarías acostada.

—Ya he estado en la cama demasiado tiempo esta mañana. ¿Alex seguía con la correspondencia?

—Sí. —Cuando Teddy lo dejó, su cuñado estaba muy concentrado en la correspondencia de la perfumería. Parecía más preocupado que de costumbre, pues escribía inquieto y con el ceño fruncido—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor. —Laura se atusó un mechón suelto de la sien y lo sujetó bajo la cofia de encaje—. Es extraño. Tenía bastantes náuseas al despertar, pero ahora ya me encuentro perfectamente. Ha debido de ser algo que comí.

Su hermano frunció los labios con aire pensativo.

—Sí, supongo.

Ella sonrió al verlo tan serio.

—¿Por eso has venido? ¿Para saber cómo estoy? No tenías por qué preocuparte. Alex ha sido tan atento que parecía una enfermera.

—Claro que me preocupo. Pero no te buscaba por eso.

Empujó la silla hasta situarse junto a su hermana para salir junto a ella de la biblioteca, seguidos de Jennings.

Como siempre, Teddy se resistía a pedir ayuda a su familia. No le gustaba que se metieran en sus asuntos privados. Ya estaban demasiado involucrados. Pero en este caso, no había otra alternativa. Si no se equivocaba, Laura tenía justo lo que necesitaba.

—Me preguntaba si estarías dispuesta a hacerme un favor.

Capítulo 11

Teddy miró por encima del cuaderno de dibujo cuando Stella entró en la habitación. Lucía otro de sus hermosos vestidos. Otra prenda de textura exuberante y cuerpo ceñido que, durante su última sesión, le había acelerado el pulso de un modo incontrolable. El peligroso efecto se vio atenuado en parte por su espantosa cofia de crepé negro. Tal como había ocurrido el día anterior, le ocultaba todo el cabello y las opacas cintas negras colgaban alrededor de su esbelto cuello.

—Buenas tardes —saludó—. Espero que no me estuviera esperando...

«Toda mi vida», estuvo tentado a contestar.

Era cierto. Había soñado con sentirse así de inspirado. Y allí estaba ella, solo una noche más. Al día siguiente volvería al condado de Derby y desaparecería de su mundo para siempre.

Carraspeó.

—No, no se preocupe. Siempre llego temprano. —Señaló la silla con respaldo de escudo—. Si es tan amable...

—¿Puedo verlo ya? —preguntó ella, acercándose. Era la misma pregunta que había hecho el día anterior.

Él respondió del mismo modo:

—No está terminado.

—Lo sé, pero me gustaría verlo de todas formas. Podría darle mi opinión.

—No se trata de un proceso colaborativo.

—Claro que sí. ¿Qué es posar sino colaborar?

—Usted se sienta en esa silla y mira fijamente el reloj. Ahí termina su parte de la colaboración. —Le hizo un gesto para que tomara asiento—. Si es tan amable...

—Está bien —repuso Stella arrugando la nariz con disgusto—. Si se empeña en ser tan estricto...

Cuando cruzó la habitación, la tela de su falda susurró con delicadeza al rozarle las piernas. Olía a lilas, como siempre que se habían visto. Era una fragancia dulce y efímera, demasiado sutil para ser un perfume. Lo más probable es que se tratara de su jabón o el aceite perfumado que vertía en el agua del baño.

Fuera lo que fuese, no le ayudaba a concentrarse.

Ella se dejó caer en la silla y ahuecó la falda con ribetes de terciopelo alrededor de sus piernas.

—La cofia —le recordó Teddy.

—Ah, sí. Casi lo olvido. —Enseguida se quitó la monstruosa prenda negra y dejó al descubierto su cabello plateado, que había peinado con esmero. Lo llevaba recogido en un gran moño sobre la nuca, y sujeto con una gruesa trenza. Un estilo moderno, pero sin ser ostentoso. Desde luego no era seductor.

Sin embargo, Teddy sintió un calor latente en el vientre. Intentó pasarlo por alto, tomó el lápiz y volvió a concentrarse en su boceto.

A menudo, cuando la inspiración artística era muy intensa, podía confundirse con otro tipo de atracción. No era raro sentirla. Como consecuencia, muchos artistas se involucraban con sus modelos. Emocional y físicamente.

No tenía por qué restar valor a su obra. Al contrario, la intimidad de la conexión a menudo añadía profundidad a un retrato. Si un artista conocía de verdad a su modelo, podía retratarla con una sensibilidad que de otro modo le faltaría.

Joanna Hiffernan era la amante de Whistler. Rossetti se había casado con su modelo principal, Elizabeth Siddal, tras un largo y apasionado romance. Y estaba Millais, por supuesto, quien se había casado con su musa, antes señora Ruskin.

Pero Stella no era su esposa. No era su amante. Era una joven soltera que debía ser tratada con respeto. ¡La hermana de un clérigo! Y además ni siquiera había accedido a que él la retratara.

El boceto solo era un premio de consolación. No era el principio de nada, sino el final.

Teddy frunció el ceño y se concentró en sombrear la delicada forma de la oreja de Stella con el lápiz. Todo eran luces y sombras. Una impresión de ella, no una copia exacta. Un boceto que, al terminarlo, evocaría las mismas sensaciones que experimentaba cada vez que la miraba.

Ya casi había terminado. Solo faltaban unos pocos retoques. Y entonces aquel breve y dichoso interludio terminaría. Por la mañana, cada uno tomaría su camino: ella con su boceto, y él sin nada de ella.

No podía permitirlo.

Necesitaba pintarla al óleo. Retratarla de pie sobre un mar resplandeciente durante el crepúsculo, con el cabello suelto y un vestido de gasa brillante que resaltara las curvas de su cuerpo. La encarnación humana de las Pléyades.

Pero eso no sucedería nunca si ella no lo permitía. Y menos si se retiraba para

siempre a algún pueblecito remoto del condado de Derby.

—¿Nunca volverá a Londres? —preguntó.

Stella volvió la cabeza y por un instante lo miró a los ojos.

—Es extraño que lo pregunte.

—¿Por qué es extraño?

—Esta mañana he sabido que la boda de lady Anne y el señor Hartford se celebrará en marzo. Planean casarse en Londres, en St. George's Hanover Square, el primer día de primavera. Ellos esperan que asista. —Hizo una pausa—. Quiero asistir.

A Teddy se le aceleró el pulso. Marzo aún quedaba muy lejos. Aun así... era mejor que nunca.

—¿Qué la detiene?

—Nada todavía. Solo tengo que convencer a mi hermano para que me lleve. —Retomó su pose—. ¿A dónde irá usted después de la fiesta? La noche del baile mencionó que volveríamos a vernos en Londres. ¿Pasará por allí antes de volver a Francia?

Teddy apretó el lápiz sin darse cuenta. Tuvo que obligarse a relajar los dedos.

—No vuelvo a Francia. Tengo intención de buscar alojamiento en la ciudad.

—¿Con su hermana y su cuñado?

Detuvo el lápiz sobre el cuaderno de dibujo, congelado en las sombras que estaba creando a lo largo del cuello de Stella. Frunció el ceño y se le arrugó la frente.

Ella se volvió de nuevo para observarlo. Su plateada mirada azul era firme y seria.

—Perdóneme, me parece que he sido un tanto indiscreta.

—En absoluto. —Usó un difumino para atenuar el sombreado sin dejar de fruncir el ceño—. Mi hermana y mi cuñado volverán a Grasse en primavera, pero yo me quedaré en Londres.

—¿Solo?

El señor Hayes estaba tenso. ¿Tan descabellado era su afán de independencia?

—Por supuesto, contaré con la ayuda de Jennings.

—¿El hombre corpulento que he visto siguiéndolo a todas partes?

—El mismo. —Sin dejar de contemplar el boceto, murmuró—: Por ahora.

Stella siguió mirándolo; en su rostro se reflejaba la misma tierna gravedad. Era la misma expresión que había mostrado ante la obra de Van Dyck en la Galería del Rey hacía tantos meses. La expresión que anhelaba pintar.

Dejó el difumino a un lado y volvió a empuñar el lápiz.

—No debe de ser igual de agradable vivir en Londres que en París —supuso ella —. No para un artista.

—Curiosamente, no es usted la primera en decirlo.

—Pero es cierto, ¿verdad? ¿Por qué quedarse en Inglaterra si puede volver a Francia?

—Turner pintó en Inglaterra.

—Ah, sí. Turner. Su ídolo —repuso Stella en tono de broma.

—No me avergüenza decirlo.

—¿Por qué debería avergonzarse? Aunque... sus pinturas del mar son bastante volátiles. El cielo y las nubes son un torbellino de color y luz, y el agua es un tumulto aterrador.

—Exacto —convino Teddy—. Por eso me inspiro en él. También lo hacen muchos pintores de esta época. Los paisajes marinos de Turner son incomparables. Si tuviera una enésima parte de su talento, me consideraría un hombre afortunado. —Terminó de sombrear la curva de su garganta continuó hablando con entusiasmo—: Nació en Londres, ¿sabe? Vivía encima de la barbería de su padre en Maiden Lane.

—No lo sabía.

—Pues así es.

—Eso no significa que Inglaterra sea más atractiva.

Teddy levantó la vista de su trabajo y vio que ella seguía mirándolo. Esa mirada le producía una sensación extraña. Se relajó un poco. Esbozó una sonrisa, a pesar del vuelco que le había dado el corazón.

—En este momento Inglaterra me satisface mucho.

Stella dejó ver una reticente sonrisa en sus delicados y voluptuosos labios.

—No sea bobo.

—Lo que soy es un hombre que trabaja a contrarreloj. —Señaló con el lápiz el reloj de la repisa en una orden tácita para que volviera a su pose—. ¿Sería tan amable?

❋❋❋

Stella reprimió una sonrisa mientras volvía a mirar el reloj. Se refería a ella, por supuesto, el muy pícaro. Por el momento, le resultaba más atractiva que todas las bellezas de Francia.

No eran más que tonterías. Un halago descarado e interesado para convencerla

de que siguiera posando para él. E incluso así, el sentimiento le provocó una deliciosa calidez en las venas.

—¿Quién inspira sus bocetos? —preguntó él mientras reanudaba su trabajo—. ¿Algún artista en particular?

—Me encantan las obras del señor Landseer —confesó—. Retrata los caballos de un modo muy hermoso.

Era una respuesta lógica. Edwin Henry Landseer figuraba entre los más destacados pintores y escultores de animales en Inglaterra. Cualquiera que dibujara caballos se inspiraría con su obra. O en las pinturas del difunto señor Stubbs.

—¿Utiliza su obra como guía para las proporciones? —preguntó Teddy.

—No mucho. Mis bocetos son del natural. Y como casi siempre tengo un caballo cerca, no necesito buscar en otro lugar la armonía de las proporciones equinas. Tengo grabadas en el alma la anchura de la cruz de *Locket* y la longitud de su corvejón.

—Una buena forma de decirlo.

—Es lo que siento.

—Sería un honor ver sus obras algún día —reconoció—. A menos que todavía me considere un desconocido, claro.

Stella recordó lo que le había dicho en el salón la segunda noche de la fiesta. Entonces, había descartado su deseo de ver sus bocetos por considerar la petición fruto de un impulso masculino prepotente. Se había equivocado: el interés del señor Hayes por su trabajo no nacía de la necesidad de ponerla en su lugar. Estaba sinceramente interesado en su talento.

—¿Puedo? —preguntó—. Pensaba que no creía en las colaboraciones.

—Cuando se trata de trabajos inacabados, no. ¿No tiene bocetos terminados que pueda enseñarme?

—Algunos —afirmó.

El portafolios que tenía en casa estaba lleno de bocetos de *Locket* y del semental dorado de Anne, *Azafrán*; del caballo castrado negro de Julia, *Cossack*; y del castaño andaluz de Evie, *Hefesto*. Los había dibujado lo mejor que había podido tratando de reflejar cada paso y estado de ánimo. A decir verdad, era tan diestra en el dibujo como otras de sus conocidas con el piano o la costura. Era su único talento verdadero, aparte de la equitación.

—Por desgracia, no los tengo aquí. Solo tengo la media docena de bocetos que he hecho de los caballos del conde desde que llegué a Hampshire.

—¿Media docena? Yo tardo bastante más.

—Ya veo. ¿Ha terminado?

—Solo un poco más de sombreado —reconoció.

Stella suspiró.

—Cuánto esfuerzo. Parece un desperdicio para terminar quemándolo.

Se produjo un momento de profundo silencio, que le hizo arrepentirse de haber hablado con tanta ligereza. Estaba a punto de disculparse cuando lo oyó dejar el lápiz.

—Sería una pena que lo hiciera. —Arrancó la página del cuaderno—. Listo. Está terminado. Es suyo.

Se volvió todavía sentada en la silla y lo vio extendiéndole el boceto. Lo tomó con entusiasmo y sus dedos desnudos se rozaron. Fue solo un instante. Lo que dura una respiración, un latido. Pero fue suficiente.

Stella sintió una oleada de calor inconfundible. Levantó los ojos hacia Teddy. Sus miradas se cruzaron: la de ella, interrogativa, y la de él, oscura, de una intensidad repentina.

Era la primera vez que se tocaban, piel con piel. Un contacto de apenas un segundo. Sin embargo, Stella tuvo la inquietante sensación de que algo había cambiado entre ellos. A decir verdad, el aire a su alrededor crepitaba con una tensión palpable.

Solo pudo tomar el boceto y volver a sentarse. Se concentró plenamente en él e hizo todo lo posible por olvidar su pulso acelerado.

Si no hubiera sentido una reacción física devastadora al tacto de la mano de un caballero, podría haberla experimentado al descubrir cómo la veía él.

Había reproducido su imagen con sutiles líneas de lápiz y un sombreado ingenioso que suavizaba los contornos de su rostro y confería una luminosidad sobrenatural a su semblante. La había plasmado hermosa. Serena. Una criatura de mirada grave, quietud y sombra, que contemplaba los misterios de un horizonte lejano.

A Stella se le hizo un nudo en la garganta. Aquello no era lo que veía al mirarse en el espejo del tocador. Era una joven digna y atractiva, una mezcla de Atenea, Artemisa y Afrodita.

Levantó la vista hacia el señor Hayes con cautelosa admiración.

—¿Así es como me ve?

—La veo tal como es —repuso—. Es lo que he intentado transmitir, limitado por mi habilidad con el lápiz.

—Es... —Tragó saliva con dificultad—. Vaya...

Teddy frunció el ceño.

—¿No le gusta?

—Sí. Ya lo creo que me gusta. Es solo que... ha logrado sorprenderme.

—¿Pensaba que le haría un retrato de aficionado?

Negó con la cabeza.

—No. Sabía que sería bueno. Lo que no sabía es que sería...

—¿Qué?

—Extraordinario.

Teddy esbozó una sonrisa lenta.

—Me alegra que le guste. —Hizo una pausa. Su voz se volvió más grave—. Por favor, no lo queme.

Stella se pegó el boceto al pecho. No podía creer que alguna vez hubiera considerado destruirlo. Ni siquiera para proteger su reputación.

—No lo quemaré —le prometió—. Lo guardaré siempre.

La sonrisa de Teddy se tornó burlona. Cerró el cuaderno de bocetos.

—Bueno, supongo que algo es algo.

Sabía que él estaba frustrado por no poder hacer un retrato formal. Dada la calidad de su boceto, ella también estaba decepcionada.

—Me sorprende que no se sienta tentado de quedárselo —reconoció.

Él le dirigió una mirada indescifrable mientras guardaba los lápices.

Stella se dio cuenta un poco tarde de lo vanidosa que debía de parecer.

—No lo digo porque sea de mi cara, claro —añadió—, sino porque es un excelente ejemplo de su trabajo.

—Su rostro es el único motivo por el que consideraría quedármelo —confesó con franqueza—. Pero no necesito hacerlo. —Se golpeó la sien con el dedo índice —. Está usted grabada aquí, de un modo más permanente del que podría proporcionar un dibujo a lápiz. No la olvidaré fácilmente.

A Stella se le aceleró el corazón. No sabía cómo responder.

Él le ahorró la molestia.

—Por cierto, tengo algo para usted. —Metió la mano en su maletín, sacó un pequeño paquete envuelto en papel de seda y se lo extendió.

Ella lo tomó con el ceño fruncido, insegura. Una joven soltera no debía aceptar regalos de un caballero. A menos que este la cortejara. Y aún entonces, los regalos solo podían ser algo pequeño y transitorio, como flores o dulces. Cualquier otra cosa sería indecorosa.

—¿Qué...?

—No es un regalo —advirtió él, como si le leyera la mente—. Solo es algo que le pedí prestado a mi hermana.

Stella abrió con cautela el envoltorio de papel de seda de color rosa. Dentro había una tela de encaje claro con un labrado muy fino. Era una cofia muy elegante. Posiblemente la más distinguida que jamás había visto.

Levantó la vista para mirar a Teddy.

—No entiendo...

Él continuó guardando sus cosas.

—Ha faltado usted a la cena casi todas las noches de esta semana por culpa de su pelo. Pensé que, si tuviera algo mejor que ponerse que esa horrible cofia negra, podría venir esta noche. Me parece una pena que pase la última velada de la fiesta sola.

A Stella se le humedecieron los ojos.

—¡Qué considerado de su parte!

—No lo he hecho por consideración. Ha sido por repulsión estética. Le tengo aversión a esa cofia de lady Arundell. La de mi hermana le sentará mucho mejor.

—Es preciosa. —Acarició el delicado encaje. Era muy tupido y, gracias a los intrincados lazos, seguro que ocultaría todo su cabello tan bien como la monstruosa prenda negra de lady Arundell—. ¿Seguro que a su hermana no le importará que la tome prestada?

—Claro que no —repuso—. Laura tiene docenas de ellas, todas confeccionadas en París. Mi cuñado se preocupa de que vaya siempre muy elegante. Se la ha prestado con mucho gusto.

A Stella se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Quiere decir que sabe lo de...?

—Sabe que tiene el cabello cano. Le hablé de usted después de conocerla en el Museo Británico. Pero no, no se ha dado cuenta de que se le ha vuelto a poner gris. No traicionaría su confianza. —La miró—. ¿Puede usarla esta noche?

—Creo que sí. Gracias. Es usted... Ha sido muy amable por su parte. —Se armó de valor—. Teddy...

Se quedó se piedra.

Era la primera vez que ella lo llamaba por su nombre de pila sin que se lo pidiera. Debió de darse cuenta al mismo tiempo que ella. Debió de pensar que aquello abría la puerta a un mayor grado de intimidad entre ellos. Una intimidad que no tenía nada que ver con el arte.

Un rubor apagado trepó por el cuello de Teddy, justo por encima de la clavícula. Era lo único que contradecía su actitud impasible. Eso, y el inesperado tono áspero de su voz.

—¿Sí, Stella?

—Vamos a ir todos en trineo esta noche, si la nieve lo permite.

Era evidente que no era lo que Teddy esperaba que dijera.

Continuó guardando los bártulos.

—Ah, ¿sí?

—¿Nos acompañas?

—No, gracias.

—¿Porque no te gusta salir? ¿O porque prefieres pintar?

Él no respondió.

Stella insistió, a pesar de la vocecita de su cabeza que le advertía que se callara.

—¿O es porque no quieres que la gente se fije demasiado en tu silla?

Apretó los labios con fuerza mientras guardaba el último lápiz en el estuche.

—Todo lo anterior.

—Creo que deberías venir.

—Eso piensas. —No era una pregunta.

Ella respondió de todos modos.

—Sí. Sé por qué te resistes. Lo entiendo mejor que nadie. Pero...

—No lo entiendes.

—Sí. Mi cabello me ha hecho sentir incómoda muchas veces. Por eso recurrí a ese tinte. Yo...

—No es lo mismo.

—Eso ya lo sé. Solo quería decir que puedo comprender cómo...

—Te teñiste el pelo para sentirte normal. Mientras que yo...

—Normal no. Quería ser hermosa, aunque solo fuera por...

—Eres hermosa. Si la gente no lo valora por el color de tu pelo, es su problema. —Guardó el resto de los materiales—. Sea cual sea el problema de esa gente, no se puede comparar con la molestia que mi silla les causa a todos cuando salgo. Es agotador incluso entre amigos. Entre desconocidos, es todavía peor. Y con este tiempo y la cantidad de esfuerzo que...

—¿Qué importancia tiene un poco de alboroto para variar? Fuera hay un paraíso invernal, todo nevado y blanco. Y esta noche hay luna llena. Podrás admirar las bellezas de Sutton Park desde dentro, en lugar de contemplarlas desde la ventana. Por no mencionar...

—¿Qué?

Stella sintió acaloradas las mejillas.

—Es nuestra última noche aquí. ¿No sería fantástico pasarla dando un paseo en trineo bajo las estrellas?

Teddy le dedicó otra de sus miradas indescifrables.

—¿Contigo?

A Stella se le aceleró el corazón.

—Conmigo.

Teddy apretó los dientes. Por un momento, dio la impresión de que se negaría. Pero entonces dijo:

—Está bien. —Cerró de golpe el maletín—. Iré.

Capítulo 12

Teddy se aferró con fuerza al hombro de Jennings mientras este lo bajaba poco a poco por la escalera curva de mármol, paso a paso, y con gran esfuerzo. Era el método habitual para salvar esa barrera: el sirviente lo rodeaba con firmeza por el abdomen y lo levantaba de modo que los pies, en ese momento calzados con botas, apenas rozaban el suelo.

Tal vez habría sido más fácil si Jennings se hubiera limitado a cargarlo a cuestas. Así era como lo habían trasladado de un lugar a otro al principio, después de la enfermedad. ¡Cuánto aborrecía esa forma de ayuda! La sensación de impotencia, de sentirse, de alguna manera, menos que un hombre, había sido insoportable.

Prefería con creces la sensación de apoyarse en Jennings a la de ser sostenido como un niño pequeño. Aunque tampoco es que se sintiera menos incómodo con tanta gente mirando.

Damas y caballeros los esquivaban al bajar la escalera hacia el vestíbulo, todos ataviados con sus abrigos y capas de más abrigo, listos para el paseo nocturno en trineo. Y a su paso lo miraban con lástima. No había duda de que Alex y Laura, que lo seguían de cerca, las advirtieron todas.

Teddy también se dio cuenta, pero a diferencia de su hermana y su cuñado, hizo todo lo posible por pasar por alto las miradas y los susurros. Durante los últimos dos años había adquirido mucha práctica haciendo caso omiso ante esas cosas.

Eso no significaba que olvidara los obstáculos que le aguardaban esa noche. Había estado toda la tarde pensando en las dificultades que conllevaría un paseo en trineo. El problema no residía solo en subir al vehículo. Lo difícil era llegar hasta el vestíbulo y, a continuación, descender los escalones helados de la entrada, y todo ello en medio de una multitud de invitados con los ojos desorbitados, sin reparo a la hora de mirarlo boquiabiertos.

Pero le había dado su palabra a Stella. Y, en realidad, aquello no era tan distinto de las tediosas maniobras con las que lidiaba a diario. Solo que esa noche había más público.

—No me opongo a que vayas en trineo —decía Laura mientras Jennings lo acomodaba en la silla al pie de la escalera—. Solo cuestiono que vayas solo.

Teddy se enderezó en el asiento. Agarró las ruedas con las manos enguantadas e

hizo rodar la silla hacia las puertas cerradas del pasillo.

—¿Quién dijo que iba a ir solo?

Alex lo seguía con expresión impasible.

—Supongo que irás con cierta señorita.

Laura aceptó el brazo que le ofrecía su esposo y caminó a su lado.

—¿Por qué supones eso?

—¿Qué otra cosa podría haberlo convencido de participar en una actividad al aire libre?

Teddy miró de reojo a su hermana y a su cuñado.

—Ya que tanto preguntáis, os diré que he aceptado acompañar a la señorita Hobhouse. —No esperó a que respondieran—. Jennings, la puerta.

El sirviente se adelantó a toda prisa. Cuando abrió la puerta, los copos de nieve se arremolinaron en el pasillo empujados por una ráfaga de aire gélido. Fuera, una dama delgada, ataviada con una capa de terciopelo, esperaba en lo alto de la escalera de piedra nevada, acompañada de uno de los lacayos. Era Stella.

Se armó de valor y salió con la silla de ruedas.

—Señorita Hobhouse.

Ella se volvió de repente con un libro encuadernado en cuero bajo el brazo y un manguito con ribete de piel colgando de la mano. En sus ojos brilló algo parecido al alivio.

—Señor Hayes.

Entonces se dio cuenta de que había dudado de él. Que había pensado que no se presentaría.

—Le ruego que me disculpe —dijo—. Tardé más tiempo del que esperaba en recoger el abrigo.

—No hay problema. Llega en el momento justo. Lady Anne y el señor Hartford acaban de irse. Llevo aquí solo un momento.

Al pie de la escalera los esperaba un pequeño trineo. Lo habían adornado con cintas rojas y follaje, y estaba sujeto a un inquieto caballo castaño, que con su baile hacía sonar las campanillas del arnés. Junto a la cabeza del animal esperaba un mozo de cuadra con una gruesa bufanda al cuello, sujetando la brida.

—¿Ese es su cuaderno de bocetos? —Teddy miró el bloc que llevaba bajo el brazo. Reconoció su naturaleza al instante. Él había tenido otros similares a lo largo de los años.

—Sí —confirmó Stella.

—¿Con sus bocetos de caballos alados?

—Solo caballos. Dejé de dibujar alas a los catorce años.

—Qué lástima —repuso—. Me habría gustado verlos.

—¿No quiere ver estos? Pensé que le gustaría echarle un vistazo antes de que me vaya mañana.

—No habrá mucha luz durante el viaje.

—Lord March ha mandado disponer antorchas en el sendero. —Se acercó al trineo—. ¿Subimos antes de que otra pareja se nos adelante?

Teddy sentía la presencia de su hermana y su cuñado en el vestíbulo como dos padres cariñosos. Se sintió irritado y avergonzado. Deseaba que se fueran. Deseaba que se fueran todos. Le resultaría mucho más fácil reforzar su relación con Stella si pudiera subir al trineo por sus propios medios y luego alejarse con ella bajo la luz de la luna, lejos de las miradas de extraños curiosos y familiares preocupados.

—Una idea estupenda —admitió—. ¿Jennings?

El criado apareció a su lado.

—Cuando usted quiera, señor.

Teddy asintió con aspereza. Era imposible evitar la humillación de lo que siguió a continuación. Rodeó los hombros de Jennings con el brazo y apretó los dientes mientras el criado lo agarraba por la cintura y lo levantaba del asiento. Era una maniobra bien coreografiada que habían practicado cientos de veces a lo largo de los años.

Mientras el sirviente lo llevaba al trineo, a Teddy le latía el corazón con fuerza a causa del esfuerzo y la ansiedad. Siempre se sentía más vulnerable en esos momentos, cuando no estaba en la silla. Era entonces cuando sentía el peso de su discapacidad. Por eso rara vez se permitía excursiones al aire libre, pues siempre debían subirlo y bajarlo de la silla infinidad de veces en público. No le parecía que valiera la pena.

Pero por Stella sí.

Esperó con paciencia mientras Jennings ayudaba al señor Hayes a subir al trineo y luego, con la ayuda del lacayo, se sentó a su lado. Su abultada falda se arrugó contra la pierna de Teddy. Él no notaba el contacto de la tela, pero oía el roce de sus enaguas y el miriñaque, la sensual fricción de la ropa interior de lino almidonado y la suave prenda exterior de terciopelo. Stella lo rozó con el brazo cuando se ciñó la capa, cosa que le provocó una oleada de calor en las venas.

Nunca habían estado tan cerca. Quizá demasiado cerca. Ella olía a jabón de lavar y lilas. Una embriagadora mezcla.

—Soy yo quien debería ayudarla —refunfuñó.

—¿Según quién?

—Los buenos modales.

Stella dejó el cuaderno de bocetos a su lado antes de poner el enorme manguito sobre el regazo a modo de manta. Tenía las mejillas sonrosadas por el frío y el cabello gris oculto por una tupida redecilla y un elegante gorrito de terciopelo color ciruela. Se había hecho un lazo enorme con las cintas de satén amatista del gorrito en el lado izquierdo del rostro. Le daba un aire desenfadado.

—¿Los buenos modales también le obligan a conducir? —preguntó—. ¿O debo llevar yo las riendas? —Dejó ver un destello de diversión en sus ojos azul plateado —. Aunque le advierto que no soy ni de lejos tan buena conductora como amazona.

—En ese caso yo haré los honores —Él tomó las riendas.

Con una señal le pidió al mozo de cuadra que se retirase y luego hizo chasquear las riendas de cuero para dar al caballo la orden de salida.

El zaino delgaducho partió al trote por el sendero bordeado de antorchas que se alejaba de la casa. Tenía mucha energía y tendencia a morder el freno. Teddy agradeció haber dedicado tanto tiempo a fortalecer el tórax. Si no lo hubiera hecho, gobernar aquel animal le habría resultado durísimo.

—¡Es un caballo brioso! —exclamó Stella.

Teddy guio al animal por la nieve.

—¿Como tu yegua?

Ella rio sorprendida.

—Ni mucho menos. *Locket* es demasiado temperamental para tirar de un vehículo. Dudo que pudiera controlarla si no la montara.

—Cada vez me parece más inadecuada para una dama.

—Lo es —asintió Stella con un inconfundible brillo de orgullo—. Totalmente inadecuada. —Metió las manos en su manguito de terciopelo—. Mientras que este solo se está dejando llevar. Yo diría que no es tan peligroso.

—No. Solo me está poniendo a prueba. Intenta ver hasta dónde puede tirar.

—Quizá debería darle un poco más de rienda.

—¿Y dejar que galope? No, gracias.

—Un buen galope siempre pone a *Locket* de mejor humor.

—Un buen galope terminaría con ambos enterrados en un banco de nieve. No es lo ideal, dadas las circunstancias.

—Supongo que tienes razón.

Teddy tuvo que esforzarse mucho para evitar que el caballo se pusiera a medio galope.

—¿Qué tal la cena? —preguntó—. No te veía desde la otra punta de la mesa.

Solo la había visto una vez, cuando las damas se levantaron para retirarse del comedor. Lucía la elegante cofia de encaje que él le había prestado. La prenda le ocultaba el cabello sin darle una apariencia demasiado extravagante.

—Yo tampoco te veía. El conde insiste en poner esa larga hilera de centros de mesa para exhibir sus flores.

La miró.

—¿Entre qué dos invitados estabas sentada? ¿Alguien interesante?

—Lord Gaines y el señor Moncrief. Son amigos de lord March, y ambos tienen edad suficiente para ser mis abuelos.

Teddy sintió una inexplicable punzada de alivio.

—Entonces no son posibles pretendientes.

—No. Fue una suerte, la verdad. Son demasiado estirados como para preguntar por qué no he bajado a cenar casi ningún día de la semana. Sospecho que estaban demasiado avergonzados. Al parecer, lady Anne ha comentado que he sufrido una misteriosa molestia estomacal.

Teddy reprimió una sonrisa.

—Eso he oído.

Stella hizo una mueca elocuente.

—¿Hay algo más indecoroso? Una molestia estomacal puede ser cualquier cosa, desde indigestión hasta...

—Exacto.

—Se lo comenté a Anne, pero decidió que debíamos alegar una dolencia estomacal. Según dice no podría haber otra razón creíble para que me ausentara de las comidas y, al mismo tiempo, asistiera a todas las actividades al aire libre.

—No se equivoca —opinó Teddy.

Stella suspiró.

—Tampoco creo que a nadie le importe. Entre el compromiso de lady Anne y las revelaciones sobre el parentesco del señor Neale, que yo esté o no debe de ser lo menos interesante de esta fiesta.

—No te rindas tan pronto —aconsejó él—. En cualquier momento, algún entrometido bienintencionado podría importunarte sobre tu enfermedad, o... sobre tu cofia. Confío en que tengas preparada una historia convincente para justificar por qué la usaste en la cena.

—Pretendo atribuir el mérito a los franceses.

—Ah, sí. Los franceses. A ver si las malas lenguas son capaces de rebatir esa lógica.

—No pueden. Nadie puede. No cuando se trata de moda. —Stella se puso seria —. Gracias de nuevo por prestármela. Tanto tú como tu hermana habéis sido muy amables.

—Todo ha sido para bien. No habrías podido justificar la excusión en trineo si te hubieras perdido la cena.

—Habría encontrado la manera. Pero entiendo lo que quieres decir.

El señor Hayes guio al caballo con destreza por la curva del camino y viró hacia el sendero que bordeaba el bosque. Al frente resplandecía una hilera de antorchas. Detuvo el trineo justo debajo.

—¿Servirá?

Stella se quedó mirándolo un instante antes de comprender lo que quería decir. Hizo una mueca muy expresiva.

—¡Mis bocetos! Claro. —Se apresuró a recuperar el cuaderno que había dejado a su lado en el asiento—. Con tanta emoción, casi lo olvido.

Le ofreció el cuaderno, un poco cohibida. Él le dio las riendas para que las sujetara.

Mientras Teddy examinaba los dibujos a la luz de una antorcha, el caballo pateaba inquieto la nieve. Era un cuaderno nuevo. La mayoría de las páginas seguían en blanco, salvo media docena al final. En ellas encontró detallados bocetos a lápiz de caballos. Teddy los reconoció. Eran los animales retirados que residían en los pastos tras la finca del conde.

Uno de los dibujos destacaba entre los demás. Representaba un viejo caballo de tiro, de patas robustas y menudillos gruesos, con una curva pronunciada en el lomo. Estaba de pie en un prado nevado junto a un compañero más pequeño: un viejo rocín, con la crin fina y el flequillo alborotado. Los dos jubilados descansaban con el cuerpo inclinado hacia el otro, y el hocico del caballo más grande estaba vuelto hacia el más pequeño, aunque no lo bastante cerca como para tocarlo.

Era una representación excelente. Respetaba las proporciones y hacía un uso admirable de la luz y la sombra. Pero no era ahí donde residía su fuerza. Lo mejor era la composición de la escena.

Todo el episodio transmitía una actitud fraterna. De alianza contra un mundo cruel. Además, aunque había un refugio cerca, ninguno de los caballos estaba

debajo. Preferían buscar el calor del otro, a pesar de tener tan cerca la promesa de protección.

Teddy tragó saliva con dificultad.

—¿Aprendiste sola? ¿Verdad?

—En gran parte. —Stella miró el dibujo con él—. ¿Te parece una obra de primeriza?

—Ya sabes que no lo es.

—Bueno, a mí me parece bastante buena —admitió—. Pero no soy la experta.

Él la miró.

—Tienes un talento excepcional para inspirar emociones. Deberías contratar a un profesor de dibujo para que te ayude a perfeccionarlo.

A ella le brillaron los ojos.

—¿De verdad?

—No te mentiría.

—Ya imagino. —Stella recuperó su cuaderno de bocetos y le entregó las riendas —. Trataré de encontrar un tutor cuando regrese al condado de Derby. Debe de haber alguien por allí cualificado para enseñarme.

A Hayes se le encogió el estómago al sentir una desconcertante punzada de anhelo. Le asaltó el repentino y estúpido deseo de ser él.

Una idea ridícula. Él no era un maestro del dibujo. Sin embargo...

Dejó volar la imaginación. Una idea de los dos dibujando juntos en un estudio en algún lugar... Stella y él compartiendo un agradable silencio. Como esos dos caballos.

Desechó la visión, tomó las riendas y azuzó al caballo. El inquieto animal castaño siguió caminando por la nieve con paso ágil e internándose por el límite del bosque. Las antorchas estaban más separadas allí, lo que proporcionaba una sensación de privacidad en las zonas solo iluminadas por la luna.

Stella volvió a dejar el cuaderno de bocetos al lado. Lo observó manejar las riendas.

—Eres un conductor excelente.

—No sé si excelente, pero me las arreglo bastante bien.

—¿Sales a menudo en coche cuando estás solo?

—No mucho —reconoció—. Solo no. Jennings debe acompañarme. Pero solía conducir bastante.

—¿Solías?

—No siempre he estado confinado en esa silla. De joven, en Surrey, conducía

nuestra calesa por todo el pueblo.

—Yo prefiero montar que conducir —reconoció.

La miró con ironía.

—Por desgracia, ya no tengo esa opción.

Ella se quedó pensativa un momento.

—¿Montaba usted a caballo antes?

—Sí. —Frunció el ceño—. La verdad es que prefería caminar. Era un gran caminante. Podía pasear durante horas por el bosque, observando las campanillas y los nomeolvides, con la esperanza de encontrar un destello de inspiración.

—¿Para tus cuadros?

—Claro. La naturaleza ofrece infinidad de temas. Lo único que hay que hacer es tener los ojos abiertos.

—Eso es un poco más difícil ahora que pintas retratos. Ya no puedes limitarte a pasear por el bosque si lo que buscas es una dama que pose para ti.

—No podría de ningún modo.

Stella se estremeció.

—No he querido decir...

—Ya lo sé. Pero es lo que hay. —No tenía sentido eludir el asunto. Sus días de caminar habían terminado. Tampoco era algo que pudiera ocultar—. Mis fuentes de inspiración no se han reducido solo porque esté sentado en una silla. Hay avenidas en París con tantas caras interesantes como flores había en ese bosque.

—¿Caras interesantes? —repitió—. ¿No bonitas?

Él sonrió para sí.

—¿Buscas un cumplido, señorita Hobhouse?

—En absoluto. Solo me pregunto cuánto durará tu interés por mi rostro con tantas otras flores para distraer tu atención.

—Has captado mi atención durante tres meses. Espero que siga intacta tres meses más, cuando nos volvamos a encontrar en Londres.

Stella suspiró.

—Ya estás otra vez con eso. Ya te dije...

—Ya lo sé. Y aun así... estarás en Londres en marzo, igual que yo. ¿Qué hay de malo en volver a vernos?

—No me imagino cómo podríamos hacerlo.

—Entonces te falta imaginación.

—¿De verdad...?

—Un museo. Una galería. El teatro. Una tienda en Bond Street. Podríamos

cruzarnos en cualquiera de esos lugares, o dondequiera que vayas a divertirte.

—Voy a Rotten Row.

—A montar a caballo, claro. Pero no pasarás allí todo el tiempo, ¿no?

—Casi todo. Debo sacar a *Locket* al menos dos veces al día. Necesita ejercicio para calmarse. Salimos una vez al amanecer y otra en hora punta. A veces también monto al mediodía, cuando hace buen tiempo.

—En Rotten Row, entonces. Allí nos veremos.

—¿Irías a Rotten Row en silla de ruedas?

—Si estuvieras allí, lo haría. Siempre que hubiera alguna posibilidad, por pequeña que fuera, de convencerte para que posaras para mí —añadió.

—Ojalá pudiera posar para ti —repuso con franqueza—. Ojalá pudiera arriesgarme.

Teddy le clavó la mirada.

—Lo único que te lo impide son tus anticuadas ideas sobre el decoro.

—No son anticuadas. Al menos para una jovencita de mi posición. Además, ya me salto los límites de la decencia mucho más de lo que debería.

—¿En qué sentido?

Sacó una mano del manguito y enumeró con los dedos enguantados.

—Galopo cuando debería ir al paso. Bailo con mis amigas cuando no tenemos pareja. Me tiño el pelo...

—Y yo que pensaba que no querías ser tachada de excéntrica...

—Y no quiero. Pero eso no significa que tenga que pasarme el día bordando almohadas.

Teddy sonrió.

—¿Y en que piensas invertir el tiempo ahora que tu última temporada ha terminado?

—¿Aparte de montar a caballo y dibujar? Todavía no lo sé. Mi futuro es demasiado incierto para hacer planes en firme. Si mi hermano decide casarse...

—Con la tirana.

Stella hizo una mueca.

—No debería haberla llamado así. Fue poco piadoso por mi parte. La señorita Trent no hacía nada más que lo que haría cualquier otra joven decidida a asegurar su propia felicidad.

—¿Enemistarse con su posible cuñada?

—Reivindicar su posición de poder.

Él la miró divertido.

—Habla de las jovencitas como si fueran generales en guerra.

Stella esbozó media sonrisa.

—Si lo piensas bien, no creo que sea muy diferente. Después de todo, ¿qué es la temporada londinense sino una campaña?

—En ese caso, la futura esposa de tu hermano se parece mucho a Wellington.

—Lo que me habría convertido en Napoleón, a punto de ser exiliado a Elba.

—No se quedó mucho tiempo en Elba.

—Me refería a Santa Elena —corrigió—. Por suerte, al no estar yo presente, mi hermano no se habrá declarado. He evitado la derrota final. O, al menos, se habrá pospuesto por un tiempo.

—¿Tan horrible es? —preguntó él.

A Stella se le borró un poco la sonrisa.

—No demasiado. Todavía no, al menos. Aún puedo apoyarme en mis amigas, aunque sea por correo. Y aún no he perdido mi reputación. No tengo que retirarme del campo de batalla hundida del todo.

Teddy frunció el ceño. ¿Por eso se resistía tanto a arriesgar su buen nombre? ¿Porque sentía que su reputación era lo único que le quedaba?

—Un pequeño consuelo.

—Me conformo con lo que tengo. —Contempló el oscuro paisaje nevado en silencio por un momento—. ¿Dónde vivirás en Londres?

—En algún lugar donde pueda estar completamente solo. Lejos de mi familia y amigos bienintencionados. Un sitio donde pueda ser libre de tomar mis propias decisiones, aunque sean equivocadas.

—¿Deseas vivir solo?

—Lo más solo posible, con un sirviente que me ayude y una cocinera y ama de llaves que se asegure de que mi ropa esté limpia y coma algo decente.

—¿No te sentirás solo?

—Estaré feliz —aseguró—. Y lo más importante, seré productivo. Sufro demasiadas interrupciones cuando trabajo con todos estos viajes de ida y vuelta a Francia y la gente que viene de visita o a hacer negocios a la perfumería. Preferiría quedarme en Londres. Quiero vivir en un lugar el tiempo suficiente para formar un círculo de amigos artistas. Quizá presentar una obra a la Real Academia, si puedo crear algo que tenga el valor suficiente.

—Da la impresión de que tienes el futuro completamente planeado.

—Solo queda poner el plan en marcha.

—Eres un hombre. No hay nada que te lo impida.

—Solo el deber y la obligación. —Reajustó las riendas para guiar al caballo por el límite del bosque oscuro—. Primero debo pasar unos meses más con mi familia. Mañana viajamos a Devon. El capitán Thornhill, amigo de la infancia de mi cuñado, tiene una finca en un acantilado en la costa. Thornhill está casado con lady Helena, hermana del conde de Castleton. Ella y su esposo esperan que nos quedemos al menos un mes.

Stella lo miró con interés.

—Tu cuñado tiene un variopinto grupo de conocidos para ser comerciante.

—¿Porque tiene buena relación con la hermana de un conde? No es lo que parece. Lord Castleton también es un hombre de negocios. Es dueño de una plantación de té en Darjeeling, donde pasa la mayor parte del tiempo. El té que producen allí es casi tan bueno como la mezcla que degustamos juntos esa tarde en el pequeño salón.

Stella volvió a sonreír al recordarlo.

—Darjeeling de primera cosecha. Era especial, ¿verdad? Sin duda, el mejor té que he tenido el privilegio de tomar.

—Se dice que el Darjeeling es el champán de los tés —añadió Teddy—. De hecho, hay quien diría que nuestra primera comida juntos consistió en pastel y champán.

Ella le dedicó una mirada elocuente.

—Hay gente que puede llegar a ser muy necia.

El señor Hayes le sonrió mientras aminoraba la marcha del caballo. El perfecto rostro ovalado de Stella resplandecía —tenía las mejillas rosadas y la mirada chispeante— enmarcado en terciopelo ciruela y satén amatista. Lo más probable es que solo fuera el frío lo que la hacía parecer tan radiante. Sin embargo...

Un dolor peculiar se apoderó de su pecho. Se le apagó la sonrisa mientras volvía a concentrarse en el camino. ¿Cómo era posible que cada vez la viera más hermosa? Era una magia desconcertante. Una magia que surgía de su creciente amistad. Cuanto más la conocía, más hermosa se volvía. Supuso que se debía a su carácter adorable. Apenas comenzaba a darse cuenta de lo encantadora que era.

Y ya era demasiado tarde. Al día siguiente se habría ido.

Sintió la tentación de mantenerla en el trineo aún más tiempo en un débil intento de compensarlo. Conducir otro kilómetro o más. Pero ya la había llevado demasiado lejos. A ella todavía le quedaba el resto de la noche por disfrutar. El vino caliente, los villancicos y los juegos con sus amigos.

No pensaba impedir la felicidad de Stella para alimentar la suya. Ya se había

perdido demasiado de la fiesta por culpa de su pelo.

Giró el trineo de vuelta a la casa. El caballo se había calmado bastante después del ejercicio. Ahora parecía cómodo yendo al paso, aunque avanzaba con más alegría por regresar al calor del establo. Las campanillas del arnés tintineaban.

—Será mejor que te lleve de vuelta a la fiesta. Con suerte, tendrás tiempo de robar un beso bajo el muérdago antes de que todos se retiren.

Ella echó la cabeza hacia atrás para mirar las estrellas. Se le reflejó la sonrisa en la voz.

—Como decía, se puede llegar a ser muy necio.

—¿Qué tontería he dicho?

—No besaré a nadie bajo el muérdago esta noche.

El señor Hayes no lo creía. Había visto cómo la miraban algunos caballeros aquella noche en el salón cuando pasó junto a ellos, con su vestido de seda y el pelo castaño rojizo. Podría haber elegido a cualquiera de ellos.

Soltó una risita.

—¿Ya has dado demasiados?

—No digas tonterías. He pasado casi toda la semana escondida, y el resto con lady Anne o contigo. ¿A quién se supone que debo besar? Para mí no ha habido ni muérdago ni pretendientes. Decepcionante, la verdad, teniendo en cuenta la época del año que es. Incluso las muchachas menos agraciadas consiguen que alguien les dé un besito en la mejilla en la temporada. —Suspiró creando una nueve de vaho—. Supongo que tendré que sumarlo a todos los demás intentos fallidos...

—¿Necesitas muérdago? —preguntó él.

Stella se volvió.

—¿Disculpa?

—Para un beso. ¿Tiene que haber muérdago?

Ella consideró la propuesta.

—No —respondió—. En teoría, no.

Antes de que pudiera convencerse de lo contrario, por segunda vez esa noche, Teddy detuvo el caballo en la nieve. Ató las riendas y se volvió para mirarla, con el corazón acelerado. Logró mantener la calma de milagro.

—De todas formas, en mi opinión, no es muy acertado. ¿Quién querría compartir un beso bajo un parásito venenoso? ¿No sería mejor aquí fuera, a la luz de la luna, bajo el brillo de las estrellas?

Se había quedado extrañamente quieta. Había un destello de alarma en las

profundidades azul grisáceas de sus ojos. Y también algo más. Algo que Teddy no podía identificar. Fuera lo que fuese, le aceleraba el pulso con una fuerza aterradora.

—Sí —respondió muy despacio—. Supongo que sí.

—¿Y bien?

—¿Me preguntas si puedes besarme?

—¿Puedo?

Ella asintió. El sutil temblor de su respiración era lo único que dejaba entrever que la perspectiva de un beso era lo opuesto a algo trivial.

Teddy le puso la mano en la mejilla. La miró fijamente.

—Supongo que ahora debería hacer un comentario gracioso. O bien decir algo romántico.

Stella tragó saliva. Parecía no tener palabras.

—Está bien. —Acarició la curva de su mejilla con el pulgar enguantado—. Pues será romántico.

Capítulo 13

Stella no podía moverse. No podía respirar. Estaba congelada en el trineo, con la mirada fija en Teddy.

Aunque decir que estaba congelada no era del todo exacto. En realidad, a pesar de la nieve que se arremolinaba a su alrededor, no tenía ningún frío. Más bien al contrario. Sentía un calor abrasador por debajo de la capa y el vestido. Tenía fuego en las extremidades, en la sangre y en lo más profundo del estómago, donde las mariposas batían sus alas con trémula expectación. Era un calor que le había provocado el roce de la mano enguantada de Teddy, y su mirada, firme e intensa.

Acercó el rostro al de ella. Le rozó la mejilla con la nariz. Notó como inhalaba.

—Lilas —dijo.

—¿Disculpa? —preguntó con la voz temblorosa.

—El aroma que llevas. Supongo que es tu jabón. —Fue un comentario demasiado personal como para que ella no se sonrojara.

—Sí, ya que lo preguntas. Pero ¿por qué...?

—Soy hijo de perfumista. Mi familia vive entre fragancias. Lavanda, rosas, jazmín y azahar. Un solo aroma puede evocar el pasado con la misma intensidad que cualquier cuadro. Pero no tenía recuerdos que pudiera asociar a las lilas. Hasta que te conocí. —Le acarició la mejilla—. Ahora es tu fragancia, de eso no hay duda. Jamás volveré a percibir ese aroma sin pensar en lo radiante que estás en este momento.

A Stella le latía con fuerza el corazón.

—Eso es muy romántico —consiguió decir—. Ojalá pudiera creer que lo dices en serio.

—Lo digo en serio —le aseguró en voz baja. Y entonces, agachó la cabeza y la besó.

Stella entreabrió los labios con una respiración nerviosa. Él había dicho que la iba a besar. Por eso había detenido el trineo. Por eso la había piropeado, ¡claro! Pero cuando por fin había llegado el momento, se sentía completamente desprevenida.

En ese instante se dio cuenta de que nunca la habían besado. Nunca le habían

dado un beso de verdad. Por muy atrevida que fuera, por muy dispuesta que hubiera estado, solo le habían dado fugaces besos en la mejilla. Castos, insignificantes, más paternales que románticos.

Pero aquello era diferente.

Teddy tenía una boca sensual. Se había dado cuenta la primera noche en la salita. Pero poco había imaginado lo que sentiría al besarla. Era la única parte tierna de él, libre de la agudeza de su inteligencia y la sequedad de su ingenio. Tenía unos labios suaves pero firmes, que se amoldaban sin esfuerzo a los suyos e imprimían una presión cálida e inquisitiva.

Stella le devolvió el beso con timidez.

Probablemente fuera el beso más virginal e inexperto que había recibido Edward Hayes. Pero no había nada de seco en él. Nada de casto. Estuvieron un rato con los labios pegados, cálidos y entreabiertos, en dulce comunión por un instante. Sus alientos se mezclaron y se creó entre ellos una intimidad extraordinaria.

Sabía a menta y vino caliente. Olía a eso también, y a ligeros toques de lavanda y especias. Lo más probable era que fuera su aceite de afeitar. Algún producto de la perfumería de su familia. Despertó los sentidos de Stella, sumado al roce de sus labios, el tacto de su mano y el calor abrasador de su cuerpo, que estaba tan peligrosamente pegado al suyo.

Se sintió un poco mareada cuando se separaron.

¡Dios santo!

Por eso las damas se desmayaban. Por eso se inventaron las carabinas. Por eso la industria de las vinagretas estaba en auge. Besos como aquellos tenían el poder de alterar por completo a una dama.

Y quizá también a un caballero.

Teddy estaba ruborizado.

—¿Puedo escribirte al condado de Derby? —preguntó de repente con la voz extrañamente áspera.

Stella se soltó de su mano, todavía muy desestabilizada. No le cabía duda de que, si se hubiera levantado en ese momento, las piernas le habrían cedido.

—De ningún modo —dijo—. Un caballero no puede escribir a una soltera.

—Otra regla absurda.

—Y una regla que, además, no estoy en posición de quebrantar. Es mi hermano quien supervisa el correo cuando estamos en casa. Si llegara una carta para mí de un hombre, la arrojaría directamente al fuego, después de leerla él mismo, por

supuesto.

Él tomó las riendas.

—Tú no la quemarías, ¿verdad? —Hizo una mueca antes de que ella pudiera responder—. ¡Dios mío! Da la impresión de que no dejo de suplicarte que no quemes cosas.

Stella sonrió a su pesar.

—No. De hecho, probablemente te respondería. Pero, como digo...

—Las normas son las normas.

—Así es —asintió con tristeza.

Un viento glacial le acarició el rostro mientras el caballo tiraba del trineo de vuelta a Sutton Park. El calor que había sentido cuando compartían caricias y besos se desvanecía rápidamente.

Al día siguiente volvería a casa. Había muchas posibilidades de que no volviera a verlo. De repente, la perspectiva era demasiado desalentadora para resignarse.

—Quizá volvamos a vernos en Londres —sugirió al ver las luces de la casa—. Espero que así sea.

Teddy dejó ver una expresión resuelta.

—Claro que nos veremos —prometió—. Puedes contar con ello.

Capítulo 14

Stella partió de Sutton Park al amanecer del día siguiente. Lady Arundell y Anne la llevaron hasta la estación, donde la ayudaron a subir sana y salva al tren.

Lady Arundell lo organizó todo para que un criado la acompañara en el viaje. Una joven soltera no podía viajar sola, y mucho menos una distancia tan grande como la que separaba Hampshire del condado de Derby, y teniendo que cambiar de tren no una, sino dos veces. Anne había sugerido que su madre y ella acompañaran a su amiga, pero ella había rechazado la oferta. Su destino se encontraba muy alejado de su ruta y estaba cansada de causarles molestias a todos.

—Ya es bastante generoso que me hayas ofrecido la compañía de un criado, gracias —había dicho—. Además, tampoco es muy probable que nadie quiera tener nada que ver con una dama con el cabello gris.

—De todas formas, debes tener cuidado —había respondido Anne antes de darle un último abrazo y un beso de despedida—. Nunca se sabe con qué clase de desesperados puedes encontrarte en un vagón de tren.

Desesperados, sin duda.

La sensación de catástrofe inminente que abrumaba a Stella crecía a medida que el tren la acercaba a casa. Aquel era el fin de sus aventuras. Ya no habría más temporadas ni oportunidades para el romance.

No habría más Teddy.

Mientras el tren traqueteaba por las vías y la alejaba cada vez más de su breve e idílico fin de semana en Hampshire, pensaba cada vez más en el señor Hayes. Empezaba a parecerle que todo había sido un sueño.

¡Cielos, pero lo había besado!

O, mejor dicho, él la había besado.

El dulce y emocionante recuerdo bastó para ocupar sus pensamientos durante los primeros ciento sesenta kilómetros de viaje. Se preguntó si era mejor haber recibido un solo beso como aquel o no haber recibido uno nunca. Decidió con tristeza que prefería lo último. Al menos de esa forma ignoraría lo que se estaba perdiendo.

Pero ya no podía ser.

Tendría que vivir del recuerdo de ese beso hasta morir como una solterona consumida y dependiente, enterrada en el cementerio de Fostonbury, con una lápida en la que se leería que era hija de y hermana de, pero nada más.

Descorazonador.

Pasó los siguientes treinta kilómetros componiendo epitafios para sí misma.

«Hija, hermana, amazona y amiga», o «Amazona, amiga y amada esposa de...».

De alguien.

El último tramo de regreso a casa lo dedicó a calcular lo que le costaría comprar su propia lápida, para grabarla con antelación exactamente como ella quisiera. ¿Era morboso invertir en una tan pronto? ¿Acaso despertaría aún más chismes entre los aldeanos?

—Yo soy la desesperada —murmuró para sí mientras miraba por la ventana, sumida en pensamientos sombríos.

Llegó a la estación de Fairhook esa misma noche, con frío y cansada, mientras el sol se ponía tras los picos nevados del condado de Derby. Era la parada más cercana a Fostonbury. El pueblo era demasiado pequeño e insignificante para tener una parada propia. Normalmente, al regresar de la ciudad, ella y su hermano alquilaban un coche para volver a casa. Sin embargo, esa noche, al bajar del andén, encontró el carruaje del señor Smalljoy esperándola.

Lo contempló a la luz de las farolas de gas que flanqueaban la estación. Nunca había tenido ese gesto con ella, ni con su hermano, que ella supiera. La intención hablaba por sí sola.

Si aquello era una sentencia de muerte para su futuro, resonó con tanta fuerza como el estruendo del acero en un accidente de tren.

—El señor nos ha enviado a recogerla —anunció el lacayo, tomando las maletas de manos del criado de lady Arundell—. Con el permiso de su hermano.

—Ya veo —respondió ella.

¡Maldito Daniel y su afición de casamentero!

En otras circunstancias, habría reunido la fuerza suficiente para rechazar la oferta. Pero hacía un frío glacial, y encontrar un coche que la llevara a Fostonbury parecía improbable a esas horas.

Miró al criado de lady Arundell. Su señoría le había ordenado que la escoltara hasta la puerta de su casa.

—¿Nos acompaña? —le preguntó Stella—. Quizá le apetezca comer algo en la vicaría y pasar la noche allí antes de reanudar el viaje.

—No necesitaré cama, señorita —afirmó—. Pero no le diré que no a una taza de té.

—Puede ir conmigo fuera, señor —le propuso el lacayo del señor Smalljoy mientras subía las maletas al carruaje.

Stella los siguió a regañadientes y permitió que el sirviente la ayudara a subir al vehículo.

El cochero dio una orden a la pareja de caballos castaños y el carruaje se agitó al partir. Como los caminos estaban cubiertos de nieve, tardaron más de media hora en llegar a las puertas de la vicaría. Una columna de humo se elevaba desde la torcida chimenea de piedra de la modesta vivienda, cosa que la alertó de la presencia de Daniel en la casa. Sin duda la esperaba en la biblioteca, armado con un severo sermón sobre los peligros que entrañaba que las mujeres se entregaran a los placeres en lugar de cumplir con sus deberes familiares.

No tenía ningunas ganas de oírlo. Se moría por ver a *Locket*. Al descender del carruaje, se entretuvo solo el tiempo suficiente para indicarle al criado de lady Arundell que entrara en la vicaría antes de dirigirse al establo.

Era una humilde estructura de madera pintada de verde. *Locket* estaba dentro, a salvo en su pesebre, con una espesa capa de paja. La inquieta yegua se removió ansiosa y emitió un agudo relincho a modo de saludo cuando Stella se acercó.

—Aquí está mi chica salvaje —murmuró. Se quitó los guantes, tomó la elegante cabeza de la yegua entre las manos y la sujetó con delicadeza mientras besaba su aterciopelado hocico gris oscuro—. ¿Me has echado mucho de menos?

Locket respondió con un bufido y exhaló contra la mejilla de su dueña varias bocanadas de aire cálido y dulce como el heno.

Stella respiró hondo. Su mundo se enderezó y todo volvió a su lugar. Todo lo demás se desvaneció y se sintió tranquila y serena, volvía a ser ella misma, una joven capaz de hacer cualquier cosa. ¡Cielos! ¿De verdad había estado componiendo su propio epitafio? Eso era lo que pasaba cuando se separaba de *Locket* durante tanto tiempo.

—Yo también te he echado de menos —musitó—. Pero ya he vuelto. Si puedo evitarlo no me separaré de ti en mucho tiempo.

Turvey salió del comedero con un cubo de pienso. Era un hombre mayor e imperturbable con una mata de pelo blanco. Había sido el mozo de cuadra de *Locket* desde el principio y se podía confiar en él para que se mantuviera firme cuando la temperamental yegua estaba de mal humor.

—Bienvenida a casa, señorita —dijo.

—Me alegro de estar en casa, Turvey. ¿Cómo ha ido? Espero que no te esté dando muchos problemas.

—Es muy suya. —El hombre entró en la cuadra. Dejó el cubo en la esquina. *Locket* no tardó en abandonar a Stella para concentrarse en el pienso.

—Se la ve muy bien.

—Sí. Está comiendo bastante bien, aunque ha habido menos azúcar en su dieta debido a su ausencia.

La joven sonrió.

—Pronto lo remediaré.

A *Locket* le encantaban los terrones de azúcar. Stella los guardaba en el bolsillo del traje de equitación para dárselos a la yegua mientras montaba como premio por su buen comportamiento. *Locket* era experta en doblar el cuello para comerlos de la mano extendida de la amazona.

—Tuvo una pequeña molestia en la pata delantera izquierda la mañana de Navidad —dijo Turvey mientras salía de la cuadra.

—Ah, ¿sí? —Miró a su yegua con preocupación. A veces se lastimaba las patas después de correr y saltar sin control en el prado. Stella acostumbraba a tratar personalmente esas molestias, le masajeaba las patas y se las frotaba con linimento.

—¿Le ha...?

—Sí —dijo Turvey, que respondió a la pregunta antes de que ella la formulara —. Le froté las patas por la mañana y por la noche. Al día siguiente estaba recuperada del todo.

—Se las volveré a masajear antes de retirarme —decidió ella—. Solo por precaución.

Tras volver a mirar con cariño a su yegua e intercambiar algunas palabras más con Turvey, la joven se despidió.

El ama de llaves, la señora Waltham, la esperaba en la puerta principal de la vicaría.

—Su hermano ha estado preguntando por usted cada cinco minutos. Le dije que primero habría ido al establo.

Stella se quitó el sombrero y la capa y se los entregó a la mujer junto con los guantes.

—¿Está en su biblioteca?

—Sí, señorita.

—¿Y el criado de lady Arundell? Espero que haya encontrado el camino a la cocina.

—La cocinera le ha dado té y galletas, y el cochero del señor ha prometido llevarlo de vuelta a Fairhook en cuanto haya descansado. —La señora Waltham siguió a Stella por el pasillo—. ¿Le traigo una tetera, señorita? ¿Y pan con mantequilla?

—Sería estupendo —admitió. Se alisó el vestido de viaje de lana antes de ir en busca de su hermano.

La biblioteca era el dominio privado de Daniel. Pasaba horas allí, solo, puliendo su tratado. Stella lo había ayudado muchas veces en esa sala, con la cabeza inclinada sobre el pequeño secreter del rincón, donde transcribía en silencio sus severas palabras sobre el pecado original mientras pontificaba frente al fuego.

Allí era donde se encontraba entonces, sentado en su sillón favorito, en el semicírculo que dibujaba la luz menguante del fuego. La única concesión que hacía a la comodidad era el *banyan* que vestía a modo de bata sobre la camisa y los pantalones.

Stella entró en silencio y cerró la puerta con delicadeza.

Su hermano levantó la vista del libro con el ceño fruncido. Era un hombre con una calva prematura y expresión severa, no se parecía en nada a ella, salvo por una ligera similitud en los ojos. Eran distintos en todo lo demás. Ella tenía el pelo gris y el de Daniel castaño. Stella tenía los labios suaves y carnosos y él finos. Y mientras que la figura de la joven se veía firme gracias al ejercicio, su hermano estaba demacrado a causa de las muchas privaciones que se había impuesto a sí mismo.

Parecía mucho mayor de treinta. Stella se culpaba de ello. La había tenido a su cargo desde muy joven. Era una responsabilidad que no había deseado. Y aquello había alterado tanto su apariencia como su carácter.

—Te esperaba esta tarde —dijo, levantándose.

—Te envié un telegrama. —Cruzó la habitación para darle un beso rápido en la mejilla—. Tuviste que recibirlo, si no, el carruaje del señor Smalljoy no me habría estado esperando en la estación.

—El hacendado tuvo la generosidad de ofrecerlo.

—No deberías haber aceptado. No quiero tener ninguna obligación con ese hombre.

—¿Por qué no debería aceptar? Smalljoy es un caballero decente y temeroso de Dios. Si manifiesta interés por ti, no lo desalentaré.

—Más bien al contrario, por lo visto —replicó con un inconfundible tono de reproche.

La finca del hacendado, Castaway Green, estaba a menos de ocho kilómetros de la vicaría. Vivía allí desde que Stella recordaba, tanto durante su matrimonio con su difunta esposa como los años posteriores de viudez. Pero hacía poco tiempo que Daniel había empezado a invitar al hombre a cenar con ellos, un suceso que había coincidido directamente con el regreso de la joven de su primera temporada fallida en Londres. Prometía ser peor con otra temporada fallida a sus espaldas. La perspectiva la aterraba.

—¿Puedo recordarte que ese hombre tiene casi sesenta años? Tiene tres hijas mayores que yo.

Daniel apretó los labios con disgusto.

—No deberías ser tan exigente. Después de todo el tiempo y el dinero que has malgastado estos dos años intentando conseguir un marido, lo mínimo que puedes hacer es poner buena cara al único hombre que está dispuesto a aceptarte.

A Stella se le apelmazó el pecho de la ira y, aunque odiaba admitirlo, también estaba dolida. Ella no era un premio de consolación, por Dios. Teddy había dicho que era hermosa. Una estrella brillante. Y ahora tenía el dibujo que demostraba la veracidad de sus palabras. No permitiría que su hermano, ni nadie, la menospreciara.

—Eso es injusto —protestó—. Además de cruel.

—¿Es cruel animarte a afrontar tu futuro? Cuanto antes...

—Estoy agotada, Daniel. No discutamos. —Se dejó caer en el desgastado sillón de *chintz* que había frente al de su hermano—. Solo deseo una taza de té y poder irme a la cama.

El hombre volvió a sentarse.

—Todo este fastidio podría haberse evitado si hubieras tenido la sensatez de quedarte en Londres conmigo por Navidad. En cambio, te has empeñado en recorrer el país, causando a cocheros y sirvientes las mismas molestias que a mí y a la señorita Trent.

Por fin, pensó Stella. La inevitable señorita Trent. La verdadera razón de la inusual irritación de su hermano.

—Si hubieras tenido la generosidad de quedarte, la señorita Trent y su madre podrían haberse quedado con nosotros —le reprochó—. Podríamos haber comido siempre juntos y pasar muchas horas agradables hablando sobre mi tratado.

En resumen, habrían pasado todo el tiempo juntos: mañana, tarde y noche. Habría sido una receta segura para que floreciera el romance.

No se arrepentía de haber evitado tal intimidad. Mejor que las dos mujeres hubieran regresado a Exeter por Navidad a que se hubieran quedado en el pueblo para asegurar el compromiso.

—Una lástima, sí —repuso—. Pero le prometí a lady Anne que asistiría a la fiesta de lord March. Y menos mal que estuve allí. Ella y el señor Hartford se comprometieron la primera noche. Fue un gran motivo de celebración.

Daniel arqueó las cejas con evidente escepticismo. No aprobaba a las amigas de su hermana.

—¿Lady Anne está comprometida?

—Planean casarse en St. George en primavera. He dicho que asistiré.

—Pues no debiste aceptar. Acabamos de regresar de la ciudad. No volveré por ningún motivo.

—Pero se trata de una circunstancia excepcional, debes admitirlo. Seré dama de honor.

Negó con la cabeza.

—Imposible. Ya he sobrecargado a mi vicario demasiadas veces. Es un hombre capaz, pero no vino a Fostonbury para encargarse de todas mis tareas parroquiales. Depende de mí para que retome mi trabajo sin más interrupciones. No puedo acompañarte a la ciudad cada vez que se te antoje.

—Entonces iré sola. Tomaré el tren.

Era un farol. Nunca había viajado sola.

Daniel resopló.

—¿Y destruir tu reputación? De eso nada. La señorita Trent ya ha hecho más de un comentario desfavorable sobre tu propensión a revolotear por el país con tus cuestionables amigas. No permitiré que siga ofendiendo su sensibilidad. Desprestigias tanto tu nombre como el mío.

La joven reprimió una respuesta cáustica. ¿El fantasma de la señorita Trent nunca dejaría de atormentarla?

—Aunque eso fuera cierto, no veo qué tiene que ver con la señorita Trent. No es pariente mía. No significa nada para mí.

El rostro de Daniel se ensombreció.

—¡Es la joven más estimable que conozco! Le mostrarás el respeto que se merece.

Una profunda sospecha se apoderó de su corazón.

—¿La viste en Londres mientras yo estaba fuera?

—Sí.

—Pensaba que ella y su madre volvían a casa.

—Y así era, pero cuando llegó el momento, la señora Trent se sintió incapaz de afrontar el viaje. Alquiló habitaciones para ella y su hija en el Bell and Crown. Es imposible imaginar un entorno menos agradable en Navidad.

Stella empezó a temerse lo peor.

—¿Y fuiste a verla?

—Cada día —confesó—. Y comí con ellas. A decir verdad, tuvimos la suerte de compartir la cena de Navidad en uno de los salones privados de la posada. Fue allí donde descubrí que tu ausencia no fue tan perjudicial como había supuesto. Al contrario, según la señorita Trent, tu presencia la ha limitado hasta ahora.

Miró a su hermano con una mezcla de incredulidad e indignación. Nunca había dicho nada para reprimir el interminable torrente de alardes de humildad y útiles consejos de aquella santurrona. Dudaba que hubiera podido callarla por mucho que lo hubiera intentado.

—¿Y eso qué significa?

—La señorita Trent habló con más calidez y libertad que en nuestros encuentros anteriores. Fue gracias a tu ausencia. Ella misma me lo dijo.

¡Vaya! ¡Qué astuta!

Stella comprendió enseguida que había cometido un grave error de juicio. Al urdir su estrategia para frustrar los planes matrimoniales de su hermano, no había considerado que la señorita Trent pudiera aprovecharse de su ausencia.

—Lo confieso, la mente de las mujeres es un misterio para mí —continuó Daniel—. Cualquiera pensaría que estaría más tranquila con tu presencia para asegurar su virtud. Pero no seré yo quien se queje. —Esbozó una sonrisa complaciente—. Teniendo en cuenta el estímulo de la señorita Trent y lo que yo opino sobre el sacramento del matrimonio, por no mencionar lo que piensan los aldeanos y mi congregación, sentí que era el momento oportuno para pedir su mano.

Dado el giro de la conversación, Stella casi esperaba la noticia. Y, sin embargo, sintió un escalofrío al oír la confirmación.

—Te declaraste —espetó—. Supongo que aceptó.

Él sacó pecho con orgullo.

—Me hizo el gran honor de aceptarme, sí.

El reloj de arena del destino de Stella viró con un golpe seco.

Adiós a la idea de frustrar sus planes matrimoniales. Parecía que, a pesar de todos sus esfuerzos, lo único que había conseguido era acelerar el camino de su

hermano hacia el altar.

Empezó a desear haberse ido directamente a la cama al regresar del establo. Necesitaría dormir bien y galopar a lomos de *Locket* antes de estar en condiciones de decidir qué hacer a continuación. Porque tenía que hacer algo. Eso estaba claro.

La puerta de la biblioteca se abrió con un crujido. La señora Waltham entró con una pequeña bandeja con el té y las tostadas.

—Aquí tiene, señorita. —Dejó la bandeja en la mesita que había entre ella y su hermano—. Le pedí a Polly que le preparara la cama y le pusiera una bolsa de agua caliente. Estará cómoda cuando se vaya a dormir.

—Gracias, señora Waltham. Es usted muy amable.

—¿Necesita algo más, señorita? —El ama de llaves miró a Daniel—. ¿Señor?

—Eso es todo, señora Waltham —respondió el clérigo.

La mujer se retiró y cerró la puerta.

—Tendremos mucho que hacer en los próximos meses —comentó Daniel mientras ella se servía el té—. Están las amonestaciones y la cuestión de qué hacer con nuestra vivienda.

—¿La señorita Trent aspira a una hacienda más grande que la vicaría?

—No seas frívola. Viviremos aquí, por supuesto. Me ha asegurado que le encantará vivir en un pueblo pequeño. Sin embargo, desea familiarizarse con Fostonbury y con el funcionamiento de la casa antes de la ceremonia. Sugirió venir de visita.

—¿Sí? —Stella tomó un sorbo de té. Era un té inglés sencillo y fuerte. Nada que ver con el Darjeeling que Teddy y ella habían compartido en Hampshire.

Se preguntó si él ya habría llegado a Devon. Si estaría allí en ese momento, instalado en la finca del capitán Thornhill junto al acantilado, sentado al lado de la ventana y dibujando el mar, olvidándose de pintarla a ella.

La idea le dejó un sabor amargo en la boca.

Daniel tomó la tostada de su hermana. Al morderla emitió un crujido seco y se llenó de migas el *banyan*.

—En lugar de permitir que ella y su madre se alojaran en algún lugar del pueblo, pensé que sería prudente invitarlas a la vicaría en calidad de huéspedes de honor.

Stella se quedó de piedra, con la taza de café a medio camino de la boca. Tenía que haberlo oído mal.

—¿Van a quedarse aquí?

Él sacó el pañuelo del bolsillo y lo usó para sacudirse las migas del pecho.

—No hay nada objetable en ello. De cara a cualquiera, podrían ser huéspedes tuyas. Unas amigas a las que has invitado a quedarse este mes.

—¡Un mes! —Estaba horrorizada.

—Espero que ella y su madre lleguen dentro de dos semanas y se queden hasta San Valentín como mínimo.

—Eso es más de un mes, Daniel.

—La duración de su visita no es un problema. Espero que la señorita Trent y yo nos casemos durante su estancia, y así ella se quedará aquí de forma permanente.

Stella, ya de por sí decaída, se hundió aún más. Intuía que poco podía hacer para evitar ese desenlace.

—No puede casarse contigo mientras viváis en la misma casa —señaló en un último y débil intento por evitar el desastre—. Piensa en las habladurías que provocaría.

—Si es necesario, alquilaré una habitación en el pueblo mientras se anuncian las amonestaciones. —Se sacudió las migas que quedaban en las manos—. Por cierto, lo que ha comentado la señora Waltham sobre la bolsa de agua caliente me ha recordado algo: quizá podrías cederles a la señorita Trent y a su madre tu habitación mientras están aquí. Suele ser menos húmeda en esta época del año.

—Precisamente por eso la elegí —le recordó con firmeza.

—Exacto —asintió—. Y tienes mejor vista de la iglesia. La señorita Trent lo apreciará más que tú.

Tuvo que hacer un esfuerzo para seguir tomándose el té.

—¿Dónde voy a dormir mientras ella está aquí? ¿En el armario?

—Puedes quedarte en el trastero —sugirió.

El trastero no era un dormitorio. Era más bien un... trastero. La estrecha cama con su colchón hundido estaba cubierta de sábanas viejas, ropa polvorienta y otros artículos donados a la espera de ser clasificados para distribuirlos entre los pobres. Era una habitación que ardía como el infierno en verano y estaba helada como un glaciar ártico en invierno. Era imposible estar a gusto allí durante más de diez minutos.

Pero Stella sabía que no debía discutir. La casa era de su hermano. Era él quien se ganaba la vida, quien empleaba a los sirvientes y pagaba la comida, el carbón y las velas. Ella nunca podría permitirse ninguna de esas cosas, pues debía mantener a *Locket* y pagar el salario de Turvey.

—Muy bien —repuso—. No quisiera que me considerasen descortés.

Solo serían seis semanas. Después, la señorita Trent sería la señora Hobhouse y

podría trasladarse al dormitorio de Daniel.

A menos, claro, que fuera una de esas mujeres casadas que exigían una habitación separada de la de su marido. En ese caso, supuso que la relegarían al trastero indefinidamente.

Daniel se guardó el pañuelo en el bolsillo.

—Debemos esforzarnos para presentar la vicaría de forma favorable —dijo—. Celebraremos una cena formal para darles la bienvenida a ella y a su madre. Debes organizarla. Y debes invitar al señor Smalljoy.

¡Y un cuerno!

—¿Es prudente animarlo tanto? —preguntó—. Ambos sabemos que no tengo ninguna intención de casarme con ese hombre.

—Todavía no ha pedido tu mano.

—No, gracias a Dios. Pero le has metido esa idea ridícula en la cabeza, y ahora parece convencido de poder ser mi pretendiente. Le da igual haber sido abuelo diez veces ya.

El clérigo hizo un gesto de superioridad muy suyo.

—La diferencia de edad entre vosotros es muy positiva. No hay duda de que un caballero mayor manejará mejor a tu carácter impetuoso que uno joven. Necesitas a alguien que te oriente. Te lo he dicho muchas veces.

—Y lo he oído otras tantas. —Dejó a un lado la taza con un ruido metálico y se levantó de la silla. Ya no tenía estómago para el té ni para la conversación—. Discúlpame, estoy cansada.

Daniel se levantó y la siguió hasta la puerta de la biblioteca.

—Soy consciente de que el hacendado no es lo bastante romántico para tu gusto, pero te pido que le des una oportunidad. Quizá descubras que ser su esposa es preferible a seguir como hasta ahora.

Se refería a seguir siendo una carga. Una carga indisciplinada tanto para sus amigos como para sus parientes.

¿Era preferible casarse con un autoritario hacendado entrado en años? A pesar de las dudas que tenía sobre su futuro, no lo creía.

—Seré amable con él —prometió.

Pero para sus adentros añadió que no sería nada más que amable.

Puede que su hermano tuviera intención de animar al pretendiente, pero cuando el hombre acudiera a la cena, ella pensaba hacer lo contrario.

Capítulo 15

Condado de Derby, Inglaterra
Enero de 1863.

El día de la visita de la señorita Trent llegó demasiado pronto.

Stella pasó la mañana del mismo modo que todas las mañanas y tardes desde que regresara de Hampshire: a lomos de *Locket*, galopando por los bosques colindantes con la vicaría. Cabalgar había sido su único respiro entre las interminables tareas que le habían encomendado para preparar la llegada de sus invitadas.

Una nevada reciente cubría el suelo. Los cascos de *Locket* la recorrían con facilidad mientras avanzaban con rapidez por su ruta favorita: un sendero serpenteante que discurría a través de un bosque de abedules plateados, junto a un arroyo congelado, y luego ascendía por una colina para unirse a la carretera principal hacia el pueblo.

A *Locket* le encantaba recorrer aquellas llanuras que tan bien conocía y afrontar el desafío de las cuestas. Era una criatura que se crecía al aire libre. Cuanto más firme era el terreno, mayor era su zancada.

Stella se inclinó sobre el cuello plateado de *Locket* mientras la yegua se deslizaba por la nieve como si fuera la encarnación terrenal de una estrella que surcaba el cielo. El viento gélido agitaba el velo de red que le cubría el sombrero de montar de copa alta y azotaba la pesada falda de su hábito, que ondeaba tras ella formando un remolino de lana teñida de azul acero.

Un carruaje que bajaba por la carretera en dirección a la vicaría aminoró la marcha al verla pasar a toda velocidad a lomos de su montura. No le prestó atención. No estaba pensando en escándalos ni espectáculos. Solo pensaba en la velocidad.

Anne había dicho en una ocasión que, si se le daba la oportunidad, *Locket* podría salir disparada hasta Bridgehampton. A Stella le encantaría que fuera cierto. Deseaba poder soltar las riendas y dejar que la yegua la llevara lejos de Fostonbury, hasta Londres.

O a Devon.

Volvió a pensar en Teddy, que estaría en aquella finca junto al acantilado. En el beso abrasador en el trineo. ¿Quién sabía cuándo volvería a verlo? O si volvería a verlo alguna vez.

Daniel seguía siendo reacio a acompañarla a la boda de Anne, a pesar de lo mucho que ella se había esforzado en ablandarlo. Había pasado las últimas dos semanas transcribiendo y organizando sus notas con diligencia, lo había acompañado a visitar a los enfermos y ancianos de su parroquia, y había supervisado la limpieza a fondo de la vicaría. Había preparado el trastero para poder descansar en él, hizo un inventario de la ropa de cama y preparó menús para un mes. Incluso había escrito de su puño y letra una invitación al hacendado Smalljoy, instándolo personalmente a unirse a ellos en la cena de aquella noche para dar la bienvenida a la señorita Trent y a su madre.

Todo fue en vano.

El clérigo no se sentía más dispuesto a acompañarla a Londres que la primera noche que ella se lo pidió.

Lo mencionó en las cartas que les escribió a Julia y Evie. Pero no a Anne. Prefirió no contarle nada sobre sus problemas. Lo último que quería era que su amiga cumpliera su amenaza y fuera a buscarla en persona. Y estaba convencida de que lo haría.

No podía ser. Tendría que encontrar otra manera de llegar a Londres aquella primavera.

Dirigió a *Locket* de vuelta hacia la vicaría y trotaron un rato; después la llevó unos metros al paso para que se calmara. Para cuando llegaron a la entrada trasera del establo, la yegua estaba serena y relajada, lista para comerse un buen cubo de su mezcla de cereales habitual.

—Supongo que estará tranquila hasta esta tarde —comentó Turvey tomando las riendas mientras ella desmontaba—. Tarda unas cuantas horas en volver a inquietarse.

—Igual que yo —murmuró la joven. Rascó al animal en el cuello con cariño—. Tenemos un temperamento parecido, ¿verdad?

Turvey, que siempre se mostraba muy respetuoso, se abstuvo de responder mientras se llevaba a *Locket* para desensillarla.

Stella regresó a la vicaría y por el camino se iba sacudiendo la crin gris de la falda de su traje de montar. Aún quedaba mucho por hacer antes de la tarde. La señorita Trent y su madre debían llegar a la estación de Fairhook a las dos y media. Daniel

iría a recogerlas en una calesa alquilada.

Pero mientras cruzaba los terrenos en dirección a la entrada de la casa, advirtió alarmada que el mismo carruaje que había divisado en el camino estaba estacionado frente a la puerta de la vicaría. Dos damas menudas con sendas capas y recios sombreros habían descendido del vehículo, una joven y otra mayor.

Eran Amanda Trent y su madre.

La corpulenta y pelirroja señora Trent supervisaba cómo los sirvientes retiraban varios baúles y maletas de piel del carruaje con ayuda de Daniel. La señora Waltham aguardaba de pie junto a la puerta abierta de la vicaría, con aspecto de estar bastante inquieta, mientras les mostraba a los lacayos dónde colocarlos.

Stella consideró por un momento la posibilidad de escabullirse a su habitación para lavarse y cambiarse rápidamente, pero ya era demasiado tarde. La señorita Trent la había visto.

—¡Señorita Hobhouse! —exclamó—. Ya me había parecido que era usted la amazona que hemos visto en el camino.

Cruzó el camino de entrada para reunirse con Stella. Medía poco más de metro y medio, pero poseía la férrea determinación de una conquistadora que hubiera ido a ultimar sus planes de batalla, una imagen que no se veía mermada por sus rizos rubios o su diminuta boca rosada.

—Le dije a su hermano que, teniendo en cuenta la velocidad a la que cabalgaba, volvería usted enseguida —añadió.

—Señorita Trent... —Stella intercambió una reverencia con la joven—. Qué sorpresa. No las esperábamos hasta esta tarde.

—Llámame Amanda —pidió—. Y yo me dirigiré a ti como Stella. Pronto seremos familia, ¿verdad?

—Sí. Eso parece.

—Precisamente por eso sugerí que tomáramos un tren más temprano. ¿Por qué retrasar el comienzo de nuestra vida juntos? Le aseguré a mamá que a ti y al querido señor Hobhouse no os importaría. La señorita Hobhouse lo tendrá todo listo, le dije. Es una excelente ama de casa para su hermano. Las hermanas solteras siempre lo son.

Stella fingió una sonrisa e ignoró las pullas. Así era como empezaba siempre. Con esos comentarios cargados de sutil acritud y los dardos azucarados. Amanda Trent era una oponente maliciosa. Parecía imposible luchar contra ella abiertamente, pero era una guerra, al fin y al cabo, y ambas lo sabían.

—Eres bienvenida a cualquier hora, por supuesto. —Señaló la puerta principal,

consciente de que tenía el traje de montar sucio y los mechones de cabello gris pegados a la frente salpicada de sudor.

Sin duda, tendría un aspecto espantoso, sobre todo para alguien tan meticuloso como la invitada. La joven acababa de viajar desde Londres y parecía fresca como una lechuga.

Daniel miró a su hermana muy serio cuando ella pasó por su lado. Le había advertido que no lo avergonzara delante de sus invitadas, y ahí estaba, ofendiendo la sensibilidad de todos desde el primer momento.

—Le ruego que disculpe la desafortunada apariencia de mi hermana —dijo—. Stella, ¿no sería mejor que te cambiaras antes de unirte a nosotros en el salón?

—Claro —respondió. ¡Como si no hubiera tenido la intención de hacer precisamente eso!

—Parecía un paseo emocionante. —Amanda tomó a Stella del brazo mientras se dirigían a la puerta, fingiendo una intimidad que no tenían—. Aunque, si me permites un consejo, quizá no demasiado sabio. Una dama nunca debería galopar. Mamá se sorprendió mucho al verte hacerlo. Se lo comentó a tu hermano enseguida.

Stella se puso tensa al oírlo. Una cosa era que Amanda se entrometiera en todos los demás aspectos de su vida, pero ¿cómo se atrevía a comentar siquiera su forma de montar?

—Yo no creo en absolutos —repuso con bastante serenidad—. Palabras como «siempre» y «nunca» no dejan lugar a circunstancias atenuantes.

—¿Existen tales circunstancias cuando se trata de montar de un modo tan imprudente?

Se le ocurrían media docena o más. Pero solo dos que pudieran aplicarse a sus alocadas cabalgadas con *Locket*.

—Mi caballo requiere un buen paseo a galope para estar tranquilo. Y yo también.

—Requiere —repitió Amanda con una risita cargada de indulgente diversión —. Qué interesante elección de palabras. Lo cierto es que en la vida se requieren pocas cosas. Y piensa que, si pudieras mostrar un poco de autocontrol en tus hábitos, te verías ampliamente recompensada por la estima de tu hermano. Por favor, permite que yo sea tu ejemplo.

—Eres muy amable —repuso Stella con firmeza.

—También podría ofrecerte orientación en otros aspectos —siguió diciendo Amanda—. Tu hermano me ha comentado que estás deseando contratar a un

profesor de dibujo.

—He investigado un poco, sí —admitió. No había tenido mucha suerte en su búsqueda. Todos los que le habían recomendado estaban demasiado lejos o eran demasiado caros.

—Un lujo caro —observó la recién llegada—. Y también innecesario ahora que estoy aquí. Mis acuarelas siempre han recibido muchos elogios en Exeter. Me complacerá ofrecerte el beneficio de mi humilde experiencia.

—Qué generoso por tu parte.

Tras ellas, la señora Trent entró en el vestíbulo del brazo de Daniel. Reconoció la presencia de Stella con un gesto frío. La mujer rara vez le prestaba atención, a menos que se estuviera haciendo notar de algún modo negativo. El resto del tiempo, trataba a la hermana de su futuro yerno como alguien sin más importancia que un mueble feo en una habitación, por lo demás, agradable. Para ella era como una silla destartalada o una otomana estridente, de aspecto sorprendente, pero de la que se podía prescindir fácilmente a la primera oportunidad.

—¡Cuidado con eso! —le espetó al lacayo que los seguía, forcejeando con el baúl más grande—. ¡El contenido vale más que su posición!

—Disculpe, señora. —El criado se acomodó el pesado baúl sobre el hombro.

—Es imposible encontrar buenos sirvientes —le dijo a Daniel—. Es cosa de la pereza. Un gran mal entre los pobres y una de las principales razones de su triste situación. Usted mismo lo ha mencionado en sus escritos académicos.

—Muy cierto, señora —repuso—. La pereza es un vicio terrible.

Stella dirigió una mirada de disculpa tanto al lacayo como a la señora Waltham, quien tras escuchar aquellas palabras apenas se esforzó por disimular su indignación.

—La pereza no es un problema entre la gente de Fostonbury —terció Stella—. Por aquí todos somos muy trabajadores. ¿No es así, señora Waltham?

—Sí, señorita —respondió el ama de llaves, ofendida en su dignidad.

—¿Sería tan amable de traer la bandeja del té? —le preguntó Stella—. La señorita Trent y su madre necesitarán un refrigerio después del viaje. —Se soltó de las tenaces manos de Amanda y subió las escaleras—. Las dejo en compañía de mi hermano mientras me cambio de ropa. Regresaré enseguida.

❋❋❋

El resto del día transcurrió a un ritmo vertiginoso. Para cuando el hacendado

Smalljoy llegó a cenar, Stella estaba de los nervios, y Daniel, bastante cansando de su hermana, había empezado a considerarla el mayor lastre de su vida gracias el aluvión de útiles críticas que le dedicaban Amanda y su madre.

Entre eso y la anticuada condescendencia masculina que el hacendado transmitía con cada respiración, la velada reunía los ingredientes necesarios para convertirse en un desastre absoluto.

Stella solo tenía que morderse la lengua hasta que se sirviera el último plato para evitar la catástrofe. No debería haber sido difícil. Ni Daniel, ni el hacendado Smalljoy, ni las Trent necesitaban que les diera conversación. Solo tenía que responder sí o no, sonreír como una boba y asentir en señal de aprobación ante cada uno de los comentarios insípidos que oyera.

Como es natural, no hizo nada de eso.

—No puede decir en serio que considera a lord Palmerston una autoridad moral —espetó en respuesta a un comentario del hacendado sobre el primer ministro—. Existen incontables informes sobre sus sórdidos asuntos. He oído que en Westminster han empezado a llamarlo lord Cupido.

Sus palabras fueron recibidas por cuatro rostros asombrados que la miraban desde la mesa de caoba redonda vestida con mantelería de encaje.

Smalljoy, horrorizado, fue el primero en romper el silencio.

—Las indiscreciones personales de un político no importan un ápice cuando sus políticas son correctas —afirmó mientras masticaba un bocado enorme de cordero grasiento.

Era un hombre cordial con un gran apetito, en todos los sentidos. De pelo blanco y patillas generosas, comía y bebía con gusto, participaba en innumerables cacerías y, a sus cincuenta y ocho años, ya había engendrado un buen número de hijos.

Cuando los invitados retomaron la cena se volvió a oír el tintineo de los cubiertos. La señora Waltham había puesto la mesa con esmero esa noche, pues había empleado la mejor plata y el juego de cuencos y platos de porcelana azul y blanca que había pertenecido a los padres de Stella. Sumados al mantel de encaje, las relucientes copas de cristal y las costosas velas de cera de abeja que ardían en más brazos del candelabro de los que ocupaban normalmente, había conseguido crear un efecto de refinada elegancia.

—Sus políticas no son mejores —insistió Stella—. Si lord Palmerston no hubiera autorizado a los soldados a invadir Pekín hace tres años, el Palacio de Verano seguiría en pie. Pero lo quemaron. ¿Y qué hay de su opinión sobre el

sufragio femenino?

La señora Trent tosió ruidosamente sobre su servilleta de lino blanco. Estaba sentada a la izquierda de Daniel y vestía un sencillo vestido de noche con una cofia de matrona sin adornos que le ocultaba el cabello. Amanda se había sentado a la derecha de su pretendiente, vestida de manera igualmente modesta. Le dirigió al clérigo una mirada elocuente.

Él atendió enseguida la tácita súplica de su prometida y dirigió una mirada de advertencia a su hermana.

Stella hizo caso omiso. La única manera de extinguir el interés que el hacendado pudiera sentir por ella era demostrarle lo poco compatibles que eran. Y no podía hacerlo si permanecía en silencio.

—Palmerston dice que basta con que padres, esposos y hermanos tengan derecho al voto —continuó, sin inmutarse—. Afirma que actuarán en beneficio de las mujeres a su cargo. Lo que no considera...

—Veo que tiene muchas opiniones, señorita —la interrumpió Smalljoy—. La culpa es suya, Hobhouse. No debería permitir que las mujeres tuvieran esas ideas.

—He intentado educarla —repuso Daniel, con tono de disculpa.

—Ahí está su error. —El hombre acompañó un bocado de cordero con otro trago de vino—. La educación se desperdicia en el cerebro femenino.

—Y un cuerno —espetó Stella entre dientes, mientras cortaba una patata hervida.

Daniel le dirigió una nueva mirada severa desde el otro lado de la mesa. La señora Trent y su hija lo vieron, igual que habían visto todas las demás. A Stella le parecía que intercambiaban una mirada de suficiencia cada vez que su hermano la miraba con el ceño fruncido en señal de reprimenda.

Pero, aunque las Trent estaban consiguiendo empobrecer la opinión que su hermano tenía de ella, no tenían ningún interés en ver cómo Stella desmerecía a ojos del señor Smalljoy. A ambas les convenía que el hombre la tuviera en buena estima. Una vez que se casara, se iría de la casa de su hermano y Amanda se la habría quitado de en medio para siempre.

—Estaría de acuerdo con usted, señor, si se refiere a esas materias más apropiadas para jóvenes caballeros —terció la señora Trent, mientras se secaba la boca con la servilleta con suma delicadeza—. Pero no puedo creer que se oponga a que una señorita se eduque en las artes femeninas.

—No me opongo a esas materias —reconoció el señor Smalljoy—. Canto, costura, un poco de piano y un poco de francés. Cualquier forma de estudio que

realce la belleza de una muchacha y la convierta en una encantadora compañera para su esposo cuenta con mi total apoyo.

—Mi hija es experta en todas esas materias —le informó la mujer con orgullo —. Además de haber recibido un completo curso de educación espiritual, que yo misma he estudiado.

Daniel miró a Amanda con radiante aprobación.

—La señorita Trent es prueba de su sabiduría, señora.

Amanda inclinó su rubia cabeza en humilde aceptación de aquel elogio y sus mejillas blancas se tiñeron de un delicado tono rosado.

Stella se preguntó si algunas damas podían sonrojarse cuando lo desearan. Un talento útil, sin duda, si se intentaba emplear la modestia y la virtud para impresionar a un piadoso clérigo rural.

—He hecho todo lo posible, señor —dijo la señora Trent—. Al igual que usted, señor Hobhouse, en ausencia de sus queridos padres fallecidos. Es digno de elogio por sus esfuerzos. La señorita Hobhouse será una esposa complaciente para algún hombre afortunado.

Stella se atragantó con la patata. Agarró la copa de vino y la apuró de un trago.

Daniel la fulminó con la mirada.

—Siempre he recalcado la importancia de seguir un programa de estudios tradicional a las institutrices de mi hermana. Pero tiene mucha personalidad. Lee mucho y se forma sus propias opiniones.

—Pues usted debe orientar esas opiniones, Hobhouse —aconsejó el hacendado —. Como todo hombre que tiene mujeres a su cargo. No hay ninguna necesidad de que una mujer se preocupe por la política ni la filosofía. Las damas deben ser discretas y tranquilas. Así ha sido siempre en los hogares felices.

—Tal vez en el pasado —rebatió Stella, que pasó por alto los intentos de su hermano por llamarle la atención—. Las personas modernas tienen una perspectiva diferente. Entienden que las mujeres son capaces de hacer valiosas contribuciones tanto a la erudición como a la conversación. Miren si no a la reina...

—Discreta y tranquila —interrumpió él, dirigiéndose a Daniel, no a Stella—. Ese es el lugar de una mujer. Mis hijas lo aprendieron desde bien pequeñas. Lo mejor que pueden hacer es centrarse en ser buenas esposas y madres. Su cometido es levantar el ánimo de un hombre, no adormecerle los tímpanos con todas estas tonterías modernas.

—Ah, la maternidad. —La señora Trent sonreía tan radiante como una santa en

un cuadro renacentista—. La más sagrada de las instituciones. Una dama no puede aspirar a ocupar una posición más elevada que esa. ¿No le parece, señor Smalljoy?

—Desde luego —masculló—. Así es. Ha criado usted a una buena hija, señora.

Amanda sonrió, pero no dijo ni una palabra. No hablaba demasiado en presencia de varias personas. Prefería los comentarios en privado. Ahí residía su poder: en enfrentar a hermanos contra hermanas y madres contra futuros suegros.

—La maternidad es un papel para el que la señorita Hobhouse es eminentemente apta —opinó la señora Trent—. ¿No está de acuerdo, señor Hobhouse?

—Ya lo creo —coincidió Daniel—. A mi hermana le encantan los niños.

Stella volvió a llenarse la copa. Hasta entonces había podido controlar su creciente ira, pero en ese momento, ante aquellas evidentes estratagemas para casarla con un hombre que no le gustaba, amenazaba con explotar.

—Al contrario —espetó—. La compañía de los niños me resulta bastante molesta.

Ni que decir tiene que eso no era cierto. Le encantaban los niños. Siempre había imaginado que algún día tendría una familia propia. Pero admitirlo delante de un caballero como el hacendado Smalljoy sería como ondear una bandera blanca de rendición.

Sin embargo, tampoco se dio cuenta de que lo que había hecho era como ondear una bandera roja delante de un toro.

—¿Qué es esto? —El hombre se volvió hacia ella por fin—. ¿No le gustan los niños?

—No es tan raro —replicó ella.

—Es antinatural, se lo aseguro. ¡Hobhouse! ¿Sabía usted esto?

Daniel soltó una risa hueca.

—Mi hermana y sus bromas. No le haga caso.

—Pues ha sido una broma sin gracia —murmuró Smalljoy retomando la comida—. La mejor cualidad de una mujer es ser madre y tener hijos. Mi difunta esposa era una santa. Dedicó su vida a mis hijos. Al final perdió la vida al dar a luz al menor. Un sacrificio noble, no hay duda.

—El más noble —convino Daniel—. Muy bien expresado.

Aquellas opiniones no diferían de las que Stella había oído cientos de veces, tanto a su hermano como a los eruditos anticuados de su rancio círculo de amistades. Estaba cansada de oírlos.

—Sí, bueno... —se llevó la copa a los labios—. Pues yo todavía no estoy dispuesta a sacrificar mi vida. Ni por los niños ni por nadie. Aún hay cosas que deseo hacer por mí.

El hacendado frunció el ceño.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—Todavía no lo sé —admitió—. Pero sí sé que la maternidad no es el estado más propicio para montar a caballo, y no me someteré a nada, ni a nadie, que me impida galopar con mi yegua.

Amanda miró fijamente a Stella a la tenue luz de las velas. La ira brillaba en su rostro.

—Cuando le di el consejo solo pretendía ser amable.

—¿Prefiere montar a la maternidad? —preguntó el señor Smalljoy al clérigo—. ¿Qué clase de chica...?

—Otra broma —repuso Daniel con una risa débil—. Mi hermana sabe que le gustan a usted los caballos y lo está utilizando para tomarle el pelo.

La señora Trent rio entre dientes.

—¡Qué sentido del humor tiene la señorita Hobhouse! No hay duda de que a su marido y a sus hijos nunca les faltará alegría.

El hacendado se relajó un poco, apenas convencido.

—La compañía alegre no es nada despreciable. Una broma de buen gusto siempre es bienvenida.

—Yo nunca bromeo sobre la equitación —insistió Stella muy seria.

—Tiene una cría de *Stockwell*, ¿verdad? —preguntó el señor Smalljoy—. ¿Esa yegua gris con las patas moteadas? La he visto montándola alguna vez.

—Se llama *Locket*.

—¿No tiene ni idea de quién es la madre?

—Me han dicho que es una mestiza árabe.

Carraspeó.

—Podría tener mejor linaje. Aun así... con *Stockwell* como padre, podría haber posibilidades. Un cruce con mi semental irlandés podría dar algo que valga la pena.

—No tengo planes de convertir a *Locket* en una yegua de cría —advirtió.

El hacendado se sirvió la última ración de cordero

—Pues claro que será una yegua de cría. ¿Para qué otra cosa sirve?

—¿Cómo? —murmuró Stella. Al parecer, aquel hombre tenía la misma opinión de las yeguas que de las mujeres.

—Le echaré un vistazo después de cenar —anunció él—. Si está en condiciones, puede enviarla a Castaway Green cuando mejore el tiempo. Puede pasar la primavera en mis establos hasta que la monten.

Stella apretó el tenedor con fuerza.

—Ya he dicho que no, señor. No cambiaré de opinión.

El invitado se volvió hacia el anfitrión.

—Hobhouse. Está usted muy callado. ¿No tiene autoridad en estos asuntos?

—Se hará como usted desee —prometió. —Para mi hermana y para mí será un honor enviarle la yegua.

Esta vez, Stella decidió soltar el tenedor. No podía garantizar que no terminara empuñándolo contra alguno de los presentes.

—*Locket* es de mi propiedad. Por lo tanto, todo lo que a ella concierne es decisión mía.

Daniel cerró los ojos un momento, como si implorara paciencia divina.

—Disculpe a mi hermana, señor. Ha olvidado que debe controlarse. Lleva demasiado tiempo en Londres.

—Cosas de ciudad —dijo el hacendado con desdén—. Pasar allí demasiados años deja una mancha imposible de borrar. Las muchachas olvidan las formas.

—Las mujeres solteras tienen derechos, hacendado Smalljoy —le recordó Stella —. Aunque la mayoría de las leyes vayan en contra nuestra, me parece que seguimos siendo algo más que simples bienes. Podemos tener propiedades, incluyendo caballos. Incluso podemos enlazar dos ideas en una conversación si nos apetece.

—Basta, Stella —espetó su hermano—. Te estás excediendo.

Smalljoy siguió comiendo.

—Su hermana tiene la lengua muy larga, señor.

—Por lo cual me disculpo sinceramente —repuso Daniel—. Creo que es un problema de salud. Sigue agotada por el viaje.

—Y también tiene la salud frágil... —El escudero chasqueó la lengua—. Debería haberlo adivinado, teniendo en cuenta lo que hay —añadió, mirando el cabello de Stella.

—Sí —reconoció ella, tan ofendida por su comentario que respondió con descaro—: Soy un ejemplar cuestionable. Incluso diría que no tengo más posibilidades de reproducirme que mi yegua.

La señora Trent jadeó horrorizada.

Amanda palideció. Se dejó caer sobre el respaldo de la silla como si fuera a

desmayarse.

Daniel se puso rojo como una remolacha.

—¡Stella!

La señorita Hobhouse apretó los dientes y miró hacia su plato. Se le hizo un nudo en el estómago que le hizo casi imposible tragar el resto de las patatas. Sabía que había ido demasiado lejos. No solo había sido descortés, sino peligrosamente indecorosa.

El señor Smalljoy se despidió poco después, sin ni siquiera molestarse en quedarse el tiempo suficiente para compartir una copa de oporto con Daniel en su biblioteca. El clérigo lo siguió hasta la puerta desde el comedor sin dejar de disculparse.

Stella permaneció en su asiento bajo la mirada penetrante de la señora Trent mientras asimilaba con una claridad nauseabunda las posibles repercusiones de su sincero discurso.

¿Cuántas veces durante los últimos meses había tenido motivos para arrepentirse de su comportamiento? Y, sin embargo, una pequeña y rebelde parte de su alma insistía en presionarla para que se excediera en sus actos, hablara de más y corriera riesgos que no debía. Se había convertido en una costumbre que no tenía más cabida en el condado de Derby que en Londres o Hampshire.

En el pasado, sus deslices habían tenido consecuencias fugaces. Pero esa vez no sería así. Tenía la horrible premonición de que pasara lo que, pasase cuando su hermano regresara, su vida nunca volvería a ser la misma a partir de entonces.

Capítulo 16

La mañana siguiente, Stella entró en la biblioteca de Daniel con las manos entrelazadas al frente y con la esperanza de transmitir el debido arrepentimiento. Su hermano la esperaba dentro, sentado tras su robusto escritorio de roble tallado.

La había ordenado que se reuniera allí con él a las nueve y media para hablar sobre su futuro. No habían hablado de nada la noche anterior. Al regresar al comedor, estaba demasiado enfadado como para mirarla siquiera. Prefirió mandarla a sus aposentos mientras él se quedaba para apaciguar el caos que su hermana había sembrado entre las Trent. Amanda necesitó la ayuda de unas sales para reanimarse y la señora Trent estaba muy furiosa.

—¡La tierna sensibilidad de mi hija ha sido maltratada, señor! —declaró—. ¡Jamás imaginé que en casa de un clérigo pudieran presenciarse tales vulgaridades!

Stella se sintió aliviada de escapar. Pero la humillación seguía doliéndole profundamente. No recordaba cuándo fue la última vez que la mandaron a la cama como a una niña desobediente. Ni tampoco haber sido requerida a presentarse frente al escritorio de Daniel como una prisionera esperando sentencia.

—¿Y bien, hermano? —preguntó tras un largo silencio tenso—. ¿Deseabas hablar conmigo?

La ira del clérigo no parecía haber disminuido durante la noche. La observaba desde detrás del escritorio con una furia que apenas lograba contener. Tenía ojeras por la falta de sueño.

—Tu comportamiento de anoche fue inexcusable —dijo—. Hablar como lo hiciste, dirigiéndote a un caballero de la posición del hacendado Smalljoy de una manera tan indecente... ¡Y delante de mi prometida! ¿Has perdido el juicio?

Stella seguía de pie frente a él. Su hermano no la había invitado a sentarse. Tampoco tenía muchas ganas. Con suerte, el encuentro sería breve. No creía poder soportar una reprimenda muy larga.

—Estuvo mal por mi parte —admitió—. Pero debes reconocer que me provocaron mucho.

—¿Qué derecho tenías a sentirte provocada? El señor Smalljoy es un pilar de la

comunidad. Podría haber sido un gran marido para ti. Pero ya no. Después de cómo te comportaste anoche, ese hombre no volverá a acercarse.

—Cosa que me viene de maravilla.

—Tienes veintidós años, Stella. Pronto cumplirás veintitrés. ¿No te das cuenta de lo peligrosa que es tu situación?

—Mi situación es más que tolerable —repuso—. Gozo de buena salud. Tengo unas amigas maravillosas y una yegua excelente. Y yo...

—Nada de eso te sirve para cumplir con tu deber en esta tierra. El propósito de una mujer es casarse y tener hijos. Es lo único que importa a los ojos de Dios.

Había oído antes tal sentencia, demasiadas veces para contarlas. Y siempre la hacía enfadar.

—Me temo que en ese aspecto diferimos, hermano.

—Entonces, ¿qué pretendes? ¿Propones seguir siendo una carga para mí el resto de tu vida? ¿Quieres seguir viviendo aquí, en la vicaría, inspirando las habladurías del pueblo con tu rebeldía y dando que hablar por tu aspecto?

Stella se estremeció.

—No puedo evitar tener el aspecto que tengo.

—Podrías ser discreta y tranquila como dijo Smalljoy. Podrías ser un activo para mí en lugar de un lastre. Si hubieras donado a la iglesia la suma que te dejó padre en lugar de pavonearte por Londres...

—Otra vez la vieja discusión...

—Habría sido un comienzo —insistió—. Si te hubieras quedado en Fostonbury, cuidando enfermos y atendiendo a los pobres, habrías hecho más por merecer mi consideración que...

—Ya cuido enfermos y atiendo a los pobres. La única diferencia es que tengo algo de dinero. Si te lo hubiera dado para tus causas benéficas sí que habría sido una carga. Te habría molestado que no tuviera medios para mantenerme, igual que ahora.

Daniel soltó un bufido desdeñoso.

—¿Qué esperas que pase cuando me case con la señorita Trent? ¿Crees que seguirás llevando esta existencia parasitaria y que podrás seguir haciendo lo que quieras cuando desees, sin consecuencias?

«¿Parasitaria?».

A Stella se le encogió el pecho como si retrocediera ante la punta afilada de un cuchillo.

—Siempre he hecho más de lo que me correspondía. Siempre. Apenas pido

nada para mí, excepto montar a *Locket* y visitar a mis amigas de vez en cuando.

Su hermano estaba demasiado enfadado para hacerle caso, y mucho menos para reconocer la verdad de sus palabras.

—No volverás a ver a tus amigas muy pronto. Y menos bajo mi supervisión. Cumplí con mi deber para con nuestro padre y te acompañé a la ciudad para que pudieras encontrar marido. Pero se acabó. Este es mi momento. Si insistes en quedarte aquí para vivir de mi caridad, ¡juro por Dios que aprenderás a comportarte! ¿Me oyes?

Stella estaba convencida de que lo habría oído toda la casa. Se aferró a la poca dignidad que le quedaba para mantener la cabeza bien alta.

—¿Eso es todo, Daniel?

—Eso no es todo. —Hizo un visible esfuerzo por recuperar la compostura—. También quiero que te disculpes con la señorita Trent y su madre.

—Muy bien. —Había pensado hacerlo de todos modos. Podría haberlo hecho ya si Amanda o su madre se hubieran dignado a hacer acto de presencia durante el desayuno. Sin embargo, habían elegido quedarse en el dormitorio —el dormitorio de Stella— como si su conducta les hubiera causado una lesión física de la que aún debían recuperarse.

—Y le escribirás una nota de disculpa al señor Smalljoy —añadió Daniel.

Se puso tensa.

—De eso nada.

—¡No es negociable! —Golpeó la superficie del escritorio con el puño y provocó tal estrépito que hizo saltar los papeles que había esparcidos por la mesa —. Quiero que la nota esté escrita y entregada antes del anochecer. Puedes pedirle a tu mozo de cuadra que la lleve personalmente a Castaway Green. Es demasiado tarde para añadirla al correo de la mañana. El maldito cartero llegó temprano hoy.

A Stella se le hizo un nudo en el estómago. Había pensado que al menos había conseguido disuadir al hacendado Smalljoy. Pero sin duda la amenaza reaparecería si se veía obligada a escribirle. Sin duda, él tomaría cualquier disculpa como un estímulo. ¿Y en qué lugar quedaría ella entonces?

Pero no se podía razonar con su hermano.

—Se hará como desees. —Se volvió para irse.

—Llévate tu correo —ordenó él.

Se dio la vuelta enseguida. No era raro que recibiera fajos de cartas, periódicos y diarios femeninos. No había mucho más con lo que romper la monotonía en Fostonbury.

Pero esa mañana solo había recibido una carta.

Su hermano se la entregó: era un sobre grueso sellado con una oblea azul pálido.

—¿Quién es la señora Archer? —preguntó.

«¡La señora Archer!».

La débil esperanza de Stella ardió hasta convertirse en una llama brillante. Tomó la carta y leyó el remitente con entusiasmo. Procedía de Devon, de la Abadía de Greyfriar, en King's Abbot.

—Es una dama que conocí en Hampshire —comentó como quien no quiere la cosa—. La esposa de un comerciante adinerado al que el conde invitó a ver sus rosas.

Daniel gruñó.

—Qué curioso.

—No lo es. Había muchos hombres con intereses comerciales. El conde tiene una amplia y variada muestra de conocidos. —Recogió la falda de su vestido de día y se dirigió a la puerta—. ¿Me disculpas?

Salió de la librería, cruzó el pasillo vacío y subió corriendo las escaleras hasta el trastero. Una vez allí y con la puerta bien cerrada, se sentó al borde del colchón hundido y rompió el sello de la carta de la señora Archer. Era larga, a juzgar por el grosor.

Pero al desdoblarla, descubrió que solo constaba de una página seguida de otra carta más larga doblada dentro.

A Stella se le aceleró el pulso al leer la primera carta. Se trataba de una misiva cortés, contenía una cordial y franca oferta de amistad, aunque, en realidad, era una formalidad superficial incluida para evitar el posible escándalo que pudiera provocar la carta más pequeña que contenía.

Esa fue la carta que se apresuró a desplegar, pues sabía perfectamente de quién era.

Mi querida señorita Hobhouse:

Disculpa la complicidad de mi hermana. Le he asegurado que agradecerías recibir una carta mía. Confío en tener razón y no haber hecho suposiciones erróneas tras nuestra breve relación en Hampshire.

¿Cómo te va en Fostonbury? ¿Cómo está esa famosa yegua tuya? ¿Has salido a pasear con ella esta última semana? ¿O debería preguntar mejor si has salido a galopar?

Yo me encuentro en Devon, en la Abadía de Greyfriar, y no me falta

compañía. El dueño, el capitán Thornhill, y su esposa, lady Helena, se encuentran aquí, junto con su hija pequeña, Honoria. También están Tom Finchley, un abogado de renombre, y su esposa, Jenny; y Neville Cross, un granjero, su esposa, Clara, y su bebé recién nacido, George. Estos hombres son como hermanos para mi cuñado, pues se criaron juntos en un orfanato hace muchos años. Es una historia triste que ha forjado un sólido vínculo entre ellos y significa que me acompañan más familiares de los que puedo tolerar.

Paso la mayor parte del tiempo en el salón. Tiene un ventanal enorme con vistas al mar. Como es mi costumbre cuando estoy en Devon, me centro en las marinas. No me canso de pintarlas. Jennings se ve obligado a ir al pueblo a conseguirme más lienzos cuando el camino del acantilado no es arrasado por las tormentas. El agua se lo lleva con una regularidad alarmante, cosa que deja la abadía prácticamente aislada.

El mar es un tema cautivador. Aunque, si por mí fuera, pintaría un paisaje muy distinto, cuya inspiración todavía me persigue día y noche.

¿Mi humilde boceto te ha hecho cambiar de opinión? Espero que, tras reflexionar, hayas encontrado algún mérito en mi idea de plasmar tu imagen en un lienzo. Creo que sería la clave de mi éxito. Y quién sabe, quizá también podría tener un efecto positivo en tu vida. Hay peores maneras de poner punto final a la existencia en la tierra que siendo inmortal.

Escríbeme si te apetece. Creo recordar que dijiste que lo harías. Pero quizá solo lo soñé. En ese momento había estrellas y compartimos un breve momento en un trineo que me aturdió.

Tu amigo,
Teddy Hayes

Capítulo 17

Condado de Devon, Inglaterra
Febrero de 1863

Teddy echó otra mirada distraída por la ventana del salón hacia el sendero del acantilado inundado por la lluvia. Con mal tiempo, el camino a la Abadía de Greyfriar quedaba intransitable. Ningún habitante del pueblo se atrevía a recorrerlo a caballo o en carruaje y solo los hombres más valientes se aventuraban a pie.

Por suerte, Alex y su anfitrión, Justin Thornhill, eran dos de esos hombres. De niños habían escalado los acantilados del norte de Devon incontables veces en compañía de sus compañeros huérfanos Tom Finchley y Neville Cross. Un paseo hasta el pueblo no los intimidaba, y menos cuando había parado de llover y brillaba el sol.

Habían salido hacía más de una hora a buscar el correo, los periódicos y algunas cosas del mercado para las damas. Teddy esperaba su regreso con una inquietud inusual en él.

¿Habría sido demasiado descarado al escribirle a Stella?

Pero ¿quién había logrado nada comportándose como un pusilánime?

—¿N-no vas a pintar hoy?

Neville se asomó a la ventana junto a Teddy. Era un hombre corpulento, de más de un metro ochenta, con el pelo rubio y corto y un semblante noble más propio de un caballero artúrico que de un granjero tartamudo del condado de Devon.

El señor Hayes cerró su cuaderno de bocetos. Había pasado la mayor parte de la mañana apuntando ociosamente ideas para su retrato de Stella. Un ejercicio frustrante. Cuando se había marchado de Hampshire estaba tan cerca de que ella aceptara posar para él como cuando se lo pidió por primera vez.

Lo único que había logrado durante la fiesta era forjar una especie de amistad con ella un tanto extraña.

Y besarla.

El recuerdo de ese momento en el trineo se había adueñado de sus sueños.

¡Dios mío! ¿En qué estaba pensando? Al menos podría haber limitado el nivel de intimidad a un breve beso en la mejilla o a darle uno, aún más corto, en los labios. Sin embargo, se había tomado su tiempo, y había convertido en un momento muy romántico lo que de otro modo habría sido una costumbre navideña sin mayor importancia.

—Teddy está en su propio mundo —dijo Laura, sentada a cierta distancia junto a la chimenea del salón, en compañía de lady Helena Thornhill, Clara Cross y Jenny Finchley.

Las cuatro damas rieron por lo bajo y al unísono tras el comentario. Iban ataviadas con cálidos vestidos de lana y envueltas en modernos chales de cachemira; tenían una edad similar y, desde que se habían casado, estaban tan unidas como hermanas.

Jenny tenía a la pequeña Honoria Thornhill sobre el regazo. La niña de cabellos negros como el azabache ya había cumplido los dos años. Era menuda y de mejillas regordetas, y solía hacer gala del aire reservado y la serenidad de su padre. Aunque eso raramente sucedía a esa hora del día. En ese momento tenía la cara roja y estaba a punto de echarse a llorar, pues necesitaba con urgencia una de sus dos siestas diarias.

—Si me das más de cinco segundos para pensar una respuesta, quizá te conteste —le dijo Teddy a su hermana.

Neville se dejó caer en una silla junto a él.

—Tómate el tiempo que ne-necesites.

Teddy sonrió. Si alguien entendía las pausas largas, ese era Neville Cross.

Neville había sufrido una lesión cerebral al caerse de los acantilados de niño. Aunque se había recuperado de forma admirable con los años, aún le resultaba difícil hablar con soltura. Hacía pausas a menudo y, en ocasiones, parecía perderse en sus pensamientos como si hubiera caído en una ensoñación.

Al señor Hayes no le importaba. Al contrario, compartía una profunda camaradería con él. Antes de casarse con Clara, el hombre había vivido en la abadía bajo la protección de Justin, por lo que sabía muy bien lo que era tener que luchar por su propia autonomía.

—Estoy deseando que traigan el correo —confesó—. Espero una carta de alguien que podría ser importante para mí. Eso me tiene demasiado inquieto como para pensar en nada más.

—¿Una señorita? —preguntó Jenny sonriendo—. Vaya, vaya...

—¿No es un atrevimiento por su parte escribirte directamente? —se preguntó

lady Helena en voz alta—. Cuando yo era niña, a las señoritas no se les permitía mantener correspondencia con caballeros solteros.

—No se escribe con mi hermano —la corrigió Laura—. Se está escribiendo conmigo.

—Ah —Jenny asintió, aprobando el subterfugio—. Una solución excelente.

Teddy pasó por alto los comentarios. Sus bromas le molestaban, pero no podía reclamar intimidad cuando él mismo había pedido ayuda a su hermana para contactar con Stella. Laura había accedido, aunque a regañadientes.

—Si la señorita Hobhouse no quiere saber de ti, ambos vamos a quedar como personas horribles —le advirtió—. Tú por imponerte y yo por participar en una treta tan perversa.

—Claro que quiere saber de mí —le había asegurado él.

Pero a medida que pasaban las semanas, ya no estaba seguro.

¿Y si Stella se había ofendido por su carta? ¿O si...?

¡Dios santo! ¿Y si no había llegado a recibirla?

Teddy no sabía el nombre de su pueblo. Tuvo que pedirle a Tom Finchley que lo investigara. Otra traición a su independencia. No era habitual en él eso de pedir ayuda a sus amigos y familiares. No le había gustado hacerlo, pero ante la perspectiva de no volver a saber nada de Stella, se vio obligado a tragarse el orgullo.

En ese momento, Tom estaba en la biblioteca revisando unos documentos legales para Justin. Teddy se planteó por un momento ir a verlo para preguntarle si estaba completamente seguro de haberle dado la dirección correcta.

Honoria se removía protestando en el regazo de Jenny, dando muestras de que estaba a punto de llorar.

—Tiene que echarse la siesta —dijo lady Helena—. ¿Me la llevo?

—Oh, déjame a mí —le pidió Jenny.

—No me importaría cantarle para que se duerma —se ofreció Clara—. Es una cosita tan dulce...

El bebé de Clara y Neville, George, ya dormía la siesta en la habitación infantil. Había heredado el carácter tranquilo de sus padres y, a diferencia de Honoria, se dormía con facilidad. Teddy solo había visto al pequeño de cabellos dorados dos veces desde su llegada.

—¿Y tú, Laura? —preguntó lady Helena—. ¿No vas a pelear por tener ocasión de acostar a mi chiquitina?

Laura acarició la mejilla regordeta de Honoria con el dedo. En su rostro se

dibujó una expresión extraña y dulce. Había algo casi melancólico en ella.

Al ver la expresión de su hermana, Teddy frunció el ceño.

—Id vosotras —repuso Laura—. Así tendré un momento para hablar con mi hermano.

—Reúnete con nosotras cuando termines —sugirió lady Helena mientras las damas se levantaban—. Esta niña es tan testaruda como su padre. A veces cuesta mucho convencerla de que lo mejor que puede hacer es dormir un poco.

—De eso nada. —Clara acarició la cabecita de la pequeña mientras salían de la habitación—. No me creo que tenga ni un pelo de testaruda.

—¿Qué tiene de malo serlo? —preguntó Jenny.

Las mujeres respondieron con risas, que fueron apagándose mientras se alejaban, entre los llantos de la niña.

Neville se levantó.

—Tengo que ir a echar un o-ojo a los caballos en los establos.

Laura se acercó a la ventana ciñéndose el chal.

—No te marches por mí.

—Quiero hacerlo. Me reuniré con Alex y Justin en el sendero. Volverán pr-pronto.

—Está bien —repuso ella—. Pero ten cuidado, Neville.

Teddy intercambió una mirada compasiva con el hombre, que salió de la estancia. A Neville tampoco le gustaba que lo sobreprotegieran.

Laura ocupó la silla que Neville acababa de dejar libre.

—Seguro que hoy tendrás noticias suyas.

—No me preocupa —mintió él. No quería hablar de Stella. Ya había compartido demasiado sobre ella con su familia. No pensaba desvelar nada más —. ¿De qué quieres hablarme?

Laura sonrió.

—No hay nada de qué preocuparse, te lo prometo. En realidad, son buenas noticias.

Teddy guardó el cuaderno de dibujo a su lado en la silla de ruedas.

—Supongo que estás esperando un bebé.

Su hermana pareció sobresaltarse. Pero fue solo un momento. Suspiró exasperada.

—¿Tienes que arruinar todas las sorpresas?

—No me sorprende. Lo he sospechado desde aquel día que te encontraste mal en la fiesta.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Porque esperaba estar equivocado —respondió con franqueza

Laura hizo una mueca de contrariedad.

Él se apresuró a tranquilizarla.

—No es que no os desee a ti y a Alex toda la felicidad del mundo. Y no es porque no me vaya a gustar tener un sobrino o una sobrina.

—¿Entonces qué? —preguntó ella en voz baja.

—Es porque... soy egoísta.

—¿En qué sentido eres egoísta?

—Si estás esperando un bebé, tendré que hacer todo lo posible por no disgustarte.

Ella sonrió a medias.

—¿Esperabas disgustarme?

—Sí —reconoció con la misma franqueza—. De forma inminente.

A Laura se le borró la sonrisa y a su mirada asomó una triste comprensión.

—No quieres volver a Francia.

—Alex te lo dijo. —No estaba sorprendido del todo.

—Me ha ido dando pistas —reconoció—. Supuse que estabas considerando la posibilidad de no volver a casa.

—No es mi casa, Laura.

—Claro que sí. Ahora es nuestra casa. Tú, Alex y yo. Y no te olvides de *Magpie*.

Él dejo ver una tenue sonrisa ante la mención al temperamental gato moteado de su familia. *Magpie* había vivido con Teddy y Laura en Surrey durante años, antes de que Laura se casara con Alex y se mudaran a Francia. Ahora estaba felizmente instalado en su granja de Grasse, donde pasaba los días patrullando los campos de lavanda y dormitando bajo los naranjos amargos.

—Alex y tú habéis construido un hogar allí. *Magpie* también. Ahora que vas a tener un bebé, tu familia estará completa. Ya no me necesitas.

Ella le tomó la mano y se la estrechó con fuerza.

—No seas tonto.

—No lo digo con autocompasión —replicó—. Quiero quedarme en Inglaterra. Tengo que hacer mi propia vida. Quiero que sea en Londres. Ahí fue donde Turner comenzó su carrera.

—No empieces otra vez con Turner.

—Si tuviera un pequeño estudio propio y pudiera completar el cuadro que tengo en mente, sé que allí triunfaría.

—No dudo de tu talento. Son todos los demás los que me hacen dudar. Londres no es un lugar acogedor para alguien que se desplaza en silla de ruedas.

—Ningún lugar lo es. ¿Y eso qué tiene que ver?

—Podrían robarte o aprovecharse de ti. Por no hablar de los accidentes que podrías sufrir. ¿Y si Jennings olvidara su deber y te dejara...?

—Ese es un riesgo que correré en cualquier lugar. —Teddy le estrechó la mano para tranquilizarla antes de soltarla—. Sobreviví en París, ¿verdad? Y sí, ya sé que te quedaste un tiempo. No tenías por qué, ¿sabes?

—Claro que debía quedarme. He visto cómo es la gente con aquellos a quienes considera vulnerables. Temía que estuvieras completamente a merced de quienes te rodean.

—¿Cuándo he estado yo a merced de alguien? —repuso él—. Ya no soy un niño, Laura. Soy un hombre adulto, perfectamente capaz de cuidar de mí mismo. —Hizo una pausa y añadió—: Siempre que tenga suficiente dinero para contratar a la gente adecuada.

—Pero ¿y si...?

—¿Y si, y si...? —repitió Teddy con impaciencia—. ¿Acaso tú y los demás os preocupasteis la mitad cuando Neville dejó la Abadía de Greyfriar para emprender su propio camino? Y mira lo bien que le ha ido en su granja...

—Neville no es mi hermano. Y no está en una silla de ruedas. Además, no dependía solo de los sirvientes que había contratado. Está casado con Clara.

—¿Eso es lo que necesitarías para tranquilizarte? ¿Que me case con una joven desinteresada?

—Pues sí —admitió—, si supiera que te cuidaría y te protegería con el mismo ahínco que Clara cuida de Neville. Pero Clara lo hace porque lo ama. Y los matrimonios por amor no son fáciles de conseguir, ni siquiera con suerte.

Teddy pensó sin querer en Stella.

Era ese beso otra vez. Ese beso cálido, tierno y conmovedor. En aquel momento había pensado que era una especie de despedida. Su última oportunidad de tocarla y de disfrutar de ella antes de que se le escapara de las manos para siempre. Fue eso lo que lo impulsó a tomarse tal libertad.

Pero se había equivocado.

El beso que compartieron esa noche bajo las estrellas de Hampshire no había sido una despedida. Había sido el comienzo de algo, no su final.

«No puedo dejar de pensar en ti», había estado a punto de escribir en su carta. «No es solo porque quiero pintarte. Es porque...».

Pero no sabía el porqué. Solo sabía que tenía que volver a verla.

—No me interesan los matrimonios por amor —espetó—. Solo el arte. Un lienzo, lápices y pinturas, eso es todo cuanto necesito.

Su hermana negó con la cabeza.

—Teddy...

Antes de que pudiera objetar nada más, la conversación fue interrumpida por el oportuno regreso de Alex. Entró en el salón todavía con el abrigo puesto y un fajo de cartas en la mano enguantada.

Laura se puso de pie al instante.

—Gracias a Dios —dijo, cruzando la habitación para recibirlo—. Temía que te hubieras hecho daño.

Alex la rodeó por la cintura mientras ella lo abrazaba.

—Solo estoy manchado de barro, cariño. —La besó—. Y ahora tú también lo estás.

La mujer se retiró y se miró el corpiño con pesar.

—Qué fastidio. Tendremos que bañarnos los dos.

—Una idea espléndida —murmuró él.

Ella le limpió una mancha de barro de la mejilla.

—¿Dónde está Justin? Espero que no lo hayas perdido por el camino.

—Ha subido a cambiarse directamente. Está más embarrado que yo.

Teddy se acercó a ellos en su silla.

—¿Eso es el correo? —interrumpió.

—Sí —repuso Alex—. No hay nada específicamente para ti. Todo son cosas relacionadas con asuntos de perfumería de Francia. Eso, y... —sacó un pequeño sobre del montón— una carta para Laura desde el condado de Derby.

Teddy se irguió en la silla. Intercambió una mirada con su hermana.

Laura alcanzó la carta que le entregaba su marido.

—No le tomes el pelo. Ya sabes que es para él. —Le pasó la carta—. O eso imagino. A menos que la señorita Hobhouse me escriba para reprenderme por ser cómplice de tu crimen.

Teddy tomó el sobrecito. La dirección estaba escrita en tinta negra, e imaginaba que con la delicada caligrafía de Stella. Pasó el pulgar por las suaves hendiduras que había dejado la pluma.

—Querer pintarla no es ningún crimen.

—¿Eso es todo? —preguntó Alex—. ¿El deseo de plasmarla en un lienzo?

—Eso es todo —repuso.

—No recuerdo que mantuvieras correspondencia con ninguna otra de tus modelos.

—Dudo que la mayoría supiera leer o escribir.

—Tienes razón —reconoció Alex—. Y es algo que harías bien en tener en cuenta.

El señor Hayes levantó la vista del sobre.

—¿A qué te refieres?

—A que la señorita Hobhouse no es como las demás. Es una señorita, no una prostituta parisina.

—Soy muy consciente de ello.

—Ten cuidado —le advirtió—. Podrías estar jugando con fuego.

Teddy apenas tomó nota de la advertencia. En cuanto su hermana y su cuñado salieron de la habitación, abrió la carta de Stella. La había ensobrado de la misma forma que lo había hecho él, con una pequeña carta doblada dentro de una hoja de papel. La nota de fuera estaba dirigida a Laura: unas pocas líneas breves y sumamente educadas. Teddy las leyó por encima antes de concentrarse en la carta más pequeña que contenía. Esa iba dirigida a él y estaba escrita en un tono muy distinto.

24 de enero de 1863

Estimado señor Hayes:

Gracias por tu carta. ¡Qué sorpresa recibirla! ¿Cómo descubriste el nombre de mi pueblo? No recuerdo habértelo mencionado.

Tu estancia en la Abadía de Greyfriar parece ser agradable en compañía de tantas personas. Envidio tu familia numerosa, aunque comprendo tu necesidad de soledad para poder volcarte en el trabajo.

En tu carta mencionas al señor Finchley. Su nombre me resulta familiar. Lo conocí de pasada en Londres, junto a su esposa, el año pasado, en la boda de mi querida amiga Evelyn Maltravers con el señor Ahmad Malik. ¿Conoces al señor Malik? ¿Conoces a Evelyn? Cuando nos conocimos, no me imaginaba que tendríamos amigos en común en Londres.

Aquí en Fostonbury, la intensidad de la ciudad ya no es más que un bonito recuerdo lejano. No he conseguido encontrar un profesor de dibujo adecuado en veinticinco kilómetros a la redonda, y mis amigas están demasiado lejos como para poder visitarlas con frecuencia. Locket es mi único consuelo. He

salido a pasear con ella todos los días y desearía con todas mis fuerzas poder marcharme de aquí galopando. Mi hermano se ha comprometido. Su prometida se ha instalado con nosotros recientemente, junto con su madre, y se quedará indefinidamente. He tenido que cederles mi habitación. No es una situación cómoda.

Empieza a parecer imposible que consiga ir a Londres para la boda de lady Anne en primavera. He amenazado con viajar yo sola en tren, pero mi hermano se opone. Ahora mismo está bastante descontento conmigo debido a un pequeño escándalo que he creado con su prometida, su futura suegra y uno de mis posibles pretendientes. En realidad, mi único pretendiente potencial. Puedes sacar tus propias conclusiones sobre el atractivo del tipo en cuestión.

Basta decir que, en este momento, estoy en la lista negra de todos. Yo me he comportado de maravilla, pero ha sido en vano. Mi hermano está desesperado conmigo y su nueva familia me desea lo peor. Si todavía se usaran conventos para parientes femeninas indeseadas, estoy convencida de que me enviarían a uno cuanto antes.

Aparte de Locket, tu boceto es lo único que me ha dado alguna alegría estos días. Lo miro mucho más de lo que debería. Mi impresión inicial de tus habilidades no ha hecho más que aumentar con el tiempo. Estoy convencida de que algún día serás famoso. Egoístamente, espero que ese día llegue pronto. De ese modo podría vender tu boceto por una buena suma y usar las ganancias para procurar mi independencia. Aunque confieso que no me convence la idea de desprenderme de él.

Ojalá pudiera verme como me veías tú aquellos días en la salita, o aquella noche en el trineo bajo las estrellas. Me ha incomodado mucho intentar recordar lo que te dije después. Alguna tontería, sospecho. Sin duda, tus musas parisinas se expresarán mejor en tales circunstancias.

Adjunto una carta para tu hermana. Por favor, agradécele su mediación para que pudieras escribirme. Sería un honor para mí volver a tener noticias tuyas.

Tu amiga,
Stella Hobhouse

Capítulo 18

Señorita Stella Hobhouse
La Vicaría
Fostonbury, Condado de Derby

2 de febrero de 1863

Mi querida señorita Hobhouse:

Me entristece saber de tus dificultades. ¿Quién es este misterioso pretendiente? ¿Un hombre de la zona? ¿Un hombre con propiedades? No gastaré tinta en decirte lo que ya sabes. Una dama como tú debería ser admirada y celebrada en Londres, París o cualquier otro lugar emocionante. Tú no estás hecha para una vida rural, ni para ser la esposa de un aldeano o un granjero en medio de la nada (sin intención de ofender a Fostonbury).

Preguntas cómo descubrí el nombre del pueblo... Fue bastante sencillo. Bastó con mencionárselo a Tom Finchley. Es un hombre de recursos infinitos. Solo tuve que mencionar el condado de Derby y Hobhouse y él hizo el resto en una semana.

Esa es la razón por la que mi primera carta no te llegó antes. No fue por falta de interés ni por falta de voluntad por cultivar la conexión que forjamos en Hampshire, sino porque, cuando te tenía delante, estaba demasiado absorto contemplando tu rostro como para preguntar por direcciones postales.

En cuanto a los Finchley, la respuesta es sí. He coincidido con Ahmad Malik en varias ocasiones. Incluso he conocido a su esposa, aunque no sabía que tenía el honor de ser una de tus amigas íntimas. Yo no creo en el destino, ni en el espiritismo ni en todas esas tonterías metafísicas, pero cada vez soy más consciente de cómo se entrelazan y conectan nuestras vidas. Empiezo a preguntarme si podrá ser algo más que una simple coincidencia.

Has comentado muy en serio la posibilidad de vender mi retrato. Te ruego que lo conserves. En el peor de los casos, te lo compraré yo mismo. Entretanto, ten en cuenta que no esperaría que posaras para mi óleo a cambio de nada. Las modelos de los artistas cobran por su trabajo. Cuando vengas a Londres y cuando aceptes que te pinte, te prometo que estarás bien atendida.

En cuanto a mis experiencias con las musas parisinas...

No diré que no las he tenido. Pero no se pueden comparar con la gélida noche estrellada a la que tú has hecho referencia. Para mí fue un placer mucho más preciado.

Tu amigo,
Teddy

❋❋❋

Señor Edward Hayes
Abadía de Greyfriar
King's Abbott, Condado de Devon

7 de febrero de 1863

Estimado señor Hayes:

No se me había ocurrido pensar que las modelos recibieran una compensación. ¿Les basta para vivir? Y no me refiero a una habitación de alquiler encima de una destilería de ginebra y un mendrugo para cenar. Me refiero a vivir, vivir de verdad.

Una dama en mi posición tiene pocas oportunidades de abrirse camino. A menos que posea una fortuna propia. Pero trabajar, trabajar de verdad para ganarse la vida y ser libre de hacer lo que a una le plazca, es algo que, sin duda, tiene un profundo atractivo.

Hasta ahora, mi hermano ha gestionado mi pequeña herencia. No me atrevo a comentarle nada sobre la posibilidad de financiar una vida independiente. Para ello me vi obligada a reunirme con el abogado de nuestro pueblo, el señor Underhill. A cambio de unos honorarios, me informó de lo que ya sabía: que para poder pagar la comida, el alojamiento y el sueldo de una acompañante, tendría que renunciar a los gastos de Locket y su mozo. Y yo jamás haría eso. Lo que me devuelve a donde estaba cuando regresé a casa después de Navidad: completamente a merced de mi hermano.

No es tan terrible, siempre que me abstenga de hablar y me someta a aceptar las instrucciones y consejos de la señorita Trent y su madre. En el tiempo que llevan con nosotros, ya han reorganizado toda la casa. La señorita Trent incluso se ha postulado para ser mi profesora de dibujo. (Su estilo artístico guarda una sorprendente similitud con el de mi antigua

institutriz, la señorita Callis).

Mi hermano está totalmente de acuerdo con las Trent. Y así debe ser. Él y la señorita Trent se casarán en marzo. Mientras esperan, yo permanezco en el trastero, que empieza a tener un asombroso parecido con la isla de Elba.

Hablas sobre mi próxima visita a Londres, cuando posaré para ti. ¿Cómo puedes estar seguro de que ocurrirá alguna de las dos cosas? ¿Es que nunca pierdes la confianza? En cuanto a mí, sé perfectamente que no puedo viajar sin carabina. Y no volveré a dejar a mi yegua. Mi única esperanza es que, una vez casado, mi hermano acceda a llevarnos a mí y a Locket a Londres. No hace falta que nos quedemos una semana, solo lo suficiente para asistir a la ceremonia. Lady Anne y el señor Hartford ya han enviado las invitaciones. Su boda está prevista para el primer día de primavera.

Si asisto, ¿podremos vernos en Londres?

❋❋❋

11 de febrero de 1863

Querida Stella (con tu permiso):

Claro que irás a Londres el mes que viene, y no te quepa duda de que me verás allí. Estaré en Rotten Row el segundo día de primavera, sentado junto a la barandilla, deseando verte allí con tu yegua. ¿Qué necesitas para lograrlo? ¿Un criado que te acompañe? ¿Dinero para el billete de tren? ¿Un mozo de cuadra que escolte a tu caballo? Quizá deberías venderme mi boceto después de todo.

En cuanto a tus propios bocetos, no te molestes en buscar un profesor de dibujo. Tu habilidad es superior a la de la mayoría de los artistas que he conocido. No se verá mermada por la falta de instrucción hasta que encuentres a alguien digno de guiarte.

❋❋❋

15 de febrero de 1863

Querido Teddy (también con tu permiso):

No podría aceptar dinero tuyo, ni siquiera a cambio de tu retrato. ¿Qué clase de dama haría algo así?

❋❋❋

19 de febrero de 1863

Queridísima Stella:

Una mujer atrevida. Una mujer decidida. En resumen, tú.

❋❋❋

26 de febrero de 1863

Querido Teddy:

No me siento muy atrevida. A decir verdad, desde tu última carta me invade cierta sensación de conclusión. La boda de mi hermano está prevista para el día diez del mes que viene. Mientras tanto, ha alquilado una habitación donde alojarse en el pueblo. No le conviene hospedarse en la misma casa que su prometida mientras se pronuncian las amonestaciones. Ojalá pudiera instalarme yo también en el pueblo, pero me han ordenado que me quede en la vicaría con la señorita Trent y su madre, donde no soy más que una simple anfitriona decorativa sin poder real sobre la casa.

Las Trent tienen tantas ganas de librarse de mí que, en dos ocasiones distintas, han invitado al hacendado Smalljoy, mi antiguo pretendiente, a la vicaría para tomar el té. Bajo la persuasión de estas, se ha convencido de que mi desafortunado arrebato durante la cena se debió a un problema de salud temporal provocado por una estancia demasiado larga en Londres. Me ha asegurado que solo tengo que animarlo un poco para que me perdone. ¿He mencionado ya que es de esos caballeros que se toman la respiración como un estímulo?

❋❋❋

4 de marzo de 1863

Querida Stella:

¿Señor Smalljoy? ¿Te lo estás inventando? Tu estancia en Fostonbury cada vez parece más horrible. Mientras tanto, mis vacaciones en Devon siguen adelante. He terminado dos (¡dos!) marinas más y estoy tan poco satisfecho con el resultado como cuando empecé. Necesito una modelo para mis retratos, y solo me sirves tú.

¿Qué tal las vistas desde Elba? Por favor, dime que tus desgracias han jugado a mi favor.

❁❁❁

9 de marzo de 1863

Querido Teddy:

¿De verdad es una desgracia? No me cabe duda de que hay personas en el mundo que lo pasan mucho peor que yo. Por lo menos aquí, en Elba, tengo qué comer y un techo. La perspectiva lo es todo. O eso me sigo recordando.

Mientras lo hago, trato de ser discreta y callada. No es tan difícil como te imaginas. Yo siempre he sido bastante buena escuchando. Lo único que ha cambiado es que, ahora, solo escucho.

¿Dos paisajes marinos más? ¿Qué harás con ellos? ¿Son para guardarlos o para venderlos? Me gustaría verlos algún día, aunque no te satisfagan.

¿De verdad preferirías pintar retratos? ¿Cómo podría una dama, la que sea, competir con el mar?

❁❁❁

13 de marzo de 1863

Mi querida Stella:

También podrías preguntar cómo pueden competir las estrellas. La respuesta es que no hay ninguna competencia.

¿Cómo fue la boda de tu hermano? ¿Y cómo estás tú ahora que él y su mujer se han instalado en la vicaría? ¿Qué tal va lo de ser discreta y callada? ¡Qué estado tan lamentable!

Confío en que hayas avanzado en tus planes de acudir a la ciudad la semana que viene. Nosotros planeamos viajar el día 16. Puedes escribirme a la atención de la señora Jenny Finchley, en la calle Half Moon. Me alojaré con ella y su esposo hasta que pueda encontrar un aposento propio.

La búsqueda de un alojamiento adecuado será interesante. Como puedes imaginar, mis necesidades son bastante específicas. El lugar perfecto será a la vez mi casa y mi estudio, y debe ser accesible para la silla. Ya lo verás tú misma cuando vengas a posar para mí.

Te espero allí, si no puede ser en mi estudio, seguro que te veré en Londres. No lo olvides: el segundo día de primavera en Rotten Row. Búscame junto a la barandilla.

❁❁❁

Stella dobló muy despacio la última carta de Teddy. La metió en el sobre y la guardó en la caja de nogal con incrustaciones de latón donde escondía el resto de sus tesoros. El interior forrado de terciopelo contenía las amarillentas cartas de boda de sus padres, un mechón de pelo castaño de su madre, unas breves notas cariñosas que su padre le había escrito a Stella cuando era pequeña, y... un fajo entero de cartas del señor Hayes, atadas con un lazo. Su boceto también estaba doblado dentro, un agridulce recordatorio de su potencial inexplorado.

En aquellos lejanos días de diciembre, Teddy la había dibujado como una especie de diosa. Pero ella no se había sentido muy divina durante las semanas posteriores, mientras afrontaba con diligencia el día a día en Fostonbury, y cada hora que pasaba se hacía más pequeña bajo el opresivo peso de la desaprobación de su hermano y las incesantes críticas y consejos de su cuñada. Dibujar ya no le producía ninguna alegría. Incluso los paseos con *Locket* empezaban a resultarle aburridos. Era inquietante. Si montar no la animaba, ¿qué podría hacerlo?

Era horrible estar en aquella casa de *sujetavelas*. Daniel y Amanda se tenían el uno al otro. Estaban construyendo una vida juntos; reconstruyendo un hogar. No había espacio para Stella. Cada día se volvía más invisible. Pronto, temía, desaparecería por completo.

Cerró su caja de tesoros y la deslizó de nuevo hasta su escondite bajo el colchón hundido. El trastero estaba tan frío y húmedo como siempre. Para calentarse no tenía fuego en la chimenea, solo un par de calcetines extra y un chal grueso. Se ciñó la prenda de abrigo con más fuerza alrededor del camisón y se metió en la cama estrecha.

En la mesita de noche ardía una sola vela que parpadeaba en su lucha contra la corriente de aire que entraba por la chimenea. Stella la apagó de un soplo y la oscuridad la consumió.

Por eso las mujeres cedían. Por eso terminaban casadas con hombres que no les convenían y no las amaban. Hombres que solo querían la materia prima de alguna jovencita inexperta para moldearla según su idea de lo que era una esposa conveniente.

Pero por muy cansada que se sintiera, aún no estaba lista para ceder. Seguía siendo una de las Cuatro Amazonas. Seguía siendo una de las Furias. Y las Furias no se rindieron ni cedieron. Lucharon.

Era exactamente lo que pretendía hacer.

Esa tarde había dado el primer paso. Durante el segundo de sus paseos diarios con *Locket*, había ido a la estación de Fairhook y había comprado un billete de

tren a Londres.

Asistiría a la boda de Anne ese viernes. Y nada ni nadie se interpondría en su camino.

❋❋❋

La mañana siguiente, durante el desayuno, Stella le contó el plan a su hermano.

Daniel dejó caer el tenedor en el plato con un ruido metálico, dejó intactos los huevos y las tostadas. Su rostro enjuto se tensó, presa de una ira cansada.

—¿Intentas arruinarte? —preguntó—. ¿O es mi reputación la que quieres mancillar con tus locuras?

—Intento apoyar a mi amiga —repuso ella—. Me espera en su boda y le he prometido que asistiría. Como te niegas a acompañarme, no me queda más remedio que...

—¡Soy un hombre recién casado! ¡No puedo subirme a un tren a Londres cuando a ti se te antoje!

Amanda estaba sentada frente a él a la mesa, con una cofia de matrona con volantes prendida sobre los rizos rubios. Se detuvo mientras le servía el té.

—Por favor, no dejes que su comportamiento te haga enfadar, esposo.

—¿De qué otra manera cabe reaccionar, querida? Nos casamos hace menos de quince días y mi hermana ya exige que la lleve a la ciudad. ¿Cómo se puede tolerar un comportamiento tan egoísta? Como si fuera a abandonar a mi esposa por...

—Es un día de viaje de ida y vuelta, nada más —se defendió Stella—. No tiene nada que ver con el abandono. No es que tenga intención de quedarme una temporada más.

Al contrario, regresaría enseguida. Tendría que hacerlo, o se arriesgaría a que *Locket* volviera a añorarla.

—¿Puedes permitírtelo, hermana? —preguntó Amanda con engañosa dulzura —. Yo pensaba que, con los gastos de tus caballos y tu mozo de cuadra, te costaría mucho ahorrar.

—Claro que puede permitírselo —afirmó Daniel—. No está obligada a gastar su capital de forma más responsable. Ya estoy yo para sufragar los gastos de sus necesidades.

—Obligada, no —contestó Amanda—. Pero cabría esperar que el deber cristiano la impulsara a destinar sus recursos a algo que no fuera su propio placer.

—Estoy sentada aquí mismo —replicó Stella—. No tenéis que hablar como si fuera invisible.

—Ojalá lo fueras —espetó su hermano con crueldad—. Pero cada día nos provocas nuevas preocupaciones. Discusiones sobre cómo pedir el carbón, instruir a los sirvientes y la forma en que recibo a los invitados en mi propia casa. Mi esposa se esfuerza a diario por apaciguar tus caprichos, y el propio hacendado Smalljoy ha dicho...

—No empieces con el hacendado Smalljoy —advirtió Stella.

—Es un hombre que podría proporcionar una buena solución a nuestros problemas actuales si te olvidaras de la absurda idea de que permanecer soltera es una elección.

—Claro que es una elección —afirmó ella—. Aunque volviendo a mi papel como dama de honor en la boda de lady Anne...

—Si tuvieras marido, podría llevarte a Londres —dijo Daniel.

—O no —murmuró Amanda—. Lo cierto es, hermana, que los eruditos más sabios enseñan que la verdadera satisfacción empieza en casa. Una dama debe dirigir su atención a su propio hogar, no a los dudosos placeres del mundo exterior.

Y eso lo decía alguien que nunca había galopado por Rotten Row, ni bailado entre las coloridas luces de la pagoda china de los jardines Cremorne, ni se había emocionado en la alegre compañía de un grupo de amigas con ideas afines.

Stella abrió la boca para decirlo sin importar las consecuencias, pero su respuesta mordaz fue interrumpida por el inconfundible sonido de las ruedas de un carruaje en el camino de grava al otro lado de la ventana.

Daniel le dedicó una mirada acusadora.

—¿Has alquilado un coche para que te lleve a la estación?

—No digas tonterías. No me voy hasta mañana.

Se volvió hacia su esposa.

—¿Esperas a alguien, querida?

Amanda esbozó una sonrisa satisfecha y engreída.

—Quizá sea el hacendado —sugirió con absoluta inocencia—. Mencionó algo sobre su intención de pasarse a ver esa yegua gris tuya.

—Esa yegua gris mía —se apresuró a corregirla Stella, mientras se levantaba de la silla—. Y si lo hizo, no tenías por qué animarlo. Ya le he dado mi respuesta al respecto.

—Estabas de mal humor —le recordó su cuñada—. Sabía que, cuando te calmaras, comprenderías el sentido de su propuesta. Nadie querría causar una desavenencia con un vecino respetable, y menos por algo tan insignificante como

su interés por un caballo.

—Para mí no es un asunto trivial.

Stella se acercó a la ventana. Descorrió la cortina para echar un vistazo al camino de entrada. El carruaje que se había detenido frente a la casa no tenía escudo en la puerta. Al contrario, parecía un coche de alquiler, de los que se podían encontrar en la estación de tren de Fairhook.

—No es el hacendado —observó—. Es...

Su voz se apagó cuando se abrió la puerta del carruaje y un imponente caballero con un abrigo negro se apeó de un salto. Era alto, moreno y de hombros anchos, con una siniestra cicatriz que le atravesaba el lado derecho del rostro.

¡Dios santo, era el marido de Julia, el famoso capitán Blunt!

Y no había venido solo. Se dio media vuelta para ayudar a Julia a bajar del coche con delicadeza. Su amiga lucía un vestido de viaje azul oscuro y una capa a juego. Al detenerse para atusar su falda con volantes, captó la mirada atónita de Stella en la ventana del comedor. En el rostro de la recién llegada se dibujó una sonrisa traviesa.

Stella enseguida le devolvió el gesto.

Daniel se levantó de la silla.

—¿Quiénes son? —preguntó.

Su hermana dejó caer la cortina.

—Son la señora Blunt y su marido.

—¿El capitán Blunt?

El clérigo se puso pálido. Conocía muy bien la mala reputación del capitán, un descrédito inspirado tanto por los rumores sobre la brutal conducta de Blunt en Crimea como por el hecho de que era un tipo lo bastante descarado como para tener a tres de sus hijos bastardos bajo su techo en Goldfinch Hall, en el condado de York.

Si eso no fuera suficiente escandaloso, las circunstancias de su desvergonzada fuga con Julia sin duda lo eran. El verano anterior, mientras Stella y su hermano estaban en Exeter, el capitán Blunt se llevó a Julia cuando esta estaba enferma en casa de sus padres en Belgrave Square, cosa que alimentó los rumores de que había secuestrado a la vulnerable joven heredera para comprometerla y obligarla a casarse con él.

Eso no era del todo cierto. Pero el hermano y la cuñada de Stella no estaban al corriente.

Amanda se puso de pie al instante, era la viva imagen de la modestia ofendida.

Como joven piadosa recién casada con un vicario, la mera idea de que un hombre como el capitán Blunt visitara su casa bastaba para provocar su indignación.

—¿A qué han venido?

Stella salió de la estancia para recibir a sus amigos, pero antes lanzó una respuesta a su descontenta cuñada.

—Creo que han venido por mí.

❋❋❋

Julia estrechó las manos de Stella al separarse de ella después de saludarla con un beso en la mejilla.

—¿De verdad creías que iba a dejar que te perdieras la boda de Anne?

—No pensé que vendrías a buscarme tú misma —reconoció Stella.

—¿Y quién si no? No has querido que Anne supiera de tus dificultades. Y Evie y el señor Malik lo tienen difícil para viajar desde Londres hasta el condado de Derby con los encargos de confección. Además —añadió con un susurro solemne — es a mi marido a quien se necesita aquí.

El capitán Blunt estaba en el recibidor, tenía un aspecto tan imponente que Stella se habría desmayado si Julia no le hubiera confesado lo cariñoso y tierno que era con ella.

—Yo me haré cargo del bienestar de la señorita Hobhouse mientras estemos en la ciudad —le comunicó a Daniel una vez hechas las presentaciones—. No tiene por qué temer por su reputación.

Amanda soltó una risa ahogada.

—¿Dice que no temamos por su reputación cuando viaja con usted?

El capitán Blunt pasó por alto el insulto.

—He reservado una suite en el hotel Brown —añadió—. Nos quedaremos quince días.

A Julia le brillaron los ojos.

—¡Qué bien lo pasaremos! Anne se irá enseguida de luna de miel, pero Evie estará en la ciudad. Podemos quedar las tres para montar a caballo todos los días.

—No puedo montar a caballo sin *Locket* —dijo Stella—. Y no podría dejarla durante quince días. Y menos después de...

Su amiga la acalló estrechándole de nuevo las manos para tranquilizarla.

—Mi marido se encargará de que la traigan a Londres. Nuestro mozo de cuadra está montando a *Cossack* allí ahora mismo. ¿Crees que tu mozo podría hacer lo mismo?

—Turvey no puede montar a *Locket* —repuso Stella—. Es demasiado peligrosa para él. Tendrá que ir paso a paso. Costará bastante.

—¿Jasper? —Julia miró a su esposo esperanzada.

—Dejádmelo a mí —repuso el capitán Blunt.

—¿Lo ves? —La recién llegada miró a su amiga con una sonrisa radiante en los labios—. Mi marido puede resolver cualquier problema que se nos presente. Solo falta que hagas las maletas y nos vamos.

—No se marcharán con mi hermana. —El vicario les cerró el paso colocándose frente a la puerta—. No lo permitiré.

Stella se sintió avergonzada. ¿Por qué se empeñaba en ser tan remilgado? Ya era bastante lamentable que se negara a acompañarla a Londres, pero insultar a Julia y al Capitán Blunt cuando intentaban hacerlo era una barbaridad.

—No estás siendo muy amable, Daniel —le regañó—. Nuestros invitados pueden pensar que eres grosero.

¡Como si no lo pensaran ya! Ni él ni Amanda habían invitado a Julia y a su esposo a sentarse ni les habían ofrecido un refrigerio. El mensaje era claro: los Blunt no eran bienvenidos.

—Que piensen lo que quieran. —Daniel miró al capitán y se estremeció apenas un segundo, cosa que dejó entrever que no se sentía especialmente intimidado por él—. No permitiré que mi hermana regrese a Londres en su compañía, señor. Los escándalos que rodean su vida y su reciente unión son tales que la mera asociación con usted bastaría para manchar...

—Daniel —interrumpió Stella con un susurro abochornado—. ¿Cómo te atreves?

La hizo callar mediante un violento gesto de la mano con la atención aún fija en el capitán Blunt, que se mostraba cada vez más impasible.

—No es mi intención ofender, pero es mi responsabilidad cuidar del buen nombre de mi hermana. No permitiré que se marche con usted bajo ninguna circunstancia.

Stella sintió una ira inesperada. No se trataba solo de la inconveniencia de acompañarla, pensó. Era una cuestión de control. De moldearla a la fuerza para convertirla en algo que no era. Discreta y silenciosa. Una obediente hermana solterona sin ideas ni opiniones propias.

—Me voy —replicó—. No necesito tu permiso.

—Claro que sí —respondió él—. Mientras vivas bajo mi techo, cumplirás mis reglas. Si insistes en desafiarme, no te molestes en volver.

Una chispa de satisfacción brilló en los ojos de Amanda. Aquello era obra suya. Llevaba varias semanas haciendo comentarios almibarados y expresando su amable preocupación con toda la intención de poner al clérigo en contra de su hermana. Y allí estaba por fin el resultado. La culminación de su maliciosa campaña.

Julia atrajo a Stella hacia sí, como si pudiera protegerla.

—No puede hablar en serio, señor Hobhouse.

—Ya lo creo —respondió él con acritud—. He llegado al límite de mi paciencia.

—Sé razonable, Daniel —suplicó Stella, en un último intento por apelar a la bondad de su hermano—. Solo son dos semanas. Y no podrías desear mejor carabina para mí.

Amanda resopló.

Julia la miró sin disimular su indignación antes de volver a centrarse en el vicario.

—Las dos vamos a asistir a la boda de lady Anne —le dijo como si fuera un niño insolente—. Ya han confeccionado nuestros vestidos de damas de honor. Toda la alta sociedad de Londres estará presente.

—¿Qué importancia pueden tener para mí estas cuestiones de moda cuando mi deber y honor como clérigo están en juego? No. —Negó con la cabeza—. Estoy decidido, Stella. Si me desafías y te marchas con tus amigas, tendrás que seguir tu propio camino. Mi casa no es una posada donde puedas pernoctar entre fiesta y fiesta. Esto es un hogar, un hogar sobrio y tranquilo, y de ahora en adelante las damas que lo habitan se comportarán como corresponde.

Julia miró consternada a su marido. El capitán, serio y silencioso, volvió la vista hacia Stella y esperó a que ella expusiera su opinión al respecto.

Los últimos granos del reloj de arena del destino de la joven cayeron al fondo. Comprendió que ese momento, allí, en la sala de la vicaría, decidiría el curso del resto de su vida.

Se armó de valor. Su futuro estaba ante ella, vacío como una de las páginas en blanco de su cuaderno de bocetos, aterrador y emocionante al mismo tiempo. No sabía qué le depararía. Quizá pudiera depender de sus amigas una temporada. Tal vez pudiera buscar un empleo respetable.

Quizá, solo quizá, podría posar para un par de retratos.

—Muy bien, Daniel —dijo al fin—. Si esto es lo que deseas, que así sea. De ahora en adelante, seguiré mi propio camino.

Capítulo 19

Londres, Inglaterra
Marzo de 1863

El primer paso de Teddy hacia la independencia tuvo que ver con la movilidad. No solo necesitaba la silla de ruedas, requería un medio de transporte adecuado.

Fue Tom Finchley quien lo ayudó a conseguir uno. Tom era un hombre de apariencia engañosamente inofensiva, complexión delgada y aspecto estudioso, pero tal como Teddy le había contado por carta a Stella, era un abogado con infinidad de recursos. Conocía personas en todos los rincones de Londres, incluido algún que otro comerciante de caballos, carretero y fabricante de carruajes. Muchos de ellos le debían favores después de que él los ayudara a salir de algún lío legal. Otros le debían algo por razones más siniestras.

—No siempre he sido un ciudadano decente y honesto —comentó Tom con ironía mientras salían de la elegante casa de los Finchley en la calle Half Moon.

El señor Hayes se había alojado allí los dos últimos días, junto con su hermana y su cuñado. Era su lugar de paso habitual cuando visitaban Londres. Los Finchley no hubieran querido ni oír hablar de que se hospedaran en otro sitio.

—¿Hay algún abogado decente y honesto? —preguntó, mientras empujaba la silla de ruedas por la puerta.

Los ojos de Tom brillaron tras los anteojos de montura plateada.

—Buena pregunta.

Fuera, tres escalones de piedra conducían a la calle. Con la ayuda de Tom, Jennings bajó la silla de Teddy con él sentado. Las ruedas de madera chirriaron y Teddy apretó los dientes. Era una maniobra complicada. Sin embargo, prefería eso a que lo bajaran en brazos. Resultaba menos molesto para todos cuando debía bajar solo unos pocos escalones y la escena era menos aparatosa.

La calle Half Moon estaba bastante concurrida esa tarde. Pasaban carruajes elegantes con regularidad y la gente paseaba aprovechando el buen tiempo. Era el primer día de primavera, una jornada que había amanecido de forma bastante

desfavorable con un fuerte aguacero. Por suerte, el mal tiempo no había durado. A la hora del desayuno, las nubes oscuras se habían disipado tras un sol resplandeciente.

Parecía un buen augurio para el encuentro con Stella el día siguiente en Rotten Row.

Suponiendo que ella estuviera allí.

Aún no sabía si había conseguido llegar a Londres. Deseaba con todas sus fuerzas que así fuera. Su presencia era tan importante para su plan como la búsqueda de alojamiento y la compra de un carruaje.

El mozo de cuadra de los Finchley los esperaba en la calle. Estaba de pie al frente de un robusto castrado de color castaño oscuro. *Samuel*, como llamaban al apacible caballo, estaba enganchado a una reluciente carreta lacada en negro y bermellón.

Teddy había comprado el elegante vehículo el día anterior. Era más grande que un tílburi, con cuatro ruedas en lugar de dos, con un banco delantero para el conductor y dos traseros dispuestos de modo que los pasajeros pudieran sentarse uno frente al otro. No era tan elegante como una calesa deportiva, pero la parte trasera era lo bastante amplia como para acomodar la silla de ruedas de Teddy mientras conducía.

—No creo que tengas que preocuparte por si tu caballo se desboca —comentó Tom—. Parece tranquilo.

—El vendedor lo calificó de imperturbable —respondió—. Y fácil de mantener, signifique lo que signifique.

—Significa que, dondequiera que termines, necesitarás una cochera y un establo. O bien eso o deberás preocuparte de tener un establo de cuadra cerca. Mantener un caballo en Londres no es barato.

—Dos caballos —recalcó Teddy al recordar el consejo de Stella—. Los caballos son animales de manada. Sé de buena tinta que es cruel tener uno solo.

—Otro gasto a tener en cuenta en el momento de buscar propiedades.

—Llevo la cuenta de cabeza.

Jennings lo ayudó a levantarse de la silla. Lo agarró por la cintura y lo subió al asiento del conductor de la carreta, tapizado en piel.

—¿Está usted cómodo, señor? —preguntó el sirviente.

—Bastante. —Se irguió en el asiento y se acomodó las piernas delante de él con cuidado antes de tomar las riendas que le tendía el mozo de cuadra.

Había conducido la carreta por el parque cuando la probó antes de comprarla,

pero llevarla por las concurridas calles del distrito comercial de Londres era otra cosa. Sintió una punzada de aprensión y apretó con fuerza las riendas de cuero. No quería acabar tirado, indefenso, sobre el pavimento.

Antes de subirse, Jennings colocó la silla de ruedas en la parte trasera de la carreta.

—Alex y tu hermana volverán de Harley Street en cualquier momento —dijo Tom—. ¿Seguro que no prefieres esperar a que alguno de ellos te acompañe? Estoy convencido de que les gustaría ver cualquier posible alojamiento que visites.

No le cabía ninguna duda. También estaba convencido de que ninguno de los locales que tenía en mente les agradarían. Sobre todo Laura, que empezaba a notar los efectos de su delicado estado.

Al acercarse el tercer mes de embarazo, sus náuseas matutinas no hacían más que aumentar. Alex había insistido en que consultaran con un médico durante su estancia en la ciudad. Uno de esos parteros de la alta sociedad que insistían en ponerla entre algodones, aplicando la clase de restricciones que afectarían aún más el afán de independencia de Teddy.

—No, gracias —contestó—. Tengo una cita con el señor Chakrabarty en la calle Newman. Ya voy justo de tiempo.

—Como quieras. —Tom se alejó de la carreta—. Pero ten cuidado, Teddy. Londres no es Grasse. Ni siquiera es París. Y sé lo que digo. He recorrido las peores calles de esta ciudad. Es mejor no terminar en el callejón equivocado.

—Jennings se apañará.

Teddy azuzó al adormilado *Samuel* para que empezara a caminar. La carreta traqueteó antes de emprender la ruta calle abajo con una sacudida.

—Saluda a Chakrabarty de mi parte —le gritó Tom.

—¡Lo haré! —respondió.

Fue Tom quien se lo presentó. El señor Chakrabarty era abogado y tenía la oficina en la calle Regent. Se ocupaba principalmente de asuntos inmobiliarios, pues era el agente de varias propiedades en Londres, y cosechaba fama de contar con buenos contactos entre la comunidad artística.

Teddy sorteaba el tráfico del mediodía con su nueva carreta y guiaba a *Samuel* hacia el Museo Británico. La casa de la calle Newman era la primera propiedad que visitaría ese día. Si el abogado había tenido en cuenta su lista de requisitos, con suerte también sería la última.

Cuando llegó frente a la imponente fachada de ladrillo rojo, encontró al señor Chakrabarty esperándolo. Era un caballero achaparrado, con un aire de

impaciente eficiencia.

—El señor Hayes, supongo —saludó mientras Teddy detenía la carreta. Se acercó al asiento del conductor para recibirlo—. ¿Cómo está, señor?

—Señor Chakrabarty, disculpe la demora. —Le estrechó la mano—. El tráfico en la calle Oxford estaba bastante peor de lo que esperaba.

El caballero asintió, comprensivo.

—La congestión en Londres es un desafío constante. Hay que acostumbrarse.

Jennings saltó de la parte trasera de la carreta. Bajó la silla de Teddy a la calle y la colocó junto al asiento del conductor.

—Veo que ha venido con su criado —observó el abogado—. ¿El señor Finchley no podía acompañarlo?

—No quiero molestarlo con el asunto de mi alquiler —alegó Teddy—. Pero le manda saludos.

—Un tipo excelente, el señor Finchley. Por favor, recuerde comentarle que lo he tratado bien.

—Descuide. —Teddy levantó la vista hacia el imponente edificio—. ¿Es esta la casa?

—Sí, señor. ¿Podrá entrar? ¿Quizá con ayuda de su criado?

—Claro.

Accionó el freno, ató las riendas y le hizo un gesto a Jennings.

El criado lo ayudó a sentarse. El señor Chakrabarty aguardó a un lado, apartando la mirada con discreción hasta que Teddy se acomodó. A continuación, le pidió a un chiquillo de por allí que se ocupara de *Samuel* mientras entraban en la casa. Jennings los seguía de cerca.

—Fue construida en el cincuenta y nueve —detalló el abogado mientras recorrían las estancias de la planta baja—. Es una buena casa y una buena calle para un artista. El señor Rossetti tuvo su estudio aquí durante un tiempo, y todavía hay muchos otros por aquí que dibujan y pintan.

Teddy conocía las obras de Rossetti y del resto de los integrantes de la Hermandad Prerrafaelita. No cabía duda de que tenían talento. Incluso se les podía considerar innovadores para su época. Pero sus exuberantes y vívidas pinturas, que habían alcanzado la fama en la década anterior, no tenían nada que ver con la nueva escuela de arte a la que pertenecían los pintores con los que Hayes había estudiado en París. Él no hallaba inspiración alguna en los temas religiosos prerrafaelitas ni en el medievalismo. Lo que a Teddy le interesaba era la luz.

—Me temo que no servirá. —Giró su silla de ruedas hacia la salida antes de que el señor Chakrabarty pudiera convencerlo de subir a la segunda planta.

El abogado no ocultó su decepción.

—Pero es una casa muy buena, señor Hayes —le advirtió mientras lo seguía—. La mejor que hay en el mercado, y solo por un poco más de lo que se puede permitir.

—El coste adicional no tendría importancia si la luz fuera la adecuada. Por no mencionar todas estas escaleras.

—Las escaleras son inevitables, señor.

—Sí, pero preferiría que no hubiera tantas. Los pisos superiores me serían prácticamente inútiles.

—Sus sirvientes podrían hacer uso de algunas habitaciones. Las demás podría alquilarlas.

—¿A personas que interrumpirían mi trabajo con sus incesantes idas y venidas? No, gracias. No me interesa ser casero. —Teddy echó un último vistazo a su alrededor con el ceño fruncido. Era una lástima que la casa no le conviniera. Se encontraba en una ubicación privilegiada—. Confío en que tenga otras propiedades para mostrarme.

—Tengo una o dos que se ajustan a su presupuesto —confesó el señor Chakrabarty—. Los barrios, sin embargo... no son tan elegantes como este.

Teddy salió por la puerta en su silla de ruedas.

—Enséñemelas.

❋❋❋

Casi dos horas y tres casas después, Teddy empezaba a desanimarse. Ninguna de las residencias que le había mostrado el agente inmobiliario se ajustaba a sus deseos.

Al salir de la última propiedad, el señor Chakrabarty se detuvo a pensar.

—¿Tiene un presupuesto fijo, señor? Pronto tendré otra casa disponible, pero podría considerar excesivo el coste de la reforma.

—Dispongo de cierta flexibilidad. —Empujó la silla de ruedas hasta el bordillo de la calle donde estaba aparcada su carreta—. ¿Dónde está esa propiedad?

—En Covent Garden.

El señor Hayes le dedicó una mirada despierta.

—¿En qué parte de Covent Garden?

—En Maiden Lane, señor.

Se le aceleró el pulso. ¡Dios santo! ¿Sería posible? ¿De verdad habría un lugar adecuado en la misma calle donde Turner vivió sus famosos comienzos?

—Está en mal estado —advirtió el señor Chakrabarty—, pero tiene mucho potencial. Si está dispuesto a pasar por alto sus deficiencias...

—Me gustaría verla. ¿Tiene tiempo para enseñármela hoy?

El abogado sacó su reloj de bolsillo del chaleco para mirar la hora. Asintió muy despacio.

—Sí, sí, si nos damos prisa.

—A Maiden Lane, entonces. Rápido.

❋❋❋

Stella se reunió con Evie y Julia en una habitación del piso superior de la majestuosa casa del conde de March en la calle Arlington para ayudar a Anne a quitarse el vestido de novia y ponerse la ropa de viaje. Lady Anne y el señor Hartford partirían de luna de miel en cuestión de una hora. Hasta el momento, su destino era un secreto. Se consideraba que traía mala suerte que los invitados supieran adónde se dirigían los novios. Pero a juzgar por los baúles que los sirvientes habían estado bajando antes, con instrucciones de llevar el equipaje a los muelles de Santa Caterina, Stella sospechaba que su amiga disfrutaría de una estancia en París.

Sin duda, encajaba a la perfección con la temática del día, pues había sido una jornada romántica de principio a fin, desde el momento en que lord March acompañó a Anne al altar hasta que Anne y el señor Hartford corrieron, radiantes, a la sacristía para firmar su enlace.

Tras salir de la iglesia, los invitados y ellos se dirigieron a Arlington Street para disfrutar de un opulento desayuno con champán. El anfitrión también fue lord March. Antes de la boda, Anne había declarado que era mejor que él ejerciera de patriarca en lugar de su odioso primo lejano Joshua Deveril, el nuevo conde de Arundell. Anne detestaba a ese hombre, y ni él ni su madre, igual de odiosa, habían sido invitados a la ceremonia.

—No me arrepiento de haberlos excluido —reconoció, mientras su doncella la ayudaba a quitarse la falda de satén blanco con ribetes de encaje del exquisito vestido de novia que el señor Malik le había diseñado—. Y me importa un bledo que algunos miembros de la familia Deveril digan que Joshua debería haber celebrado mi recepción en Grosvenor Square.

No había sido lo único que había dado que hablar durante la boda. La presencia

de los hermanastros del señor Hartford, sentados con toda naturalidad en un banco del fondo, había provocado una buena cantidad de rumores indignados.

—Ignorad los chismes —aconsejó Evie—. No dejéis que os arruinen el día.

—¡Sí, ha sido un día muy hermoso! —proclamó Julia, atusando la falda doble de su vestido de dama de honor de seda color albaricoque, mientras se sentaba en el borde de la cama. Tenía las mejillas sonrojadas, tanto por la emoción como por las dos copas de champán que había bebido durante el banquete nupcial—. ¿Alguien más vio el arcoíris que se proyectaba sobre el vestido de Anne cuando estábamos dentro de la iglesia?

Evie y Stella llevaban vestidos de seda color albaricoque a juego, ambos eran de manga corta y falda doble. En el pelo lucían una corona de rosas y lirios que combinaban con el impresionante ramo que la novia había llevado al altar.

Stella ayudó a desabrochar los diminutos botones forrados de satén del corpiño de Anne. Agradecía tener algo que hacer, cualquier cosa que la distrajera de sus preocupaciones.

La euforia inicial que sintió al dejar la vicaría para siempre, esa poderosa chispa de expectativa que la impulsó a subirse al carruaje alquilado del capitán Blunt, se había desvanecido a las pocas horas de partir del condado de Derby. En ese momento, Stella solo sentía una creciente aprensión ante la realidad de su situación. Ya no tenía hogar. Ni familia. Era terrible. Incluso a pesar de que la propia familia fuera espantosa.

Pero aún tenía a sus amigas. Las valoraba más que nunca. Se negaba a permitir que ninguna de sus preocupaciones arruinara el día especial de Anne.

—Era el sol brillando a través de las vidrieras del ventanal veneciano —dijo—. Creo que salió hoy solo para ti.

La novia sonrió.

—No puedo atribuirme el mérito de la luz del sol. Será cosa de la estación. Pero no os discutiré el sentimiento. Ha sido un día mágico, ¿verdad?

Stella le sonrió con calidez.

—Completamente encantador.

Aunque la mañana había comenzado con chubascos, cuando Anne llegó a la iglesia había despejado, y acabaron disfrutando de una jornada de primavera resplandeciente y absolutamente perfecta.

El primer día de primavera.

Era un hecho que había estado rondando en la mente de Stella desde que se despertó con las gotas de lluvia golpeando los cristales de su elegante habitación

del hotel Brown. Rezó en silencio para que saliera el sol mientras se lavaba y vestía, pues un aguacero acabaría con cualquier esperanza de encontrarse con Teddy al día siguiente.

Había dicho que estaría en Rotten Row esperándola. Allí, en la barandilla, durante la hora punta. La perspectiva de volver a verlo había sido una de las pocas cosas que habían impedido que se desesperara tras romper relaciones con su hermano. El señor Hayes creía en ella. Creía que estaba destinada a grandes cosas.

Quizá solo le pidiera que posara para él para adularla, pero no lo creía.

—Ha sido la ceremonia más hermosa que he presenciado —alabó Julia—. Tan emotiva como la boda de Evie y la mía.

—Me halagas —repuso Anne.

—¡Y también ha sido apasionada! ¿Viste la cara de lady Brookdale cuando el señor Hartford te besó en la sacristía? —Julia rio con alegría al recordarlo—. Por un momento pensé que tendría que prestarle mis sales aromáticas.

Anne se quitó con cautela el corpiño cubierto de encaje con la ayuda de Evie. Se lo entregó a su doncella, quien enseguida colocó la delicada prenda dentro de un envoltorio de papel de seda.

—La tía de Hartford es una de esas damas convencida de que los abrazos deberían limitarse a la alcoba. Y a veces ni siquiera eso.

—Siento lástima por ella —dijo Julia.

—O por cualquier dama que considere indecorosas las demostraciones de afecto —añadió Evie—. Si amas a alguien, no hay ningún aspecto del matrimonio que deba considerarse un esfuerzo. —Sonrió, y añadió con ironía—: Excepto tal vez ocuparse de los libros de cuentas.

Julia se detuvo mientras doblaba el delicado pañuelo de boda azul cerúleo que Anne había llevado guardado en el corsé durante la ceremonia.

—¿Te encargas tú de los libros de cuentas? —preguntó curiosa.

—Tanto de la tienda de mi marido como de nuestra casa. Se me dan bien los números. También llevaba las cuentas en casa, en Sussex, por mucho que me disgustara.

—¿No te gusta cuadrar cuentas aunque se te dé bien? —preguntó Julia.

—Ser buena en algo no significa que disfrutes haciéndolo —opinó Stella—. Yo soy buena organizando las notas de mi hermano, pero detesto hacer de secretaria.

—Ya no tienes por qué hacerlo más ahora que... —repuso Julia.

Stella silenció a su amiga con una mirada seria. Habían acordado no contarle a Anne sus problemas hasta después de la luna de miel. Era la única manera de

asegurar la felicidad de la recién casada. En cuanto Anne se enterase de sus dificultades, sería incapaz de concentrarse en nada más; ella nunca se había topado con un problema que no se apresurara a resolver, incluso si salía perjudicada.

—Sin embargo, a todas se nos da bien la equitación —intervino Evie, acudiendo al rescate de Stella—. Y eso nos encanta, por suerte.

Anne fingió enfadarse.

—No me hables de montar. —Se quitó la camisola—. Estoy furiosa con vosotras. Sólo de pensar que habéis traído a *Hefesto*, *Cossack* y *Locket* a la ciudad y que iréis a galopar al parque sin mí...

—Furiosa, ja. —Julia ayudaba a doblar las prendas de la novia a medida que se las iba quitando—. Estarás demasiado ocupada disfrutando de tu luna de miel en Venecia como para pensar en montar a caballo.

—¿O es Roma? —bromeó Evie.

—Yo creo que es París —terció Stella sonriendo—. Con paseos románticos por el Sena incluidos.

La diversión brilló en los ojos marrones de Anne.

—No lo pienso decir. Pero prometo escribir en cuanto llegue.

Con la ayuda de su doncella y sus amigas, la recién casada se puso un vestido de viaje de seda gruesa. Sus amigas, que todavía llevaban sus delicados modelos de dama de honor, la siguieron escaleras abajo hasta el recibidor, donde la esperaba el señor Hartford. Él también se había puesto ropa de viaje: unos llamativos pantalones a cuadros azules y verdes y un abrigo a juego.

Anne lo tomó del brazo con el rostro radiante de puro amor. Hartford la miró a su vez con una sonrisa bobalicona, como si en el vestíbulo no hubiera nadie más que ellos.

La mayoría de los invitados ya se habían marchado. Solo quedaban lady Arundell, lord March, el señor Fielding —tío de Evelyn— y los maridos de Evelyn y Julia.

El señor Malik estaba apoyado en una de las paredes revestidas de seda, lucía un imponente traje negro de tres piezas de corte exquisito. No había ninguna duda de que él mismo había confeccionado el elegante conjunto. Se irguió y le tendió la mano a Evie. Ella la tomó, permitiendo así que él se la acercara.

Al mismo tiempo, el sobrio capitán Blunt rodeó a Julia por la cintura con aire protector. Parecía ser consciente de que ella se había excedido un poco con la bebida. Ella se recostó en él, agradecida, y posó el brazo sobre el de su esposo.

Stella se quedó al pie de la escalera, desde donde observó con nostalgia cómo sus amigas regresaban junto a sus maridos. Sintió un doloroso vacío en el pecho. De pronto tomó conciencia de lo sola que estaba. No carecía de amigas, pero siempre estaba como apartada, sin un compañero que la abrazara y la protegiera.

Alguien que la amara.

Al ver a Anne, Julia y Evie tan felices y realizadas, tan aceptadas y arropadas, su futuro romántico parecía más sombrío si cabe.

Se había dicho a sí misma que el amor no importaba. Que bastaría con encontrar un marido que la apoyara y la respetara. Pero tal vez no fuera cierto. Quizá siempre estaría sola, incluso casada, si la unión no era por amor.

Lady Arundell llegó para reunirse con los flamantes esposos. Lucía un costoso vestido de seda negro, pero tenía volantes y encaje, no se parecía en nada a su típico atuendo de luto. Un deslumbrante collar de diamantes y unos pendientes a juego le iluminaban el rostro.

—¿Tienes todo lo que necesitas, querida? —le preguntó a su hija—. ¿Un pañuelo para el viaje? ¿Y tu chal?

—Lo llevo todo, mamá. —Anne se separó un momento del señor Hartford para abrazar a su madre.

Lady Arundell la estrechó con fuerza. Tenía lágrimas en los ojos.

—Pásatelo bien —le deseó al soltarla—. Y no te atrevas a desperdiciar ni un pensamiento en mí. Fielding y yo tenemos la agenda llena de compromisos espiritistas programados para las próximas semanas. Estaré muy entretenida.

—Dejo a mi madre en sus manos, señor —le dijo Anne al caballero.

El señor Fielding era un hombre mayor un poco excéntrico y con un aire de preocupación constante. A él y a lady Arundell los unía una larga amistad.

—Está en buenas manos, milady —respondió—. Puede irse tranquila.

Hubo más abrazos, intercalados con apretones de manos y buenos deseos. Y Anne y el señor Hartford salieron de casa acompañados por gritos de «¡Buena suerte!» y «¡Buen viaje!».

Stella siguió a la feliz pareja fuera junto con los demás hasta el carruaje que los esperaba. Los despidió con un gesto de la mano, tratando de no pensar en su desesperada situación. Era el día de Anne, no el suyo.

Seguía sonriendo, un poco emocionada, con los ojos nublados por las lágrimas, cuando sintió cómo un brazo delgado le rodeaba los hombros.

Era la bendita Evie. La abrazó.

—Mañana por la mañana, saldremos a montar —le prometió animada—. Un

buen paseo al galope te aclarará la mente.

Tal vez el resto del día fuera un tanto sombrío, pero al día siguiente Stella volvería a la silla de montar. Sentiría la caricia del viento en la cara y el poder imparable de *Locket* bajo ella.

Sí. La idea de salir a galopar la llenaba de esperanza.

Y no solo era por salir a galopar.

Teddy estaría allí por la tarde cuando ella saliera a dar su segundo paseo del día en hora punta.

Tal vez no fuera un romance, pero era algo.

Capítulo 20

Teddy le había mentido a Stella. No estaba esperando junto a la barandilla a las cinco de la tarde del segundo día de primavera, viendo pasar al trote a los elegantes jinetes. Habría sido imposible.

Para empezar, había subestimado la dificultad de llegar hasta allí con la silla. El suelo seguía empapado por la lluvia de la mañana anterior, el barro llegaba hasta los tobillos y se habrían atascado las ruedas. Además, la multitud era tal que abrirse paso le habría llevado demasiado tiempo y más esfuerzo del que podía hacer.

Así que había ido en su nueva carreta, con la silla de ruedas y Jennings en la parte trasera, listos para cuando los necesitara.

Agarró las riendas con firmeza al acceder por la entrada sur de Rotten Row, por donde guiaba con habilidad al tranquilo *Samuel* a través del creciente tráfico. No era ningún novato en el manejo de las bridas. Sin embargo, tenía que dedicarle toda su atención. Conocía muy bien sus limitaciones, pues todo su control procedía de la fuerza de la mitad superior de su cuerpo. También era consciente de lo llamativa que resultaba su silla, sujeta con correas en la parte trasera de la carreta, pues era un claro anuncio de su estado para todos los que se cruzaban con él.

No se avergonzaba de ello, ni de su silla ni de su discapacidad. Pero le molestaba no poder pasar inadvertido. Su salud no era asunto de nadie más que suyo. Y, sin embargo, la presencia de la silla la convertía en un asunto público. Los desconocidos se sentían con derecho para mirarlo boquiabiertos. O peor aún: en los últimos años, algunos se habían atrevido a interrogarlo sobre su dolencia o a ofrecerle consejos que él no había pedido.

«¿Ha probado la electroterapia?», le preguntó una vez una señora en una tienda. «A mi madre inválida le vino de maravilla para su pierna atrofiada».

«Vaya a la consulta del doctor Fairbank, en Blackheath», le recomendó un desconocido. «Lo levantará de esa silla en un periquete».

«Lo mejor son los ejercicios sencillos, realizados a diario», declaró otro hombre al encontrarse con él en una galería. «¿Ha probado alguna vez a hacer estiramientos?».

Como si no hubiera ido a todos los médicos ni hubiera hecho todos los ejercicios. Que si había probado a hacer estiramientos... ¡Rayos!

Por desgracia, no había forma de evitar las miradas y los comentarios. A menos que se convirtiera en un completo recluso. Y eso ya no era una opción. Tenía que pensar en su futuro artístico y conseguir a su musa.

Pero casi veinte minutos después, seguía sin dar con el rastro de Stella Hobhouse y su famosa yegua gris.

Se le hizo un nudo en el estómago. En su última carta, ella le había dicho que aún no había convencido a su hermano para que la llevara a Londres. Sin embargo, él esperaba que estuviera allí. Lady Anne se había casado el día anterior, había visto una mención en los periódicos esa mañana.

¿Stella se habría perdido la ceremonia? ¿Seguiría en Fostonbury, practicando para convertirse en una mujer discreta y silenciosa?

Guio a *Samuel* para que doblara una curva. El caballo castrado trotó con audacia mientras Teddy observaba a los jinetes en busca de alguna señal de su musa. Casi había perdido la esperanza cuando la vio.

Emergió de la multitud trotando en una imponente yegua gris pálido. El pelaje del animal brillaba como el vapor plateado a la luz del sol. También el cabello de Stella relucía en el salón de Sutton Park mientras Teddy la dibujaba, proyectaba un brillo perlado bajo la fría luz invernal que se filtraba por las ventanas.

Pero el color del pelo no era visible en ese momento. Llevaba las trenzas cubiertas por una tupida redecilla y un alegre sombrero de color ciruela. Su traje de montar era de un tono similar: ese intenso color púrpura que parecía casi mágico al ceñirse a su figura. La falda se descolgaba con gracia sobre las piernas y se ondulaba provocativamente contra los flancos de su montura a medida que la amazona iba más deprisa.

Teddy la vio antes de que ella advirtiera su presencia. Miraba hacia la barandilla al pasar, buscándolo tal vez, o buscando a otra persona. Su mozo de cuadra la seguía de cerca sobre un recio castrado castaño.

Casi había pasado de largo cuando Teddy se atrevió a hablar por fin.

—Pensé que irías al galope —comentó lo bastante alto como para que ella lo oyera por encima del redoble de cascos.

Stella se volvió con brusquedad. En su rostro se dibujó una sonrisa.

—¡Señor Hayes! —Contuvo a su yegua—. No sabía que vendrías conduciendo.

—Yo tampoco. —Acortó las riendas para apartar a *Samuel* del tráfico, mientras ella volvía la montura para acercarse a la carreta—. La compré hace solo unos días.

¿Qué te parece?

—Es muy elegante. —Miró hacia atrás y advirtió la presencia de Jennings y la silla de ruedas de Teddy—. Y práctica, por lo que veo.

—Desde luego. Soy la personificación del sentido práctico.

Stella dejó ver un destello de diversión en la mirada.

Teddy esbozó una sonrisa bobalicona. ¡Qué bien le sentaba volver a verla!

Durante los meses que habían pasado separados, se preguntó si habría exagerado su belleza con la imaginación hasta verla perfecta para su cuadro. Pero no se había imaginado nada. De hecho, era posible que su recuerdo hubiera atenuado el efecto que ella le había causado.

En ese instante sentía ese efecto con toda su fuerza. Parecía magnificarse sobre la yegua: las dos figuras plateadas se favorecían mutuamente con el brillo de dos estrellas gemelas.

—Tu yegua tiene muchísima energía —dijo.

—Deberías haberla visto esta mañana, cuando galopaba con la señora Malik y la señora Blunt. *Locket* tenía mucha más energía entonces. En realidad, ahora está bastante dócil.

Teddy arqueó una ceja al ver las inquietas patas del animal y sus agitadas fosas nasales. Si así se veía cuando estaba dócil, no podía imaginar cómo sería cuando se descontrolaba.

—Por alguna razón, pensé que sería más oscura —comentó.

—Lo era de potrilla. —Palmeó el hombro de la yegua con su mano delgada y enguantada—. Los caballos grises se van aclarando con la edad, pero su crin sigue siendo plateada y tiene un moteado en las patas, como puedes ver.

—Por lo demás es casi blanca.

—Un caballo blanco. Qué apropiado. —Dejó que la yegua se paseara un poco junto a la carreta mientras se alejaban del ajetreo vespertino—. A mis amigas y a mí nos han llamado muchas veces las Cuatro Amazonas. O las Furias.

—Solo había tres Furias.

—Al principio éramos tres. Pero cuando llegó la señora Malik la temporada pasada, pasamos a ser cuatro. Ahora, por desgracia, solo queda una. Yo. Una dama gris con mi caballo blanco. Una figura siniestra, me atrevería a decir, si tenemos en cuenta el simbolismo bíblico.

—No soy prerrafaelita —repuso Teddy—. No comprendo el simbolismo bíblico. —Siguió conduciendo junto a ella en dirección al lago Serpentine—. Sin embargo, puedo asegurarte que, en cuanto a la luz, tú y tu yegua sois magníficas.

Ella apartó la mirada un momento, avergonzada por el cumplido.

—En cuanto a la luz —repitió como si analizara la frase—. ¿Qué tipo de luz? ¿El sol? ¿La sombra?

El señor Hayes la miró.

—La luz de las estrellas, por supuesto —afirmó muy serio—. Para ti, siempre será luz de las estrellas.

A Stella se le colorearon un poco las mejillas.

—Eres incorregible. Ni siquiera te he preguntado cómo estás y ya me estás dedicando toda clase de elogios artísticos.

Ya no eran puramente artísticos. No después de aquel beso. Teddy no era demasiado orgulloso para reconocerlo, aunque solo lo hiciera para sí mismo.

—Aún puedes preguntarme, si insistes en conservar las buenas formas.

—¿Cómo ha ido el viaje desde el condado de Devon?

Teddy sonrió abiertamente al advertir el aire de formalidad de la pregunta.

—Largo —respondió con franqueza. —Los Finchley han venido con nosotros. Nos quedamos con ellos en la calle Half Moon durante el resto del mes.

—¿Y el resto? ¿Estaban todos bien cuando te marchaste?

—Estaban en perfecto estado cuando salimos de Devon. La única persona que sufre algún contratiempo es mi hermana. Aunque es de esperar, dado su estado. Ella y mi cuñado supieron hace poco que van a ser padres.

—¡Oh! —Se le iluminaron los ojos—. ¡Qué buena noticia! Serás tío.

—En efecto.

—No pareces muy entusiasmado. ¿No te gustan los bebés?

—Son muy ruidosos, según mi experiencia. Y siempre están pegajosos, a causa de vete a saber qué. Aparte de eso...

Estella sonrió divertida.

—Hablas como un soltero empedernido.

—Pero es verdad.

Siguieron paseando por la ondulada vegetación que se alejaba de Rotten Row. Hyde Park era muy amplio, más parecido a un bosque rural laberíntico que a una zona verde aislada en una ciudad bulliciosa. Cuanto más se alejaban de la ruta de paseo habitual, menos caballos y carruajes los distraían.

Stella dejó que su yegua alargara las zancadas. Si le había dado una señal, Teddy no la había visto. Enseguida comprendió por qué.

Ella movía las manos con absoluta discreción y montaba en silencio. Todo encajaba a la perfección con la imagen que solía proyectar. Esa cautivadora

expresión de tierna seriedad que lo había dejado fascinado la primera vez que la vio. Y resultaba cautivadora precisamente por las insondables profundidades que ocultaba.

A decir verdad, parecía cabalgar del mismo modo en que vivía. Bajo una luminosa serenidad, se conducía con sutileza y gobernaba a su briosa yegua ayudándose de maniobras invisibles: ligeros cambios de peso que lograba aplicando una presión imperceptible con la pierna y flexionando los dedos con delicadeza.

—¿Se encuentra muy mal la señora Archer? —preguntó.

—Una indisposición leve. No es de extrañar en sus circunstancias, pero le inquieta la idea de cruzar el canal a finales de mes. No le hace mucha ilusión.

—Por los mareos, claro. Debe de ser más duro cuando se está esperando un bebé.

—Sin duda —convino—. Aunque Laura afirma que está tan feliz que eso compensa cualquier incomodidad.

—Estoy segura de que sí. Ella y el señor Archer deben de estar encantados. Por favor, transmíteles mis mejores deseos.

—Lo haré. —Teddy volvió a mirarla a los ojos. No había ido al parque para hablar de su hermana y su cuñado—. Ya basta de hablar de mi familia. ¿Cómo estás tú? Eso viene más al caso.

—Muy bien. Estoy aquí, como ves.

—Nunca dudé de que vendrías. Pero ¿cómo lograste escapar de Elba? Confío en que no viajaras sola, como amenazaste.

—Lo habría hecho —aseguró—. Incluso había comprado ya un billete de tren a Londres, para consternación de mi hermano. Pero antes de que pudiera usarlo, la guardia imperial vino a rescatarme.

—¿La guardia imperial? —preguntó él entre risas.

—En forma de mi amiga, la señora Blunt. Ella y su esposo, el capitán Blunt, fueron a Fostonbury a buscarme. Les iba de paso desde el condado de York, así que espero que no fuera mucha molestia.

—Supongo que la señora Blunt es una de las Cuatro Amazonas.

Stella asintió con una sonrisa.

—Me alojaré con ella y su marido en el hotel Brown hasta finales de mes. Solo se quedarán en Londres quince días y luego regresarán al condado de York.

—En ese caso veo que debo actuar rápido.

—¿Para qué? —preguntó.

—Para conseguir que vengas a mi nuevo estudio —confesó.

Stella volvió a sonrojarse. Miró a Jennings con recelo.

En su afán por hablar con su musa, Teddy había olvidado por un momento que su criado estaba a solo unos metros, viendo cada mirada y oyendo cada palabra. El repentino recordatorio hizo que se le apelmazara el pecho por el disgusto.

No era raro que un hombre saliera con un mozo de cuadra o un sirviente ataviado con la librea correspondiente. Si Jennings fuera uno de ellos, resultaría fácil ignorar su presencia. Pero él no era un criado cualquiera. Su función era más personal y, por tanto, más invasiva.

Era común que un anciano inválido viajara con su enfermera: una asistente autorizada que pudiera llevarlo de un lado a otro y atenderlo cuando no pudiera arreglárselas solo.

Hacía tiempo que Teddy había decidido no sentirse cohibido por necesitar esos cuidados. Tal como Alex había asegurado cuando lo contrató, la presencia de Jennings era todo lo contrario a una carga. Estaba allí para ayudarlo a ganar algo de independencia.

Pero aquello era diferente.

Por primera vez en mucho tiempo, Teddy anhelaba volver a ser el joven atlético que había recorrido Talbot Wood cinco años atrás en busca de inspiración para sus cuadros. Un hombre capaz de relacionarse con una joven en igualdad de condiciones, sin el inconveniente de asistentes ni aparatos.

Stella volvió a mirar al frente mientras cabalgaba. Su propio mozo de cuadra los seguía a varios metros de distancia, demasiado lejos para entorpecerlos.

—¿Ya tienes un estudio? —preguntó en un tono de educada pero desinteresada curiosidad.

Él intentó no tomárselo a pecho. Supuso que estaría cohibida por la presencia de Jennings y, por lo tanto, querría mantener las formas.

Al menos, esperaba que solo fuera eso.

Un poco más adelante se encontraba el puente del lago Serpentine, y con él, un puñado de jinetes y conductores que, como ellos, se habían alejado de la calle. La situación ya no era la más adecuada para mantener una conversación privada. Y menos cuando Stella iba a caballo y él conducía una carreta

—Me gustaría enseñártelo. Si tú quieres.

Ella dudó antes de responder.

—¿Cuándo?

—¿Puedo visitarte el lunes por la tarde en el hotel Brown? Podríamos ir a verlo

si no tienes nada más que hacer. Está a solo unos cuatro kilómetros de aquí.

Se hizo otro silencio largo antes de la respuesta.

—No tengo ningún compromiso —aseguró mirándolo a los ojos con delicadeza.

A Teddy se le aceleró el pulso.

—Fantástico.

Hablarían en el estudio. Allí podrían estar solos mientras Jennings esperaba en la calle con la carreta. Ella se iría de Londres en menos de dos semanas. Era la última y mejor oportunidad para convencerla de que posara para él antes de regresar al condado de Derby. Estaba decidido a hacer lo que fuera necesario.

—El lunes entonces —afirmó—. Llegaré a las dos.

Capítulo 21

—¿No me estarás diciendo que ya has firmado el contrato de arrendamiento? Alex miró a Teddy con incredulidad desde el otro lado de la pulida mesa de caoba de los Finchley antes de dirigirle una mirada acusadora a Tom.

—¿Sabías esto?

—Sí —reconoció Tom—. Fui yo quien le presentó al agente inmobiliario.

Los cuatro estaban sentados en el comedor de los Finchley en la calle Half Moon, justo después de terminar de cenar. Dos velas medio gastadas titilaban entre ellos, iluminando los restos de la comida.

Alex arrugó la servilleta y la tiró sobre la mesa.

—Dios santo, Tom. Jamás imaginé que serías tan imprudente.

Jenny dobló con esmero su servilleta de lino antes de dejarla cuidadosamente junto al plato.

—Tom nunca es imprudente. Siempre hace exactamente lo correcto.

El aludido respondió a la mirada de Alex arqueando una ceja con ironía.

—Si mi esposa lo dice....

Alex no estaba de humor para bromas fraternales. Había estado tenso desde que los cuatro se sentaron a cenar. Pensativo y preocupado, no se comportaba con su habitual despreocupación.

Laura también estaba de mal humor. Se había sentado junto a él y lucía un vestido de noche de seda con escote redondo adornado con un broche de ópalo en forma de corazón que su marido le había comprado en París. También se la veía extrañamente seria.

—Esta vez no ha ido bien, Jenny —dijo—. El doctor Jepson no nos ha dado muy buenas noticias esta tarde.

Teddy miró a su hermana. Sabía que habían vuelto a la calle Harley ese día. Su carruaje regresaba a Half Moon al mismo tiempo que él volvía de su encuentro con Stella en el parque. En aquel momento pensó que su segunda cita había sido de lo más normal.

—¿Qué noticias? —Su hermana lo miró con cierto arrepentimiento—. Íbamos a contároslo esta noche tomando un café. No queríamos estropearos la cena.

Jenny miró a Laura con preocupación desde el otro lado de la mesa. Su cabello

castaño rojizo y trenzado brillaba como el cobre fino a la luz de las velas.

—Ay, Dios mío. ¿Es algo malo? No estás...

—No, no —se apresuró a contestar Laura—. No hay peligro inminente. Siempre que sigamos las instrucciones del doctor Jepson.

Alex le puso la mano en la espalda y la acarició con actitud protectora sobre la seda del vestido.

—Nos ha aconsejado que regresemos a casa sin demora.

Al instante, Teddy sintió una punzada de alarma. Observó a su hermana.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Solo está siendo cauteloso —respondió Laura—. Considerando los efectos persistentes de la escarlatina en mis pulmones, y dado que he estado enferma hace poco y lo débil que me he sentido, cree que es mejor que no viaje en mi estado. Dice que, si tengo que volver a casa, debería hacerlo cuanto antes para minimizar el riesgo.

—Ya he reservado los pasajes —añadió Alex.

—¿Cómo? —Teddy los miró a ambos con asombro. Su silla de ruedas estaba al otro lado de la mesa, frente a su hermana y su cuñado. Las velas crepitaban y proyectaban sombras sobre sus rostros—. ¿Para cuándo?

La habitual expresión pícara de Alex se tornó sombría y resuelta.

—El miércoles.

¿El miércoles? ¡Se suponía que se quedarían dos semanas más!

Laura se apresuró a dar una explicación.

—Era eso o quedarse en Londres hasta después del nacimiento del bebé en agosto.

—Podéis quedaros si queréis —se ofreció Jenny—. Tenemos mucho espacio aquí.

—Estoy de acuerdo —aseguró Tom—. Estaremos encantados de teneros aquí.

Entonces se abrió la puerta del comedor y entró con paso ligero la austera ama de llaves, la señora Jarrow, que lucía un delantal almidonado sobre su sencillo vestido.

—¿Sirvo el café en la sala, señora Finchley?

—Todavía no. —Jenny lanzó una breve mirada a la anciana criada—. Denos un momento, por favor, señora Jarrow.

La mujer echó un vistazo a los rostros tensos que había alrededor de la mesa y luego, con las cejas levantadas y los labios fruncidos, se despidió, cerrando la puerta a su espalda.

—No es conveniente para el negocio —dijo Laura después de que la criada se retirara—. Necesitan a Alex en Grasse, y a mí también. Ya hemos dejado las cosas en manos de nuestro capataz durante demasiado tiempo.

Teddy examinó a su hermana en busca de cualquier signo de enfermedad. No vio en su rostro la palidez absoluta que a veces tenía por la mañana, ese semblante tembloroso y pálido que dejaba tan claro a todo el mundo su auténtico estado. Tras haber terminado casi todo lo que le habían servido para cenar, parecía estar tan sana como siempre.

—Pensé que tus síntomas eran normales —comentó—. Eso es lo que me dijiste.

—En general, creo que lo son —respondió Laura.

—En ese caso es posible que el tal Jepson esté exagerando.

—Teddy tiene razón —terció Tom—. Algunos de los médicos modernos de la ciudad no creen que las mujeres deban ser demasiado activas durante el embarazo. Su consejo podría ser consecuencia de una precaución innecesaria.

—¿Te arriesgarías con tu propia esposa? —quiso saber Alex.

Laura posó la mano sobre el brazo de su esposo.

—No tiene sentido que discutamos sobre esto. La verdad es que ya hemos decidido irnos. Solo queda...

—¿Habéis comprado un pasaje para mí? —preguntó Teddy.

Laura guardó silencio.

Teddy se volvió hacia su cuñado con los músculos de los hombros tensos por la indignación anticipada.

—¿En serio?

—Sí —confesó Alex—. Por tu hermana.

Una rabia fría se adueñó del señor Hayes.

—Ni se te ocurra plantearlo así —le advirtió—. Los dos sabíais que había decidido quedarme.

—Eso era antes —replicó Alex—. Seguro que entiendes que Laura te necesita.

Teddy abrió la boca con intención de señalar lo obvio. Su hermana tenía marido. Tenía sirvientes. No necesitaba que él estuviera en Grasse para cuidarla. No lo necesitaba.

—No es eso —interrumpió ella antes de que su hermano pudiera replicar—. Es solo que me preocupa mucho que te quedes aquí solo. Alex teme que afecte a mi salud.

—¿Y qué hay de la mía? —protestó.

Laura se estremeció, se sentía culpable.

—No es para siempre.

Teddy apretó con tanta fuerza los brazos de la silla que le dolieron los nudillos. No le habría sorprendido que la madera se le astillara en las manos.

—No tienes ni idea de lo que supondría para mí irme ahora. Lo que perdería. Mis planes para mi carrera, mi vida entera...

—Tienes veinticuatro años, Teddy —lo interrumpió Alex—. Tendrás tiempo de sobra para emprender tu propio camino en los próximos años.

—¡No se trata de mi edad! Aunque no tengo ni la más remota idea de por qué eso debería perjudicarme. El príncipe Alberto era más joven que yo cuando se casó con la reina. A mi edad, ya había tenido tres hijos.

A Alex no le conmovió ese argumento.

—Sea como fuere, a diferencia del difunto príncipe consorte, no tienes ningún compromiso que te obligue a quedarte en la ciudad. Tienes total libertad para regresar con nosotros el miércoles.

—No es así. Tengo una casa. Un estudio. Y estoy a un paso de conseguir mi modelo.

—¿La señorita Hobhouse está aquí? —preguntó su hermana—. No nos lo has dicho.

—Todavía no ha aceptado posar para mí —respondió Teddy—. Pero lo hará. Lo presiento. Si me obligáis a marcharme ahora...

Alex resopló.

—Nadie te está obligando a nada. Te pido que vengas, por el bien de tu hermana.

—¿Y si llegáis a un acuerdo? —propuso Tom.

Jenny le sonrió. Tenía plena fe en su marido y era evidente que había estado esperando a que resolviera aquel dilema para que todos pudieran retirarse a la sala a tomar un café.

Alex frunció el ceño con suspicacia.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Teddy podría quedarse con nosotros —sugirió Tom—. Si Jenny está de acuerdo...

Ella intercambió una mirada cariñosa con su esposo.

—Sí, claro. Eso es lo que debe hacer. —Se volvió hacia Laura—. ¿Eso te tranquilizaría, querida?

—Sí —admitió—. Sé que aquí estará bien cuidado —respondió aliviada.

Teddy fulminó con la mirada a los dos hombres.

—¿Habláis en serio?

—Solo es un acuerdo temporal —arguyó Tom—. No tiene por qué ser permanente.

Teddy se apartó de la mesa en un arrebato de frustración.

—Bueno, ¿y qué debo decir a eso? No puedo evitar que me empujéis hasta aquí o que tiréis de mí para allí. Después de todo, estoy en una silla de ruedas. No tengo la opción de salir de aquí y mandaros a todos a la porra.

Jenny hizo ademán de levantarse.

—Este es un asunto familiar. Deberíamos dejar que lo discutáis los tres.

Tom se levantó para retirarle la silla de su esposa.

—Excelente idea. Iremos a...

—¿Para qué molestarse? —interrumpió Teddy—. Mi libertad de movimiento ya es objeto de debate. Si eso no es un atentado contra mi privacidad...

—¡Temo por ti! —gritó Laura. Se inclinó hacia él desde el otro lado de la mesa, con los ojos resplandecientes de emoción—. ¿No lo entiendes? ¡Te quiero y no quiero que nadie te haga daño!

La sala se quedó en silencio. No era propio de ella perder la compostura. Solía ser la mujer más tranquila y racional del mundo. Había tenido que serlo durante los años que pasaron en Surrey, cuando tuvo que esforzarse al máximo para satisfacer sus necesidades mientras luchaba por cuidar de Teddy y de su anciana y chiflada tía Charlotte.

Jenny volvió a sentarse muy despacio y Tom hizo lo mismo. En sus rostros se reflejaba una profunda preocupación.

Alex abrazó a su esposa. Le murmuró algo. Laura se inclinó hacia él y también susurró algo:

—No pasa nada, cariño —dijo Alex—. Teddy lo entiende.

El señor Hayes sintió un profundo remordimiento. Sabía que no debía alterar a su hermana en su estado. Lo cierto era que no quería disgustarla. Sin embargo...

Cayó en la cuenta de su impotencia. Solo quedaba ese hilo, aquel fino y brillante filamento de independencia, que, por primera vez, estaba a su alcance. Tenía la terrible sensación de que, si no lo agarraba, lo perdería para siempre.

—Lo entiendo —afirmó—. Me quieres tener cerca. O eso, o que viva con alguien que me proteja.

Laura se secó una lágrima.

—Sí.

—Y, sin embargo, no soy un inválido. A pesar de todo esto —señaló sus piernas y la silla—, y de que Jennings debe seguirme a todas partes como el maldito ángel de la muerte, hay ancianos con gota más enfermos que yo y dirigen fincas enteras, por no hablar de sus casas en la ciudad.

Alex le lanzó una mirada de advertencia.

—Tu hermana y yo hemos dejado claros nuestros deseos. No son descabellados. Puedes regresar a Francia con nosotros el miércoles o quedarte en Londres con Tom y Jenny. Creo que su oferta es más que generosa.

Teddy se rebeló por dentro contra el ultimátum. ¡Y odiaba que fuera su cuñado quien lo expresara! Precisamente él, que lo había animado a recuperar su independencia, a buscar un profesor de arte francés y a vivir una temporada en París estudiando con Gleyre.

Desde el principio, él lo había apoyado y alentado en todos sus propósitos.

Pero Teddy se dio cuenta de que ya no era Alex. Era un esposo y, pronto, sería un padre primerizo. Un hombre asustado e inseguro de lo que le depararía el futuro. Por eso se comportaba de forma tan irracional, lanzando miradas de advertencia y ultimátums cuestionables. Porque haría cualquier cosa y lo sacrificaría todo para salvaguardar el bienestar de su esposa y su hijo nonato.

En el fondo lo entendía. Pero eso no hacía que su exigencia fuera más fácil de aceptar.

Jenny le sonrió para animarlo.

—Si te quedaras con nosotros, podríamos pedirle a nuestro cochero que te llevara a tu estudio todos los días. No sería tan terrible, ¿verdad?

—¿Y vivir pidiendo permiso continuamente? —cuestionó él.

—Es eso o volver a Grasse con tu hermana —recordó Tom—. Ese parece ser el consenso.

¿Un consenso? ¿Desde cuándo la libertad de movimiento de un hombre requería un consenso? No. No debía ser así, independientemente de su condición física. No si ese hombre ya era mayor de edad.

Teddy torció el gesto con amargura. Retiró la silla de la mesa.

—Dos opciones, y ninguna de ellas es idea mía. —Giró las ruedas para irse—. Qué suerte tengo.

—Dejaré que decidas tú —repuso Alex mientras su cuñado se dirigía a la puerta —. El barco zarpa el miércoles por la mañana. A menos que llegues a un acuerdo previo con los Finchley, espero que estés a bordo.

Capítulo 22

—¿El señor Hayes? —preguntó Evie sorprendida. Dio orden a *Hefesto,* su semental castaño español, para que volviera al trote—. ¿El caballero que usa silla de ruedas?

Stella frenó a *Locket*. La yegua agitó la cabeza plateada en señal de protesta, pues prefería continuar galopando, tal como las tres amigas acababan de hacer por una avenida apartada al norte de Hyde Park, lejos de la intrusión de los jinetes menos experimentados de Rotten Row.

—Me dijo que te conocía —comentó.

—Sí. —Evie apartó hacia atrás una de las plumas negras y rizadas de su elegante sombrero de montar de fieltro verde. Hacía juego con el color de su traje de montar: una obra maestra de sastrería que se ajustaba a su voluptuosa figura de la forma más favorecedora. Había sido el primero que le había hecho su marido—. El señor Hayes se alojó con el señor y la señora Finchley en otoño, en su casa de la calle Half Moon. Me lo presentaron una de las noches que fuimos a cenar.

Julia aminoró el paso de su caballo castrado color ébano, *Cossack*. Al igual que Evie y Stella, vestía un traje de montar impecable y muy ajustado, diseñado por el señor Malik. La prenda era de un negro intenso, con un elegante cuello de terciopelo que complementaba el brillo del pelaje de *Cossack*.

—¿Quién es el señor Hayes? —preguntó.

—Un artista de alta alcurnia —respondió Evie.

—Y con un talento considerable —añadió Stella—. Aunque quizá no en el sentido popular.

—Me refiero a quién es él para ti —corrigió Julia.

Stella se alisó la falda. El traje de montar que ella lucía era de color morado ciruela oscuro, cada pinza y costura de la prenda estaba hecha con experta intención. Era el mismo modelo que había llevado el día anterior por la tarde cuando se encontró con Teddy en Rotten Row.

—Es un amigo.

—¿Eso es todo? —preguntó Evie.

—Bueno... —Dudó antes de confesar—: Puede que me haya pedido que pose para uno de sus cuadros.

Julia arqueó las cejas.

—¿De verdad? ¡Qué descarado!

Redujo la velocidad de *Cossack* hasta llevarlo al paso para poder así prestar a su amiga toda su atención.

Evie hizo lo mismo con *Hefesto*, tenía los ojos color avellana muy abiertos.

Stella dibujó medio círculo con *Locket* para calmarla antes de volver a ocupar su lugar entre sus amigas.

—No pretendía insultarme. Si vierais su trabajo, os daríais cuenta de que es un honor.

—Aun así, posar para un cuadro no es aconsejable cuando una debe cuidar su reputación, ¿no? —opinó Evie con sensatez.

—Las modelos de artistas tienen una reputación propia —añadió Julia—. Y no es precisamente la clase de reputación a la que aspiraría ninguna jovencita.

—Sí, lo sé. Por eso le dije que no. —Hizo una pausa—. Al principio.

Sus dos amigas hablaron al mismo tiempo.

—¡No habrás aceptado posar para él! —exclamó Julia.

—Si se trata de ganar dinero para mantenerte... —empezó Evie.

—No se trata solo de dinero —interrumpió ella—. Aunque sí se ofreció a pagarme.

Julia se quedó boquiabierta.

—¡Cielos, Stella! ¿Cómo es posible que eso no te parezca un insulto?

—Dudo que fuera su intención —terció Evie—. En las pocas ocasiones que hemos coincidido, el señor Hayes me impresionó por lo mucho que le interesa el arte. Dudo que piense en otras cosas.

—No —convino Stella—. A decir verdad, es bastante franco. Al principio pensé que era una impertinencia, pero creo que se debe a lo mucho que le apasiona su trabajo y a su estado.

—De niño tuvo unas fiebres que le paralizaron las piernas —le comentó Evie a Julia—. Eso me dijo el señor Malik.

—De niño no —puntualizó Stella—. Lo cierto es que el señor Hayes no lleva más de cinco años en esa silla.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Julia.

—Veinticuatro —se apresuró a responder Stella.

Las otras dos intercambiaron una mirada.

Stella sabía lo que debían de estar pensando.

—Pasamos mucho tiempo juntos en Sutton Park. Y el señor Hayes es muy

sincero.

Un viento fresco agitó las ramas de los árboles que bordeaban el sendero frente a ellas. Se acercaban más jinetes, uno de ellos a paso rápido. Era un hombre mayor con un caballo castrado pardo, que avanzaba al trote largo. Al pasar tocó con la fusta el ala de su sombrero alto a modo de saludo silencioso.

Las tres inclinaron la cabeza.

—¿Eso es todo lo que inspiró tantas confidencias? —preguntó Evie, cuando el jinete pasó de largo—. ¿La sinceridad del señor Hayes?

—Eso y su deseo de pintarme —repuso Stella. —Me ha invitado a visitar su estudio el lunes por la tarde. Ya le he dicho que iré. Vendrá a recogerme al hotel.

—¡Caramba! —exclamó Julia.

—Esto cada vez suena más a cortejo —opinó Evie.

—No es un cortejo, os lo aseguro —comentó antes de que se emocionaran demasiado—. Se trata de arte, nada más. El señor Hayes se está esforzando mucho para convencerme de que pose para él. No hay nada más que eso.

—Entonces... —Julia frunció el ceño—. ¿Lo único que valora es cómo podrías quedar en su lienzo?

Dudó antes de responder. La verdad era que no sabía cómo la veía Teddy. Todos los elogios que le había prodigado habían sido en relación con sus encantos como posible modelo.

Excepto por lo que le había escrito sobre su beso.

Había dicho que fue un placer especial. Más agradable que los placeres que había disfrutado con sus musas parisinas.

Significara lo que significase eso.

—¿De qué otra manera podría verme? —preguntó al fin—. Como ha dicho Evie, está muy centrado en su trabajo.

—Se trata de dinero entonces —sentenció Julia muy seria.

—En parte, sí. —No se avergonzaba de reconocerlo—. Debo encontrar maneras de mantenerme. No puedo volver a Fostonbury.

Dudaba que Daniel la acogiera de nuevo en su casa. Y si le permitía volver a la vicaría, seguro que se lo haría pagar de algún modo.

Evelyn frunció el ceño, pensativa.

—Los honorarios que puedas recibir haciendo de modelo no bastarán para mantenerte. A menos que el señor Hayes te pague una suma exorbitante.

—E incluso aunque aceptaras dinero de él —terció Julia— eso no es lo mismo que una carrera. Tendrías que posar una y otra vez para todo tipo de pintores, y

me temo que algunos no son caballeros.

Stella guio a *Locket* al lado opuesto de Julia, de forma que el caballo castrado de Julia quedó entre la yegua y el semental de Evie. *Hefesto* rara vez provocaba a otros caballos, pero cuando estaban juntos, la yegua y el semental siempre adoptaban un paso más ágil y les temblaba más el hocico, cosa que los hacía aún más difíciles de controlar.

—No pienso convertirlo en una profesión —aseguró—. Tengo la intención de buscar otro empleo.

Julia la miró exasperada.

—No sé por qué no dejas que te ayudemos nosotras.

—Quizá porque nuestra ayuda solo conseguiría que fuera tan dependiente de nosotras como antes lo fue de su hermano —sugirió Evie.

—Eso es una tontería —le dijo Julia a Stella—. No nos parecemos en nada a tu hermano. Somos tus amigas.

—Y me gustaría que lo siguierais siendo —respondió—. Por eso no me iré a vivir con ninguna de vosotras. Al menos no para siempre.

—Pues de forma temporal —sugirió Evie—. Puedes instalarte conmigo por un tiempo. Necesitarás un lugar donde quedarte cuando Julia y el capitán Blunt regresen al condado de York. Solo hasta que te sitúes.

—¿Hasta que se sitúe como modelo de artistas? —Julia no hizo ningún esfuerzo por ocultar sus dudas—. Preferiría que regresaras al condado de York conmigo. El capitán Blunt y yo estaríamos encantados de que te quedaras en Goldfinch Hall. Tú y *Locket* podéis quedaros todo el tiempo que queráis. Hay mucho espacio.

—¿Y yo qué papel desempeñaría allí? —preguntó Stella—. ¿Sería tu dama de compañía?

—Serías mi amiga.

—No. En cuanto me mudara contigo, sería una invitada. Y nadie tolera a los invitados mucho tiempo. Ni siquiera los que caen bien. —Le dedicó a Julia una sonrisita—. Agradezco la invitación de todos modos.

Su amiga resopló.

—Eres demasiado orgullosa. Ese es el problema.

—Soy práctica. —Se irguió todo lo que pudo—. Encontraré un trabajo en Londres.

—¿Haciendo qué? —preguntó Julia.

Esa era la pregunta que se hacía desde que había dejado el condado de Derby.

—No lo sé —admitió—. No estoy cualificada para ser institutriz ni maestra. Lo cierto es que, aparte de montar a caballo y dibujar, no tengo ninguna habilidad.

Sus amigas protestaron a la vez.

—Sin embargo, se me da bien escuchar —siguió diciendo, sin inmutarse—. Y sé cómo debo comportarme en sociedad. Y lo que es más importante, soy experta en ser invisible. Todas esas cualidades me convertirían en la compañera perfecta de cualquier dama.

—¡Pensé que no querías ser dama de compañía! —objetó Julia.

—No de una de mis amigas. —Pensativa, fijó la vista entre las elegantes orejas grises de *Locket*—. Pero creo que podría soportarlo si con ello obtuviera un sueldo, alojamiento y comida.

—La mayor parte del sueldo sería tu alojamiento y comida —advirtió Evie.

—Valdría la pena si pudiera quedarme en la ciudad —repuso ella—. Podría alojar a *Locket*, *Crab* y Turvey en un establo cercano con los ingresos de mi herencia. El resto podría subvencionarse con lo que ganara en mi nuevo puesto. No tendría muchas necesidades.

—Para satisfacerlas, tendrías que vivir con desconocidos y estar sujeta a sus antojos. —Julia se acercó a ella—. ¿No preferirías vivir con una de nosotras? No te daríamos órdenes ni te obligaríamos a dormir en una buhardilla con corrientes de aire.

Stella volvió a sonreír a su amiga. Como era habitual, el corazón de Julia mandaba sobre su cabeza.

—La diferencia es que, si yo tuviera empleo, mis obligaciones estarían bien definidas. Sabría cuál es mi situación en el día a día. Nunca tendría que sentirme una carga, o... —Se le borró la sonrisa—. Un parásito.

Sus dos amigas volvieron a protestar al unísono.

—¡Jamás podrías ser una carga! —exclamó Julia.

—¿Te dijo eso tu hermano? —preguntó Evie.

—Sí —admitió. Tenía clavado en el corazón el comentario cruel de Daniel: le había hecho una herida que se negaba a sanar. No solo la entristecía. La hacía dudar de su valía.

Tal era el poder de las palabras. En especial las palabras duras de alguien a quien una había tenido cariño.

Lo único que podía hacer era intentar superar el dolor. Superar la duda.

Levantó la barbilla.

—Ya no importa. Esa parte de mi vida ha terminado. Ahora debo abrirme

camino y estoy decidida a hacerlo. Solo necesito encontrar a alguien que me dé trabajo. —Miró a Evie con esperanza—. ¿Crees que el señor Malik podría conocer a alguien?

Evie frunció el ceño.

—Hay bastantes viudas adineradas que frecuentan su tienda. Podría preguntarle si alguna necesita compañía.

—Y supongo que podría preguntarles a mis padres —propuso Julia—. Conocen a todos los médicos de la ciudad, además de a un montón de inválidos. Debe de haber alguno que busque compañía.

Stella se sintió agradecida y conmovida por los esfuerzos de sus amigas para ayudarla.

—Gracias —dijo—. A las dos. Sois encantadoras, de verdad.

Julia acercó a *Cossack* a Stella.

—¿Estás segura de que es lo que quieres?

—Sí —reconoció Stella con más convicción de la que sentía. *Locket* brincaba y resoplaba bajo ella. Percibía la ansiedad secreta de Stella. No había forma de ocultársela. Acarició el cuello de la yegua para calmarla. Pero solo lo conseguiría con un buen galope.

Hefesto sacudió la cabeza como si quisiera expresar su silencioso acuerdo y *Cossack* lo secundó moviendo la cola.

—¿Los dejamos correr un poco antes de que haya demasiada gente? —preguntó Stella.

No esperó a que sus amigas respondieran. Se inclinó hacia adelante en la silla de cuero y apoyó ligeramente el talón izquierdo contra el costado de *Locket*. La yegua respondió a la señal como un rayo. Cualquier intención que Evie y Julia tuvieran de seguir interrogando a Stella más a fondo sobre su incierto futuro quedó ahogada por el estruendo de los cascos cuando sus caballos también echaron a correr.

❋❋❋

Teddy llegó al hotel Brown de la calle Albemarle el lunes por la tarde, a las dos en punto. Vestía una chaqueta holgada de lana melton sobre un chaleco negro y pantalones a juego. Había conducido directamente desde la calle Half Moon y, al llegar, había dejado su carreta al cuidado de uno de los lacayos del hotel.

El Brown era un establecimiento lujoso, como una casa de campo elegante a la que nadie prestara atención; tenía las paredes recubiertas de paneles oscuros,

alfombras elegantes en el suelo y había gente distinguida deambulando por los pasillos. Jennings le abrió la puerta a Teddy para que entrase con su silla de ruedas al salón del hotel.

Stella lo esperaba allí, sentada al borde de un sillón con un tapizado lujoso. No estaba sola. Una dama y un caballero esperaban con ella sentados uno al lado del otro en el sofá de enfrente. Supuso que se trataría de sus anfitriones: el capitán y la señora Blunt.

Ella era una mujer joven, de ojos azules, cabello azabache y menuda. Su esposo, un hombre moreno e imponente con una cicatriz irregular en el rostro.

Al ver a Teddy, un destello de alivio asomó al rostro de Stella. Se puso de pie cuando el recién llegado se acercó a ellos, y se alisó con timidez su vestido de viaje. Estaba confeccionado en seda lisa color tabaco, realzado con un discreto adorno de terciopelo negro.

El capitán y la señora Blunt se levantaron del sofá al mismo tiempo.

—Señorita Hobhouse —saludó Teddy con una inclinación de cabeza.

—Señor Hayes. —Stella hizo una breve reverencia—. Le presento a mis amigos, los señores Blunt.

El capitán inclinó la cabeza y su esposa miró al recién llegado con evidente curiosidad.

—¿Cómo está?

—Capitán, señora... —Hizo una especie de reverencia—. Es un placer.

La Señora Blunt se acercó.

—Es usted artista, ¿verdad? Y ha venido desde París.

—Vía Devon —respondió—. Estuve hace poco en la costa visitando a unos amigos.

El capitán Blunt frunció el ceño.

—¿Se hospeda con el señor Finchley en la calle Half Moon?

—Sí, señor. Suelo quedarme con ellos cuando estoy en la ciudad. El esposo de mi hermana es como un hermano para el señor Finchley.

La respuesta pareció satisfacer un poco al hombre, quizá más convencido ahora de que Hayes no era un demonio peligroso con intención de arruinarle la vida a Stella.

—Es un tipo excelente —afirmó—. Mi esposa y yo lo conocemos.

—Es un caballero de primera, estoy de acuerdo. —Teddy miró a Stella y sonrió —. ¿Está preparada para nuestro paseo?

—Claro. —Ella se volvió hacia sus amigos—. Siempre que no tengan ningún

inconveniente.

—¿Qué clase de coche conduce, señor Hayes? —preguntó de pronto el capitán —. ¿Un tílburi?

—Una carreta. Es un carruaje abierto.

—¿Y su caballo? Espero que no sea muy salvaje.

—Todo lo contrario. *Samuel* preferiría dormitar antes que morder la embocadura.

—¿Adónde se dirige? ¿A Hyde Park?

—A Covent Garden. Regresaremos en una hora.

Stella le clavó los ojos a la señora Blunt y esta deslizó la mano por el brazo de su esposo.

—Estoy segura de que estará bien, mi amor.

—Cuidaré de ella, señor —les prometió Teddy a ambos—. Pueden estar tranquilos.

El capitán Blunt sacó su reloj de bolsillo y miró la hora.

—Espero que la señorita Hobhouse regrese a las tres.

—Seguro —prometió el señor Hayes—. ¿Señorita Hobhouse? ¿Vamos?

—Claro.

Al poco, estaban sentados en la parte delantera de la carreta, y Jennings y la silla de ruedas, acomodados en la parte trasera.

Teddy miró a Stella con interés mientras le daba orden a su caballo para que iniciara la marcha.

—El capitán Blunt se muestra bastante protector contigo.

Ella apoyó una mano en el asiento, entre ambos. Su falda estaba pegada a la pierna de Teddy, igual que había ocurrido durante su paseo en trineo.

—Solo porque le prometió a mi hermano que me cuidaría. Y solo porque soy amiga íntima de su esposa. Me parece que, si Julia se lo pidiera, sería capaz de conseguirle la luna. Se casaron por amor, ¿sabes?

Él lo había deducido por cómo se miraban.

—Se casaron el verano pasado —siguió Stella—. Lo cierto es que todas mis amigas se han casado hace poco. La boda de Anne fue la semana pasada.

—Leí la noticia sobre el enlace en el periódico. Parecía un gran acontecimiento.

—El mayor de los últimos tiempos. La condesa de Arundell no hace nada a medias.

Stella contempló el tráfico de la tarde. Los carruajes y ómnibus provocaban al pasar un estrépito de ruedas de madera y cascos de acero.

Teddy se movía con soltura entre ellos, y a *Samuel* se le veía del todo imperturbable ante el tráfico invasor. Aunque el conductor se mostraba algo menos entusiasmado. Seguía pensando en la discusión que había tenido con su hermana y su cuñado, y en ese maldito ultimátum que Alex le había impuesto y en lo que significaría para su plan de pintar a la señorita Hobhouse.

Claro que no podían obligarlo a tomar el barco en contra de su voluntad. Las cosas aún no habían llegado a ese extremo. Alex solo le había planteado una disyuntiva. Una falsa elección, sin duda, pero una elección, al fin y al cabo. Podía acompañarlos de vuelta a Francia, manteniendo así la armonía, o quedarse en Londres, cosa que le rompería el corazón a Laura y en el proceso pondría en peligro su salud y la de su hija.

¿Qué debía hacer un hermano devoto, un hermano que ansiaba desesperadamente su libertad?

La única solución caballerosa era aceptar la tutela de los Finchley de forma temporal. Se quedaría con ellos durante los siguientes meses. Sabía que no interferirían en su trabajo. Eran personas sensatas, y también sensibles.

Eso no conseguía que la perspectiva de su acompañamiento le pareciera menos molesta. Rechazaba la mera idea por principios.

—Háblame de tu estudio —le pidió Stella—. ¿Mencionaste que se encuentra en Covent Garden?

—En Maiden Lane.

Ella frunció el ceño.

—¿Maiden Lane? No recuerdo...

—Es donde nació Turner.

Stella sonrió divertida.

—Ah, sí. Pero ¿no me estarás diciendo que de verdad has conseguido alquilar una casa allí?

Teddy se animó al recordar cómo se sintió cuando el señor Chakrabarty lo guio por las estancias inferiores de la casa. Enseguida supo que era el lugar indicado para él.

—Sí. La propiedad acaba de quedar libre, aunque está bastante abandonada. El agente estuvo a punto de no enseñármela.

—¿No será la casa del señor Turner?

—Por supuesto que no. La derribaron hace siglos. —Guio a *Samuel* para rodear un coche de alquiler que bloqueaba la carretera—. No, este lugar está más lejos. Pero lo importante no es la casa en sí, sino la ubicación de la calle. Está cerca del

río.

—¿Por qué es importante?

—El agua. La niebla. La atmósfera.

—¿La luz?

—Y la luz. —Esbozó una sonrisa fugaz—. La casa en sí no es como me gustaría, pero por fuera... sí. Es exactamente lo que busco.

Las bulliciosas calles de Covent Garden, con sus teatros, puestos de fruta y mercado de flores, estaban a solo un kilómetro y medio del lujoso hotel Brown, en Mayfair. Teddy continuó conduciendo hacia el norte del Strand. Tras pasar una calle tras otra, por fin llegó a una estrecha callejuela flanqueada a ambos lados por tiendas, talleres de cerámica y bloques de viviendas particulares muy apiñados.

Redujo la marcha frente a una casa de ladrillo rojo de tres plantas, ligeramente hundida, con un arco de madera blanca y astillada en la entrada. Un único escalón bajo conducía a la puerta de entrada.

Stella contempló el lugar con vacilante curiosidad.

—¿Esta es la tuya?

—Desde hace dos días, sí. —Teddy observó pensativo los tablones que cubrían parcialmente las ventanas y la pintura desconchada del arco de la puerta y los marcos. La construcción era vieja y tenía los cimientos torcidos, pero, gracias a su acogedora entrada y el efecto que producía la luz del sol al reflejarse en los vidrios emplomados, tenía mucha personalidad—. No tendrá este aspecto mucho tiempo. Contrataré albañiles, pintores y empapeladores enseguida. Con unas pequeñas reformas, quedará como nueva.

Poner la casa en condiciones le costaría a Teddy la mayor parte de sus ingresos de la perfumería, pero pensaba que valdría la pena. La inspiración era una parte importante del arte. Y aquel lugar, con su evidente encanto y su ubicación histórica, era la viva imagen de la inspiración.

Todavía sentada en la carreta, Stella observó la destartalada propiedad, desde el tejado maltrecho hasta la mampostería agrietada. Se le iluminó la cara cuando vio un gato blanco y negro paseando tranquilamente junto a la escalera.

—¿Viene con la casa? —preguntó.

Teddy ya había visto al animal en su visita a la propiedad con el señor Chakrabarty. El peludo felino le recordaba un poco a *Magpie*.

—Que yo sepa, no tiene domicilio fijo.

—Pobrecito —se apiadó ella—. Ahora que has alquilado la casa, debes encargarte de alimentarlo.

—Me parece que está bastante bien alimentado —observó él—. Seguro que ya está recibiendo comida gratis de todos los tenderos de la calle.

—Lo dices como si fuera un mercenario.

—La mayoría de los gatos lo son. Lo digo con cariño. Mi familia tiene un gato, no muy distinto a este. Se llama *Magpie*. Y es un mercenario de tomo y lomo.

Ella lo miró con curiosidad.

—Nunca lo mencionaste.

—¿Debería haberlo hecho?

—Podrías haberlo dicho. Me estoy dando cuenta de que, aparte del arte, y del hecho de que hubo un tiempo en que amaste a una joven llamada señorita Talbot, no sé mucho de ti.

—Amor es una palabra muy fuerte por lo que respecta a la señorita Talbot. En cuanto a eso de que no sabes nada de mí... Sabes que mi familia fabrica agua de lavanda. Y sabes que estudié con Charles Gleyre en París.

—Otra vez el arte —señaló.

—Muy bien. ¿Qué te parece si te digo que no solo me gustan los gatos? También me gustan los perros. Y los pájaros. Disfruto visitando la costa. Prefiero la ciudad al campo, Beethoven a Brahms, y mi postre favorito es la carlota rusa.

Stella bajó la cabeza para ocultar una sonrisa.

—¿Entramos? —añadió Teddy.

Ella parpadeó. Era evidente que no esperaba que bajaran del vehículo.

—¿Podemos...? —Se le trabó la lengua al ponerse nerviosa por un momento—. ¿No te resultará demasiado incómodo o difícil...?

—Claro que no. —Llamó a su criado—. Jennings, ¿podría ayudar a la señorita Hobhouse a bajar?

Stella no objetó nada más mientras el sirviente la ayudaba a bajar de la carreta. Luego esperó en silencio mientras atendía a Teddy.

Fue un proceso minucioso: primero sacó la silla de ruedas de la parte trasera de la carreta y la colocó en el umbral de la casa. A continuación, bajó a Teddy del asiento del conductor y, tras dejar al plácido *Samuel* dormitando con las riendas puestas, lo llevó hasta la entrada, hasta la silla.

Teddy no miró a Stella mientras Jennings llevaba a cabo la maniobra. Estaba concentrado en hacer su parte: tenía los dientes apretados y los músculos del cuello tensos a causa del esfuerzo para agarrarse a los hombros del sirviente. Solo cuando estuvo bien instalado en la silla de ruedas, volvió a mirarla. Tenía el rostro acalorado por el esfuerzo.

O tal vez era vergüenza.

Ella había presenciado su momento de máxima debilidad: tanto al subir a la carreta como al bajar. Lo había visto vulnerable y dependiente, igual que cuando se subió con ella en el trineo en Hampshire.

No quería que lo viera así, como un hombre que debía depender de la fuerza de los demás. Prefería que pensara que era fuerte.

Jennings usó la llave que Teddy le dio para abrir la puerta de la casa. La abrió de par en par antes de alejarse del umbral para facilitar el acceso con la silla de ruedas.

El gato moteado los observaba desde una distancia prudencial, con los ojos entornados y moviendo la cola.

Stella volvió a mirar al caballo. Por el camino sopló una ráfaga de viento que le agitó el dobladillo de la falda y alborotó las anchas cintas de seda de su capota.

—¿Quién se quedará con *Samuel*?

—Jennings. No lo necesito para lo que vamos a hacer ahora. —Se detuvo en el umbral—. Después de ti.

Capítulo 23

Stella podría haberse negado. A decir verdad, debería haberlo hecho. Una joven no debía entrar a solas en una casa vacía, ni en un lugar tan privado, con un caballero. Pero conocía a Teddy y confiaba en él. Y tenía demasiada curiosidad como para negarse la oportunidad de ver su futuro estudio con sus propios ojos.

Entró en el pequeño y sombrío recibidor, con su empinada y estrecha escalera, y esperó a que él entrara detrás. Dejó la puerta principal abierta haciendo una pequeña concesión al decoro.

—Esta parte no es muy impresionante —reconoció—. Pero a continuación hay cuatro estancias espaciosas.

Se deslizó por el pasillo hasta una puerta que se abría a la izquierda. Conducía a un amplio salón flanqueado por varias ventanas. Una de ellas era el mismo ventanal con vistas a la calle y medio oculto por unos tablones que Stella había observado desde la carreta. Los rayos de luz se filtraban a través de la suciedad y proyectaban destellos que bailaban sobre los polvorientos listones de madera del suelo.

—El último inquilino usaba esto como sala de estar, y los anteriores como estudio, biblioteca y sala de música. Pero yo le daré otro uso.

La señorita Hobhouse avanzaba a su lado mientras inspeccionaban la espaciosa estancia juntos. Había muebles abandonados en cualquier rincón: un sofá hundido con el relleno desprendido y una silla alta apoyada en la esquina con un cojín de damasco roto. Frente a la ventana se situaba un amplio asiento de madera construido para ese lugar, y en su acabado lacado se advertían varios arañazos profundos.

—¿Será este tu estudio? —preguntó, mirando a su alrededor.

—Sí. No solo por la luz, sino porque está en la parte delantera de la casa. Será menos pesado si la gente entra a ver mis cuadros.

—¿Y las habitaciones traseras serán tu residencia privada?

Teddy asintió.

—Una sala de estar y dormitorios para mí y para Jennings.

Lo siguió para ver las demás estancias. Estaban tan sucias como el salón

principal, pero Stella veía sus posibilidades.

—Todas tus necesidades estarán cubiertas en la planta baja. No tendrás que subir.

—Esa es la idea.

—Pero debe de haber varias habitaciones arriba.

—No muchas, en realidad. Solo las suficientes para una cocinera y algún invitado ocasional. Puedes subir a verlas si quieres.

—¿No te importa?

—Claro que no.

Stella consideró por un momento la posibilidad de declinar por cortesía. Pero solo fue un segundo. Se dejó vencer por la curiosidad.

—Será solo un minuto —prometió.

—Aquí te espero. —Teddy detuvo la silla de ruedas junto al gran ventanal de su futuro estudio—. Baja cuando termines.

Ella volvió a la escalera del recibidor. La barandilla era de roble macizo y se encontraba en buen estado, solo tenía un pequeño rasguño en uno de los postes. La examinó un instante mientras subía, y también observó los acogedores dormitorios de arriba. No había corriente de aire. Ni humedad. Con un poco de pintura, papel y algunos muebles coloridos, la casa no solo sería habitable. Sería acogedora. Encantadora. No había duda de que sería un hogar.

Al bajar las escaleras, encontró al señor Hayes esperando en el mismo lugar junto a la ventana donde lo había dejado. Se le veía pensativo.

Sonrió un poco al verla.

—¿Y bien? ¿Cuál es el veredicto?

—Me gusta muchísimo. —Se acomodó en el asiento de la ventana y lo miró a los ojos. Prefería hablarle así que estar de pie a su lado. Era más agradable. Más íntimo—. Estoy convencida de que serás muy feliz aquí.

—Sí, bueno... —Se pasó una mano por el pelo—. Esa es la idea.

Stella respiró hondo y dejó escapar un suspiro soñador mientras volvía a contemplar la luz que entraba por las ventanas. No era la estancia más luminosa del mundo. Sin duda, no era tan luminosa como el pequeño salón de Sutton Park. Pero había algo etéreo en ese espacio. Casi mágico.

Quizá fuera el brillo de la grasa en los cristales. O quizá fuera el hecho de que estaban solos, del todo.

—¿Es aquí donde me pintarías? —preguntó.

—Sí.

—Y me pagarías, según decías en tus cartas.

A su astuta mirada gris azulada asomó una intensidad repentina.

—Lo has estado considerando.

—Confieso que sí.

—¿Y?

A Stella se le aceleró el pulso. Sabía muy bien lo que hacía. Estaba arriesgando su reputación. Su futuro. Pero estaba buscando un empleo. En ese sentido, la decisión era práctica, no imprudente. Cualquier pago que recibiera de Teddy lo usaría para cubrir sus gastos.

—He decidido hacerlo —afirmó.

A él le brillaron los ojos. Pero no dijo nada. Solo la miró fijamente.

Ella temió no haberse expresado con claridad.

—Posaré para tu cuadro —aclaró—. Si todavía quieres...

—Desde luego —aseguró—. No te quepa duda. Yo solo... —Se interrumpió—. Últimamente las cosas se han complicado un poco. Pero... de todas formas... seguiré usando la casa como estudio. Siempre que las reparaciones se puedan hacer con rapidez y tú tengas libertad para venir todos los días hasta que el retrato esté terminado. Podrían pasar meses. Y como regresas al condado de Derby la semana que viene...

—No voy a volver.

Teddy le clavó los ojos y a Stella se le aceleró el pulso.

—¿Qué?

—No voy a volver jamás. —Le contó lo ocurrido en la vicaría: el ultimátum de Daniel y la seca respuesta que ella le había dado—. Así que, como ves, ahora estoy completamente sola y tengo total libertad para hacer lo que quiera.

En lugar de animarse con la noticia, Teddy pareció disgustarse. Se le ensombreció el rostro con evidente preocupación.

—Pero... ¿dónde vivirás?

—Cuando la señora Blunt y su esposo regresen al condado de York, me quedaré con la señora Malik por un tiempo. Pero eso será solo una solución provisional. Tengo la intención de buscar empleo.

—¿Haciendo qué?

—Lo único para lo que estoy cualificada. Encontraré trabajo como dama de compañía. Ya soy experta en pasar desapercibida. La única diferencia es que ahora, con suerte, recibiré una compensación por ello.

Teddy frunció sus cejas de ébano de tal modo que adoptó un aire siniestro. No

parecía nada entusiasmado. Más bien al contrario.

—Me vendrá de maravilla —siguió diciendo Stella, intentando aclarar lo que decía—. Pagaré los gastos de *Locket* con los ingresos de mi herencia y cubriré mis demás necesidades con el sueldo de mi futuro trabajo. Y para cualquier otra cosa, usaré el dinero que gane posando para ti. —Lo miró con curiosidad—. Así que no intentes escatimar.

Hayes no se rio con la broma. Ni siquiera sonrió.

A ella se le borró la sonrisa; estaba tan indignada que se le apelmazó el pecho.

—No lo apruebas.

—No —reconoció sin rodeos—. No lo sé.

—¿Puedo preguntar por qué?

Giró un poco la silla para distanciarse. Dejó ver una expresión dura y seria en el rostro.

—Acabas de contarme tu plan maestro para convertirte en una persona invisible el resto de tu vida. ¿Dama de compañía? Una esclava, más bien. Aunque puedas salir a montar dos veces al día y galopar a toda velocidad, el resto de las horas las pasarás cumpliendo las órdenes de alguna dama prepotente que esperará que te mimetices con el entorno.

—¿Qué crees que he estado haciendo los últimos veintidós años? —preguntó ofendida—. Que monte con desenfreno y que una vez hiciera la tontería de teñirme el pelo no significa que no esté familiarizada con la monotonía del día a día.

—Lo sé. He visto cómo te esfuerzas por conseguirlo. Incluso en Rotten Row.

Stella se estremeció. ¡Y ella que se veía tan guapa con ese traje de montar!

—¿Qué pasó allí?

—Te cubriste el pelo.

—Siempre lo hago cuando monto.

—¿Porque quieres pasar desapercibida? —Se alejó con la silla hasta que le dio la espalda—. Cómo empiezo a despreciar esa palabra.

Stella se abstuvo de señalar que era su cabello lo que quería que pasara inadvertido, no el resto. Pero no era asunto de Teddy. No tenía derecho a juzgarla.

—Y esto lo dice el caballero que se negaba a participar en las salidas de Sutton Park solo porque no quería que la gente viera cómo lo suben y lo bajan de la silla.

Se puso tenso.

Stella temió haber ido demasiado lejos. Se levantó para acercarse.

—Pero no te juzgo por eso —se apresuró a añadir—. Porque entiendo el

impulso. —Se detuvo a varios metros de él, frustrada—. En cualquier caso, no sé qué tiene que ver todo eso con la posibilidad de que pose para ti. ¡Con lo mucho que insististe, pensé que estarías encantadísimo!

Teddy refunfuñó algo en voz baja.

Stella se acercó a él.

—Disculpa. ¿Qué has dicho?

—He dicho que te mereces algo más que una vida en segundo plano —gruñó.

Ella se sorprendió tanto que sintió una oleada de emoción. La reprimió sin piedad.

—Sí, bueno... La gente rara vez consigue lo que se merece. Hay que ser sensato. Por eso he decidido ser dama de compañía. Mis amigas me están buscando posibles colocaciones. Espero encontrar algo antes de un mes. Así que, a menos que puedas sugerir una alternativa más favorable para...

—Tal vez haya una —la interrumpió—. Algo que nos convendría más a ambos.

Stella no sabía qué tenía que ver él con todo aquello, pero le preguntó de todas formas.

—¿Qué propones?

—Precisamente eso. —Fue entonces cuando Teddy giró la silla para mirarla—. Quiero hacerte una proposición.

❋❋❋

Stella lo miró perpleja.

—¿Disculpa?

Teddy la miró y apretó los dientes. Los músculos de sus brazos, hombros y abdomen se contrajeron como si se prepararan para recibir un golpe. Pero no pensó en las consecuencias para su orgullo. Solo pensó en lo que Stella necesitaba en ese momento.

Y en lo que él necesitaba.

—Te estoy pidiendo que te cases conmigo —dijo.

Ella se quedó de piedra. Pálida.

—Veo que la idea te impacta.

—No. Es decir...

—Antes de que te niegues rotundamente, permíteme presentarte mis argumentos. —Carraspeó. De repente, sentía que la corbata le atenazaba la garganta—. Para empezar, tú necesitas un hogar propio. Yo tengo uno. Una casa lo bastante grande, con espacio de sobra para ti y tu yegua. Hay una cochera en la

parte de atrás. ¿Lo he mencionado?

—No —repuso con un hilo de voz.

Él siguió sin inmutarse.

—En segundo lugar, necesitas tu independencia. Yo también estoy en posición de dártela. ¿Qué mujer tiene más independencia que una mujer casada? Podrías ir a donde quisieras, con quien quisieras. Ya no habría nada que te detuviera.

Stella abrió la boca para hablar.

Teddy se le adelantó.

—En tercer lugar, necesitas un profesor de dibujo. ¿Quién mejor que yo? Podría enseñarte aquí. Sería un placer hacerlo. —Continuó antes de perder el valor—: En cuanto a los otros impedimentos, por el hecho de que estaríamos casados y nos veríamos obligados a vivir juntos, repito: la casa es grande. Podrías tener la planta de arriba para ti sola y yo la de abajo. Solo tendríamos que vernos cuando te pintara o cuando te ayudara con tus bocetos.

Stella adoptó un aire de reticente comprensión.

—Me estás proponiendo un matrimonio de conveniencia.

—Algo así, sí.

Teddy se preguntó por qué no se le habría ocurrido antes. Resolvería de un plumazo los problemas de ambos: su deseo de establecerse por su cuenta y la necesidad de ella de una casa propia. No le cabía duda de que podrían lograrlo. No eran un par de necios.

Stella se cruzó de brazos y se acercó a la ventana. El dobladillo de su falda ribeteada de terciopelo rozaba suavemente los listones del suelo y levantó algunas motas de polvo. Tenía la espalda muy recta.

—Pero tú no quieres casarte conmigo.

—¿No?

—No quieres casarse con nadie. Tú mismo me lo dijiste. No quieres que nadie te moleste.

—¿Y tú me molestarías?

—Me atrevería a decir que sí. —Lo miró por encima del hombro con una fugaz sonrisa amarga—. Puede que sea tranquila y modesta la mayor parte del día, pero no te equivoques, tengo un lado salvaje. A veces se manifiesta de las formas más alarmantes.

Teddy se relajó un poco. Comprendió lo que quería decir. Ya había observado el carácter de Stella bajo su fachada de dama. Había sido precisamente eso lo que le había llamado la atención por primera vez hacía tantos meses. No fue su serenidad

ni su seriedad, sino el espíritu indomable que se escondía en su interior, tan audaz e impredecible como el mar embravecido de un cuadro de Turner.

—No podría alarmarme aunque lo intentara —aseguró.

—No estés tan seguro. —Stella tiró inquieta de los dedos de uno de sus guantes —. Me gusta ir rápido. Arriesgarme de vez en cuando. Sentir que estoy a un segundo del peligro.

—Cuando galopas con tu yegua, lo sé.

—No solo cuando salgo a galopar, sino de otras maneras. Por mucho que intente comportarme bien, no puedo evitar hacer cosas impulsivas. Podría exponerte al escándalo.

—¿Qué me importa el escándalo? Soy artista, no un vicario rural.

—Un artista que también debe pensar en su reputación. ¿Y si mi conducta diera lugar a comentarios malintencionados? ¿Y si...? ¿Y si algún miembro de la alta sociedad me convirtiera en un hazmerreir?

—Esa posibilidad es muy remota, sin duda.

Ella fingió una risita.

—No tan remota. Ya escribieron un poema sobre mí una vez. Fue un gesto muy poderoso. Unas pocas frases compuestas de cualquier manera bastaron para terminar casi por completo con mi reputación.

—¿Un poema? —Teddy arqueó una ceja. Era la primera vez que oía algo así—. ¿Qué decía?

—Que yo era un espectro gris en busca de marido, como si fuera una especie de súcubo decrépito.

La comparación le arrancó una carcajada.

Pero Stella no se reía.

—Ya fue bastante duro tener que asimilarlo. Pero te aseguro que no te hará ninguna gracia que te tomen a broma justo cuando apenas estás empezando tu carrera artística. Y menos cuando voy a ser la modelo de tu primera gran obra.

Teddy se acercó un poco a ella con expresión seria.

—¿Quién lo escribió?

—¿El poema? No lo sé. Era anónimo.

—Debes de tener tus sospechas.

—Ninguna. Había un montón de jóvenes lores burlones rondando por allí cuando hice mi debut. Cualquiera de ellos podría haber sido el culpable, o más de uno. La cuestión es que solo puedo mostrarme serena y callada por un tiempo, y luego...

—Olvídate de eso de ser serena y callada —replicó él en un arrebato de apasionada impaciencia—. ¡Te pido que llames la atención conmigo! Que te cases conmigo y vivamos juntos aquí, en Maiden Lane. Podremos hacer lo que queramos, cuando queramos. No habrá nada ni nadie que nos controle, salvo los límites de nuestras propias inclinaciones.

Stella se volvió hacia él. Había una tormenta en sus ojos. Él la había confundido. La había abrumado.

—No sé lo que quiero —admitió—. Nunca he tenido la libertad de descubrirlo.

Teddy sintió una intensa ternura. Empujó la silla hasta el otro lado de la habitación para unirse a ella junto a la ventana.

—Si nos casamos, tendrás toda la libertad que necesitas —aseguró—. No puedo prometerte una vida convencional, pero sí eso.

Stella se sentó muy despacio en el asiento de la ventana para mirarlo a los ojos.

—¿Toda la libertad que un esposo está dispuesto a dar a una esposa?

—Más —prometió—. No nos casaríamos para satisfacer alguna convención social anticuada. Nos casaríamos para complacernos a nosotros mismos.

—¿A ti te complacería?

—¿Y a ti?

Stella apartó la mirada un segundo.

—Supongo que, en el fondo... siempre había esperado casarme por amor, como mis amigas.

Él sintió la amenaza de un rechazo inminente. ¡Dios santo! Después de todo, del riesgo para su orgullo, para su corazón, ¿de verdad iba a rechazarlo? Cuando habló tenía la voz ronca.

—¿Tienes a alguien en mente? ¿Otro caballero?

—No. Nunca he conocido a nadie que me gustara lo suficiente. —Lo miró a los ojos. Se hizo un silencio infinito—. Hasta que te conocí a ti.

Teddy tragó saliva con dificultad.

—Pues ya está. Ahí tienes la respuesta. Puede que no sea amor, ni romance, ni un cortejo intelectual que haya surgido durante la temporada, pero nos gustamos bastante. Es más de lo que pueden presumir la mayoría de las parejas.

—¿Y qué hay de los hijos? —preguntó ella.

A Teddy se le encogió el estómago.

—¿A qué te refieres?

—¿Quieres tener hijos?

—¿Y tú?

Stella se ruborizó.

—¿Y si los quisiera?

La sospecha implícita acaloró a Teddy. Debería haber imaginado que ella se atrevería a abordar el asunto.

—Soy capaz —afirmó—, si es eso lo que preguntas.

Era la verdad, hasta donde él sabía, aunque aún no lo había puesto a prueba del todo. A pesar de las numerosas prostitutas que habían acudido a posar en el taller, que en su mayoría mantenían relaciones con los otros artistas, él aún no había experimentado un contacto íntimo total.

No porque fuera excesivamente mojigato, ni por algún ideal romántico exagerado. Era una cuestión de vulnerabilidad. Tendría que confiar en una mujer, debería fiarse del todo. Y tal vez algo más. No tenía por qué ser amor, pero sí exigía cierto afecto y cariño mutuos. Tendría que existir eso entre ellos, al menos, para compensar cualquier dificultad.

Y era muy posible que surgieran dificultades.

¿Y si las cosas no salían como él esperaba? ¿Y si perdía el control? ¿Y si hacía el ridículo?

Una prostituta habría gestionado sus deficiencias con una aburrida profesionalidad. Pero nunca había querido vivir esa experiencia con una desconocida a la que solo le interesara su dinero.

—Entonces, ¿querrías...? —Stella se esforzó por encontrar las palabras—. ¿Esperarías...?

—No tengo expectativas al respecto —reconoció—. Pero creo que podríamos llegar a un acuerdo. Si eso es lo que quieres de verdad.

Su rubor se intensificó y su tez pasó del rosa pétalo al carmesí.

—No... Solo me preguntaba... Si nos casamos...

Él le tomó la mano y acalló así su avergonzado tartamudeo.

—Solo te pido que me des tres meses para terminar este cuadro. Después, tendrás todo el tiempo del mundo.

Stella guardó silencio mientras consideraba la propuesta. Tras hacerlo, pareció recomponerse.

—Por muy tentador que parezca el acuerdo... no quiero un matrimonio de conveniencia.

Teddy sintió el rechazo como un puñetazo. Estuvo a punto de soltarle la mano. Pero entonces...

—Si nos casamos —añadió ella—, tengo la intención de enamorarme de ti.

Él se esforzó por mantener la compostura.

Se había equivocado. No lo estaba rechazando. Estaba subiendo la apuesta. Hablaba de amor, no de gustarse. Ni de conveniencia. Sino de amar.

La miró fijamente.

—Si eso sucediera me sentiría honrado.

La respuesta pareció disipar las dudas de Stella. Respiró hondo y se puso seria.

—Necesitaríamos firmar algún tipo de acuerdo legal para proteger a *Locket*. No soy tan ignorante como para dejarla en manos de un marido. Ni siquiera de un marido poco convencional como tú.

Teddy esbozó una sonrisa de medio lado.

—Conozco a un abogado excelente.

—Y debo proteger mi herencia. —El rubor que brillaba en las mejillas de Stella discrepaba del tono pragmático que había adoptado—. Me niego a quedarme desamparada si todo se desmorona.

—Tendrás todo lo que necesites —prometió él.

—¿Y qué necesitas tú?

—Solo a ti.

—Solo a mí para que te haga de modelo, querrás decir.

—Quiero decir que te necesito a ti —insistió él. Le estrechó la mano—. Y si alguien vuelve a tener la temeridad de insultarte, con su poesía barata o mediante cualquier otro método, te prometo que, en adelante, deberá responder ante mí.

A Stella se le desencajó el rostro. Apartó la mano con los ojos llenos de lágrimas.

Teddy se acercó a ella disgustado.

—¿Qué he dicho? Mi intención era tranquilizarte, no molestarte.

Ella se secó las mejillas.

—Es una tontería. Es solo que... nadie me ha defendido nunca, excepto mis amigas. Mi hermano siempre insinuaba que cualquier insulto era culpa mía por inspirarlos. Decía que era demasiado descarada y testaruda...

Teddy estaba empezando a despreciar al santurrón hermano. ¡Cómo era posible que alguien intentara empañar su brillantez!

Alzó las manos para enmarcar su rostro y acallarla. Ella se interrumpió y lo miró con temblorosa incertidumbre. Teddy advirtió que respiraba de forma entrecortada.

—Sé descarada —le dijo—. Sé obstinada. Sé tú misma siempre que lo desees, y más. Una vez casados, tú y yo solo responderemos el uno ante el otro.

A Stella le temblaron los labios.

Teddy ya se había inclinado hacia ella. Apenas quedaban unos centímetros entre ellos, la mezcla de sus respectivos alientos, el calor y la estimulante fragancia de lilas aumentaban la tensión. La tentación era demasiado grande para resistirla. Acortó la distancia con el corazón acelerado y la besó.

Stella cerró los ojos. En su garganta latía un suave murmullo de consentimiento.

El sonido provocó una oleada de calor salvaje en las venas de Teddy. Pero no se precipitó. Aquello era demasiado importante. La besó de nuevo, con apasionada determinación.

Ella lo agarró de las muñecas mientras él le acunaba el rostro, pero no trataba de reprimirlo, lo estaba atrayendo en lugar de apartarlo. Los labios de Stella cedieron bajo los de Teddy, cálidos y dulces, y le devolvió el beso, tal como lo había hecho en Hampshire.

La mugre de la casa desapareció. La suciedad, el polvo y las ventanas manchadas de grasa medio tapiadas. No había nadie más, ni Jennings, ni la familia de Teddy, ni ninguno de los amigos de Stella. Solo estaban ellos dos.

«Tengo la intención de enamorarme de ti», había dicho ella.

Pero el señor Hayes ya se había enamorado, sin proponérselo. Lo sabía, no tenía ninguna duda.

Al poco, se separó de ella. Recorrió las curvas sonrojadas de sus mejillas con los pulgares: tiernos, tranquilizadores, claramente posesivos. Estaba hecha para ser suya. Lo supo desde la primera vez que la vio.

—Entonces, ¿qué dices, mi hermosa estrella brillante? —preguntó con la voz ronca—. ¿Es un sí?

Stella lo miró. Tenía los labios hinchados y la respiración entrecortada. A sus ojos, húmedos por las lágrimas, asomó un brillo decidido.

—Sí, Teddy, me casaré contigo.

Capítulo 24

El salón del piso superior de la casa de los Finchley en la calle Half Moon era un acogedor santuario, lleno de mullidos sofás y sillas de chintz, otomanas adornadas con borlas y mesas de madera oscura con enormes pilas de libros encuadernados en cuero y diversos objetos de los viajes de la familia a la India y otros lugares. En un rincón había un pequeño pianoforte repleto de partituras: las obras de Chopin y Brahms se mezclaban con las melodías modernas del *music hall*.

Ya habían encendido la chimenea para la noche. Las brasas ardían con alegría y desprendían más calor que un fuego de leña.

Había empezado a llover de nuevo a última hora de la tarde, poco después de que Teddy dejara a Stella en el hotel Brown. Los dos se quedaron prácticamente sin palabras después del beso y el acuerdo al que llegaron.

—¿Debería escribir a tu hermano? —preguntó él antes de despedirse.

Ella reaccionó alarmada.

—¿Para qué diantre ibas a escribirle?

Jennings aguzó el oído desde la parte trasera de la carreta, atento a cada palabra.

Teddy le lanzó al sirviente una mirada de reproche antes de responderle a su flamante prometida:

—Tenía la anticuada idea de que debía pedirle permiso.

—No hace falta —aseguró ella—. Ha dejado muy claro que ya no forma parte de mi vida.

—Pero si quisieras que...

—No quiero —espetó.

Mientras Teddy aguardaba sentado en su silla de ruedas junto al fuego en el salón de los Finchley, deseó vagamente poder disfrutar de ese mismo desinterés. No quería volver a disgustar a su hermana y no tenía muchas ganas de volver a discutir con Alex.

Pero la necesidad obliga.

—Veo que tu doncella y tu ayuda de cámara ya tienen todas tus cosas preparadas —observó Jenny, mientras se tomaba el té de después de cenar—. Estoy impresionada. Tom y yo tardamos semanas en prepararnos antes de un viaje.

Los Finchley se sentaron uno junto al otro en el sofá, tan pegados que la falda del vestido de noche de seda de Jenny cubría parte de la pierna de Tom. La bandeja del té estaba dispuesta en una mesa baja frente a ellos.

—Tienen mucha práctica —respondió Alex desde su lugar en el sofá de enfrente. Al igual que Tom, estaba pegado a su esposa; muchos miembros de la alta sociedad considerarían que hacían gala de una cercanía indecorosa.

Las parejas casadas de la alta sociedad debían mantener una distancia educada en compañía, independientemente de lo que sintieran el uno por el otro en privado. No estaba bien visto que se mostrara afecto al cónyuge, ni siquiera en familia. Lo cierto es que se consideraba vulgar.

Aunque a ninguna de las parejas que había en el salón les importaba. Desde que Laura se había casado, Teddy había presenciado innumerables muestras de afecto mutuo entre ella y Alex.

¿Era de extrañar que Stella no quisiera un matrimonio de conveniencia? ¿Que deseara amor y ternura?

«Siempre había esperado casarme por amor», le había dicho.

Pero ya no era una esperanza. Era un propósito. Stella también le había dicho eso.

Una pequeña parte de él, oculta bajo su cínica armadura, se emocionaba al recordarlo.

—Hemos sido unos auténticos vagabundos estos últimos meses —dijo Laura—. De Francia a Londres, luego a Hampshire, y de allí a Devon y de vuelta a Londres. Los sirvientes han tenido que empacar y desempacar nuestras cosas no sé cuántas veces. Me atrevería a decir que pueden hacerlo con los ojos cerrados.

Alex tomó la mano de su esposa, se la llevó a los labios y le besó los nudillos.

—Si hubiera sabido que acabaríamos esperando un acontecimiento feliz, habría insistido en que renunciáramos a nuestros viajes este año.

Laura le acarició la mejilla con la yema del dedo.

—No lamento en absoluto haber venido. Lo único que me sabe mal es que tengamos que irnos tan pronto. Y sin Teddy, además. Es decir..., si ha decidido quedarse. —Se volvió hacia su hermano con una mirada de cautelosa expectación.

Él posó la taza de té en el plato y se apoyó la pieza de porcelana pintada en la rodilla.

—Sí —reconoció—. Siempre que a Tom y Jenny no les importe que los moleste una temporada.

Los Finchley parecían aliviados. También asomó el mismo alivio a los ojos de

Laura, aunque mezclado con un claro indicio de pesar por saber que su hermano no podría acompañarla de regreso a Francia.

Él lo entendía. Durante años, tras contraer la escarlatina, habían estado solos, y ella había cargado con toda la responsabilidad de su salud y bienestar. Era una costumbre difícil de cambiar.

Tom dejó su taza de té en la bandeja.

—No es ninguna molestia. Estamos encantados de tenerte aquí. Espero que no haga falta decirlo.

—Desde luego —insistió Jenny—. Y Maiden Lane no está tan lejos como para que no puedas ir y volver cada día para trabajar en tus cuadros.

Laura le dedicó a Teddy una sonrisa temblorosa.

—No diré que no me rompe el corazón dejarte aquí, pero que te quedes con Tom y Jenny me tranquiliza mucho.

Alex era el único que guardaba silencio. Como antiguo jugador sabía cuándo un rival no estaba poniendo todas sus cartas sobre la mesa. Observó a su cuñado desde el otro lado de la habitación con el ceño fruncido.

Teddy no tenía intención de engañarlo. ¿Qué sentido tendría?

—Sí, bueno, la verdad es que no me quedaré aquí mucho tiempo. Tengo la intención de mudarme a mi nueva casa en cuanto terminen las reformas.

Tom, Jenny y Laura se quedaron de piedra.

Pero Alex no pareció sorprenderse en absoluto. Su mirada ceñuda adquirió un matiz peligroso.

—No vamos a discutir sobre eso otra vez. Ya dejé clara nuestra postura.

—Sí, lo sé. No queréis que viva solo. Queréis que me cuiden como es debido.

—Exacto —admitió Laura—. Creí que lo entendías.

Teddy miró a su hermana. La amaba profundamente y le debía un imperio. Pero no le debía la vida. Se negaba a sentirse culpable por querer vivir a su manera.

—¿Y si estuviera casado? —espetó.

Esa vez, los cuatro lo miraron atónitos. Incluso Alex se quedó sin palabras por un momento. Aunque fueron solo unos segundos.

—Pero no estás casado —comentó con una voz peligrosamente tranquila.

—Solo tienes veinticuatro años —añadió Laura con poca convicción.

A Teddy le molestó que siguiera insistiendo en su edad. Puede que no fuera tan mayor como Alex o Tom, pero no era un muchacho recién salido del colegio.

—El príncipe Alberto tenía solo veinte años cuando se casó con la reina.

Su cuñado apretó los dientes.

—Si escucho una palabra más sobre el difunto y llorado príncipe Alberto, juro que no seré responsable de mis actos.

Teddy pasó por alto el comentario. Era a Laura a quien debía convencer. Alex se estaba comportando de ese modo tan poco razonable porque estaba preocupado por el bienestar de su hermana.

—Dijiste que nunca te preocupó que Neville dejara la abadía porque tenía a Clara. ¿Te acuerdas?

—Sí, pero...

—Si estuviera casado, ya no tendrías motivos para oponerte a que tuviera mi propio hogar, ¿verdad?

Laura arrugó el ceño, insegura.

—Supongo que no.

—A menos que te ataras a alguna modelo que te robaría en cuanto te quedaras dormido. —Alex lo miró con los ojos entornados—. Supongo que eso es lo que estás pensando.

Teddy no respondió.

Por un instante, su cuñado pareció muy furioso.

—Si hubiera pensado por un momento que ibas a hacer algo tan estúpido, tan imprudente y descabellado, solo para poder quedarte en Londres, en esa maldita casa que has alquilado...

—Alex... —Laura le estrechó la mano—. Teddy nunca haría eso.

—Mi hermana tiene razón —se defendió—. Jamás me casaría con una joven tan vulgar como para robarme mientras duermo. —Se llevó la taza de té a los labios —. He elegido a alguien completamente respetable. A decir verdad, ambos la conocéis.

Laura se quedó boquiabierta.

—¡No será la señorita Hobhouse!

—¿A qué viene ese tono de sorpresa? —La irónica pregunta de Teddy tenía un inconfundible tono de desafío. ¿Acaso no creían que pudiera aceptarlo una dama respetable? ¿No pensaban que tuviera suficiente que ofrecer?

—¿Hablas en serio? —preguntó su cuñado.

—Claro. Le propuse matrimonio esta tarde y me hizo el honor de aceptar.

Aún no podía creerlo del todo. Tampoco podía creer las tonterías románticas que le había murmurado a Stella después de besarla. El modo en que le había sujetado el rostro entre las manos y la había mirado a los ojos, con la respiración agitada y la voz cada vez más grave. «Mi preciosa estrella brillante», la había

llamado.

¿Era un matrimonio de conveniencia? ¡Ni hablar! Solo le había ofrecido esos términos asépticos para convencer a Stella de que lo aceptara. Pero ella no quería eso. Quería algo real.

Y Dios sabía que él también.

—¿La señorita Hobhouse es la joven con la que te escribías mientras estábamos en Devon? —preguntó Jenny.

—Sí. Ahora mismo está en Londres, se hospeda con el capitán y la señora Blunt en el hotel Brown. Ellos regresan a casa la semana que viene. Después se quedará unos días con Ahmad y su esposa.

—¡Ahmad! —exclamó Jenny—. ¿También los conoce a él y a Evelyn?

—La señorita Hobhouse es una de las Cuatro Amazonas —dijo Tom en voz baja—. La habrás visto en el parque, cabalgando con Evelyn, la señora Blunt y lady Anne Deveril.

—¿La joven con el cabello gris? —Jenny arqueó las cejas—. Vaya, qué sorpresa. No tenía ni idea de que Teddy la conociera.

—Pero esto es demasiado repentino —objetó Laura—. Hace poco ni siquiera te dejaba pintarla. ¿Y ahora debo creer que está dispuesta a casarse contigo?

—No solo está dispuesta, está decidida. —Miró a su hermana a los ojos—. Y yo también. Lo que me recuerda... —se dirigió a Tom—, la señorita Hobhouse tendrá que consultarte sobre los mecanismos legales más adecuados para proteger sus bienes. Quiere asegurar su caballo y una pequeña herencia en caso de que el matrimonio fracase.

—¿Y tus bienes? —preguntó Laura, indignada—. Lo que Tom debe hacer es proteger tus intereses, no los de ella.

—No —enfatizó Teddy, sin dejar lugar a dudas—. La señorita Hobhouse debe tener al mejor. Yo trataré con otro abogado. Tom puede recomendarme uno.

—Haré lo que pueda por la señorita Hobhouse, por supuesto —prometió Tom —. Y por ti.

—Gracias. Se lo diré.

Alex observó el rostro de su cuñado. Fruncía un poco más el ceño, pero ya no mostraba ira ni impaciencia. Estaba pensativo. Asombrado.

—Dios mío, hablas en serio.

Nunca había hablado tan en serio.

—En cuanto la propiedad esté habitable y hayamos tenido tiempo de publicar las amonestaciones, la señorita Hobhouse y yo tenemos intención de casarnos.

Dependerá de lo que duren las reformas, pero podría ser muy pronto, para mayo quizá. Aunque, sabiendo cuánto se demoran los canteros y pintores, puede que no sea hasta el verano.

Laura se puso triste.

—Nos sería imposible asistir a la ceremonia. El bebé nacerá en agosto.

—No importa. No espero que sea un gran acontecimiento. Bastará con acudir al registro civil. Lo importante es el matrimonio, no la ceremonia.

—¿De verdad es lo que quieres? —preguntó su hermana—. Sé que te gustaba como posible modelo, pero... ¿matrimonio?

—Me resultará más fácil pintarla —respondió con mucha más despreocupación de la que sentía—. Una vez que vivamos bajo el mismo techo, estará completamente a mi disposición.

—Si eso es lo único que hay detrás de esto —dijo Alex—, además del deseo de liberarte de nosotros, te aconsejo que lo pienses dos veces.

—¿Y si se lo piensa mejor? —intervino Laura—. ¿Y si dice o hace algo? Una vez que te cases con ella, si te casas con ella, estará en una posición única para hacerte daño.

—¿Y si lo hace? —replicó Teddy—. No me derretiré, ¿verdad? —Se volvió hacia su cuñado—. Y no se trata solo de eso, obviamente. Ten un poco más de fe en mí.

—Pero ¿y si...? —empezó Laura.

Teddy interrumpió a su hermana con rotundidad.

—La vida es demasiado corta para perder el tiempo valorando posibilidades. Mi intención es ser feliz, eso es todo. Sin eso, ¿qué nos queda?

❋❋❋

A los ojos de Julia asomó un brillo triunfal.

—¡Lo sabía!

Iba sentada frente Stella en el coche de alquiler, y al lado de Evie, mientras las ruedas del vehículo traqueteaban por la carretera.

Las tres se dirigían a la calle Bond para echar un vistazo a una nueva sombrerería que Evie les había recomendado. El capitán Blunt había alquilado un carruaje para que pudieran disponer de él durante la tarde. La doncella de Julia, una campesina del condado de York con los ojos muy grandes, viajaba fuera con el cochero.

—No has podido haberlo sabido antes que yo —replicó Stella. La abultada falda de su vestido de popelina color mora, que se extendía sobre unas enaguas almidonadas y un pesado miriñaque, se ceñía contra las faldas onduladas de sus

amigas, convirtiendo el interior del carruaje en un verdadero mar de telas.

—Tonterías —respondió Julia—. Me di cuenta de que se sentía atraído por ti en cuanto me lo presentaron. ¡Cómo te sonrió! Le dije al capitán Blunt: «Recuerda lo que te digo, pronto serán novios».

Stella se alisó los guantes de cabritilla teñidos, avergonzada por la exaltación de su amiga. Aunque había expresado su intención de enamorarse de Teddy —¡que recuerdo tan impactante! ¿En qué estaba pensando para decir algo así?—, él no había dicho nada sobre la posibilidad de amarla también.

Pero ella sabía muy bien en qué había estado pensando.

Allí, sentada junto a Teddy en su futuro estudio, con la mano cobijada entre las suyas, se dio cuenta de que había llegado demasiado lejos desde que rompió con su hermano como para empezar a ceder. Quería un matrimonio por amor. Lo había reconocido en la boda de Anne. Y si debía manifestar ese amor, así sería.

No le iba a costar. Ya estaba medio enamorada de Teddy Hayes. El encuentro del día anterior solo lo había confirmado. En cuanto a los sentimientos de él...

No había mencionado el amor. Le había ofrecido un matrimonio de conveniencia, no una vida de romance y adoración.

Pero la había besado.

¡Ay, cómo la había besado!

—El señor Hayes sonríe así a todo el mundo —le dijo a Julia—. Díselo, Evie. Seguro que tú te has dado cuenta.

—Es un caballero simpático —admitió la interpelada—. Pero de un modo jocoso, como si se estuviera riendo de un chiste que solo él conoce.

—No había nada de jocoso en la forma en que miraba a Stella. —Julia se recostó en el asiento del coche de alquiler con una expresión de satisfacción en el rostro —. Espera a que se entere Anne...

Una repentina alarma tomó a Stella por sorpresa.

—Oh, no —se apresuró a protestar—. Por favor, no se lo digas.

—¿Por qué no? —preguntó Evie.

Le costó argumentar las razones de su reticencia.

—Porque... Anne está de luna de miel. Y porque prefiero esperar a decírselo yo misma. No quiero hacerlo por carta, quiero decírselo en persona.

De todas sus amigas, Anne era la que tenía más probabilidades de echar un buen jarro de agua fría sobre sus intenciones. No por maldad, sino por el deseo instintivo de protegerla.

«Claro que te quiere ahora», diría con ese tono suyo tan racional y ácido.

«Ahora está en plena exaltación artística, desesperado por pintarte. Pero ¿qué pasará después? ¿Qué clase de vida tendrás con él cuando aborde el siguiente motivo para un cuadro... y el siguiente, y tú sigas ahí, en su casa, arrinconada y, quizá, ni siquiera deseada?».

O tal vez no fuera Anne quien le preguntara esas cosas. Quizá fueran las preguntas inquietantes que ella misma ya se estaba haciendo.

Julia y Evie intercambiaron una mirada suspicaz.

—De todas formas, no es lo mismo. —Stella intentó razonar lo que ella misma aún no entendía del todo—. No es una unión por amor como la tuya con el capitán Blunt, o la tuya con el señor Malik.

—¿Qué es, entonces? —quiso saber Julia—. ¿Una amistad? Así fue como lo llamaste la primera vez que nos lo mencionaste en Hyde Park.

—La amistad muchas veces desemboca en sentimientos más tiernos —opinó Evie.

Stella recordó cómo Teddy le había sostenido el rostro entre sus grandes manos protegidas por aquellos guantes negros. Cómo la había besado con tanto cariño. Con tanta intensidad.

El rubor le tiñó las mejillas.

Sí, había sentimientos tiernos a raudales. Al menos, por su parte. Y seguramente también por la de él. Los caballeros no besan a cualquiera, pensó.

—No es solo amistad —aseguró.

Julia se sintió animada por la perspectiva.

—Bueno, eso es algo, ¿no?

—Algo maravilloso, sin duda —terció Evie—. Debe serlo. Te aseguro que estás radiante.

—Es verdad —convino Julia—. A decir verdad, te veo bastante distinta. Más... más... algo.

—Es tu pelo —observó Evie—. No llevas la redecilla de seda.

Stella se tocó con timidez el sencillo moño que lucía sobre la nuca. Rara vez salía sin cubrirse el pelo. Pero ese día lo había hecho. Su color gris era evidente para todos.

«Olvídate de eso de ser discreta y silenciosa», había dicho Teddy. «¡Te pido que llames la atención conmigo!».

Sus palabras habían despertado algo en ella, como si del hechizo de una bruja se tratara. Habían despertado la valentía de su corazón, reprimida durante demasiado tiempo por miedo a la censura social. En el pasado, había temido

exponerse para no provocar la crueldad maliciosa de la que había sido objeto durante su primera temporada.

Pero eso se acabó.

Si quería hacerse notar, debía empezar por algún lado. Y su cabello le había parecido el punto de partida.

—¡Eso es! —exclamó Julia con una mirada despierta—. Siempre llevas una redecilla sobre el cabello cuando sales.

—¿Se ve horrible sin ella? —preguntó.

—Claro que no —le aseguró Evie—. Estás radiante.

—Te ha sentado bien conocer al señor Hayes —opinó Julia.

Stella alternó la mirada entre sus amigas.

—¿Entonces os parece bien? ¿No creéis que estoy loca por haberlo aceptado?

—¿Nuestras opiniones te harían cambiar de parecer? —preguntó Julia.

—No —admitió—. Lo dudo mucho.

—Ahí tienes la respuesta —dijo Evie—. Has elegido bien. Si no lo hubieras hecho, estarías buscando cualquier excusa para retractarte de tu palabra.

—No quiero retractarme.

Al contrario, tras aceptar la propuesta de Teddy se sentía más optimista sobre el futuro que en mucho tiempo. Quizá por eso estaba radiante, si es que lo estaba.

No le había mentido al decirle que era el primer caballero que le había gustado. Y no era solo por sus besos y cumplidos, sino porque disfrutaba estando con él. Era interesante. Divertido. A veces irritante, pero nunca aburrido.

Ni siquiera había tenido en cuenta que él estuviera condenado a la silla de ruedas. Solo se lo planteó cuando se le ocurrió que su condición podría afectar a sus sueños de formar una familia.

¡Cielos! ¿De verdad se lo había preguntado directamente?

¿Y él le había contestado?

«Soy capaz», había dicho.

Capaz. Significara lo que significase.

Aunque alguna idea tenía, por supuesto. Sabía lo que ocurría con los caballos y otros animales. Y algo sabía de los matrimonios de sus amigas, aunque ninguna de ellas había compartido detalles explícitos, salvo para comentar que era emocionante e íntimo, y que implicaba quitarse la ropa (o a veces no, como Julia le había confesado una vez).

Evie se inclinó hacia delante en el carruaje para estrechar la mano de Stella.

—Me alegro. Anhelaba verte felizmente asentada. Y el señor Hayes es un

caballero divertido. Pase lo que pase, nunca te aburrirás.

—Tenemos que hacer algo para celebrarlo. —Julia se animó—. Ya sé, ¡te compraré un regalo de compromiso! ¿Un sombrero nuevo? ¿O un precioso chal a estrenar? Anne mencionó hace poco un maravilloso almacén de chales indios en Ludgate Hill.

Las tres siguieron conversando, charlando y riendo juntas mientras el carruaje las llevaba hasta la calle Bond. Visitaron la sombrerería, la tienda de telas y se detuvieron a admirar las baratijas en el escaparate de una orfebrería. Mientras caminaban por una calle secundaria para visitar una librería que a Julia le gustaba frecuentar, la puerta de una papelería se abrió y apareció Laura Archer, justo delante de ellas.

—¡Señorita Hobhouse! —La señora Archer se detuvo de golpe. Llevaba un casaquín holgado con una falda sencilla: un conjunto perfecto para una dama elegante que se encontrara en un estado delicado. La seguían una criada y un lacayo, con los brazos llenos de paquetes.

—¡Señora Archer! —Stella se quedó paralizada.

No estaba preparada para enfrentarse a la familia de Teddy. ¿Ya se lo habría dicho? Y, de ser así, ¿cómo se lo habrían tomado? No se atrevía a pensarlo.

—Señora Malik —dijo la señora Archer, sonriéndole a Evie—. ¿Cómo está?

—Señora Archer —la saludó Evie con una sonrisa—. ¿La conoce, señora Blunt?

Julia y Laura se saludaron con cortesía cuando las presentaron.

La señora Archer enseguida dejó de lado las cortesías y volvió a dirigirse a Stella.

—Me disponía a tomar el té en la pastelería de enfrente. ¿Le gustaría acompañarme?

Evie y Julia guardaron silencio.

A la señorita Hobhouse se le secó la boca. Sus amigas permanecieron en silencio detrás de ella, ambas contenían la respiración. Enseguida quedó claro que la hermana del señor Hayes sabía lo del compromiso. Probablemente quería advertirla. O interrogarla sobre sus intenciones.

Pero no tenía sentido retrasar lo inevitable. Según su experiencia, siempre era mejor afrontar los encuentros difíciles antes de que la ansiedad se descontrolara.

Además, Laura no era ningún ogro, sino una hermana mayor amable y comprensiva, que ya había dado muestras de ser una persona con la mente lo bastante abierta como para ayudar a su hermano a contactar con Stella durante el invierno. Si alguien podía apoyar el inesperado compromiso, sería ella.

—Me encantaría —aceptó. Miró a Evie y Julia—. Siempre que no os importe.

—En absoluto —repuso Julia—. ¿Volvemos a buscarte en una hora más o menos?

—No será necesario —terció la señora Archer—. Hoy tengo el carruaje de los Finchley a mi disposición. Con gusto llevaré a la señorita Hobhouse al hotel Brown cuando termine con ella.

«¿Terminar con ella?».

Stella tragó saliva. Quizá Laura no estaba tan contenta con el compromiso de su hermano como ella esperaba. A decir verdad, mientras la tomaba del brazo y la guiaba por la calle hacia la tetería, empezó a temer que los sentimientos de su futura cuñada fueran exactamente los opuestos.

Capítulo 25

—Permítame felicitarla —dijo Stella cuando se sentaron a una mesita dentro de la confitería y pidieron el té—. El señor Hayes me dijo que usted y el señor Archer esperan un hijo.

—Llámeme Laura —pidió la señora Archer—. ¿Y yo puedo llamarla Stella?

No veía ni rastro de malicia en su semblante. Parecía tranquila y firme, con una leve sonrisa en los labios y una mirada cautelosa en sus ojos azul pizarra.

Sin embargo, una creciente sensación de aprensión le hizo un nudo en el estómago.

—Sí, claro.

—El señor Archer y yo estamos esperando un hijo —admitió—. Y felizmente, gracias. Pero es tu buena noticia lo que me interesa. Entiendo que también debo felicitarte, ¿no?

Stella no respondió. Por un instante, se quedó completamente en blanco.

—No sé qué te ha dicho el señor Hayes, pero...

—Anoche, después de cenar, nos contó que te propuso matrimonio y tú aceptaste. No ha malinterpretado las cosas, ¿verdad? Me sorprendería que así fuera. Teddy rara vez deja que se le escape ni el más mínimo detalle. Y un compromiso es mucho más que un pequeño detalle, ¿no te parece?

La campanilla de la puerta principal de la tetería sonó anunciando la entrada de otra pareja. Una dama y un caballero pasaron a centímetros de ellas y eligieron una mesa cercana.

Stella los miró con recelo. Bajó la voz.

—Sí que se declaró —admitió, consciente de su falta de privacidad—. Y yo acepté.

—¿Puedo preguntar por qué?

«¿Por qué?».

No tenía muchas ganas de compartir sus razones en un entorno tan público y cuando todavía no tenía claras las intenciones de Laura.

—¿Por qué una dama acepta una proposición de matrimonio? —respondió de forma evasiva.

—Por seguridad. Por dinero. Por amor. —Laura la miró fijamente—. ¿Amas a

mi hermano?

Perdió un poco la serenidad al volver a pensar en los besos de Teddy. En cómo se le aceleraba el pulso al verlo. Al hablar con él. Al compartir su interés mutuo por el arte y el dibujo.

—No sé si...

—No hace falta que me lo digas —repuso Laura antes de que pudiera balbucir otra respuesta imprecisa—. Y menos si no se lo has dicho ya a él. Tampoco estás obligada a confesármelo si has aceptado su propuesta por razones más prácticas. Los matrimonios son acuerdos complejos, ya lo sé. Incluso los que se contraen por amor también conllevan otras razones. La mayoría de los caballeros lo entienden. Saben que el matrimonio es más que un momento de pasión. —Hizo una pausa —. Pero mi hermano no es como la mayoría.

Stella frunció el ceño, olvidando por un momento su falta de privacidad.

—¿Te refieres a su estado?

—Sí, por eso, pero también porque no piensa como los demás. Su arte lo es todo para él. Cuando siente pasión por una obra en particular, lo absorbe por completo. En esos momentos no juzga con mucha claridad.

Stella empezó a comprender por fin a dónde quería llegar. Y no era un lugar muy halagador.

—Sé que quiere pintarte —siguió diciendo—. Hasta ahora he fomentado su obsesión, incluso lo he ayudado a escribirte este invierno. Lamento que pueda parecerte contradictorio, dado lo que voy a decirte.

Stella se irguió un poco.

—Vas a decir que cuando me propuso matrimonio no hablaba en serio. Que solo lo hizo por el arte.

Laura sonrió con dulzura.

—Claro que no.

—¿Pues de qué se trata? —preguntó la señorita Hobhouse—. Está claro que no apruebas que nos casemos.

—No es desaprobación lo que percibes. Es preocupación.

Su conversación fue interrumpida por la reaparición del dueño de la tetería, un hombre mayor, de barbas largas, que llevaba un delantal. Les trajo una tetera, dos tazas y un plato de bollos con pasas recién horneados. También les dejó una jarra de leche y un azucarero.

Cuando se marchó, Laura alcanzó la tetera redonda de porcelana para llenar las tazas. Se la veía extrañamente seria.

—Mi hermano no siempre ha sido tan vigoroso como lo ves ahora. Cuando la fiebre se extendió por nuestro pueblo, perdimos a mi padre. Yo también la contraje, cosa que me provocó una desafortunada afección pulmonar. Pero Teddy lo pasó peor que cualquiera de nosotros. Era demasiado fuerte para morir, pero demasiado débil para combatir la fiebre por completo. Le afectó a la columna vertebral y terminó dañándole las piernas.

—Mencionó algo al respecto —confesó Stella.

—Ah, ¿sí? —Dejó la tetera—. ¿Te contó cómo le afectó la pérdida de sus piernas en los años siguientes?

—No entró en detalles. —Dada la fuerza de voluntad del señor Hayes, había asumido que había aceptado rápidamente sus limitaciones y se había dedicado a aprender a desplazarse en la silla de ruedas. Era muy hábil con ella.

—Teddy y yo ya estábamos en una situación precaria tras la muerte de mi padre. Nuestra perfumería había cerrado temporalmente y nuestra herencia quedó inmovilizada durante un tiempo. Ya nos costaba llegar a fin de mes. Pero que un joven de la edad de Teddy perdiera de pronto la capacidad de caminar, quedara condenado a yacer en la cama, a depender de su familia y sirvientes para cualquier cosa... —Se quedó mirando el té con actitud pensativa—. Mi hermano cayó presa de una profunda melancolía. No quería que nadie lo ayudara a salir de su habitación. Casi nunca comía. Solo dibujaba y pintaba lo que veía desde la ventana de su habitación. Para cuando mi marido entró en nuestras vidas, Teddy se había consumido hasta convertirse en una sombra.

Stella detuvo la taza de té a medio camino de sus labios. Frunció el ceño, confundida.

—Pero yo había supuesto...

—¿Que siempre ha sido así de enérgico y decidido? No. Al principio, fue mi marido quien lo animó a adoptar esa actitud. El señor Archer tiene un don. Por lo general, sabe manejar a las personas sin ofenderlas. Y, por supuesto, un joven siempre sigue mejor el consejo de otro caballero que el de su madre o su hermana.

—¿Por qué me cuentas esto? —quiso saber Stella.

—Porque no quiero que te hagas ilusiones con mi hermano. Solo porque tiene confianza en su trabajo y es audaz, no creas que no es vulnerable. Toda esa vida que desprende, la sensibilidad que proyecta en sus obras y su capacidad de ver las cosas con todas sus luces y sombras, procede de su propia vulnerabilidad. No está tan lejos de aquella temporada tan melancólica que pasó encerrado en su habitación. Lo cierto es que hay momentos en los que se rebela contra su estado.

La señorita Hobhouse volvió a dejar la taza en la mesa muy despacio, no había tocado el té. Recordó cómo había estado Teddy en Sutton Park. Sus constantes negativas a participar de las salidas al aire libre. La forma en que Jennings tuvo que levantarlo de la silla, y el rubor de esfuerzo —y posiblemente de vergüenza— en su rostro al agarrarse a los hombros del sirviente.

Había pensado entonces, igual que el día anterior, mientras Jennings lo ayudaba a subir y bajar de la carreta, en lo fácil que era olvidar que tenía una dificultad: la fuerza de su personalidad a menudo eclipsaba sus limitaciones físicas.

Pero no ignoraba los desafíos a los que se enfrentaba él. Lo que no sabía es cómo ayudarlo. Él no quería ayuda. No quería inspirar lástima, compasión ni ningún tipo de empatía. Quería ser reconocido por las cosas que podía controlar, no por las que se le escapaban. Por eso, ¿no era mejor no recordar su discapacidad con preguntas, preocupaciones y ofrecimientos de ayuda?

—Sé que tiene dificultades —repuso Stella—. No me hago ilusiones. Pero eso no tuvo nada que ver con que aceptara su propuesta. No lo veo así. Para mí, es simplemente... Teddy.

—Eso es, ¿verdad? —Laura volvió a sonreír. Le acercó la taza de té a Stella—. Bebe algo, por favor. Estás un poco pálida.

—He tenido muchas sorpresas esta última semana.

—Los cambios siempre sorprenden. También asustan. Pero, por mi experiencia, pueden ser maravillosos.

La señorita Hobhouse bebió un poco de té con cierta reticencia.

—Tu hermano me dijo que fuisteis afortunados al tener una tía anciana que os cuidaba cuando vivíais en Surrey. Pero yo no tengo a nadie. Debo confiar en mi propio juicio.

—¿Y confías en ti misma?

—Sí. —Se lo estaba confesando tanto a sí misma como a Laura—. Estoy segura de que mis sentimientos son tan sinceros como los suyos. Y siento que la decisión es acertada. Que él y yo estamos hechos el uno para el otro. No puedo explicarlo...

—No tienes por qué hacerlo. Y menos a mí. Me basta con saber que te preocupas por él. Eso es todo lo que necesito para tranquilizarme. —La sonrisa de Laura se tornó pesarosa mientras se tomaba el té—. Sé que debes pensar que soy ridículamente sobreprotectora con él, y sin duda lo soy, pero la idea de que algo le pase...

—Yo nunca le haría daño —prometió Stella—. Quiero hacerlo feliz. —«Y serlo yo también», añadió para sí.

La señora Archer se relajó.

—Ojalá pudiera estar presente para verlo. Por desgracia, mi marido y yo volvemos a Francia mañana por la mañana. Debemos hacerlo por mi salud. Pero eso significa que no estaremos aquí para asistir a vuestra boda.

«Su boda».

La idea le impresionaba.

—Debo confesar que no había pensado en el futuro próximo.

—Teddy sí —dijo su hermana—. Nos lo contó todo anoche, para nuestro asombro. Incluso se procuró los servicios del señor Finchley para que actuara en tu nombre con el objetivo de proteger tus bienes. —Un repentino humor se reflejó en sus ojos—. Fue entonces cuando supimos que iba en serio, cuando estuvo dispuesto a renunciar a Tom para que tú pudieras tener lo mejor. Si eso no es amor, no sé qué lo es.

Stella temió ruborizarse.

—Yo no le pedí que hiciera eso —aclaró.

—Ya imagino. Lo cual resulta el doble de impresionante. —Laura tomó un panecillo con pasas. Partió un trozo y empleó el cuchillo para untarle mantequilla —. ¿Cenarías con nosotros esta noche en Half Moon? —preguntó—. No será la fiesta por todo lo alto que me hubiera gustado dar para celebrar vuestro compromiso, pero espero que vengas de todas formas. Mi esposo y mi hermano estarán allí. Y también los Finchley, claro.

—¿Sabe Teddy que me estás invitando?

—Salió muy pronto esta mañana para reunirse con su agente inmobiliario por las reparaciones de la propiedad en Maiden Lane. Así que no, todavía no he hablado del asunto con él. Pero no se opondrá. Seguro que querrá verte.

Esperaba de corazón que así fuese.

—Está bien. Estaré encantada de asistir, si... si mis anfitriones pueden prescindir de mí.

—Invitaré también al capitán y a la señora Blunt —ofreció la Archer—. Y también al señor y la señora Malik, si eso te ayuda a estar más tranquila.

Stella se relajó y bajó los hombros. No se había dado cuenta de que estaba tan tensa.

—Lo cierto es que sí —reconoció—. Gracias.

❋❋❋

Teddy volvió a llenar su copa de champán mientras oía solo a medias el ruidoso

murmullo de las conversaciones a su alrededor. Había acudido tanta gente a cenar que la señora Jarrow tuvo que añadir un ala a la mesa de caoba y colocar dos candelabros más. Además de Alex, Laura, Tom y Jenny, habían acudido Ahmad y Evelyn, junto con la prima de Ahmad, Mira, y su prometido, Tariq Jones. Los Blunt también se encontraban entre los invitados.

Y Stella.

Estaba sentada al otro lado de la mesa, entre Tom y Ahmad, y hablaba con ellos mientras se servían los platos. Primero sopa juliana, luego ternera braseada a la flamenca con tomates y guisantes, seguida de una exquisita carlota rusa con fresas, todo ello acompañado de varias botellas de champán francés para celebrar el compromiso.

Al principio, Teddy se enfadó al enterarse de que Laura había invitado a Stella a cenar. Y no era solo porque su hermana hubiera actuado a sus espaldas, lo cual ya era irritante de por sí. No quería compartir a Stella con su familia. Lo cierto era que no quería compartirla con nadie.

Pero debía hacerlo.

Por alguna razón espantosa, Jenny había insistido en asignar los asientos esa noche. Los invitados estaban dispuestos según el patrón tradicional que alternaba a hombres y mujeres, sin que los componentes de ninguna pareja estuviesen sentados juntos. Esto significaba que él apenas había intercambiado diez palabras con Stella en toda la noche.

Mientras comía, bebía y participaba en tediosas conversaciones con sus compañeros de asiento, no podía dejar de mirarla. Estaba sentada frente a él con un sencillo vestido de noche de seda de manga larga. La luz de las velas parpadeaba sobre su rostro y su cuello, y brillaba en su cabello plateado, cuidadosamente trenzado.

Estaba disgustado tras el encuentro con los obreros de Maiden Lane. Sí, Stella había accedido a que la pintara. Y sí, había accedido a casarse con él. Pero el retraso de los trabajos en la casa condicionaba todo lo demás.

—¿Cómo va su nueva casa? —preguntó Julia Blunt desde su silla a la derecha de Teddy—. La señora Archer dijo que hoy ha estado usted hablando con la inmobiliaria sobre las reformas.

El murmullo de la conversación en la mesa se acalló mientras el resto de los invitados a la cena aguardaban la respuesta.

—Ah, sí —dijo Jenny—. Queremos un informe completo.

Stella miró a Teddy desde el otro lado de la mesa. Arqueó las cejas.

Él respondió esbozando una mueca muy expresiva.

—Mal —admitió—. Necesitará más reparaciones de las que esperaba.

—¿Reparaciones importantes? —preguntó Alex con el ceño fruncido—. Eso no augura nada bueno.

No, no auguraba nada bueno. Pero no le apetecía admitirlo. Y menos cuando su hermana y su cuñado habían aceptado a regañadientes que se instalara solo en la casa.

—El casero se está haciendo cargo de las obras de fuera —comentó—. El señor Chakrabarty se aseguró de que así fuera. Pero las interiores son cosa mía. Consulté con varios obreros por la tarde, pero no tuve éxito. Todos fueron ambiguos respecto a los costes y ninguno se comprometió con una fecha de inicio.

Julia se compadeció de él.

—A nosotros nos cuesta muchísimo encontrar trabajadores dispuestos a venir a Goldfinch Hall. Mi marido se ha visto obligado a encargarse él mismo de algunas reparaciones.

—¿Y no es más fácil encontrar trabajadores en Londres? —preguntó el capitán Blunt. Vestía con un austero traje negro y estaba sentado entre Jenny y Evelyn. La cicatriz de su rostro se marcaba al hablar.

—Encontrarlos no es el problema —respondió Ahmad, situado entre Jenny y Stella. Había acudido directamente desde su taller y todavía llevaba el sencillo pero elegante conjunto de chaqueta y pantalón que usaba para trabajar—. Se trata de convencerlos para que vengan. Los mejores ya tienen trabajo, y los que no, suelen ser poco fiables. O eso, o el resultado de su trabajo es de mala calidad.

—Peor aún —comentó Jenny mientras se llevaba un trozo de pastel a la boca.

—Exacto —convino Teddy.

—¿Qué significa esto para la casa? —se interesó Stella—. ¿No estará lista para el verano?

—Las habitaciones de abajo serán habitables —repuso Teddy—. Pero en cuanto a restaurar el resto... —Negó con la cabeza.

Ese mismo día había descubierto que, además de pintar, enyesar y hacer pequeñas reparaciones en la mampostería, había muchas cosas más que debería reemplazar. Algunas ventanas tenían los cristales rotos, la mayoría de los pestillos de las puertas y ventanas estaban deteriorados y no había tiradores de timbre en ninguna de las habitaciones. Si a eso se añadía las tejas deterioradas sobre el lavadero, un drenaje cuestionable y la más que probable posibilidad de que dos de las habitaciones del primer piso tuvieran humedades, parecía que Stella y él

tendrían suerte si se instalaban allí antes de Año Nuevo.

Tom pareció percibir la frustración del señor Hayes.

—Puedes vivir en ella mientras la restauras —dijo. La luz de las velas se reflejaba en la montura de sus gafas—. No sería la primera vez.

El capitán Blunt asintió.

—Eso es lo que estamos haciendo en Goldfinch Hall.

—Ya lo creo —convino Julia, a punto de terminar su porción de carlota rusa—. Y mientras esperamos, nos limitamos a cerrar las partes de la casa que resulten peligrosas.

—¿No puede hacer eso en Maiden Lane? —preguntó Evelyn, bebiendo champán—. Cierre la planta de arriba y viva en las habitaciones de abajo hasta que pueda reparar las superiores.

Teddy frunció el ceño. Las estancias de abajo solo permitían habilitar el estudio, una sala de estar y dormitorios para él y para Jennings. Le había prometido a Stella que la primera planta sería suya. Que podría vivir allí, casi de forma independiente, si así lo deseaba.

Se le hizo un nudo en el estómago. Llevaban comprometidos menos de cuarenta y ocho horas y ya se veía obligado a faltar a su palabra.

La miró desde el otro lado de la mesa.

Se estaba llevando la copa de champán a los labios. Fruncía el ceño con preocupación.

—Ya pensaré en algo —dijo.

El señor Jones, el prometido de Mira, habló desde su sitio junto a Evelyn.

—¿Los trabajadores que contraten deben ser maestros artesanos?

—¿Tiene alguna otra sugerencia? —preguntó Teddy.

—Hay marineros que están de permiso y andan cortos de dinero; casi todos son capaces de pintar, enyesar y tienen nociones de ebanistería. —El señor Jones era marinero. Un guardiamarina medio bengalí, recién llegado tras un largo viaje—. Hay muchos hombres en los muelles que agradecerían el trabajo. Aunque no todos son ingleses.

—Dudo que al señor Hayes le importe —apuntó Mira. La joven tenía el cabello negro y los ojos verdes, y trabajaba con su primo Ahmad en la sastrería. Era una modista fantástica, como demostraban los elegantes bordados de su vestido de noche color maíz.

—Mientras sepan lo que se hacen con el martillo y la paleta no tengo inconveniente —admitió Teddy.

Ahmad sonrió entre dientes.

—Con suerte, algunos podrían tener experiencia en albañilería o carpintería. Muchos de nosotros ya teníamos un oficio en nuestro país de origen antes de pisar tierras inglesas.

—Tal vez el señor Jones pueda preguntar —sugirió Evelyn—. No te importaría, ¿verdad, Tariq?

—Sería un placer —aseguró el aludido—. Conozco a varios hombres que ansían conseguir un empleo respetable. Mujeres también. Hay una mujer en nuestra comunidad, la señora Mukherjee, que es viuda de un marinero y sería una excelente ama de llaves.

—Con el tiempo necesitaremos una ama de llaves que también sepa cocinar —terció Stella—. Lo comento por si es algo para lo que ella, o cualquier otra persona que usted conozca, pueda ser adecuada.

El señor Jones inclinó la cabeza.

—Preguntaré encantado.

—Gracias —dijo Teddy—. Le estaremos muy agradecidos.

—¡Qué divertido es contratar el personal para una casa nueva! —exclamó Laura al tiempo que sonreía a su esposo—. Recuerdo muy bien que tuvimos que empezar de cero cuando nos mudamos a Francia. Tuvimos suerte de encontrar a muy buenos profesionales.

—Yo tuve suerte con mi esposa —repuso Alex, mirándola con cariño.

—Por nuestras esposas. —Tom levantó el champán.

El resto de los caballeros lo imitaron con alegría, y todos alzaron la copa.

—¡Por nuestras esposas!

—Y por las que pronto lo serán —añadió Teddy, alzando la suya hacia Stella.

—¡Salud! —exclamó el señor Jones, que acercó la copa hacia Mira.

—Siempre tan oportuno. —Jenny le sonrió a Tom—. Y de paso es un excelente recordatorio de que es hora de que las damas nos retiremos antes de que los caballeros puedan beber más. —Se levantó—. ¿Damas? Síganme.

Más tarde, después de tomar una copita de oporto y disfrutar de los puros en el comedor, Teddy y los demás hombres se reunieron con ellas en la sala de estar. Jenny tocó una animada polca al piano, y los invitados rieron, bailaron y conversaron. Era la última noche que Alex y Laura pasaban en Londres. El ambiente era alegre y un poco triste la vez, como siempre ocurría al final de sus visitas anuales, cuando llegaba el momento de despedirse de sus amigos.

Teddy y Stella estaban sentados juntos cerca de la ventana, él en su silla de

ruedas y ella en un mullido sillón de chintz a su lado. Con tanta música y alegría a su alrededor, gozaban de cierta privacidad para hablar de sus cosas.

—Hubiera estrangulado a mi hermana cuando me ha contado cómo te ha asaltado en Bond Street —comentó en voz baja—. ¿Qué te dijo exactamente?

—Solo estaba preocupada.

—No me cabe duda. —Hizo una pausa antes de volver a preguntar—: ¿Qué te dijo?

Stella respondió por fin, también susurrando.

—Que habías pasado una temporada muy complicada después de la enfermedad.

«¡Por Dios!».

Teddy apretó los dientes sin darse cuenta.

—Ya veo.

—Le preocupaba que pudiera hacerte daño sin querer.

A él no le extrañaba nada.

—Es demasiado sobreprotectora. Como se ha visto obligada a serlo en el pasado, me ha costado mucho convencerla de que abandone ese hábito.

—¿Entonces no exageraba? —preguntó Stella en voz baja—. ¿Sobre lo de tu malestar?

—¿Qué entiendes por malestar? —bromeó.

—Dijo que habías caído en una profunda melancolía. Que todos temían...

—Sí. —Se pasó la mano por la nuca—. Es cierto —admitió a regañadientes—. Al principio, cuando comprendí que no iba a mejorar...

El amargo recuerdo le provocó un escalofrío y guardó silencio.

Todavía le dolía recordar la desesperada esperanza que había albergado durante aquellos primeros años. El sueño absurdo de que su parálisis era solo temporal. Que un día despertaría y volvería a ser él mismo como por arte de magia. Sería él mismo en todos los sentidos.

—Tuve que aislarme por un tiempo —admitió—. Me refugié en la pintura, hasta...

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que me sentí lo bastante fuerte para enfrentarme a todo. Sabía que debía hacerlo en algún momento. Y lo hice. Aunque todo el tiempo que he tardado en llegar ha tenido un efecto decisivo en mi familia, pues parece que son incapaces de dejar de protegerme.

Ella le sonrió.

—Tienes suerte de tener una familia.

—¿Sí?

—Claro. No estás solo. Estás rodeado de personas que te quieren. Y me refiero a todas estas personas, no solo Alex y Laura, sino también sus amigos, que son como una familia para ti. Si se entrometen, nunca es para lastimarte ni para menospreciarte. Es para protegerte de que otros lo hagan.

—No necesito que me protejan —repuso él—. Pero lo entiendo. —La miró fijamente—. Lamento que te sientas tan sola en este momento. Pero no lo estás, ¿lo sabes?

—No me siento sola.

—Me refiero a tu familia.

—Ah. Eso. —Se le borró la sonrisa y se alisó la falda.

Era lo que Alex llamaría una señal. Teddy ya había visto antes esa reacción de alisar alguna arruga inexistente en su ropa cada vez que se sentía vulnerable.

—Ayer me preguntaste si debías escribirle a mi hermano para hablarle sobre nuestro compromiso.

Así que era eso...

—Todavía podría hacerlo si has cambiado de opinión.

—No. No necesito la aprobación de Daniel. Ya no. Es solo que la costumbre persiste. Esta terrible ansiedad de esperar su permiso o, más bien, su censura. Supongo que es porque es la única familia que he tenido desde que murió mi padre. Ahora se ha ido de mi vida... no queda nadie.

Él le tendió la mano.

—Pronto lo remediaremos —aseguró—. En cuanto terminen estas malditas reparaciones, tú y yo nos casaremos. Y entonces yo seré tu familia.

Stella dejó caer la mano entre las suyas.

—Sí, serás mi marido. —Teddy le estrechó la mano—. Es mucho más íntimo que un hermano o una hermana entrometida.

—También los tendrás —le advirtió—. Alex y Laura pronto te acogerán bajo su protección. Con el tiempo, te juro que preferirás su compañía a la mía.

—No digas tonterías. —Lo miró con timidez—. Adoro estar contigo.

Adoración.

La palabra no le pasó inadvertida.

—Y yo adoro estar contigo —contestó con una sonrisa. Era una máscara muy conveniente para ocultar la vulnerabilidad que se escondía debajo—. Adoro tu rostro —añadió.

Ella se sonrojó.

—Mentiroso. Es mi pelo lo que te encanta.

—Eso también. —Hizo una pausa y frunció el ceño—. Me pregunto si deberíamos reclutar a Ahmad para que nos ayude con la tela.

Stella lo miró desconcertada.

—¿Qué tela?

Los acordes de una alegre danza sonaban de fondo mientras Jenny empezaba a tocar una nueva canción al piano. Esa vez se trataba de una melodía popular de los *music halls* londinenses. Alex animó a Laura para que bailara con él. Ella se echó a reír y lo agarró del hombro mientras su falda ondeaba alrededor de ambos al girar.

Teddy bajó la voz.

—Algún tipo de drapeado. ¿No te lo he dicho?

Stella lo miraba con recelo.

—¿Un drapeado para qué?

—Para ti, claro. Una estrella no debe llevar todas estas enaguas y miriñaques.

Ella abrió los ojos como platos. Se inclinó hacia él.

—¿Te refieres a un drapeado para... mi cuerpo desnudo? —susurró asombrada.

Él sonreía con picardía.

—Exacto.

—Nunca mencionaste que yo debía posar en semejante estado.

No se había atrevido. Ya era bastante difícil conseguir que aceptara posar para él sin aludir al asunto del desnudo.

—Creo que debe ser tul o algún tipo de gasa —continuó, disfrutando de su rubor—. Algo con perlas cosidas, cristales de colores u otra piedra brillante que refleje la luz de la luna.

—Teddy, de verdad...

—Estaremos casados. O lo estaremos pronto. No es ningún escándalo. En cualquier caso, al principio estaremos solo nosotros dos. Cerraré la puerta del salón y Jennings podrá salir a pasear durante las sesiones.

—¿A qué te refieres cuando hablas del principio?

—Parte del cuadro tendrá que pintarse al aire libre. Es una pieza crepuscular, con el mar al fondo y tú en primer plano. Una de las Pléyades bajada a la tierra.

—Esto empieza a ser cada vez más incómodo.

—La inmortalidad no suele ser fácil, pero seguro que nos las arreglaremos.

Un destello de risa contenida bailó en los ojos de Stella.

—No sé si me estás tomando el pelo otra vez o si hablas en serio.

—Ambas, posiblemente —reconoció. Y a continuación añadió algo, distraído —: Tom tiene razón. No tenemos que esperar a usar la casa mientras se hacen las reparaciones. Ni siquiera tenemos que esperar a casarnos. El salón solo necesita una buena limpieza y podré montar mi estudio. Ya he esperado demasiado para empezar a pintarte. No puedo perder más tiempo. Cuanto más me demore, más probabilidades hay de que se me escape la visión que tengo. Si no la plasmo pronto en el lienzo... —Se interrumpió de pronto al darse cuenta un poco tarde de que estaba hablando junto a ella en lugar de hablarle a ella. Reprimió una mueca—. A menos que tengas alguna objeción.

—No —admitió—. Mientras no esperes que me desvista enseguida. No quisiera hacerlo antes de casarnos.

A Teddy le latía el corazón con fuerza. La insinuación era clara.

—No te lo pediré —prometió—. Todavía.

Capítulo 26

En una semana, la sala de estar principal de la casa de Maiden Lane estaba en orden. Barrieron el suelo, retiraron los muebles viejos y quitaron las tablas de las ventanas.

El señor Jones cumplió con su palabra y encontró a varios marineros dispuestos a trabajar en la casa. Se trataba de hombres competentes de su círculo. La mayoría, marineros de permiso o destinados a permanecer siempre en tierra a causa de su edad o por enfermedad. Hablaban bengalí mezclado con el inglés suficiente para permitir una mínima comunicación. Para cualquier otra cosa, Teddy recurría a Ahmad o a Tariq Jones para que le hicieran de intérpretes, o a su nueva ama de llaves, la señora Mukherjee.

El señor Jones la había llevado a Maiden Lane para que pudiera entrevistarla la mañana posterior a la cena de los Finchley. Era una mujer de mediana edad, la corpulenta viuda de un marinero que se esforzaba mucho por salir adelante y estaba ansiosa por encontrar un empleo estable. Tras consultar con Stella, Teddy contrató a la mujer para que empezara de inmediato.

Mientras la señora Mukherjee y los marineros arreglaban la casa, Teddy se dirigió a Winfield and Sons, en la calle Oxford, una de las muchas tiendas de la ciudad donde podía comprar todo lo que necesitaba para hacer el retrato de Stella.

Los distribuidores de material artístico ofrecían todo tipo de servicios a los pintores, desde estirar y aplicar la debida imprimación a los lienzos hasta vender caballetes, pigmentos y pinturas. El señor Hayes encargó un lienzo de un metro veinte de alto por uno de ancho. Después fue a la tienda de otro distribuidor en Regent Street, donde compró varios pinceles nuevos de pelo de cerdo y marta cibelina y más tubos de pintura al óleo de color ultramar francés, verde viridiano, amarillo cadmio, blanco plomo y azul cobalto.

Al igual que Whistler, pretendía trabajar con una paleta limitada. Sin embargo, a diferencia de *La mujer de blanco*, el retrato que él haría de Stella sería colorido. Quería crear una imagen saturada de azules, verdes y amarillos, que emplearía en distintas intensidades para que se fusionaran entre sí en una armonía perfecta, en lugar de crear un contraste marcado.

Al regresar a Maiden Lane y con la ayuda de Jennings y la señora Mukherjee, Teddy pasó los días siguientes colocando lonas, montando el caballete y preparando el lienzo. Cuando por fin llegó el día de la primera sesión formal de Stella, todo estaba dispuesto.

Estaba mezclando colores en la paleta cuando oyó a la señora Mukherjee saludar a Stella en el recibidor. Se produjo un breve intercambio: el ama de llaves se ofreció a guardar el sombrero y los guantes de la joven, que le preguntó a la mujer cómo le iba con el trabajo antes de que por fin la condujera al estudio.

Los bocetos preliminares que había hecho de ella en Devon estaban repartidos por toda la estancia, junto con nuevos esbozos que había dibujado durante aquella última semana: imágenes muy sombreadas de ella mirando a lo lejos, con la mirada seria y una figura discretamente seductora.

Fue lo primero que Stella miró al entrar.

—¿Cuándo hiciste esto? —preguntó mientras se acercaba a las obras.

Lucía el mismo vestido que había llevado el primer día que la dibujó en Hampshire: un modelo de seda azul intenso ribeteado con un delicado cordón negro. El mismo vestido que había empezado a despertar en él sentimientos que no eran simple inspiración artística. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo trenzado.

—Algunos los hice en Devon. El resto son de la última semana. —Dejó la paleta. Ya se había quitado el abrigo y se había arremangado. Tenía las manos y los dedos manchados de pintura al óleo verde y azul—. ¿La señora Blunt ha venido contigo?

Stella tomó uno de los bocetos para observarlos.

—Está ocupada en el hotel, supervisando la preparación de las maletas.

Los Blunt partían hacia el condado de York al día siguiente. En su ausencia, la señorita Hobhouse se trasladaría a casa de Ahmad y Evelyn. Su yegua ya estaba allí, alojada en el establo de los Malik, junto con *Crab*, el caballo de su mozo de cuadra.

—Si no te ha acompañado... —empezó a decir Teddy.

—Alquilé un coche —dijo ella.

La miró con el ceño fruncido.

—¿Sola?

—Claro, sola.

Él frunció tanto el ceño que acabó poniendo mala cara. Llevaban comprometidos menos de dos semanas y ya no le gustaba la idea de que ella saliera

sola. Una reacción masculina ridícula que iba en contra de sus principios. Nunca había sido uno de esos hombres insensatos y autoritarios que pensaban que las mujeres debían ser protegidas y vigiladas como si fueran objetos valiosos en lugar de personas racionales.

Sin embargo...

Stella lo miró.

—Sé lo que estás pensando, pero ya no soy una jovencita en plena temporada. Ni la hermana de un clérigo. Pronto seré la esposa de un artista. Creo que las reglas son diferentes para nosotros.

Teddy se abstuvo de señalar que seguía siendo la hermana de un clérigo.

—Todavía no eres esposa de un artista —le recordó.

—Casi. Celebramos una cena de compromiso, conocí a tu familia, y el señor Finchley terminó ayer mismo de redactar los documentos que protegen mi herencia y mis derechos como propietaria de *Locket*.

«En caso de que las cosas no funcionaran entre nosotros», podría haber añadido.

Pero no lo hizo.

—El señor Finchley dijo que es muy probable que las condiciones no sean válidas en el marco legal tradicional —continuó—. Pero me ha asegurado que con él como mi abogado eso no será un impedimento.

Teddy ya lo suponía. Tom nunca se había topado una causa legal que no pudiera defender. Eso era lo que lo convertía en un hombre tan temible. Se alegró de que Stella lo tuviera de su lado, pasara lo que pasase en el futuro.

Se acercó al lienzo y tomó conciencia de su tamaño por primera vez.

—¡Caramba! ¿Todo esto es para mí?

Empujó la silla para acercarse a ella. Las ruedas de madera se engancharon en un pliegue de la lona y él tuvo que esforzarse para pasar sobre ella.

—Y para el mar. No es una obra pequeña, desde luego.

—¿Cómo llegarás a todos los rincones?

—Con caballetes de diferentes tamaños —respondió. Por sí solo, el lienzo era solo unos centímetros más bajo que él cuando estaba sentado en la silla. A veces tendrían que levantarlo más, dependiendo de la parte en la que trabajara.

—¿Ya sabes exactamente cómo lo vas a pintar?

—No del todo. —La visión que tenía no era definitiva. Ni mucho menos. Flotaba frente a él, fuera de su alcance. Un halo luminoso y estrellado, cambiante y turbulento, que a veces adoptaba la forma de una mujer. De Stella.

Se frotó la mandíbula mientras contemplaba el lienzo en blanco junto a ella. Ya le habían aplicado la imprimación y un fondo claro. Había aprendido la técnica de Gleyre en París, donde trabajó junto a uno de los alumnos franceses del taller, el señor Monet, más o menos de la edad de Teddy. Un fondo claro reflejaba mejor la luz que uno oscuro.

—Fue una lástima no haber podido llevarte a Devon conmigo —dijo—. Los acantilados con vistas al mar habrían sido perfectos.

—¿Supondrá un lastre empezar en un espacio interior?

—No demasiado. He pintado ese mar muchas veces. Lo tengo aquí. —Se dio un golpecito en la sien. —Y aquí—. Se tocó el pecho—. Ecos de todo lo que he pintado. Puedo evocarlos cuando quiera.

La falda de Stella le rozó la pierna al acercarse. Él lo oyó, más que sentirlo. Eso no impidió que se le acelerara el corazón. A veces, un sonido podía ser una sensación física. En especial cuando procedía de ella: su ropa, su voz, su respiración.

—¿Estoy yo también ahí? —preguntó en voz baja—. ¿En tu corazón y en tu cabeza?

La miró a los ojos. Vio un leve atisbo de incertidumbre en su rostro. Reconoció esa mirada, ese miedo. El mismo temor que él tenía de pintarla. Esa difusa pero persistente sensación de que, a pesar de su compromiso, a pesar de las promesas que se habían hecho, todo podría desvanecerse antes de hacerse realidad.

Tal vez seguiría sintiéndolo hasta que se casaran. Hasta el momento en que ella fuera realmente suya.

—Estás en ambos lugares —admitió—. Desde que te vi por primera vez. Pero... —Frunció el ceño—. No puedo plasmarte en el lienzo como el mar. Para eso necesito algo más que un eco. Te necesito aquí, frente a mí.

Ella sonrió e hizo un gesto para señalarse.

—Y aquí estoy, como ves.

—Así es. —La calidez de su cercanía dio paso a la imperiosa necesidad de plasmarla sobre el lienzo—. ¿Te importaría cerrar la puerta con llave?

Stella hizo lo que le pidió.

La puerta no tenía cerradura antes. El señor Hayes se había asegurado de que los obreros la instalaran cuanto antes.

Regresó de la puerta con las mejillas un poco más sonrosadas que antes.

—¿Debería quedarme de pie, o...?

—Todavía no. Primero... necesito que te sueltes el pelo.

Stella tenía un brillo especial en los ojos. Quizá fuera ansiedad.

O tal vez emoción.

Fuera lo que fuese, no le impidió complacerlo. Extendió la mano hacia atrás para quitarse las horquillas. Y tenía muchísimas.

—La señora Blunt me prestó los servicios de su doncella esta mañana —comentó con tono de disculpa—. Me temo que se excedió un poco.

Teddy señaló el asiento de la ventana. El cristal estaba cubierto por unas cortinas translúcidas, lo bastante gruesas como para darles privacidad sin tapar la luz.

—¿Me permites?

Stella se mordió el labio inferior. Tras vacilar un segundo, se acercó a la ventana, se sentó y la falda de seda se le arremolinó alrededor de las piernas.

Teddy se acercó con la silla. Ella le dio la espalda e inclinó la cabeza para que pudiera ayudarla. Cuando estaba sentada, él era más alto que ella. Eso cambió sutilmente la relación entre ellos. Remarcó la evidencia de que él era un hombre y ella una mujer. Su mujer.

Era lo único que podía justificar que le estuviera quitando las horquillas. Era una tarea íntima con una connotación doméstica. Eso no impidió que al señor Hayes le ardiera la sangre y la emoción le oprimiera el pecho.

Retiró la primera horquilla, que la doncella había asegurado bien. Ya había tocado su cabello al besarla.

Pero no de ese modo.

Al soltarle el peinado, liberó los bucles y las trenzas, y los espesos mechones se deslizaron entre sus dedos. Su cabello era gris, pero no era áspero ni quebradizo. Era suave y brillante como la seda.

El corazón le latía con fuerza y tuvo que serenarse para poder continuar.

Stella lo miró.

—Qué bien lo haces —lo felicitó—. Eres firme pero delicado. La doncella de la señora Blunt no lo hace ni la mitad de bien.

—Un gran elogio —repuso él con la voz áspera—. Es hermoso, ¿sabes?

—Te agradecería el cumplido, pero me da la sensación de que no eres objetivo respecto a mi cabello.

—Es una verdad empírica. —Agachó la cabeza y le rozó la oreja con la nariz—. Podría pintarte mil veces y aun así no lograría hacerte justicia.

Ella respiró algo temblorosa.

—Nunca te rindes. Y mucho menos antes de empezar.

—Incluso yo conozco mis límites.

—¿Límites? ¿Tú? Qué contradicción. —Dejó caer la cabeza hacia él mientras Teddy le acariciaba la mejilla con la nariz. Notó cómo volvía a sonreír—. Al parecer, me he equivocado de casa. Esto es Maiden Lane, ¿verdad?

—Exacto. Y pronto será tu hogar permanente.

Si las obras se terminaban a tiempo. Si la casa se podía acondicionar para una dama y el establo para su amada yegua. Un mes como máximo. Si Stella no había cambiado de opinión para entonces.

Demasiadas condiciones. No servía de nada darle vueltas.

Teddy hizo un gran esfuerzo y se apartó de ella. Si no, acabaría besándola, y ella no había ido allí para eso. Regresó ante el lienzo, decidido a concentrarse en la tarea.

—Para este cuadro estarás de pie. No te resultará fácil mantener la postura, pero te dejaré descansar tantas veces como necesites.

Stella se levantó del asiento de la ventana. Su cabello se le descolgaba por la espalda y las ondas le llegaban casi hasta la cintura. Ya no parecía una jovencita formal y almidonada. Parecía una diosa que por algún motivo inexplicable hubiera terminado vestida con ropa moderna.

Él era incapaz de imaginar cómo se la vería envuelta en una gasa brillante y vaporosa.

Se dirigió al otro lado de la estancia en busca de la mejor luz de forma instintiva.

—¿Dónde quieres que me ponga? ¿Aquí?

Reculó hasta ocultarse parcialmente detrás del lienzo para poder ver mejor la pared tras ella. La pintura estaba desconchada. No había tenido tiempo de repararla. Pero el fondo no importaba. Era la luz, tal como ella había intuido: la forma en que se filtraba entre las cortinas de la ventana sobre las molduras agrietadas y los listones del suelo.

—Justo ahí —dijo—. Tres cuartos de perfil, mirando a la puerta. Y si... Disculpa. Si, ah..., ¿te importaría desabrocharte un poco el corpiño?

Stella bajó la vista y sus pestañas velaron la expresión de sus ojos mientras desabrochaba obedientemente los botones forrados con cordón negro que cerraban el cuello alto de su vestido. Se abrió el corpiño muy despacio, centímetro a centímetro, revelando primero el delicado hueco de su garganta y luego los elegantes huesos de la clavícula. Apenas se intuía el cubre corsé, un delicado tejido de batista con ribete de encaje, cuando se detuvo.

—¿Es suficiente? —preguntó.

—Con eso basta. —Él se acomodó detrás del lienzo. La paleta lo esperaba, con

las pinturas ya mezcladas y listas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Stella.

Teddy agarró el pincel.

—Ahora hay que ponerse a trabajar.

Capítulo 27

Londres, Inglaterra
Mayo de 1863

Stella permanecía inmóvil como una estatua de mármol en el estudio, en la casa de Maiden Lane, con el rostro vuelto hacia la pared desconchada a su derecha.

Al otro lado de la habitación se situaba el gran lienzo sobre un caballete. Teddy trabajaba incansable detrás de él, sin chaqueta ni chaleco, con la camisa arremangada y su sensual boca fruncida en una permanente mueca de concentración.

No hablaba ni bromeaba con ella mientras trabajaba, a diferencia de cuando la había dibujado en Hampshire. Solo se dirigía a ella para ordenarle que dejara de moverse.

Durante el último mes, Stella se había vuelto experta en quedarse quieta. Había pasado todo el mes de abril posando, alternaba largos periodos de inmovilidad con descansos, sentada en el nuevo sofá tapizado de damasco, desde donde observaba con interés cómo Teddy mezclaba los colores, ajustaba el sombreado y, en algunas ocasiones, eliminaba parte del trabajo que acababa de hacer y volvía a empezar.

Julia y el capitán Blunt habían regresado al condado de York el mes anterior. Desde entonces se alojaba con Ahmad y Evie en su granja cerca de Hampstead Heath. Había mucho espacio en el establo para *Locket* y para *Crab*, el caballo de Turvey. Y podía salir a galopar dos veces al día en el páramo que se extendía junto a la casa.

Evie era una anfitriona atenta y Ahmad se mostraba en todo momento amable y hospitalario. Cenaban juntos todas las noches en casa y se encontraban para desayunar por las mañanas. Stella disponía del resto del tiempo para sí misma. Podía hacer lo que quisiera e ir adonde decidiera, y ya nadie le exigía que llevara consigo una criada o una acompañante.

—Fuera de la alta sociedad, las cosas se hacen de una forma bastante diferente

—le había confesado Evie—. Nosotros, los trabajadores, valoramos nuestra independencia.

Stella pronto aprendió a valorar la suya. Cuando no estaba montando a caballo o ayudando a Evie con las distintas tareas de la casa o la tienda de ropa, iba a Covent Garden, ya fuera a caballo o en un coche de alquiler. Allí, posaba para Teddy durante horas y luego pasaba otra más sentada con él mientras le daba clases de dibujo.

La había ayudado a perfeccionar su perspectiva y composición, y enseñado nuevos métodos para capturar el efecto cambiante de la luz. Gracias a su amable orientación, ella había aprendido que el arte tenía menos que ver con la réplica exacta que con el movimiento, el color y la atmósfera.

Su portafolio había aumentado mucho. Estaba especialmente orgullosa de un dibujo de *Locket* galopando por los bosques de Fostonbury, con los cascos borrosos y la crin y la cola al viento. Teddy había guiado su mano para plasmar una parte del cielo y sombrear las nubes con suaves pinceladas. Al sentir el contacto de sus dedos callosos, fuertes pero delicados al mismo tiempo, a Stella le había subido la temperatura y se le había acelerado el corazón.

Sí, él era un maestro de dibujo indulgente y paciente.

Como pintor, lo era mucho menos.

—Tu traje de montar es un estorbo —comentó con enfado desde detrás del lienzo.

Era una de sus quejas habituales los días que Stella llegaba a Maiden Lane a lomos de *Locket*. Había empezado a hacerlo a menudo. No solo lo de montar, sino lo de llamar la atención.

Ya no hacía ningún esfuerzo por ocultarse, tampoco ocultaba su cabello ni su destino. Montaba con valentía sorteando el trasiego de la alta sociedad, seguida de cerca por Turvey, dejando atrás los teatros, el mercado de flores y los puestos de fruta, hasta llegar a Maiden Lane. La cochera de la parte trasera ya estaba adecentada, y *Locket* comía heno fresco muy contenta, junto con *Samuel* y *Crab*, mientras Teddy y Stella estaban dentro de la casa.

—Me temo que no hay alternativa —afirmó.

El señor Hayes salió de detrás del lienzo. Estaba muy despeinado, lo cual le confería el aspecto de un hombre tan alterado como atractivo.

—Podrías quitártelo. Ahmad nos ha enviado algunas telas que podríamos probar.

—No hasta que nos casemos.

—Y no podemos casarnos hasta que la casa esté habitable —murmuró él, retomando su trabajo—. La última fecha estimada es julio.

¿Julio?

Stella se desanimó. No parecía justo teniendo en cuenta que hacía dos semanas que Teddy se había instalado en la casa. Dedicaba todo el tiempo a trabajar a destajo en su pintura, mientras Jennings se ocupaba de atender sus necesidades personales y la señora Mukherjee acudía a diario para cocinar y limpiar.

Entretanto, ella seguía esperando a que comenzara su vida. Una vida en la que no tuviera que asistir incómoda al final feliz de otra pareja, sino una en la que tuviera su propio final feliz. Ya llevaba demasiado tiempo esperando.

¿Y qué esperaba? No el amor en sí, sino una oportunidad de amar. Una oportunidad de enamorarse de él y de que él la amara.

Lo primero requería poco esfuerzo. Su atracción por él no se había desvanecido durante el último mes. Al contrario. No había hecho más que aumentar gracias a su frecuente proximidad. Y eso la había llevado a ser más consciente de su menguante interés por ella.

A pesar de las muchas horas que habían pasado juntos, Teddy no daba señales de atracción ni de que tuviera intención de repetir los besos que habían compartido cuando le propuso matrimonio. Estaba completamente concentrado en su trabajo.

Ella era su modelo, no su novia.

Pero se recordó que seguían comprometidos. Y sin duda una boda en julio era mejor que ninguna.

—No falta tanto —apuntó.

—Sí para esta pintura. Ya es demasiado tarde para presentarla a la exposición anual de la Real Academia. Si no hubiéramos sufrido estos retrasos, quizá ya lo habría hecho. —Rozó el lienzo con el pincel—. Aunque tampoco creo que la hubieran aceptado. Rechazaron la obra de Whistler sin más. Por eso tuvo que recurrir a una exposición privada.

Y a una avalancha de malas críticas, podría haber añadido.

Stella era muy consciente de que el nuevo estilo que él proponía aún no era muy bien acogido. Posar para él era un riesgo. Al final, podría hacerse famosa.

O no.

No podía saberlo. Tal como ocurrió cuando la dibujó en Hampshire, él no le permitía ver su obra inacabada. Cubría el lienzo con una tela cuando no estaba trabajando en él.

—¿Quizá podrías pedirle al señor Whistler que te diera su opinión sobre tus progresos? —sugirió. Sabía que Teddy le había escrito antes y que había recibido una respuesta cordial. Pero aún no se conocían, al menos que ella supiera—. Admiras tanto su trabajo que sus ideas podrían ser útiles.

—No le muestro mi trabajo a nadie hasta que lo termino. Ni siquiera a otros artistas si puedo evitarlo. —Teddy tomó más pintura de la paleta con la parte plana del pincel—. En cualquier caso, Whistler no está en Londres. Lleva en Ámsterdam desde abril.

—¿Le has vuelto a escribir?

—Sí. Se va a organizar una exposición de obras rechazadas en el Salón de París. Animé a Whistler a presentar *La dama blanca*.

Stella arqueó las cejas.

—¿La obra de Whistler también fue rechazada en el Salón? —Era la primera vez que lo oía.

La Real Academia y el Salón de Bellas Artes eran las dos sociedades artísticas más importantes que existían. El hecho de que la pintura de Whistler hubiera sido rechazada en ambas no auguraba nada bueno para las perspectivas de otros artistas menos conocidos que pintaban con estilos poco convencionales.

—Sí —admitió Teddy—. Junto con la mayoría de las demás pinturas presentadas. El jurado del Salón ha perdido todo sentido de la proporción. Se formó tal alboroto entre los artistas que el emperador ordenó que las obras desestimadas se exhibieran junto con las aceptadas. Lo llaman el *Salon des Refusés*. —Enseguida lo tradujo para ella—: La exposición de los rechazados.

Ella hizo una mueca exagerada al oír la denominación.

—Es mejor eso que negar la visibilidad a las piezas —repuso Teddy—. Y así se lo dije.

—¿Te plantearías exponer tu obra en una exposición así?

—¿Tú no?

—No aspiro a someter mi obra a la aprobación del público.

—Deberías —dijo—. Merece reconocimiento.

Ella sintió una oleada de orgullo.

—Tal vez algún día. Hasta entonces, es tu obra la que debe estar en algún museo o galería.

—Preferiría la Real Academia —respondió con franqueza. —Pero valoraría la posibilidad de exhibir en cualquier exposición, pública o privada, incluso en una de obras rechazadas si llegara el caso. Siempre que pueda terminar esta antes de

que acabe el mes.

Stella se abstuvo de decir que había pocas esperanzas de que eso ocurriera dadas sus circunstancias. A menos que...

—Siempre podríamos hacer lo que sugirió Tom —comentó, sintiendo cómo la frustración de Teddy aumentaba al otro lado de la estancia.

—¿El qué?

—Podríamos casarnos mientras se hacen las reformas.

—Acaban de tirar la mitad de las paredes de las habitaciones de arriba por la podredumbre. ¿Dónde piensas dormir?

—Podría quedarme abajo —sugirió.

Se detuvo el sonido de las pinceladas en el lienzo. Se hizo un silencio denso.

Stella se removió en su sitio, incómoda. Cualquiera pensaría que acababa de proponer alguna obscenidad.

—Abajo —repitió él.

—¿Tan inaceptable sería?

—No es lo que acordamos.

—Pensaba que propusiste esos términos por mí —confesó ella, perdiendo la pose—. ¿Me estás diciendo que lo hiciste por ti? ¿Preferirías que me alejara de ti excepto cuando me pintes?

—Era por los dos. —Reanudó la pintura con pinceladas vigorosas—. No querrás presenciar todas las humillaciones que debo soportar por estar en esta silla. A menos que compartiera habitación con Jennings y te dejara su dormitorio a ti, verías todas las esas situaciones.

—No digas tonterías. Claro que no me voy a quedar en la habitación del señor Jennings.

—Ya lo suponía —repuso muy serio.

—Dormiré en tu habitación contigo.

Dejó de pintar de nuevo.

Ella resopló con impaciencia.

—Olvidas que he pasado la mayor parte de mi vida visitando enfermos con mi hermano. Ya no hay mucho que pueda impactarme.

Él se mantuvo en silencio.

—Eso no quiere decir que te compare con los enfermos del pueblo —añadió Stella, por si se había ofendido—. Solo quiero decir que no soy propensa a desmayarme al ver una extremidad herida.

—Dos extremidades heridas —replicó de mal humor—. Y sin capacidad para

moverse.

—Lo sé muy bien.

—Jennings tiene que ayudarme a todas horas. No quiero que irrumpa cuando estés a medio vestir. Tendría que despedirlo. Y, por mucho que me guste la idea de librarme de él, prefiero contar con la ayuda de ese hombre insufrible.

—No necesitarás que el señor Jennings te ayude cuando yo esté en la habitación contigo. Te ayudaré yo misma, obviamente. Eso es lo que hace la gente casada.

—No necesito una enfermera, Stella.

—Y no tendrás una enfermera. Tendrás una esposa. —Esta vez sintió el silencio, además de oírlo: un vacío opresivo y palpitante. Era demasiado—. A menos que hayas cambiado de opinión —espetó.

Él volvió a asomar la cabeza por detrás del lienzo y la miró con el ceño fruncido.

—¿Eso es lo que crees?

—No lo sé. Ya tienes lo que querías: a mí como modelo. ¿Para qué cargar con el resto?

—Espero que estés bromeando.

—Claro que no. Desde el principio solo quisiste pintarme. Era yo la que quería algo más. Tú no. Tú nunca quisiste.

Teddy soltó el pincel. Antes de que Stella se diera cuenta de lo que se proponía, ya avanzaba con su silla por la habitación. Tenía pintura en las manos y en la camisa, y una mancha de ultramar francés en la frente. La agarró del brazo.

No hizo ademán de evitarlo.

Tiró de ella. Con todas sus fuerzas. Stella tropezó con la falda y se desplomó en su regazo con una risa descontenta.

—¡Teddy! No tiene gracia. —Trató de levantarse—. No quiero hacerte daño.

La abrazó con fuerza.

—¿Hacerme daño? Tonterías. No siento nada. —Su voz adoptó un tono más grave—. Al menos, no en las piernas.

Stella le puso las manos en los hombros, con las mejillas ardiendo.

—No dices más que estupideces.

—Eres tú la que dice estupideces. —Y entonces, volvió a abrazarla y besó sus labios sonrientes.

Ella se aferró a su cuello. Su risa se convirtió en un suspiro. El corazón le latía a mil por hora.

—Vaya —murmuró.

—Sí —gruñó él. Y volvió a besarla.

Stella relajó los labios y se entregó al beso con avidez. Se agarró con más firmeza a su cuello. La piel de Teddy ardía. Ella empezaba a sentir el mismo calor; en su interior ardía una hoguera que amenazaba con convertirse en un fuego abrasador.

Nunca habían estado tan cerca. Se habían besado, eso era cierto. Y se habían dado la mano. Pero él nunca la había abrazado de esa forma. Era más emocionante de lo que ella podría haber imaginado.

—¿Esto lo haces para tranquilizarme? —preguntó con los labios pegados a su boca.

—No estoy seguro de qué pretendía cuando empecé —confesó él con la voz ronca—. En cuanto te tuve entre mis brazos, se me fundió el cerebro.

—Eso no es muy halagador.

—¿Quieres que te halague?

—¿Y si quisiera?

—Te diría que no puedo dormir porque no dejo de pensar en ti. Que me vuelvo loco esperando tu llegada cada día. Que si llegas un minuto tarde...

—¿De verdad...? —objetó ella.

—De verdad —aseguró Teddy—. Claro que quiero casarme contigo. Nunca he dejado de desearlo. Es solo que...

—¿Qué?

Esbozó una sonrisa irónica.

—No quiero espantarte antes de haber tenido la oportunidad de disfrutarte un poco. Egoístamente, preferiría tener esto... —le dio otro beso—, y esto... —otro más—, antes de que me veas como un inválido que necesita tus cuidados.

Stella enredó los dedos en el pelo de su nuca y tiró con firmeza.

—¡Ay! —Él hizo una mueca, riendo—. ¿Por qué diantre has hecho eso?

—No soy tu enfermera —le recordó—. Nunca seré tu enfermera. —Volvió a tirarle del pelo mientras le clavaba los ojos—. Quiero que confíes en mí. Que confíes en que no seré condescendiente por ningún motivo.

—Hasta que me veas...

—Nunca —le prometió—. No mientras sigas siendo amable conmigo.

—¿Amable?

—Sí. Es eso lo que valoro. Tu amabilidad.

—Mmm. —La miró con el ceño fruncido. Ella sospechó que bromeaba solo en parte.

Stella le acarició el pelo para calmar su dignidad ofendida.

—No sabía que pudiera sentarme en tu regazo.

—No preguntaste.

—¡Como si se me fuera a ocurrir...!

Teddy volvió a inclinar la cabeza hacia ella.

—Como siempre, señorita Hobhouse, demuestras tener una sorprendente falta de imaginación.

Ella le sonrió, esperando otro beso. Teddy estaba a punto de reclamarlo cuando alguien llamó a la puerta.

Los dos se quedaron paralizados. Intercambiaron una mirada de sorpresa.

A Stella se le escapó una risita. Se tapó la boca con la mano.

Teddy lució hoyuelos al esbozar una sonrisa infantil.

—No hay nadie que pueda abrir —dijo—. La señora Mukherjee ha ido al mercado y envié a Jennings a comprar más tubos de pintura.

Stella hizo ademán de levantarse. Él la soltó a regañadientes. Le alisó la falda cuando ella se levantó de su regazo.

Stella le apartó las manos de un manotazo.

—No me estás ayudando.

—Tienes una arruga, justo aquí.

—Es un pliegue, tonto.

Él le tomó la mano, la besó y esperó hasta el último momento para soltarla. Cuanto ella se dirigía al pasillo, ambos sonreían como dos escolares traviesos.

Stella se sacudió la falda del traje de montar antes de abrir la puerta.

En el umbral aguardaba un hombre calvo con un traje que no era de su talla. Tenía una enorme caja de madera a su lado. En la calle, detrás de él, esperaban un caballo y una carreta, con dos hombres corpulentos sentados en el banco del conductor. Fuera lo que fuese que hubiera en la caja, parecía que habían ayudado a descargarla.

—¿Puedo ayudarle, señor?

—¿Vive aquí el señor Edward Hayes? —preguntó el hombre. Tenía un acento *cockney* muy marcado.

—Sí. —Examinó la caja. Debía de tener algo que ver con las obras, pero no se le ocurría qué podía ser—. ¿Tiene una cita?

—No tengo cita, señora, pero el señor Hayes me estará esperando.

Sacó su tarjeta y se la entregó con un gesto distinguido.

Ella la leyó intrigada:

«Señor Franklin Abbott, caballero inventor».

Arqueó las cejas.

—¿Puedo preguntarle a qué invento se refiere, señor Abbott?

—La silla neumática para inválidos que he patentado —anunció el hombre con orgullo—. Mi principal inversor, un estimado caballero que prefiere permanecer en el anonimato, me aseguró que el señor Hayes estaba impaciente por comprar un prototipo.

¿Una silla neumática para inválidos?

Stella retrocedió unos pasos.

—Creo que será mejor que entre.

❋❋❋

Teddy contempló maravillado la silla de ruedas que salió de la caja de madera. Estaba hecha de caoba pulida y reluciente, con acabados de latón y equipada con las ruedas de goma que el señor Hartford le había descrito en la biblioteca de Sutton Park.

Stella permanecía de pie junto a él, y ambos observaban la silla mientras el señor Abbott ensalzaba las muchas virtudes de su invento.

—Está equipada con todas las comodidades —se jactó—. Nunca notará los baches del camino. Una vez que se hinchan los neumáticos, la silla va como la seda. El asiento está tapizado con el mejor cuero del mercado, y el respaldo y los brazos son ajustables, así. —Hizo una demostración, manipulando una serie de pasadores y bisagras—. Pero esto es lo mejor, señor. Esta palanca mágica. El usuario puede presionarla él mismo si tiene la fuerza necesaria. Observe. —Accionó la palanca y dos soportes de latón idénticos descendieron inmediatamente hacia las ruedas hasta bloquearlas.

Teddy avanzó en su silla para examinar el aparato.

—Un freno de mano —dijo asombrado—. ¿Es eso?

—Exacto, señor.

—¿Es importante? —preguntó Stella con el ceño fruncido.

—Es esencial, señora —aclaró el señor Abbott—. Como sin duda corroborará el señor Hayes. El inválido suele depender de un ayudante que lo siente en la silla. Con mi invento, podrá sentarse y bajarse de la silla solo, siempre que tenga la fuerza suficiente.

A Teddy se le aceleró el pulso al valorar las posibilidades. Si era cierto, significaría que no necesitaría que Jennings entrara a su habitación para ayudarlo a acostarse y levantarse de la cama. Ya no tendría que sentarlo en el sofá o en una silla del salón. Si los frenos de las ruedas funcionaran, si realmente conseguían

inmovilizar la silla, podría subir y bajar con la fuerza de los brazos.

Eso supondría mucha más independencia, por no hablar de la privacidad...

—¿Le gustaría probarlo, señor? —preguntó el señor Abbott.

—Mi criado ha salido a hacer un recado —respondió—. Tendré que esperar a que regrese.

—No necesitas al señor Jennings. Puedo ayudarte yo —se ofreció Stella.

Teddy se resistió oferta aceptar. Hacía apenas unos momentos, la había estado abrazando y besando. Se había reído con ella como cualquier joven haría con su novia. Se había sentido poderosos. Vivo.

No pensaba echarlo a perder permitiendo que lo ayudara a levantarse de una maldita silla y sentarse en otra. ¡Una silla de inválido, por Dios! Ya era bastante lastimoso que ella tuviera que estar allí para ver su entusiasmo por semejante artilugio.

—No será necesario —espetó—. Jennings volverá enseguida.

—¿Le ayudo yo, señor? —se ofreció el señor Abbott—. Será mejor que se familiarice con la silla mientras estoy yo aquí. Puedo detallarle todas sus posibilidades.

Teddy apretó los dientes.

—Si no le importa esperar...

Stella le posó la mano en el hombro. Le dio un apretón silencioso.

Él no supo interpretarlo. La miró. Tenía una mancha de azul ultramar en la mejilla. Era un duro recordatorio del reciente abrazo.

La ansiedad remitía poco a poco en su pecho y comenzó a sentir calidez.

Seguía avergonzado. Todavía estaba pesaroso por su vulnerabilidad; temía que ella lo viera menos hombre. Pero no pensaba excluirla. Ya no.

Si ella quería formar parte de su vida, podía hacerlo. Y si eso la alejaba...

Al menos no la habría alejado primero con su hosquedad y mal humor.

—Está bien —dijo—. Si quieres...

Stella sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué hago?

—¿Podrías sujetar bien mi silla? ¿Lo más fuerte que puedas?

Stella se puso detrás de él para agarrar el respaldo. Teddy la sintió a su espalda, firme como una columna de acero. Pensó que montar una yegua impulsiva durante tantos años la había convertido en una mujer poderosa. Aunque parecía luminosa, no era un fuego fatuo. Era formidable. Fuerte.

—Señor Abbott, ¿podría acercarme el prototipo? Justo ahí. Lo bastante cerca

para que pueda alcanzar el asiento. Y, por favor, ¿puede levantar los reposabrazos de la silla?

El señor Abbott hizo lo que le pidió, comprendiendo lo que se proponía.

—Voy a poner el freno, señor.

—Es usted un buen hombre. —Teddy retiró los pies de los reposapiés. Miró a Stella y sintió otra punzada de ansiedad.

—No dejes que la silla se mueva.

Lo miró decidida.

—No temas.

Él respiró hondo y apoyó las manos en los brazos de la silla. Empleó toda su fuerza para levantarse del asiento. No era nada que no hubiera hecho ya cuando entrenaba. Pero esta vez no se limitó a hacer un movimiento recto de arriba a abajo. Se movió para llevar las caderas justo al borde del asiento.

Tras ese paso, dejó de hacer fuerza hasta quedar sentado. Le temblaban los bíceps y tenía los músculos del abdomen contraídos a causa del esfuerzo. Se inclinó hacia adelante y apoyó una mano en el asiento del prototipo. Le dio un empujón para probar. La silla no se movió.

—¿Vas a...? —empezó a preguntar Stella.

—Sí. Si me caigo...

—No te caerás —le dijo—. Ni pienses en eso.

Teddy comprendió lo que quería decir. Imaginar el fracaso era casi como desearlo. No se podía pensar así. Y menos cuando uno arriesgaba el pellejo. El orgullo.

—Allá vamos —dijo.

Con todas sus fuerzas, se elevó de nuevo del asiento, apoyándose con una mano en el asiento de su vieja silla y con la otra en el de la nueva. Había muy poca distancia. Un movimiento de caderas, una fracción de segundo de pánico absoluto, y aterrizó con un golpe sordo en el prototipo.

Se quedó sin aliento.

Stella enseguida se puso a su lado. Sintió sus manos en la espalda y después en la cintura, intentaba ayudarlo a acomodarse. Le había caído un mechón de cabello sobre la frente. Ella se lo apartó de la cara.

—¡Vaya! Eso ha sido peligroso. ¿Estás bien?

—Lo he conseguido —exclamó, un poco aturdido.

—Claro que sí. —Lo ayudó a bajar los reposabrazos—. Eso nunca estuvo en duda.

La miró a los ojos mientras se inclinaba sobre él. Por segunda vez ese día, se sonrieron como niños.

Y Teddy se dio cuenta de que no solo estaba enamorado de Stella Hobhouse, su modelo, su musa, su estrella.

La amaba.

Capítulo 28

Londres, Inglaterra
Junio de 1863

Tuvieron que esperar a que se anunciaran las amonestaciones tres domingos consecutivos. El tercero, Stella por fin se armó de valor para escribirle a Anne. La carta llegó al correo apenas una semana antes de la boda.

No fue la única carta que escribió.

Después de pensarlo mucho, y de cuestionarse aún más a sí misma, redactó una breve nota a su hermano. No contenía una invitación a su boda ni para volver a su vida. A decir verdad, era más bien una despedida.

Querido Daniel:

Cuando recibas esta carta me habré casado. Mi esposo es el señor Edward Hayes, un respetable caballero de buena familia, fortuna e inmenso talento artístico. Él me ve hermosa y desea que viva mi vida sin vergüenza ni sentimiento de culpa. Viviremos en Londres y queremos hacernos muy felices el uno al otro.

Tu hermana,
Stella

No esperaba una respuesta de su hermano. Pero sospechaba que Anne tendría algo que decir sobre la noticia.

Y, en efecto, a pesar de lo tarde que llegó la carta de Stella y de la gran distancia que separaba el condado de Somerset de Londres, cuando Stella llegó a la pequeña iglesia de Fleet Street el día de su boda, encontró a Anne esperando en la sacristía, junto con Julia, que había viajado desde York para asistir a la ceremonia.

—Debería haber imaginado que sería él —dijo Anne, abrazándola con fuerza, mientras Julia permanecía a su lado—. Lo cierto es que me habría dado cuenta si

no hubiera estado tan absorta en mi propia felicidad.

—Y así es como debía ser —celebró Stella, besando la mejilla de su amiga—. Ya has cuidado bastante de todas nosotras.

—Tonterías. Cuidamos las unas de las otras. —Anne retrocedió. Había desaparecido parte de la dureza glacial de su rostro, esa mirada fría y aristocrática que Stella veía en ella desde que la conoció. La había sustituido una expresión de relajada satisfacción. Parecía que la vida con el señor Hartford le sentaba bien—. ¿Por qué diantre has tardado tanto en escribirme?

—Porque sabía que intentarías rescatarme. Y yo no quería que me rescataran. Quería seguir galopando pasara lo que pasara.

Anne se echó a reír.

—Qué tonta. ¿Es que no ves el peligro?

—La verdad es que no. —Le devolvió la sonrisa—. Me parece que me gusta bastante.

—Dijo la joven vestida de ángel —terció Julia, mientras abrazaba a Stella—. Estás preciosa, querida.

Anne la miró de arriba abajo con aprobación.

—¿Ahmad ha diseñado tu vestido de novia?

—Sí. Y Mira se ocupó del bordado y los adornos.

El elegante vestido estaba confeccionado en muselina rústica blanca, adornado con delicadas mariposas blancas y ribeteado con encaje de Valenciennes. Ahmad y Mira la habían ayudado a ponérselo en casa de los Malik antes de partir hacia la iglesia. Solo faltaba que se pusiera el velo. Era demasiado delicado para llevarlo en el carruaje.

Evie entró en la sacristía detrás de ellos con la ondulante pieza de tul blanco sobre los brazos. Estaba tan bien tejido que parecía una telaraña y, al igual que el vestido de novia, lucía un bordado de mariposas.

—Intuyo que aquí hay un mensaje —comentó Anne muy sonriente mientras Evie colocaba el velo vaporoso sobre el recogido plateado de la novia.

—Mira dice que las mariposas son un símbolo de transformación —aclaró Evie —. Stella ha empezado el día como una inocente jovencita y lo terminará como una respetable dama casada.

—Transformada en mariposa por el amor —dijo Julia—. Qué romántico.

—En efecto —respondió la novia—. Aunque parece insinuar que antes era una oruga.

También insinuaba que Teddy la amaba.

Lo cual no era del todo cierto. Eran amigos, sin duda. Y estaba claro que él le tenía cariño. También había atracción, como demostraban los besos y abrazos que habían compartido. ¿Pero era amor? ¿O solo su empeño por pintarla? Al fin y al cabo, ese había sido el principio.

Por mucho que lo intentara, no conseguía librarse de la premonición de que, cuando él por fin terminara su obra maestra, también terminaría con ella.

Y sabía que casi había terminado, aunque aún no había visto el retrato.

Solo le faltaba pintarla al aire libre, junto al Támesis, cuya atmósfera, según Teddy, haría las veces de mar. Ya había elegido la tela con la que se cubriría. Era un tul perlado suave y cremoso, adornado con lentejuelas de nácar. Ahmad lo había cosido sobre una túnica de muselina fluida y sin mangas que, al lucirla, daría la impresión de que solo llevaba el tul, sin perder el decoro.

Pensaba en ello, incluso mientras sonreía con sus amigas y se preparaba para caminar hacia el altar. No podía librarse del temor de que Teddy y ella estuvieran llegando al final de su vida en lugar de embarcarse en un nuevo comienzo juntos.

—¿Quién te acompaña? —preguntó Anne—. Imagino que no será tu hermano.

No era momento de pensar en lo que había perdido y sí de celebrar la que tenía. Porque los amigos son la familia que uno elige.

—Me acompañará Ahmad. Me pareció adecuado pedírselo. Después de vivir con él y Evie durante tantas semanas, he llegado a considerarlo como un hermano.

—Se sintió honrado —confesó Evie—. De verdad. Es una responsabilidad que se toma muy en serio.

Julia la ayudó a ponerse bien el velo.

—Al llegar eché un vistazo a la iglesia. Había varios desconocidos en los bancos.

—Reconocí a los Finchley —dijo Anne—. Y a Mira y al señor Jones. Pero no conocía a las otras parejas.

—Son el señor y la señora Thornhill y el señor y la señora Cross —aclaró Stella —. Son amigos de la familia del señor Hayes, compensarán la ausencia de los Archer.

—¿Su familia no podía venir? —preguntó Julia.

—Su hermana está encinta y no puede viajar desde Francia. Y su anciana tía Charlotte tampoco puede asistir por problemas cardíacos. Sin embargo, ambas escribieron cartas muy amables. Y el señor y la señora Archer enviaron un regalo precioso.

Era un exquisito reloj de bronce dorado. Stella lo había puesto sobre la repisa de la chimenea del estudio de Teddy. No era el primer detalle con el que daba un

toque personal a la casa de Maiden Lane. Había añadido un sofá y sillas nuevas para la sala de estar, un juego de comedor de nogal tallado y un gran armario de caoba para el dormitorio.

Teddy animaba a Stella a comprar lo que necesitara. No era rico, pero tampoco pobre. Y no era nada tacaño.

—Seguro que están aquí en espíritu —dijo Evie.

A Julia le brillaron los ojos. Siempre se emocionaba en las bodas.

—Y ahora el señor Hayes te tiene a ti.

—Y yo a él —afirmó la novia con decisión. Se negaba a permitir que las dudas le robaran la alegría.

Ahmad entró en la sacristía. Vestía un elegante traje de chaqueta y pantalón de color gris. Llevaba el espeso cabello negro muy bien peinado.

—Es la hora —anunció.

Anne, Julia y Evie se apresuraron a arreglarle la falda, alisarle el velo y entregarle su ramo de lavanda y rosas.

—Estás lista —dijo Anne.

—Estás perfecta —convino Evie.

—La novia más guapa del mundo —asintió Julia.

Ahmad le ofreció el brazo.

—¿Vamos?

Stella sintió una repentina ansiedad.

—¿Ya está el señor Hayes en el altar? —preguntó mientras tomaba el brazo de Ahmad.

¿Y si Teddy no se había presentado? ¿Y si había cambiado de opinión? ¿Y si...?

—Está ahí —confirmó Ahmad mientras salía con ella de la sacristía—. Te está esperando.

Y así era, por supuesto. En su silla de ruedas al final del pasillo, estaba muy apuesto con su chaqué y sus pantalones de rayas grises.

Stella lo miró fijamente mientras avanzaba hacia el altar, sin prestar ninguna atención a sus amigas sentadas a izquierda y derecha. Teddy acaparaba su atención y ocupaba su corazón.

Y de repente, lo supo. Lo supo sin más.

La certeza la golpeó. No fue como un rayo, sino más bien como un pequeño terremoto en el alma. Sintió que culminaba algo que se había estado gestando desde el momento en que se conocieron.

Había pensado que solo estaba medio enamorada. Pero se había equivocado.

Los sentimientos la habían invadido sigilosamente, como un ladrón que le arrebatara el alma. De pronto lo comprendía; no tenía ninguna duda.

«Lo amo».

❋❋❋

Teddy no tenía un interés especial en casarse por la iglesia. Deseaba que pasase cuanto antes la ceremonia. Pero Stella siempre sería la hermana de un clérigo, y no tenía intención de empezar mal las cosas con su futura esposa solo porque las bodas convencionales le parecieran aburridas.

Los preparativos habían sido tediosos, además de interferir en su trabajo.

Casarse por la iglesia significaba primero encontrar un clérigo que pudiera hacerlo. Tom había vuelto a obrar su magia al encontrar una pequeña capilla en la calle Fleet, no muy alejada de su despacho de abogados. Reservaron la fecha enseguida, e incluso contrataron al organista de la iglesia para que tocara algo de Mendelssohn.

Después tuvo que resignarse a estar varios días sin su modelo mientras se ocupaba de otros asuntos. En lugar de posar, Stella iba de compras, a probarse el vestido de novia, a elegir varias cosas que necesitaría antes de mudarse con él a Maiden Lane.

La última semana no habían dejado de llegar repartidores con muebles, ropa de cama y otros artículos domésticos, interrumpiéndole a menudo.

Cuando llegó el día de la boda, con un aguacero veraniego inusualmente fuerte, estaba ansioso por terminar con todo aquello. Cuanto antes se casaran, antes podría seguir pintándola.

No había pensado en cómo se sentiría al final del pasillo de la pequeña capilla de piedra, con su única y modesta vidriera, rodeado de amigos y esperando la llegada de la novia.

Cuando por fin apareció del brazo de Ahmad, vestida con una delicada muselina blanca y un velo de tul con bordados, contempló asombrado su belleza y le embargó la emoción de saber que pronto sería suya.

Toda suya.

El anciano clérigo canoso que estaba frente a ellos no perdió el tiempo. La lluvia golpeaba contra las altas ventanas y silenciaba casi por completo su voz entrecortada mientras comenzaba a leer el *Libro de oración común*.

Teddy y Stella se miraron a los ojos.

Él nunca había pensado en casarse. Por lo menos desde que perdió la

sensibilidad en las piernas. No se había imaginado confiando en nadie. Amando a nadie. La vida para él, cuando por fin la reanudó, había adquirido otro significado. El arte había sido todo su mundo.

Pero ya no.

—Sí quiero —dijo Stella con un ligero temblor en la voz.

—Sí quiero —repitió Teddy al ponerle el anillo en el dedo. Era una delicada alianza de oro que había comprado a un joyero de la calle Bond. No hacía justicia a lo que sentía por ella. Ninguna joya lo conseguiría.

Unas pocas palabras más del reverendo y la ceremonia concluyó.

Stella se retiró el velo. Teddy lo habría hecho, pero no alcanzaba desde la silla; no podían estar al mismo nivel, a menos que ella se agachara. Por un instante pareció que lo haría.

Pero no.

Se sintió un poco aliviado. Ya tendría tiempo de sobra para besarla en privado. Prefirió darle la mano.

—¿Y bien, señora Hayes?

Ella no respondió, solo lo miró con una emoción indescifrable en sus ojos azul plata. Se aferró a su mano como si fuera un salvavidas.

Teddy sintió una ternura que le apelmazaba el pecho. Se dio cuenta de que ella estaba abrumada. ¿Era por la emoción? ¿Por el peso del compromiso que acababan de sellar? Posiblemente fuera por ambas cosas.

—Se me acaba de ocurrir otra razón en favor de nuestro matrimonio —dijo él en voz baja mientras se soltaban las manos y se volvían hacia sus invitados—. No hace falta cambiar las iniciales de la ropa de tu cama.

Stella esbozó una sonrisita.

—Todavía no he bordado la ropa de cama.

—Entonces será algo que esperaremos con ilusión. Entre otras cosas.

Caminaron juntos desde el altar al son de una marcha de Strauss, él empujando su silla nueva y Stella caminando a su lado: al fin sonreía, aunque todavía temblaba un poco.

Tras ellos, los invitados se levantaron para seguirlos. La señora Blunt se aferraba al brazo de su marido y se secaba los ojos con un pañuelo de encaje, y Hartford le dio a lady Anne un discreto beso en la sien antes de acompañarla agarrado a su cintura.

El capitán Thornhill y lady Helena se sonreían, posiblemente recordando su propia boda, tan poco convencional que no había tenido lugar en una iglesia, sino

en el registro civil, solo unos días después de conocerse; Neville y Clara iban agarrados de la mano, ambos radiantes; y Tom y Jenny se quedaron un rato más, con las cabezas muy juntas, enfrascados en una conversación íntima, intercambiando palabras cariñosas mientras esperaban a que Mira y el señor Jones se unieran a ellos.

Evelyn y Ahmad salieron detrás de los invitados. Hacían las veces de los familiares de la novia y recordaron a todos que Jenny Finchley ofrecería el banquete de bodas en la calle Half Moon.

—¿Nos vamos? —preguntó Teddy a Stella antes de que sus invitados pudieran alcanzarlos—. Tom nos ha conseguido un carruaje. La carreta no es lo mejor para la lluvia.

—Lo prefiero —admitió ella.

Él también. En un carruaje cerrado se librarían de la vigilancia de Jennings.

Por desgracia, Teddy no podía prescindir de él por completo. Ni siquiera el día de su boda.

El sirviente esperó a las puertas de la iglesia para ayudarlo a bajar las escaleras y subir al carruaje que lo esperaba. Habían adornado el vehículo con guirnaldas al principio del día, pero la lluvia había estropeado las flores. Apenas quedaba alguna con pétalos.

Teddy insistió en que Stella subiera primero. Jennings se adelantó con amabilidad para ayudarla a subir mientras él permanecía bajo el saliente de piedra en lo alto de las escaleras de la iglesia.

—Tenga cuidado de no mojarse demasiado, señor Jennings —le pidió Stella mientras subía al carruaje—. No debe resfriarse.

—Estoy bien, señorita. —El hombre se sonrojó—. Quiero decir, señora. Quiero decir, eh.., señora Hayes. —Hizo una reverencia torpe antes de subir corriendo los escalones para ir a buscar a Teddy, que sonrió al oír el tartamudeo del criado.

—La cortesía de mi esposa debe de ser reconfortante en comparación con mi mal humor —comentó mientras Jennings lo levantaba de la silla.

—No se preocupe, señor. El señor Archer ya me advirtió al contratarme que no debía tomarme en serio sus arranques de mal genio.

—Ah, ¿sí?

—Dijo que no era nada personal. Que todo era a causa de la frustración por lo de la silla.

No le costaba imaginar a Alex diciendo eso y excusándolo mientras intentaba allanarle el camino de regreso al mundo de los vivos. Sintió gratitud hacia su

cuñado, y también hacia su hermana. No siempre había valorado sus intromisiones —ni las de nadie, a decir verdad—, pero reconocía su apoyo.

A pesar de sus cambios de humor, su mal carácter y sus intermitentes ataques de melancolía, su familia siempre había estado ahí para él. También sus amigos. Incluso nuevos conocidos como Félix Hartford. Lo habían ayudado, incluso contra su voluntad.

—Quizá por la antigua silla —admitió Teddy—. Pero esta no. —Echó un vistazo a aquella maravilla neumática de caoba y latón que tanto le había facilitado las cosas—. Esta me ha mejorado mucho la vida.

—No se estropeará con la lluvia, ¿verdad? —preguntó Stella mientras él se acomodaba en el asiento del carruaje junto a ella.

Teddy tenía el cabello húmedo y el traje arrugado tras la maniobra de Jennings para subirlo.

—El cochero ha traído una lona para cubrirla. —Solo tardaron unos instantes más en asegurar la silla al carruaje, luego partieron y dejaron atrás a sus amigos, a los que despidieron en las escaleras de la iglesia.

—No te arrepientes, ¿verdad? —preguntó él en cuanto se quedaron solos.

Ella negó con la cabeza.

—No. ¿Y tú?

—No. —Miró por la ventana la niebla que envolvía la calle—. Solo estoy impaciente por volver al trabajo. El cuadro está casi terminado.

—Sí. Lo sé.

—Solo le faltan los toques finales. Tú envuelta en tu vestido de gasa y un poco de esa niebla sobre el agua. Podría pintarlo tal como está ahora, siempre que dejara de llover el tiempo suficiente como para poder montar mi caballete en la orilla del río.

—Siempre hay un mañana —lo consoló ella.

—Sí.

Pero antes del mañana, estaba aquella noche.

Teddy la miró. El corazón le latía con fuerza, y no se debía solo al esfuerzo de subir al carruaje. Después del banquete nupcial y la dura prueba de regresar a Maiden Lane acompañados de un tiempo cada vez más desapacible, aún tenían la noche de bodas por delante.

¿Ese sería el motivo de que estuviera tan callada? ¿Por eso parecía haberse refugiado de nuevo tras su máscara? Se suponía que las novias se ponían nerviosas ante ese momento. Era prácticamente una tradición. Era su responsabilidad como

esposo tranquilizarla.

Le tomó la mano y con un tono grave y sincero le dijo:

—Me alegro mucho de que seas tú —confesó.

Stella se volvió hacia él.

—Seré yo también después de que tu cuadro esté terminado.

—Habrá otros—le aseguró—. ¿No te lo dije?

—Mil, dijiste una vez. Pero sin duda te aburrirás cuando lleves cien.

—¿Aburrirme de esto? —Le tocó la mejilla—. Nunca.

Ella lo miró con ternura.

—Gracias.

—¿Por qué? —Le posó la mano en la nuca. Estaban sentados juntos, como cualquier otra pareja de recién casados, con su traje de boda. No había rastro de Jennings. Ni de la silla de ruedas.

—Por pedir mi mano. Por amueblar la casa de un modo tan generoso y preocuparte de que el establo sea lo bastante acogedor para *Locket*. —Se le entrecortó la respiración cuando él se acercó e inclinó la cabeza—. Por acceder a que nos casáramos en una iglesia. Sé que preferirías haberlo hecho en un despacho o en algún...

Teddy la besó.

Ella cerró los ojos y se abandonó al beso. Le rodeó el cuello con las manos muy despacio. No había duda. No vaciló ni un segundo. Stella respondía con delicadeza, calidez y confianza, cedía a la presión de sus labios al tiempo que se apoderaba de su boca.

El primer beso dio paso al segundo, y luego a otro. Cada uno se disolvía en el siguiente, entre palabras y suspiros entrecortados.

El carruaje de los Finchley creaba un ambiente más íntimo que un trineo. Más peligroso que el estudio de Teddy. Allí, dentro del coche en penumbra, con las cortinas corridas y la lluvia golpeando las ventanas, se sintió más cerca de ella que nunca.

¿La culpa era el carruaje? ¿O eran los votos? ¿Tal vez el anillo?

—Lo volvería a hacer sin dudar —afirmó él con la voz ronca—. Haría lo que fuera por tenerte.

—¿Entonces fue un acto puramente egoísta? —preguntó Stella, rozándole los labios con los suyos—. ¿Por eso me salvaste de una vida en la sombra?

—Fuiste tú quien me salvó. Te dije que me volvería loco si no podía pintarte. Y habría ocurrido, ¿sabes?

—Te curé, ¿verdad?

—No del todo. Todavía no. —Sintió que iba a enloquecer. Volvió a besarla mientras enredaba su espeso cabello entre los dedos.

Empezó a escampar cuando el carruaje dobló hacia la calle Half Moon hasta que cesó por completo de llover. El carruaje aminoró la marcha para detenerse, y ellos tuvieron tiempo de sobra para recomponerse.

Un lacayo abrió la puerta mientras Jennings acercaba la silla de ruedas. El sol intentaba abrirse paso entre la niebla y teñía el paisaje de colores brillantes.

Teddy puso una mano en la espalda de su esposa.

—Mira esa luz —dijo—. Lástima que no pueda plasmarla en el lienzo.

Stella se volvió hacia él. Tenía los labios y el semblante encendidos por los apasionados besos.

—¿Quién dice que no?

—Es el día de nuestra boda. Jamás se me ocurriría ser tan grosero.

—Pero nos casamos para complacernos. Para hacer lo que queremos cuando queremos.

—Hoy quiero complacerte a ti.

Lo miró fijamente.

—Quiero que termines tu cuadro.

Teddy la observó, asombrado. ¡Dios santo, hablaba en serio! No sabía si sentirse decepcionado o eufórico.

—No podría empezar hasta el ocaso. Esa es la hora que necesito, no el mediodía. Podría arruinarnos la velada.

Stella se ruborizó un poco más.

—El crepúsculo no dura para siempre.

A Teddy se le aceleró el corazón. La insinuación era evidente. Aún podrían disfrutar de su noche de bodas, pasara lo que pasase. Pero primero...

El reclamo artístico era demasiado tentador.

—En ese caso —repuso—, si el tiempo acompaña y no cambias de opinión... —Esbozó una repentina sonrisa—. Esta noche, al atardecer, te pediré muy amablemente que te pongas tus ropajes estrellados y me acompañes con el lienzo a la orilla del Támesis.

Capítulo 29

Stella le había advertido a Teddy, cuando él se declaró, que disfrutaba arriesgándose de vez en cuando. Y no se trataba solo de ir y volver de Maiden Lane sin acompañante, ni de galopar con *Locket* por el parque sin la redecilla con la que había ocultado el color de su cabello durante tanto tiempo.

En ese momento estaba haciendo lo que Teddy le había pedido: aguardar plantada con valentía a orillas del río, envuelta en una capa de tela oscura con muy poca ropa debajo, mientras la niebla la envolvía y el resplandor del crepúsculo se desvanecía en la noche.

Y *Locket* no estaba para darle fuerza. Tampoco tenía a las Furias para apoyarla. Incluso su esposo estaba a cierta distancia, sentado detrás del caballete mientras preparaba la paleta.

Sintió un escalofrío. No era por el frío. Tampoco por el miedo ni la ansiedad. No tenía miedo. Ni de lejos. Se sentía valiente. Segura de sí misma, allí, plantada en el barro que le manchaba las botas.

¡Había vivido un día maravilloso! Primero casada, luego agasajada por sus amigos en casa de los Finchley, y finalmente aquello: salvaje, poco convencional, absolutamente sorprendente. Todo lo contrario de la vida asfixiante que conocía.

—Estoy lista —aseguró mientras se desabrochaba el cierre de la capa que llevaba prendida al cuello.

Teddy frunció el ceño. Lo estaba pensando mejor. Mucho mejor, por lo que parecía. Daba igual que hubiera sido idea suya. Tenía la misma expresión que al enterarse de que Stella se paseaba por la ciudad sin escolta. Era el evidente conflicto entre la libertad que le había prometido y el impulso masculino de protegerla a toda costa.

Stella percibió la lucha interna de su esposo, pero no permitió que le afectara.

Se quitó la capa de los hombros, dejando al descubierto los brazos desnudos, el cuello y la reluciente gasa perlada que la cubría.

No estaban completamente solos en aquel tramo del río rodeado de árboles. El señor Jennings aguardaba de pie junto a la carreta en la orilla, y les daba la espalda por respeto. Más allá, detrás de la maraña de fresnos, alisos y sauces, se extendían

algunos caminos sinuosos y una carretera serpenteante y arbolada.

Sería un escándalo que alguien los viera, arruinaría su reputación.

Hubo un tiempo en que Stella Hobhouse se habría preocupado por esas cosas. Pero ya no era Stella Hobhouse. Ni siquiera Stella Hayes, a pesar de la ceremonia, del largo banquete nupcial y de los innumerables brindis con champán que vinieron después.

Todo eso desapareció en el instante en que ella se despojó de la ropa. Ahora era una de las Pléyades.

Le lanzó la capa a Teddy. Él extendió la mano para atraparla. Pero no estaba mirando la prenda. La miraba a ella, con la boca abierta.

Stella sintió el poder femenino.

—¿No te gusta el diseño de Ahmad?

Él tragó saliva con dificultad.

—Es, eh..., un poco más transparente de lo que imaginaba.

En realidad, no lo era. Era solo una ilusión.

Aun así...

—¿No es ese el objetivo? —Se volvió para ofrecerle su perfil de tres cuartos preferido. La melena suelta le caía hacia atrás, y las lentejuelas de nácar de su vestido de gasa se movían mecidas por la brisa que llegaba del río.

Teddy carraspeó.

—Stella...

—Ahora soy Electra —le informó—. A menos que tengas en mente a otra de las Pléyades.

Él se pasó una mano por el pelo y esbozó una mueca que le ensombreció el rostro.

—Electra está bien —murmuró.

Ella sonrió.

—El sol se está poniendo, mortal. ¿No crees que deberías aprovecharlo al máximo?

❋❋❋

No era fácil capturar la luz cambiante. Debía trabajar rápido. Solo faltaba una hora para el crepúsculo. Movía el pincel con rapidez y no dejaba de asomar la cabeza por detrás del lienzo para contemplar el río, la niebla, los rayos de sol menguante.

Y a ella.

Tuvo que esforzarse para no quedarse boquiabierto como un tonto. No tenía tiempo para eso. Pero ella lo atraía como un imán a las limaduras de hierro. Y no solo porque fuera hermosa y resplandeciera como una estrella —¡era Electra, por Dios!—, sino porque era ella misma, erguida y orgullosa, con la barbilla alta y el cabello suelto, sin ocultar nada de su verdadera y magnífica naturaleza.

Una punzada de emoción impregnaba su obra. Así la había visto desde el principio. Como sabía que sería si alguna vez se quitaba por completo la máscara de dama. Una criatura poderosa, apasionada y majestuosa que, por algún milagro, se había convertido en su esposa.

Sus inseguridades lo acechaban. La pintura las mantenía a raya. Él también era poderoso con un pincel en la mano y los óleos preparados.

Todo terminó demasiado rápido. El sol se puso, Stella volvió a ponerse la capa y asumió el manto de humilde mortalidad. Jennings apareció con un candil. Cubrieron el lienzo y lo cargaron en la carreta. El sirviente ayudó a empujar la silla de ruedas por la orilla, mientras Teddy impulsaba las ruedas de goma por el barro.

Al poco, todos estaban en la carreta. Él tomó la mano de su esposa por impulso y la besó. Ella sonrió, radiante de felicidad.

Pero al tomar las riendas de *Samuel* para dirigirse a casa, se dio cuenta de lo mucho que lo había perjudicado sentarse en el frío y la humedad, tan cerca del río.

Diez minutos después notó el primer calambre en la pierna. El segundo llegó poco después. Cuando llegaron a Maiden Lane, apretaba los dientes con fuerza.

—¿Qué pasa? —preguntó Stella mientras él detenía la carreta frente a su casa. En la ventana delantera había un farol encendido iluminando los escalones de piedra que conducían a la puerta. La señora Mukherjee lo habría dejado antes de irse por la noche.

—Nada.

Jennings bajó de un salto para ayudarlo.

—Da la impresión de que te pase algo. —Lo miró a la cara—. ¿No seguirás molesto por mi vestimenta?

—No me ha molestado en ningún momento.

—¿Es el cuadro? ¿No conseguiste lo que querías?

—No es el cuadro —respondió entre dientes—. Es... son mis piernas.

Stella frunció el ceño preocupada.

—No lo entiendo. ¿Te lastimaste subiendo la ladera? ¿O fue...?

—No es eso. A veces pasa. El cambio de tiempo. No puedo...

Se interrumpió al sentir un calambre. Se llevó la mano al muslo y apretó con

fuerza. Gimió entre dientes.

Jennings se apresuró a bajarlo.

—A mí no —gruñó—. Ayuda a la señora Hayes.

—No digas tonterías —lo regañó ella—. Puedo cuidar de mí misma.

Saltó de la carreta con tal temeridad que a Teddy le dio un vuelco el corazón.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Quieres romperte el cuello?

—No había peligro. —Se volvió hacia Jennings—. ¿Qué debo hacer para ayudar?

—No hagas nada. Es a Jennings a quien necesito. No a ti.

Lo miró dolida. Podría haberle recordado que era su noche de bodas.

¡Como si él no lo supiera! Como si no estuviera maldiciendo su suerte. Maldiciendo la escarlatina y sus malditas piernas. Maldiciendo también a Jennings, aunque el sirviente solo intentaba ayudar con su habitual torpeza.

—Lo llevaré adentro, señor —se ofreció.

—¡Ni hablar! —protestó—. Tráeme la silla.

Stella esperó con las manos entrelazadas, mientras el sirviente preparaba la silla de ruedas y luego lo subía.

John Turvey, el mozo de cuadra, salió de la cochera para ocuparse de *Samuel*.

—¿Puedo hacer algo, señora?

—¿Le pido a Turvey que llame al médico? —le preguntó Stella a Teddy.

—Nada de médicos —respondió—. Solo necesito a Jennings. A nadie más.

Lo miró afligida, pero se recompuso enseguida y adoptó un aire decidido.

—Yo no soy una persona cualquiera —espetó. Después se dirigió a Turvey para añadir—: Ahora te digo algo. Puede que aún te necesite.

El mozo de cuadra asintió con seriedad antes de llevarse a *Samuel* con la carreta. El lienzo, el caballete y los bártulos de pintor seguían guardados en la parte trasera.

—No quiero que el cuadro se quede en la cochera toda la noche —le advirtió Teddy al criado.

Jennings no se detuvo a recogerlo. Lo llevó a él dentro de la casa en penumbra; Stella los seguía de cerca.

—Lo traeré luego, señor. En cuanto termine de atenderlo.

«Atenderlo».

Como a un inválido.

Apretó los reposabrazos de la silla. Estaba furioso, tan triste que temía perder los modales, y le dolían tanto las piernas que tenía la impresión de que el propio

Satanás le estaba royendo los tendones de la pantorrilla y los muslos.

Stella lo acompañó a su dormitorio y se encargó de encender los quinqués mientras Jennings subía a Teddy a la cama baja con dosel. La había encargado en un almacén de muebles de Ludgate Hill. Aquella altura le permitía trasladarse de la cama a la silla y viceversa sin ayuda.

Pero esa noche no podía.

Esa noche, mientras duraran esos malditos calambres, dependía completamente de Jennings.

—Dime qué puedo hacer —pidió Stella.

—Puedes irte —respondió. Tras farfullar por un nuevo calambre, añadió—: No quiero que me veas así.

Stella se compadeció, pero no se marchó. Al contrario, se sentó al borde del colchón junto a él, las lentejuelas de su vestido de gasa tintinearon como si fueran campanillas de plata.

—Soy tu esposa —replicó.

No había más que hablar.

Capítulo 30

Stella nunca había desvestido a un hombre. Claro, que nunca había tenido marido.

¿Cómo se suponía que debía comportarse una dama en tales circunstancias? Estaba en el dormitorio de Teddy por primera vez, era su noche de bodas, ¡por Dios! Y allí estaban, juntos en la cama, mientras Jennings se paseaba por la habitación, primero para encender el fuego en la chimenea y luego para quitarle las botas a su esposo.

Stella intentó olvidar el temblor de dedos mientras desataba la corbata de su marido y le desabrochaba la chaqueta y el chaleco. Le quitó las prendas una a una, y las fue arrojando sobre el sillón tapizado que estaba junto a la cama de caoba inusualmente baja.

No era una desnudez romántica. Cualquier pensamiento de esa clase se había disipado antes de que ella empezara a quitarle la ropa. Teddy se mostraba tan huraño como un oso herido, y la miraba igual de mal que a Jennings.

—Déjame la camisa —pidió cuando ella hizo ademán de levantarla—. Lo que debo quitarme son los pantalones.

Temió ruborizarse. Claro, tenía que quitarse los pantalones. Se sintió tonta por no haberlo pensado enseguida.

Jennings ya estaba al pie de la cama, después de haberle quitado las botas.

—¿La ayudo, señora?

—Eh..., sí, gracias. —Se levantó de la cama.

No fue mojigatería virginal lo que la empujó a retirarse. Fue puro pragmatismo. Nunca le había tocado las piernas, y tampoco se las había visto. No sabía cómo ayudarlo o qué le hacía daño. Y no iba a intentar averiguarlo en ese momento, cuando él estaba tan visiblemente dolorido.

Teddy se desabrochó los pantalones y se los bajó por las caderas. Jennings tomó el relevo sin que se lo pidiera y le quitó la prenda del todo.

Stella casi temía mirar. Le parecía una flagrante violación de su intimidad. Una violación a la que, al parecer, él ya se había resignado con amargura. Cuando por fin había dejado de gruñirles, se recostó sobre las almohadas en silencio. Tenía la frente salpicada de sudor y un músculo le temblaba rítmicamente en la

mandíbula. Miraba fijamente al frente, con los ojos clavados en la nada.

«No querrás presenciar todas las humillaciones que debo soportar por estar en esta silla», le había dicho cuando ella mencionó la posibilidad de compartir dormitorio.

Y aquello era lo que temía. Momentos como ese, cuando se sentía vulnerable y expuesto.

Pero era su esposa, tal como le había recordado. También era su amiga. Se obligó a mirarlo, preparándose para la sorpresa.

Por suerte para ella no estaba completamente desnudo. Llevaba calzoncillos de franela y le llegaban hasta la mitad de los muslos, apenas un poco más largos que la camisa. El resto de su cuerpo estaba a la vista. Extremidades delgadas y desnudas, cubiertas de una ligera capa de vello negro. Inconfundiblemente masculino.

Stella se acaloró.

Aunque los músculos de sus piernas no se habían echado del todo a perder, parecían marchitos. Le hizo pensar en cómo sería antes. Un hombre fuerte y atlético que caminaba a grandes zancadas por los bosques de su pueblo en Surrey. Pero ella no lo conocía entonces. Lo conocía en ese momento. Y no carecía de nada.

Más bien al contrario.

Sintió la repentina necesidad de ocuparse de otra cosa.

—¿Traigo agua caliente para un baño? —preguntó—. Si alguna vez me duele el cuerpo después de montar a caballo, un baño siempre ayuda.

—Lo que necesita es linimento, señora —aclaró Jennings—. Tengo un poco en mi habitación. —Salió a buscarlo.

Se quedó a solas con quien era su esposo desde hacía menos de veinticuatro horas. Un hombre en mangas de camisa y calzoncillos.

—¿Linimento? —preguntó con el tono más despreocupado que pudo—. ¿Te va a masajear como a un caballo?

—Algo así. —Esbozó una mueca—. Es un linimento para paralíticos. Más bien un ungüento.

Stella se acercó entre el delicado frufrú de su vestido de gasa.

—¿Te ayuda?

—Calma la peor parte —reconoció—. El resto desaparece en una hora. Normalmente menos, siempre que la humedad no lo empeore.

Jennings regresó enseguida con un frasco de vidrio con ungüento. Lo abrió y

flotó por la habitación una tenue fragancia a lavanda y bálsamo.

—¿Me permite?

Stella se levantó de la cama y le cedió su lugar al criado.

El colchón se hundió cuando el hombre se sentó junto al señor Hayes. Tomó un poco del bálsamo, lo frotó entre las manos para calentarlo y se dispuso a masajearle los músculos con fuerza.

Teddy rugió dolorido.

Stella esbozó una mueca de compasión.

—¿Tiene que ser tan brusco? —le preguntó al criado.

—Hay que aplicar la presión adecuada —se defendió—. Eso es lo que el médico francés me dijo que debía hacer. Dijo que debía usar todas mis fuerzas.

Stella frunció el ceño. Jennings era un hombre corpulento con unas manos grandes como panes. En cuanto a ese médico francés..., no le gustaba ningún doctor que recetara curas crueles.

—A veces le masajeo los músculos a *Locket* cuando está tensa después de cabalgar una mañana fría. Hay maneras de presionar mucho sin hacer daño.

—La mano de una mujer no le sirve de mucho al señor Hayes —espetó Jennings con tono despectivo.

—No soy cualquier mujer —replicó con frialdad. Regresó a la cama, se negaba a aceptar que era inútil para su marido. Miró a Teddy a los ojos—. ¿Puedo intentarlo?

Tenía el cuello de la camisa desabrochado. Un rubor apagado le trepaba por el cuello. Por un momento pareció que rechazaría su ofrecimiento. Y entonces resopló resignado y dijo:

—No creo que vayas a hacerlo peor.

A Stella se le aceleró el pulso. Tomó un poco de ungüento. Esperó a que Jennings se levantara y luego ocupó su sitio. Frotó la pomada entre las manos y la ablandó con su calor. Parecía estar hecha de cera de abeja y sebo, con un ligero toque picante que quizá se debiera a la trementina.

—Dime si te duele —le pidió.

—El problema no es lastimarme —repuso—. Es si ayuda o no.

—Ay, hombre de poca fe —dijo, recordando una expresión de Anne—. No te rindas conmigo todavía. —Presionó las manos contra su muslo con delicadeza. Su piel era firme y cálida. El corazón le latía con fuerza. Hizo todo lo posible por olvidarlo. Aquello era serio.

Teddy tenía los músculos tensos, duros como una piedra bajo sus dedos. Aplicó

más presión, con movimientos fluidos en lugar de bruscos. Como estaba acostumbrada a masajear a *Locket*, sabía que el objetivo no era magullar el músculo ni inflamarlo aún más. Era aliviarlo. Deshacer los nudos.

Teddy respiraba tembloroso.

—¿Qué tal? —preguntó ella—. ¿Mejor? ¿Peor?

—Mejor —gruñó.

—¿Debería subir más?

A él le ardían las mejillas. Asintió con aspereza.

Stella subió las manos por su muslo, concentrada en el masaje. No pasó de la costura de los calzoncillos. No se habría atrevido. Pero se fue envalentonando, tomó más ungüento y cambió de pierna sin pedir permiso.

Jennings estaba allí plantado, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Déjenos —le ordenó Teddy.

—Pero, señor...

—Cierre la puerta al salir —añadió con voz áspera.

La mano de Stella seguía en su muslo.

—Lo llamaré si lo necesito.

El criado se retiró a regañadientes y profirió un último gruñido antes de cerrar la puerta. Sus botas resonaron por el pasillo hacia la parte trasera de la casa, adonde iría a buscar el lienzo y los bártulos, que seguían en el establo.

—Cualquiera pensaría que le molesta tener la noche libre —comentó Stella, mientras continuaba con el masaje.

—Teme que lo desplaces por completo.

—Eso es imposible. —Ella jamás tendría la fuerza suficiente para levantarlo de la silla. En cuanto al resto de las tareas del sirviente...

—¿Con qué frecuencia tiene que hacer esto? —preguntó, mientras paseaba las manos resbaladizas por la pierna de su esposo.

—No muy a menudo. Solo cuando cambia el tiempo y he estado demasiado tiempo expuesto a la humedad.

A Stella le remordió la conciencia.

—No deberíamos haber ido al río si este iba a ser el resultado.

—Un pequeño precio a pagar a cambio de verte tal como estabas en la orilla.

Sonrió al darse cuenta de que intentaba quitarle importancia a lo ocurrido. Pero al levantar la vista vio que no bromeaba. La miraba muy serio, con los ojos entornados y la voz ronca.

—Sigues llevando tu capa de luz estrellada —observó.

—No he tenido tiempo de cambiarme.

—Hazlo ahora —dijo—. Lo peor ya pasó. Y aunque no sea así... puedes volver conmigo después.

A Stella le latía con fuerza el corazón. Se separó de él con las manos aún pegajosas de ungüento.

—En realidad, no tengo necesidad de ir a ninguna parte. Todas mis cosas están aquí.

La miró extrañado. ¿Ya lo había olvidado?

—¿Qué creías que hacía aquí el nuevo armario? —preguntó ella, señalando el pesado mueble al otro lado de la habitación.

Teddy se frotó la cara, confuso por un momento.

—Para ser sincero, estas últimas semanas no he pensado mucho en nada que no tuviera que ver con la pintura. Tu retrato ha ocupado todos mis pensamientos.

Stella se levantó de la cama y se acercó a la jofaina. Se lavó el ungüento de las manos.

—¿Solo el retrato? ¿Yo no?

—Son básicamente lo mismo.

Ella no estaba tan segura. Se acercó al armario y lo abrió. Su bata de seda bordada estaba dentro, junto con su ropa de dormir, la ropa interior y varios de sus vestidos de día. El resto de sus pertenencias estaban bien guardadas en dos baúles y una gran maleta de cuero que le habían enviado desde casa de los Malik. Aún no había desempaquetado nada.

Sacó la bata mientras sopesaba si ponerse un camisón o dormir con la camisola.

Se decidió por lo último. Sería menos complicado.

Volvió a mirar a Teddy por encima del hombro. Se estaba masajeando las piernas.

La miró a los ojos.

—¿Lo estás pensando mejor?

—¿El qué?

—Lo de desnudarte.

Stella se ruborizó.

—No. Solo... Me pregunto si debería...

—Me parece justo que te quites algo de ropa. Aunque solo sea para estar en igualdad de condiciones.

Stella soltó una risita insegura.

—Bueno, en ese caso...

Se sentó en la silla junto a la cama y se quitó a toda prisa las botas de media caña embarradas. Tenía las medias húmedas. También tendría que quitárselas. Dudó un momento antes de subirse la falda para desatar las ligas.

Quizá solo fueran imaginaciones suyas, pero creyó oírlo respirar hondo.

Se alteró al sentir que recuperaba parte del poder femenino que había notado a orillas del Támesis.

Se desató la liga de satén blanco y extendió la pierna hacia adelante para después quitarse la media muy despacio.

La tensión flotaba en el ambiente. La sintió con la misma seguridad con la que oía su pulso latiéndole en los oídos.

Se quitó la otra liga y la media de la misma manera. Descalza y con las piernas al descubierto, se levantó y se volvió para mirarlo.

Teddy había dejado de masajearse los muslos. La observaba completamente inmóvil, con las pupilas dilatadas.

Stella volvió a vacilar. Las damas no se desvestían delante de los caballeros. Ni siquiera delante de sus maridos. Que ella supiera...

Pero las diosas sí.

Y así era como él la veía. Podía adivinarlo en su semblante. Estaba cautivado. Embelesado. El deseo le había cortado la respiración.

Eso le dio valor para continuar.

Llevaba el vestido de lentejuelas prendido al cuello con un sencillo broche y varios ganchitos en la espalda y las caderas. Los abrió en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Estás intentando acabar con mi vida? —preguntó él con un gruñido ronco.

Stella sonrió.

—No más que tú cuando te quitaste los pantalones.

—No intentaba seducirte. Estaba sufriendo, por si lo has olvidado.

Stella lo miró a los ojos y se bajó los tirantes del vestido. La prenda se deslizó por el pecho y las caderas y emitió un delicado tintineo de lentejuelas al caer al suelo. No llevaba nada debajo, salvo una camisola de lino que le llegaba hasta la rodilla. Ni enaguas ni miriñaque. Ni siquiera un corsé.

—¿Y cómo te sientes ahora? —le preguntó a Teddy.

—Estoy sufriendo muchísimo. Ven aquí.

Ella apagó el candil. Se acercó a la cama y se acostó a su lado. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros, igual que cuando posó para él. Pero esta vez, la espesa cabellera reposó sobre Teddy, cubriéndolos a ambos con un velo plateado, al tiempo que él la envolvía en un poderoso abrazo. Apenas se había acomodado en

sus brazos cuando la besó.

La sangre le ardía y el corazón le latía tan deprisa que apenas podía respirar. Sin embargo, eso no le impidió devolverle el beso. Se recostó sobre él, con el pecho sobre su torso, y paseó las manos por su cuerpo: primero por el cuello, luego por el pelo, para tirar después con impaciencia de su camisa.

Teddy la ayudó. Se quitó la camisa del todo y la tiró al suelo. Sus brazos y el pecho desnudos eran delgados y musculosos. Ella lo recorrió con las manos en un gesto de sincera apreciación, tan descarado que se sorprendió a sí misma.

—¿Estás seguro de que...? —empezó.

—Avísame si estoy... —dijo él al mismo tiempo.

Se interrumpían al tiempo que se besaban de nuevo y ambos rieron sin aliento.

—Supongo que esta no es la forma en que imaginabas pasar tu noche de bodas —dijo él.

—Nuestra noche de bodas —lo corrigió—. Y ya hemos demostrado que hacemos lo que nos place. No veo por qué debemos empezar a ser convencionales ahora.

—Esta noche promete ser, como mínimo, poco convencional.

Teddy volvió a besarla.

Ella le devolvió el beso con los labios entreabiertos. Él la atrajo hacia sí hasta que la tuvo muy cerca, la agarró de la cintura y presionó sus caderas para pegársela al cuerpo. Cualquier duda que ella pudiera haber tenido acerca de si consumarían el matrimonio se esfumó.

—Pero, Teddy... —se interrumpió para dejar escapar un jadeo, y sus preocupaciones afloraron a su pesar—. ¿De verdad ya no sientes dolor? ¿No estás... solo... siendo caballeroso?

—¿Yo? ¿Caballeroso? No. Lo que yo valoro es la autenticidad, no el artificio. La prueba es cómo te asusté las primeras veces que nos vimos.

—No me asustaste. Me asusté yo sola. Sentía demasiada curiosidad por ti.

—Curiosidad. Mmm. Preferiría que te hubieras enamorado, pero...

—Teddy, ¿de verdad...?

—De verdad, cariño —dijo—. Casi no siento ya el dolor. Tienes un toque mágico. Los masajes de Jennings suelen durar media hora. Contigo he sentido alivio en cuestión de minutos. Así son los espasmos musculares: tan pronto los sientes y parece que la agonía nunca terminará, como desaparecen veinte minutos después hasta convertirse en un recuerdo lejano. Me ocurrió lo mismo en Hampshire, cuando cambió el tiempo.

—Pensaba que ya no sentías nada en las piernas.

La abrazó. Su mejilla rozó la coronilla de Stella mientras ella se acurrucaba contra él.

—No es exactamente una sensación. No es lo mismo que antes de la enfermedad.

—¿Cómo es entonces?

—Los músculos todavía se mueven. Se contraen. Noto calambres. Al principio pensé que significaba que mis piernas estaban despertando. Pero solo es dolor.

—Lo siento. —Le acarició el pecho con la mano—. ¿Has...?

—Sí —respondió antes de que ella terminara la pregunta—. Probamos todo tipo de tratamientos cuando nos mudamos a Francia. Había médicos en París que promocionaban la electroterapia, procedimientos quirúrgicos, tónicos, ungüentos y tinturas. Ni que decir tiene que ninguno tuvo el efecto deseado.

Stella se apartó para mirarlo a los ojos, indignada.

—¿Tu familia te hizo pasar por todo eso?

—No. Pensaban que la mayoría eran tonterías. Era yo. Estaba buscando. —Hizo un gesto de pesar—. Cuando estás desesperado, te lo crees todo, y hay muchos estafadores que hacen negocio prometiendo la luna. Me di por vencido poco después. Me di cuenta de que no se podía hacer nada. Así que... si te haces ilusiones de que podré pasear contigo algún día hacia un glorioso final feliz... —La vulnerabilidad se reflejaba en sus ojos—. Este es mi final. Yo solo, en esa silla, hasta el día de mi muerte.

A Stella se apelmazó la garganta de emoción.

—Ya estás con tus bobadas —dijo—. No es el final. Y tampoco estás solo. Estamos los dos. Tú y yo. Para siempre.

Teddy inclinó la cabeza hacia ella. Tragó saliva con dificultad.

—Para siempre —repitió Stella acariciándole el mentón. Lo obligó a mirarla a los ojos—. No puedes deshacerte de mí, Teddy Hayes. Y menos por una razón tan ridícula como esa. Seguiré aquí contigo, incluso cuando termines tu obra maestra. Nunca te dejaré, a menos que me digas que ya no me quieres...

—Te amo —dijo con la voz ronca.

A Stella se le paró el corazón, no sabía si lo había oído bien. Había hablado con un tono muy grave. Muy bajo. Se preguntó por un momento si sería posible imaginar palabras. Había imaginado tantas veces que se lo decía...

—Te amo —repitió—. Ya sé que juraste enamorarte de mí primero, pero no es necesario. No tienes que esforzarte. Te amo igualmente, desde el día que te pedí

que te casaras conmigo. Y si solo puedes ofrecerme amistad a cambio, aprenderé a conformarme.

A Stella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo puedes decir que te conformarías y hablar de amistad cuando has sido dueño de mi corazón durante meses? No necesito esforzarme para enamorarme de ti. Ya te amo. Te amo tanto que...

Teddy la abrazó antes de que pudiera terminar. La acalló con los labios. La besó. La abrazó. Expresó lo mucho que la amaba con palabras ...

Y también sin ellas.

❋❋❋

Un buen rato después, Stella yacía, saciada, en los brazos de Teddy. Ambos respiraban con dificultad, se murmuraban palabras dulces en la oscuridad y se tocaban con ternura.

El sol se había puesto hacía rato, la casa estaba cerrada y en silencio. Ella no llevaba camisola. Teddy no recordaba cuándo se la había quitado.

Al pensarlo en ese momento supuso que se había comportado como un loco enamorado. Pero a Stella no parecía haberle importado su impaciente entusiasmo. Ella también se había mostrado bastante impaciente. Fue audaz e intrépida, y solo la fugaz timidez que exhibió en el último momento delató su inocencia e inseguridad. Teddy se había dado cuenta porque él sintió lo mismo.

«No había musas parisinas», le dijo entonces, mirándola fijamente a los ojos. «Así no. Nunca ha habido nadie más que tú».

Era justo lo que debía decir.

Teddy le rozó los labios con la sien mientras ella se acurrucaba contra él, la amaba tanto que aún le dolía el corazón cuando la tocaba.

Y ella lo amaba. Se lo había dicho.

No, lo que había dicho es que hacía meses que lo amaba. Meses. Todavía no podía creerlo.

Pero aquel había sido un día de primeras veces. Su boda, la sesión de pintura a orillas del Támesis, y ahora aquello. Teddy le había revelado sus vulnerabilidades más profundas, y ella lo había aceptado. Lo amaba.

Le apartó el pelo de la frente.

—¿Te gustaría ver algo?

La mejilla de Stella descansaba sobre su pecho. Notó cómo sonreía.

—¿No me has asombrado ya bastante esta noche?

Teddy esbozó una sonrisa perezosa.

—Es otra cosa. Tendrás que ponerte la bata.

Ella gimoteó, con su cuerpo suave y perfecto pegado al suyo.

Teddy le dio un empujoncito.

—Te prometo que valdrá la pena.

—Está bien. —Se levantó muy despacio.

Sintió frío cuando ella se separó de él y lo privó de su calor. La vio caminar hacia el quinqué y encenderlo. Se le volvió a calentar la sangre. Tuvo que reprimir el impulso de arrastrarla de vuelta a sus brazos.

—¿Me pasas mis pantalones?

Stella se puso la bata y se abrochó el cinturón de seda a la cintura antes de ir a buscarle la ropa.

No necesitó ayuda para vestirse. Incluso pudo levantarse de la cama solo, una vez que ella acercó la silla de ruedas y le puso el freno. Se incorporó y usó los reposabrazos para sentarse. A continuación, acomodó las piernas con las manos y apoyó los pies descalzos en el reposapiés.

Stella levantó el quinqué al abrir la puerta.

—Espero que vayamos a la cocina. Me muero de hambre.

—Primero vamos a mi estudio. Después a la cocina.

Caminaron juntos a oscuras, lo único que iluminaba el pasillo era el pequeño halo de luz que proyectaba el quinqué.

El suelo del estudio seguía cubierto de lonas. Giró por encima de ellas con su silla neumática; las ruedas de goma superaban dicha dificultad con mucha más facilidad que las de madera.

—¿Enciendo los demás quinqués? —preguntó ella.

—Por favor. —Se dirigió hacia el lienzo. Jennings lo había vuelto a colocar en el gran caballete y lo había dejado cubierto con la misma tela con la que Teddy lo tapaba cuando no trabajaba.

Stella fue encendiendo los quinqués uno a uno. El estudio se fue iluminando poco a poco, primero con una luz tenue, luego cada vez más intensa, hasta que ningún rincón de la habitación quedó en penumbra.

Cuando terminó, se puso detrás de él. Su cabello plateado caía en ondas a su alrededor.

Teddy agarró la esquina de la tela que cubría su cuadro.

—No, no debes —objetó ella al comprender cuál era su intención—. No estás preparado.

—Claro que estoy preparado.

—Pero no está terminado. Dijiste que nadie podría verlo hasta...

—Tú no eres una persona cualquiera. Eres mi mujer. —Y entonces tiró del trapo y reveló el retrato por primera vez.

Stella jadeó. Se llevó la mano a la boca.

—Oh, Teddy. Es... Es... —Se acercó para verlo bien.

La había representado con pinceladas sueltas, una criatura en movimiento, el brillo de su vestido de lentejuelas y el resplandor de su cabello se fundían con el crepúsculo. El mar a su espalda reflejaba el sol poniente con un halo sensual. También lo hacían las lentejuelas del vestido, que resplandecían con una luminosidad procedente tanto del agua como del aire. Parecía recién llegada del cielo: el momento de transición de estrella a mujer capturado justo un segundo antes de la transformación completa.

Stella extendió la mano para tocar el lienzo, pero la retiró en el último momento.

—Es extraordinario; la forma en que has plasmado la luz cambiante... —murmuró—.

—¿Te gusta?

Siguió mirando el cuadro, asombrada.

—Debería gustarle a todo el mundo. Es lo más hermoso que he visto en mi vida.

—Y así debería ser. Es un retrato tuyo.

Lo miró a los ojos, que brillaban de emoción. Le tendió la mano y él la aceptó. Entrelazaron los dedos en un gesto cargado de intimidad.

—No sabía qué intención tenías cuando me pediste permiso para pintarme.

—Yo tampoco. —Hizo que se sentase en su regazo. Al no llevar el corsé ni el miriñaque su cuerpo resultaba más delicado y femenino—. Es tuyo —le dijo.

Ella abrió los ojos como platos.

—Pero no puedes dármelo. Vas a presentarlo a la Real Academia. Para venderlo algún día y...

—¿Venderlo? ¿Un retrato de mi Stella? Nunca. Ni por todo el oro del mundo...

Le rodeó el cuello con los brazos antes de que pudiera terminar y le dio un beso apasionado.

—Aún puedes presentarlo a la Academia —sugirió—. No por mí, sino por tu talento. Este cuadro conseguirá que todo el mundillo artístico londinense se fije en ti.

—¿Sabes una cosa? —dijo él acercándole los labios—, en este momento, el

mundillo del arte es lo último que me interesa. La única buena opinión que me importa es la tuya.

—Ya la tienes. —Lo besó de nuevo—. Y mi corazón.

A Teddy se le aceleró el pulso; su amor por ella resplandecía con tanta intensidad como Stella.

—Y tú tienes el mío —prometió con la voz ronca—. Para siempre.

Epílogo

Dieciocho meses después...

—Lo han expuesto de maravilla, ¿verdad, mi amor? —Stella estaba junto a Teddy, admirando la ubicación de su retrato en la pared de la galería de la calle Berners. Estaba colgado a la altura de los ojos, con una pequeña placa debajo en la que se leía su título: *Descenso de Electra*.

—Menos mal —dijo Teddy—. Parece que es el motivo de que todo el mundo esté aquí. Sería una lástima que no lo encontraran.

Por delante del óleo paseaban damas con elegantes vestidos de seda y caballeros con levitas y sombreros de copa. Algunos se detenían a observarlo con cautelosa apreciación. Otros fruncían el ceño con desaprobación. Y muchos intercambiaban susurros escandalizados.

Aquella no era la primera vez que se exponía el cuadro. En marzo, Teddy lo había presentado a la Real Academia, junto con tres de sus mejores marinas. La Academia había aceptado las marinas, lo que alegró al matrimonio, pero el retrato de Stella como una de las Pléyades había sido rechazado sumariamente y con cierto desdén. Un miembro del comité de selección había comentado que tenía un estilo demasiado controvertido, y otro lo había tachado de ser un trabajo inacabado.

Sin embargo, Teddy y Stella no perdieron la fe en el cuadro. Lo llevaron a Francia en primavera, donde, como era previsible, también fue rechazado en el Salón de París. Desde allí, recorrió varias galerías privadas y exposiciones independientes, donde primero recibió algún que otro elogio moderado, «tiene potencial», y luego una aclamación entusiasta, «un talento impresionante».

Por fin, y de vuelta en Inglaterra, el retrato aún conservaba el brillo de la modesta fama que había cosechado en el continente. Muchos habían acudido a verlo en la calle Berners, tanto para admirarlo como para ridiculizarlo.

—Escandaloso —le murmuró una señora a su marido cuando ambos pasaban por delante.

—El uso de la luz y el color es cautivador —le comentó a otro artista un caballero con un divertido pañuelo en el cuello y chaqueta de terciopelo—. Pero

es una impresión más que una expresión. Ahí es donde falla.

—Sin embargo, la pieza transmite una fuerza pura —respondió el más joven—. La pincelada recuerda a Turner.

Teddy y Stella intercambiaron una mirada cómplice. Turner seguía siendo un mito para él. Suponía un gran elogio que lo comparasen con semejante pintor. Eso conseguía que cualquier crítica palideciera.

Un caballero conocido con el cabello revuelto y un bigote moreno se abrió paso entre la multitud para unirse a ellos.

Stella lo reconoció al instante.

—Vaya, mira —le dijo a su esposo—. El señor Whistler ha logrado venir después de todo.

Teddy y James Whistler habían entablado una bonita amistad durante el último año, primero por correspondencia y luego durante varias cenas, tanto en Maiden Lane como en la casa de Whistler en Chelsea. Aunque sus estilos artísticos diferían, pues Teddy se centraba en la luz y el color y Whistler en las sombras tenues y las pinceladas precisas, habían encontrado motivos para apoyarse mutuamente.

—¡Jim! —saludó sonriente el señor Hayes —. ¿Cómo estás?

—Mejor dime cómo estás tú —Le estrechó la mano—. Señora Hayes... —Le hizo una reverencia a Stella—. El retrato ha tenido una gran acogida.

—Le han hecho justicia, sin duda —repuso ella.

—Y no le han cambiado el título —añadió Teddy—. Algo es algo.

—Ha atraído a mucha gente —observó el señor Whistler.

—Me temo que no todo el mundo ha venido atraído por la admiración —matizó Teddy—. Sigue siendo bastante controvertido a este lado del canal.

—No hagas caso a los cretinos —le aconsejó el pintor—. Tu cuadro es una de las pocas piezas que valen la pena en esta exposición. —Vio a otro conocido al otro lado de la sala—. Disculpa. Debo hablar con el señor Edwards antes de que se vaya. Venid a cenar conmigo el viernes por la noche en Lindsey Row. Viene Rossetti.

—Nos encantaría —dijo Stella.

—Saluda a Edwards de mi parte —le pidió Teddy.

Las amigas de Stella se cruzaron con el señor Whistler al acercarse. Todas las Furias habían acudido a mostrar su apoyo. Anne y el señor Hartford habían viajado desde el condado de Somerset. Julia y el capitán Blunt habían tomado el tren desde York, con un bebé recién nacido al que cuidar. Y Evie había llegado con

Ahmad, quien había salido de la sastrería temprano esa tarde para acompañar a su esposa, a pesar de la alta demanda de confecciones de sus aristocráticas clientas.

Laura y Alex no habían podido asistir. Habían sido padres de un niño el verano anterior, y ella aún no estaba en condiciones de viajar. Stella y Teddy habían ido a Grasse a visitarlos en diciembre. Allí pasaron tres semanas maravillosas adorando al bebé, celebrando la navidad y dibujando los campos de flores en barbecho. Stella incluso conoció a la gata *Magpie*, que guardaba un asombroso parecido con el gato callejero moteado que los visitaba a diario en Maiden Lane para darse un festín con la comida que le ponía Stella, a base de dados de pollo con crema de leche.

—¿Qué os está pareciendo la respuesta del público? —preguntó Julia. Desde que había dado a luz a su hija tenía los rasgos un poco más redondeados, cosa que la hacía aún más hermosa—. ¿Es mejor que en París?

El capitán Blunt estaba a su lado con la mano apoyada en la curva de su espalda.

—No es mejor que París —admitió Stella—. Pero es mejor que cuando se presentó por primera vez en la Real Academia. En aquel momento, uno habría pensado que era una aberración.

—Los miembros de la Academia son anticuados —dijo Teddy—. No les gustan las novedades. Su primer impulso siempre es rechazarlas.

—Cambiarán de opinión con el tiempo —dijo su esposa—. Seguro. Y entonces, un día...

—Espero que sea en esta vida —terció él con ironía.

—La buena prensa debe de ayudar —comentó el señor Hartford. Llevaba a Anne del brazo. Su mujer vestía una chaqueta de color caramelo y una falda a cuadros brillantes que combinaba con su traje.

—Ah, sí —reconoció Stella—. Acaba de recibir una maravillosa reseña del señor Stillwater en el *Gentleman Artist's Monthly*. La llamó «obra maestra en ciernes».

Anne miró a su marido con las cejas arqueadas.

—¿De verdad?

—Parece un tipo listo —respondió el señor Hartford muy serio—. Un genio, diría yo.

Ahmad y Evelyn estaban junto a ellos. Ahmad examinaba el cuadro con evidente aprobación. Tenía mucho criterio para valorar el color y la armonía.

—Si el gusto parisino influye en el arte tanto como en la moda, pronto podrías ser más famoso de lo que jamás hayas deseado —le advirtió a Teddy.

—Yo no deseo fama —respondió—. Solo reconocimiento.

—Ahora lo tienes en abundancia —señaló el capitán Blunt—. Quizá descubras que prefieres la seguridad del anonimato.

—Claro que no —aseguró Stella. —Ninguno de los dos desea vivir en segundo plano.

—Ahora ya no podrías, aunque quisieras —le recordó Anne a Stella—. Primero fuiste una Furia, luego una de las Cuatro Amazonas, y ahora una estrella. Me pregunto cuál será tu próxima transformación.

—Estoy ansiosa por descubrirlo —aseguró ella.

Teddy le sonrió con discreción.

—La aventura espera.

Ella le sonrió de la misma manera, tanto con la mirada como con la suave curva de la boca. Entrelazaron las manos enguantadas con íntima complicidad.

El día que él le propuso matrimonio, le prometió la libertad de descubrir qué quería de la vida. En aquel momento no tenía forma de saberlo. La habían ninguneado durante tanto tiempo que no era capaz de expresar sus intensos anhelos.

Pero aquello se había acabado.

Ahora sabía lo que quería, lo que siempre había deseado. No era más que la misma libertad que Teddy le había ofrecido. La libertad de querer, de elegir, de ser. De vivir una vida feliz, destacada y poco convencional con el hombre que amaba. Una vida que no se parecía a la de nadie más.

—¿Ya se lo has dicho? —le preguntó él.

—¿Qué tiene que decirnos? —preguntó Evie.

Stella sonrió con orgullo.

—He estado trabajando en mis propios bocetos este verano y espero presentarlos a la Real Academia el año que viene.

—¡Oh, qué maravilla! —exclamó su amiga.

—No me sorprende en absoluto —dijo Anne—. Siempre supe que tu obra estaría expuesta en algún lugar de Londres algún día.

—No debería emocionarme demasiado —repuso Stella—. A menos que la corriente de opinión tradicional cambie de aquí a entonces, lo más probable es que siga el mismo camino que mi marido en cuanto a exponer mi obra.

—¡Las galerías de Europa! —A Julia se le iluminó el rostro al imaginar las posibilidades—. ¿Te imaginas que tus bocetos de *Cossack* se expongan allí algún día?

—Y los de *Hefesto* —intervino Evie.

—Y no olvidéis a *Azafrán* —añadió Anne.

—Estarán todos —les aseguró—. Los he dibujado más que a cualquier otra cosa, tanto solos como juntos.

—Estoy segura de que no tendrás dificultad para encontrar un título —dijo Julia.

—*Los caballos de las Cuatro Amazonas* —sugirió Evie—. Ya lo estoy viendo.

Todas rieron, y sus maridos con ellas.

Las cosas no habían salido exactamente como las habían planeado desde que se conocieron durante sus fallidas temporadas en Londres. No habían encontrado príncipes azules, ni grandes fortunas o éxitos en la alta sociedad. Pero juntas habían forjado amistad, aceptación y el valor para seguir el dictado de su instinto. Y como resultado, todas ellas se habían casado por amor.

Ahora tenían hogares felices, vidas muy plenas y maridos maravillosos que las adoraban incondicionalmente.

Y también caballos.

No había mejor final feliz.

Nota de la autora

La musa de Maiden Lane se inspiró en varios artistas, inventos y eventos de la vida real de la época victoriana. Si te interesa saber más sobre ellos, puedes leer las notas que encontrarás a continuación.

El auge del impresionismo francés

El impresionismo francés tiene sus raíces en las pinturas románticas *en plein air* de artistas de principios del siglo XIX como Joseph Mallord, William Turner y su contemporáneo John Constable. Sin embargo, no fue hasta la década de 1860 cuando jóvenes artistas como Claude Monet y Pierre-Auguste Renoir asistieron al taller parisino del artista Charles Gleyre y el impresionismo comenzó a cristalizar en algo que se pudiera calificar de movimiento.

En *La musa de Maiden Lane*, Teddy ha regresado a Inglaterra tras pasar varios años aprendiendo en el estudio de Gleyre. El estilo pictórico que ha adoptado es similar al de sus futuros compañeros impresionistas, que ponen el énfasis en el movimiento, el color y el efecto cambiante de la luz natural.

Este estilo no fue muy apreciado en su época. Todo lo contrario; a veces la obra de Teddy se describe como inacabada o como si apenas hubiera logrado plasmar la idea en el lienzo, en lugar de considerarse una expresión exacta del mismo. Los pintores impresionistas de la vida real recibían críticas similares. Rechazados tanto por la Real Academia de Londres como por el Salón de Bellas Artes de París (los dos bastiones de la excelencia artística tradicional en el mundo artístico de la década de 1860), la nueva escuela de pintores se vio obligada a exhibir su obra en otros lugares, en galerías privadas y, finalmente, en el *Salon des Refusés* de París, el Salón de los Rechazados.

¿Dónde encaja James McNeill Whistler? Al igual que Teddy, Whistler fue alumno de Charles Gleyre. Aunque no era impresionista, el nombre de Whistler se incluye a menudo entre los integrantes del movimiento. Él también se enfrentaba al *statu quo* artístico. Mientras escribía *La musa*, llegué a sentir que sus luchas, en particular los desafíos a los que se enfrentó con su controvertida pintura *La dama blanca* (hoy conocida como *Sinfonía en blanco, n.º 1: La dama*

blanca), reflejaban a la perfección las del propio Teddy.

Para plasmarlo, me ayudó en mi relato el maravilloso archivo de correspondencia de Whistler en la Universidad de Glasgow. Estas cartas no solo me permitieron comprender el mundo del arte victoriano, sino que también me inspiraron para reformar la casa de Teddy en Maiden Lane (me basé en el propio relato de Whistler sobre las numerosas reparaciones que necesitaba una propiedad que había alquilado).

Por cierto, hay una buena razón por la que nunca menciono directamente el movimiento impresionista francés en mi relato. Y es que el término no adquirió su uso actual hasta la década siguiente, en referencia a la pintura de Monet de 1872, *Impresión, Amanecer*.

Sillas de ruedas victorianas

A principios de la década de 1860, la época en la que está ambientada *La musa de Maiden Lane*, las sillas de ruedas eran principalmente las de baño: empujadas por un ayudante o tiradas por un caballo o un burro. Las que podían utilizarse sin ayuda de otra persona no aparecieron hasta finales de siglo. Para poder darle a Teddy una silla de ruedas que pudiera manejar por sí mismo tuve que fusionar (y acelerar) un poco la historia.

El prototipo de la silla neumática para inválidos que Teddy recibe en la novela se inspiró parcialmente en una patente de 1853 para una silla locomotora inventada por Thomas Minniss. Exhibida por primera vez en la exposición del Crystal Palace de Nueva York en 1853, la silla recibió una reseña posterior en la obra de Horace Greeley *El arte y la industria representados en la exposición del Crystal Palace de Nueva York*, donde se la describió como «una máquina modelo». La reseña afirmaba que «mediante el ligero esfuerzo que se puede hacer con una sola mano, el pobre inválido puede impulsarse dentro y fuera de casa, doblar las esquinas más cortas con facilidad, y avanzar o retroceder sobre superficies lisas, sin ningún esfuerzo».

La silla de Teddy también está inspirada en varios anuncios de la época victoriana que encontré de sillas de ruedas para inválidos hechas a medida con caoba y latón. La mayoría en esa época se fabricaban a medida y podían configurarse según las necesidades particulares del usuario. El coste resultante era, por lo general, demasiado elevado para el victoriano medio, por lo que la silla neumática de la historia se comercializa para personas adineradas.

Para las ruedas de la silla de Teddy me inspiré en la patente de 1845 del inventor escocés Robert William Thomson de una rueda de aire para carruajes. Era, en realidad, un neumático, hecho de un tubo hueco de caucho vulcanizado que luego se llenaba con aire a presión. Las ruedas se presentaron al público en Regent's Park en 1847, tal como Hart le contó a Teddy, pero no tuvieron éxito, en parte debido al alto coste del caucho.

Agradecimientos

La musa de Maiden Lane es una novela que lleva en mi corazón desde que presenté al personaje de Teddy Hayes en mi serie *Los desamparados de Devon* allá por 2019. ¡Deseaba con todas mis fuerzas darle su final feliz! Sentía lo mismo por Stella Hobhouse, la última de mis Bellas, mis Furias, mis queridas Cuatro Amazonas. Les estoy enormemente agradecida a todos los que ayudaron a dar vida a la historia de amor de Teddy y Stella.

A mi incansable madre, gracias por leer los primeros borradores, por cuidar a mis mascotas mientras trabajaba y por las infinitas tazas de té de Darjeeling. ¡No podría hacer esto sin ti!

También quiero darle las gracias a mi fantástico agente, Kevan Lyon; a mi excelente (y muy paciente) editora, Sarah Blumenstock; y a Liz Sellers, Yazmine Hassan, Anika Bates, Jessica Plummer, Megha Jain, Caitlin Morgan, Jenni Surasky, Christine Legon, LeeAnn Pemberton, Rita Frangie y al resto del dedicado y trabajador equipo de Berkley/Penguin Random House, quienes tanto se esfuerzan para que mi serie *Las londinenses* llegue a los lectores.

Ha sido una verdadera bendición contar con el apoyo y el aliento de tantos autores que admiro durante la escritura de esta serie. Estoy especialmente agradecida a Kate Quinn, Jodi Picoult, Jennifer Robson, Meg Tilly, Evie Dunmore, Isabel Ibáñez, Harper St. George, Kate Pearce, Caroline Linden, Olivia Dade, Syrie James, Stephanie Barron y Jane Porter, por su amabilidad y generosidad. También quiero dar las gracias a la historiadora especialista en arte y amiga Lucy Paquette por su ayuda en mi investigación sobre el arte del siglo XIX. A la maravillosa Alissa Baxter y a mi insustituible ayudante, Rel Mollet, por leer los primeros borradores de este manuscrito y brindarme tan útiles comentarios. Y a las increíbles *lyonesses*, siempre comprensivas y dispuestas a ayudarme a poner este asunto tan complejo en perspectiva.

Por último, pero no menos importante, quiero dar gracias y expresar mi cariño a mi familia animal: *Stella*, *Jet*, *Tavi*, *Bijou* y *Asteria*, por servirme de apoyo emocional, ayudarme a aliviar el estrés, calentarme el regazo y por ser coautores, animadores y recordatorios constantes de que no puedo permitirme el lujo de rendirme.

Terminar una serie siempre es difícil, pero esta la cierro con muchísima gratitud. Montar a caballo y escribir son dos de mis grandes pasiones. ¡Ha sido un regalo unirlas en un libro! Gracias, gracias, gracias a todos los que me habéis acompañado en este viaje. ¡Amazonas para siempre!

Descarga la guía de lectura gratuita de este libro en:
www.librosdeseda.com